

Serie
REPORTEROS
Vol. 1

RÍMEL

DE

Miel

MARILÓ LAFUENTE

RÍMEL

DE *Miel*

Serie
REPORTEROS
Vol. 1

MARILÓ LAFUENTE

*Para el mayor tesoro que poseo, mi familia al completo.
Sin todos vosotros no sería la persona que he conseguido ser.*

Edición en formato digital: agosto de 2019

Título: Rímel de miel.

Serie: Reporteros I

Copyright © Mariló Lafuente, 2019

Diseño de portada: Alexia Jorques

Corrección: Raquel Antúnez

Maquetación: Raquel Antúnez

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por ley.

Índice

[CAPÍTULO 1](#)
[CAPÍTULO 2](#)
[CAPÍTULO 3](#)
[CAPÍTULO 4](#)
[CAPÍTULO 5](#)
[CAPÍTULO 6](#)
[CAPÍTULO 7](#)
[CAPÍTULO 8](#)
[CAPÍTULO 9](#)
[CAPÍTULO 10](#)
[CAPÍTULO 11](#)
[CAPÍTULO 12](#)
[CAPÍTULO 13](#)
[CAPÍTULO 14](#)
[CAPÍTULO 15](#)
[CAPÍTULO 16](#)
[CAPÍTULO 17](#)
[CAPÍTULO 18](#)
[CAPÍTULO 19](#)
[CAPÍTULO 20](#)
[CAPÍTULO 21](#)
[CAPÍTULO 22](#)
[CAPÍTULO 23](#)
[CAPÍTULO 24](#)
[CAPÍTULO 25](#)
[CAPÍTULO 26](#)
[CAPÍTULO 27](#)
[CAPÍTULO 28](#)
[CAPÍTULO 29](#)
[Epílogo](#)
[Agradecimientos](#)
[Biografía](#)

CAPÍTULO 1

Julia entró en la habitación del hotel frotándose las manos, todavía con el gorro y la bufanda puestos.

—¡Estoy helada! Voy a darme una ducha con agua hirviendo para ver si así entro en calor —exclamó al tiempo que se quitaba el anorak y lo dejaba sobre una de las camas—. Yo pensaba que en Túnez no hacía tanto frío.

José entró tras ella distraído mientras miraba su móvil. Lo dejó sobre la otra cama, igual que su anorak y la mochila que llevaba colgada a la espalda.

—Eres muy exagerada. Hace una temperatura normal para el mes en el que estamos. Unos ocho grados, aproximadamente —dijo él mientras sacaba de la mochila su cámara y se disponía a revisar las fotos que había realizado.

—Pues ya verás qué pronto entro en calor —aseguró ella. Sin más empezó a quitarse la ropa muy deprisa, sin importarle que José estuviera a su lado; se quedó en bragas y sujetador y corrió hacia el baño—. Espero que el agua esté bien caliente.

Y, dicho eso, desapareció tras la puerta del lavabo. José apenas la miró. Para él era como una hermana pequeña a la que protegía y cuidaba, por lo que era incapaz de mirarla de otra manera. Habían compartido muchos horrores y situaciones límite, así que él, cada vez que podía, intentaba suavizarle esos momentos. Desde que se conocieron, siempre hubo entre ellos una gran sintonía, cosa que ayudaba a que se complementaran a la perfección en el trabajo. Una simple mirada, un gesto apenas perceptible para los demás, los ayudaba en una situación difícil. Pero, una vez acabado el trabajo, eran únicamente dos amigos.

Desde el primer reportaje que realizaron juntos, compartían la misma habitación. Descubrieron que de esa manera se sentían más protegidos y seguros. Así que, a partir de ahí, siempre reservaban una habitación doble.

—Estas movilizaciones se les están yendo de las manos —le habló José a través de la puerta observando las fotografías.

Julia asomó la cabeza.

—¿Crees que derivará en una guerra? —preguntó preocupada.

—Es difícil saberlo. Las manifestaciones no se limitan a un solo país; se están produciendo por todo el norte de África y corren como la pólvora.

—No me gustaría tener un conflicto armado tan cerca de nuestra tierra. —Y, sin más, se metió en la ducha.

Muchos de los lugares en los que tenían que trabajar eran realmente peligrosos y ni siquiera la intimidad de una habitación les proporcionaba seguridad. En infinidad de ocasiones tenían que realizar reportajes en sitios con graves conflictos sociales o raciales... Incluso, algunas veces, en zonas de guerra. Tenían siempre presente que un suceso puntual podía alterar a las masas y ponerlos a ellos en peligro. Por ese motivo, pasar las noches compartiendo habitación, les daba cierta tranquilidad.

Esa noche, aunque no lo pareciera, era Nochebuena. Julia y su compañero José se encontraban en la ciudad de Gafsa, uno de los oasis históricos que había por todo el país, y una ciudad de paso para los turistas. Contaba con un casco antiguo de laberínticas calles, piscinas romanas y una fortificación que separaba la ciudad del oasis.

—¡No te duermas bajo la ducha! Yo también quiero ponerme cómodo antes de cenar. No creo que tarden en subirla —le dijo José elevando el volumen de su voz para que Julia lo oyera.

—No tardo nada en salir —respondió esta todavía desde el baño.

José siguió clasificando las fotos que había realizado esa misma tarde. Acababan de llegar de una villa muy cercana a Gafsa, Menzel Bouzaizne, donde la policía había cargado contra los jóvenes manifestantes de una protesta callejera.

—Tengo una foto en las que se puede ver perfectamente cómo se desploma un chico, después de recibir un disparo —le explicó José.

—Yo también he fotografiado algunas escenas con mi móvil. No sé muy bien qué habrá —dijo ella saliendo del baño envuelta en un albornoz y con una toalla enrollada de forma magistral alrededor de la cabeza. —Cogió su *smartphone* y se sentó al lado de José. Abrió la galería y empezó a repasar por primera vez todas las fotos que había hecho, un poco a lo loco, eso sí. Mientras las pasaba iba comentando—. En esta se ve cómo la policía carga brutalmente contra un grupo de jóvenes —indicó golpeando la pantalla con la uña—. También he hecho unos vídeos.

»Mira ésta. La gente está cansada del paro, la corrupción y de vivir penurias mientras la clase gobernante vive a cuerpo de rey. El presidente de este país lo tiene crudo. Esto no ha hecho nada más que empezar.

»En realidad, todo empezó la semana pasada en Sidi Bouzid con el joven universitario y también vendedor ambulante que, para protestar por la

situación del país, se quemó a lo bonzo. Mira esta otra —señaló acercándole su móvil—, los manifestantes no se acobardan ante las acciones de la policía.

»Hoy hace una semana de aquel suceso y la gente, en vez de calmarse, cada vez está más furiosa. En esta foto —explicó volviendo a acercarle el móvil—, se ve a la multitud enarbolando pancartas con la foto del muchacho.

»Tengo que ser imparcial, lo sé, pero ante estos casos no puedo. ¿Soy una mala profesional por eso?

—Nadie es imparcial, siempre te posicionas, unas veces del lado vencedor y otras del perdedor. Tenemos que presenciar muchas injusticias y no podemos permanecer impasibles. Pero, a la hora de dar las noticias, debemos hacer solo eso, informar, sin añadir nuestro punto de vista. Es muy difícil que todos estos dramas no te afecten, pero hay que esforzarse por conseguirlo.

El olfato de los dos reporteros no había errado y la noticia del joven que falleció después de quemarse a lo bonzo corría como la pólvora por todos los países del norte de África, convirtiéndose en la chispa que encendía una gran hoguera de la que nadie conocía sus consecuencias.

—Luego miraremos el resto. Voy a ducharme antes de que traigan la cena.

—Vale, date prisa. A ver si no tardan mucho, porque tengo un hambre que no veo.

Mientras José disfrutaba de una ducha caliente, Julia se vestía con un cómodo pantalón de algodón y una camiseta. Al acabar, se quedó observando la estancia. Su imaginación comenzó a volar mientras pensaba lo fácil que sería, en un entorno como aquel, convertirse en la protagonista de cualquier cuento de *Las mil y una noches*. Por todo el hotel brillaban lámparas de forja árabe con cristales multicolor. Tampoco faltaban las pequeñas mesitas hexagonales; sobre ellas, y a la espera de ser utilizados, los característicos vasos decorados con llamativos colores y grabados en dorado. En ellos tomaban el famoso té con menta, la bebida más consumida por allí, que se ofrecía como muestra de bienvenida.

El ambiente relajado propio del hotel se había visto alterado esos días, y tanto los visitantes como los trabajadores andaban con mucha cautela, expectantes porque no entendían qué estaba sucediendo en su ciudad.

—¿Todavía no han subido la cena? —preguntó José mientras salía del baño, ya vestido, interrumpiendo su ensoñación.

—No. Son un poco lentos y eso que apenas hay clientes.

—En esta planta solo he visto a un matrimonio alemán y a una pareja de estudiantes holandeses.

—¡Yo es que alucino contigo! Te enteras de todo. ¡Si hemos estado todo el día juntos sin separarnos! ¿Cuándo has visto tú a nadie?

—Si en vez de quedarte sentada en el vestíbulo, me hubieras acompañado al mostrador, los hubieras visto igual que yo —replicó José.

—Seguro que hasta has hablado con ellos —contestó Julia.

—Pues sí. Iban camino de Trípoli, pero se estaban planteando volver a sus países de origen a causa de las protestas actuales —aclaró José—. Cuando han visto que era occidental, me han preguntado si sabía cómo estaba la situación. Como te he dicho, se trata de un matrimonio alemán y una pareja de estudiantes. El resto de huéspedes son tunecinos.

—Lo que yo digo, te enteras de todo. —Resopló Julia alzándose de hombros.

Unos suaves toques en la puerta les anunciaron que el servicio de habitaciones les traía su particular banquete.

Media hora después estaban en un cómodo sofá, degustando *el festín* de Nochebuena. Poco tradicional y nada que ver con el que serviría la madre de Julia en Vilanova.

—Estos briks están de muerte —gruñó ella con la boca llena sin que apenas se le entendiera.

—¿De qué son esos? —preguntó José intentando ver el relleno del medio brik que Julia tenía en la mano.

—Este es de marisco —informó chupándose los dedos.

—Entonces, estos —dedujo cogiendo uno del otro plato— serán de pollo. Tienen una pinta estupenda.

Y, sin más, le dio un gran bocado al suyo, dejándolo por la mitad. Ambos devoraban uno tras otro, acompañándolos con unas cervezas.

—Si estuviera aquí mi madre, diría: «con lo fácil que es hacer unas empanadillas, qué poco arte tiene esta gente para hacerlas» —comentó Julia divertida, mientras observaba el siguiente brik que se iba a comer—. La verdad es que no han cuidado el detalle, pero están buenísimos.

—Es que son así, la pasta no es la misma que la de las empanadillas, esta es mucho más fina.

—¡Lo ves! ¡Sabes de todo! —Se quejó dándole un cariñoso golpe en el brazo.

Siguieron comiendo hasta que acabaron con las existencias (no quedó ni uno) y, aunque su voraz apetito estaba saciado, no pudieron resistirse a probar el surtido de pasteles que los dos esperaban con ansias; tanto uno como otro

eran unos golosos y siempre había espacio en sus estómagos para un dulce. Para acompañarlos, se sirvieron unos vasos de té con menta; se habían acostumbrado a ellos como la mayoría de la población de Túnez.

Ya habían mandado al periódico la crónica de los hechos acaecidos esa misma tarde, junto a las imágenes que José había captado de las manifestaciones. Las fotografías reflejaban las duras cargas policiales y el tenso ambiente que se mascaba en cualquier punto de la ciudad.

Poco después de acabar con todos los dulces, y ya en la cama, los dos se quedaron en silencio mirando el techo, inmersos en sus propios pensamientos. Al final fue José el que lo rompió.

—¿Dónde estabas hace un año?

Julia no tuvo que pensar mucho, estaba en su casa junto a su familia, como había hecho toda la vida. Esa era la primera vez en su vida que pasaba esas fechas tan señaladas alejada de los suyos.

Y también estaba con Diego.

Un año atrás todavía estaban juntos.

—En Vilanova con toda la familia —y rápidamente le preguntó—, ¿y tú?

—Yo estaba en Venezuela con Luis, habíamos entrevistado a Chávez y también a algunos opositores al gobierno.

—¿Fue la última noticia que cubristeis juntos?

—Sí, tres meses después murió en aquel horrible accidente.

Julia no pudo evitar recordar aquel trágico suceso que su amigo le había narrado tiempo atrás.

Estaba cubriendo un reportaje sobre las carreteras más peligrosas del mundo para una conocida cadena de televisión. Luis iba en un camión acompañado del conductor del vehículo, filmando, mientras atravesaban el Camino de las Yuncas o Carretera de la Muerte, en Bolivia. En el mismo momento en el que ellos pasaban, se produjo un desprendimiento provocado por la lluvia y el camión y sus ocupantes se precipitaron por el profundo precipicio que se originó. Fue imposible que al conductor le diera tiempo a reaccionar, porque parte de la carretera se hundió bajo las ruedas. Cuando pudieron acceder a ellos para rescatarlos, tanto el conductor como Luis estaban ya muertos. Al equipo de rescate le costó mucho llegar hasta el furgón; debido al mal tiempo y por culpa de las continuas lluvias llegar hasta ellos se hacía imposible.

Un triste final para el amigo y compañero de José. Julia, con melancolía, rememoró lo que este le había contado en una noche llena de nostalgia. Era

imposible olvidar el tono de añoranza que empleó José para relatar aquellos hechos y cómo, en algunos momentos, se le quebraba la voz.

Volvieron a guardar silencio, a quedarse callados. Los dos revivían en su memoria la Nochebuena anterior. Solo había pasado un año, pero a lo largo de aquellos trescientos sesenta y cinco días sus vidas habían dado un giro de ciento ochenta grados. En momentos como aquel, cuando se añoraba a la familia y a los amigos, y la morriña se apoderaba de ellos, era cuando se hacían entre ellos las confidencias más íntimas y, posiblemente, las más dolorosas. A menudo se trataba de circunstancias amargas que, a pesar del paso del tiempo, seguían sacudiendo sus corazones. Pero abrir su alma y desahogarse siempre les hacía bien.

—¿Diego también estuvo? —preguntó José, como si aquel fuera un nombre cualquiera; como si no supiera que, simplemente con escucharlo, a Julia se le oprimía el corazón.

—Sí. Pasamos juntos la Nochebuena —contestó queriendo sonar casual. Pero eso era imposible conseguirlo..., su corazón todavía no estaba preparado para hablar abiertamente de Diego.

No añadió nada más. Con aquella escueta contestación Julia esperaba que José se conformara.

—¿Nada más? ¿Eso es todo lo que me vas a contar? —preguntó él ante la breve respuesta—. ¿Sabes?, tenemos mucho tiempo por delante y jamás me has dicho una palabra de lo que sucedió. —Lo meditó brevemente—. Bueno, sí, me has comentado, aunque solo de pasada, que Diego se marchó a Nueva York, pero nada más. No creas que no me doy cuenta de que no quieres hablar del tema, que te cuesta y te duele. Pienso que mantener siempre encerrado lo que sientes no te hace ningún bien. Te iría de perlas descargar tus sentimientos, expresarlos en voz alta, contarle a alguien todo lo que te está matando por dentro. Y con esto no quiero que te sientas obligada a nada.

Julia continuó callada. Sabía que era cierto lo que su compañero le decía. En todo ese tiempo, casi un año, no había hablado con nadie sobre lo que sucedió entre Diego y ella. Solo había contado los hechos muy resumidos y siempre por teléfono para darse la oportunidad de acabar cuando ella quisiera. Y, por mucho que su familia y amigas le ofrecían un hombro para que se desahogara y hablara sobre ello, Julia se mantenía firme en su mutismo. Había unos acontecimientos que toda su familia y amigos conocían y ella no deseaba hablar más del tema.

Pero si lo pensaba con calma, tampoco ella sabía mucho más. En el

momento no quiso escuchar las explicaciones de Diego y jamás le permitió volver a ponerse en contacto con ella. Tampoco le consintió a Andrea, hermana de Diego y una de sus mejores amigas, que le dijera nada. A lo largo de todo ese año, esta había intentado mil veces explicarle lo que le había sucedido a su hermano, sin embargo, Julia nunca se lo permitió.

Que no quisiera ni que pronunciaran su nombre en su presencia, no significaba que se hubiera olvidado de él. Desde que se levantaba por la mañana, hasta que el sueño la vencía totalmente de madrugada, jamás dejaba de pensar en Diego y en su dolorosa traición.

Miró hacia José que seguía sobre su cama con la mirada clavada en el techo, sin apremiarla. Esa era una de las cualidades de su compañero, que la escuchaba siempre que lo necesitaba, pero jamás la agobiaba con preguntas, por mucha curiosidad que sintiera, ¡que la tenía! Julia estaba convencida de eso.

Llevaban ocho meses trabajando juntos cubriendo reportajes en cualquier lugar del mundo, allá donde surgía una noticia y, durante ese tiempo, habían compartido sentimientos, situaciones y vivencias tan duras e intensas que, sin darse cuenta, se habían convertido en algo más que confidentes.

Julia confiaba en José ciegamente. Más de una vez habían estado en serio peligro, pero siempre sabía que sus espaldas estaban bien cubiertas gracias a él. Por eso, en ese preciso instante de soledad y añoranza, supo que su compañero era la persona idónea para sus confidencias. Él no conocía a Diego y, además, era la persona más imparcial que conocía, probablemente a consecuencia de su trabajo y de lo que tenía que ver y analizar a través de su objetivo. Por si eso fuera poco, también gozaba de una gran empatía y era capaz de ponerse en la piel de cualquiera, incluso en la de la gente de peor calaña. Y una de las cosas que la periodista siempre agradecía de su forma de ser era que jamás daba un consejo a nadie. Como siempre decía: «si no tengo consejos para mí, ¿cómo voy a tener para los demás?».

CAPÍTULO 2

Julia suspiró y, sin avisar, comenzó a relatar lo acontecido como si se tratara de una crónica periodística. No era capaz de hacerlo de otra manera, solo así, convenciéndose de que era una noticia más, se armó de valor y descargó su alma.

—El diecinueve de febrero de este mismo año, yo estaba en mi casa, en Barcelona, y recibí una llamada de teléfono. Eran las ocho de la mañana de un viernes. Estaba desayunando mientras miraba las noticias en la televisión. No estaba muy atenta, simplemente hacía tiempo antes de irme al periódico. Era una fría mañana porque la información comenzaba precisamente con las bajas temperaturas de toda la península, estábamos en plena ola de frío polar. El móvil que estaba junto al bolso empezó a sonar. Me levanté y al cogerlo vi en la pantalla que era Diego. No pude evitarlo y me puse nerviosa, en Nueva York eran las dos de la mañana y él nunca llamaba a esas horas.

»Diego entonces llevaba seis meses en la ciudad de los rascacielos. Le habían concedido una beca de investigación en Neurología y la duración del curso era de un año en el prestigioso Presbiterial Hospital.

»La conversación no duró mucho tiempo. Estaba tan nervioso que su voz sonaba temblorosa, no acertaba con las palabras y las pocas que lograba articular eran incoherentes, sin ningún sentido. Así que tuve que ayudarlo. «¿Qué sucede, Diego? Cálmate, respira hondo y dime lo que pasa», le pregunté. «Cariño, no sé cómo decir esto, ¡yo no quería...! ¡Jamás pensé...! ¡Dios...! ¡No puedo!».

»Puedo repetir cada palabra y también la entonación, su voz sonaba como un doloroso quejido. «¡Perdóname! ¡Ni siquiera me acuerdo de lo sucedido!».

»Yo no entendía nada, porque nada de lo que decía tenía sentido, pero escuchar a Diego hablar sin que apenas le salieran las palabras me estaba asustando y recuerdo lo que le dije en aquel instante: «¡Diego, por favor! ¿Quieres calmarte y decirme qué pasa? ¡Me estás poniendo muy nerviosa!».

»Le pedí que me dijera qué era lo que sucedía y, después de un tenso silencio, Diego habló precipitadamente, sin terminar las frases. Fueron las peores palabras que he escuchado en mi vida, no podía asimilarlo. «Pasé una noche con Evelyn, la hija del decano... Estábamos borrachos... Era una fiesta,

me sentía solo... Te echaba de menos... Bebimos y yo no recuerdo nada, y ahora... ¡está embarazada! Dice que es mío, pero... ¡ni siquiera me acuerdo de haber estado con ella! ¡¡¡No sé qué pasó después!!! Julia, ¡tienes que creerme! ¡Dios!, Julia, lo siento, ¡no sé cómo sucedió!».

»Hablaba llorando y desesperado. Sin embargo, yo no atendía a nada. De todo lo que dijo solo presté atención a unas palabras que me dejaron aturdida. La voz de Diego llegaba a mis oídos de forma lejana, como un eco. En mi cerebro solo retumbaba la misma frase sin cesar, una y otra vez, «está embarazada y ella dice que es mío».

»Aparté el teléfono de mi oído, lo dejé sobre la mesa y me quedé quieta, sin saber qué hacer, sin poder reaccionar. Sé que físicamente es imposible que el corazón se rompa, pero yo sentía cómo se resquebrajaba, cómo mis entrañas explotaban dentro de mi cuerpo produciéndome un intenso dolor. Oía a Diego de fondo que me llamaba gritando y llorando. Era una sensación rara, lo escuchaba como si el sonido se amortiguara, como si estuviera bajo el agua. Ahora sé que estaba en estado de *shock*, que simplemente me había quedado sentada mirando al frente sin ver ni escuchar nada. Fue como si se hubiera detenido el tiempo. Únicamente esa maldita frase ocupaba mi mente y se repetía sin cesar.

»No hacía caso a las constantes llamadas del teléfono fijo, aquel timbre no dejaba de sonar, pero a mí no me molestaba. Seguía sentada en la misma silla con la mirada en un punto indeterminado y el vaso de café sin acabar. Mi cuerpo no reaccionaba a ningún estímulo y mi mente se colapsó, se quedó vacía.

»Colgué el teléfono y, a partir de entonces, la melodía que llevaba mi móvil, *Bring me to life*, sonaba sin cesar. Supongo que todas las llamadas eran de Diego, pero tampoco te lo podría asegurar porque jamás lo miré. Al final, sin saber el tiempo que había pasado y cansada de escuchar aquella música, lo apagué. No sabía si habían transcurrido cinco minutos o cinco horas.

»Un timbre que no dejaba de sonar, acompañado por numerosos golpes en la puerta y los conocidos gritos de Andrea me hicieron reaccionar. Al principio solo distinguía un pequeño barullo, algo muy débil. Yo creo que lo que me hizo volver a la tierra fue escuchar las súplicas de mi amiga llorando y gritando sin parar. Estaba asustada, sé que llegó a pensar que había hecho alguna locura al conocer la noticia que Diego me había dado a través del teléfono y el miedo se había apoderado de ella. Cuando abrí la puerta se abalanzó sobre mí llorando sin poder calmarse. Entonces reaccioné y me di

cuenta del pánico que reflejaban sus ojos. También mis vecinos estaban asustados y a punto de llamar a la policía y a los bomberos.

»Yo la miraba, pero mi cabeza no era capaz de pensar en nada. Solo aquella maldita frase se repetía, ocupando todo. Ni siquiera había vertido una sola lágrima desde las ocho de la mañana, que fue cuando Diego me llamó. Seis horas habían transcurrido desde entonces y no había hecho nada, sentada en la silla de la cocina con la televisión de fondo y la mirada perdida. Estaba totalmente vacía por dentro y sin ser capaz de reaccionar.

»Andrea llevaba unos minutos hablando y llorando a la vez, cuando de repente se quedó callada y me miró. «¡Julia, di algo! reacciona ¡Me estás asustando! —dijo, cogiéndome por los brazos y zarandeándome con suavidad—. ¿Me estás escuchando? Diego me ha llamado y después de contarme lo sucedido me ha pedido que venga. Tienes que hablar con él, no ha podido explicártelo».

»Ante el movimiento y el nombre de Diego, reaccioné. Fijé de nuevo la mirada en Andrea y, con una calma que seguramente asustaba después de lo que había sucedido, le dije: «Tranquila, estoy bien. No quiero que digas nada, no quiero volver a escuchar el nombre de Diego. Sé que es tu hermano, pero a partir de ahora te prohíbo que lo nombres delante de mí. Cuando uno no quiere quemarse no juega con fuego, y él, más que quemarse, se ha abrasado. No quiero saber detalles, ha sucedido y con eso tengo suficiente. No quiero saber nada más, te lo suplico, Andrea».

»Y ella entendió mi reacción y no volvió a nombrarlo delante de mí. Todavía sigue sin hacerlo.

»¡Y eso es todo! —terminó diciendo Julia—. No sé nada más. En realidad, no he querido saber nada más. No soy morbosa, ni masoquista, así que simplemente me quedé con el titular de la noticia.

José la había escuchado sin mirarla. Hasta para eso era discreto, quería darle espacio por si necesitaba derramar algunas lágrimas mientras recordaba tan doloroso suceso. Después de escuchar el relato, él siguió con la mirada perdida en algún punto del techo y en completo silencio, ni siquiera se movía.

Julia se volvió hacia él y lo miró con intensidad. Esperaba algo sin saber qué, era la primera vez que hablaba de lo sucedido, bueno, la segunda. La primera vez que habló de la infidelidad de Diego, lo hizo con su cuñada Teresa.

Este intuyó los ojos de Julia sobre él y se volvió, pero siguió callado, aunque la estuviera observando. Al final fue la propia Julia quien, impaciente

por conocer su parecer, rompió ese incómodo silencio, al menos para ella.

—Dime, ¿qué piensas? —preguntó nerviosa, a la vez que impaciente por conocer la opinión de su compañero.

—¿Y qué quieres que piense? Son unos hechos y sobre ellos no puedo decir nada y, menos, opinar. Además, lo que piense yo o el resto del mundo no tiene ninguna relevancia. ¿Y tú? ¿Qué opinas sobre lo sucedido? En este asunto es lo único que importa.

Ella, algunas veces, pensaba en muchas cosas y, en cambio, en otras ocasiones su mente se quedaba en blanco; claro que, si pudiera elegir, se quedaría con la segunda opción. Le gustaría que su mente quedara vacía, no poder pensar o, ya puestos a pedir, no volver a recordar. Sin embargo, hasta en las situaciones con más tensión o en las condiciones más duras, jamás dejaba de hacerlo. Suspiró e intentó poner cierto orden en su cabeza. Decir en voz alta lo que pensaba iba a ser algo difícil, pero lo intentaría. Había empezado a abrirse y ya no iba a echarse atrás.

—Jamás me sentí tan engañada y traicionada. Diego lo era todo para mí y confiaba ciegamente en él. Lo animé tanto para que se fuera a Nueva York y... ese fue nuestro final. Cada día que pasa me arrepiento más de haberle alentado para solicitar la beca. Él no quería ir, pero yo lo convencí. Le hice ver los beneficios por un año de sacrificio y fui muy cansina. Si no hubiera insistido para que la aceptara, la habría dejado perder. Nunca hubiera decidido marcharse por propia iniciativa. Y, por todo eso, acabo culpándome de su traición.

José, al ver el cariz que estaba tomando la conversación, se levantó, se sentó al lado de Julia y, cogiendo su cara entre las manos, la obligó a mirarlo. Tenía que llamar su atención.

—¡Ehhhhhhh! ¡Para el carro! ¿De verdad estás intentando decirme que la culpa final fue tuya? ¿Es eso lo que piensas? ¿Que si tú no lo hubieras animado a marcharse, no te habría engañado? —exclamó mirándola con sorpresa y esperando que Julia lo sacara de dudas.

—No es eso. ¿No te has arrepentido alguna vez de algo que has hecho, algo que, si tuvieras una segunda oportunidad, no harías?

—¡Por supuesto! ¡Como todo el mundo!

—Pues eso es lo que me pasa, que me arrepiento de haber sido yo la que lo animara a marcharse durante un año, cuando él no estaba muy decidido y se lo estaba pensando. No lo puedo evitar.

—Una cosa es arrepentirse y otra muy diferente es pensar que, si no hubiera

sido por tu insistencia, no habría pasado nada. ¿Y si hubiera ido a una convención? ¿O a un intercambio entre diferentes hospitales de otros países? Es falso, la vida está llena de ocasiones, según tú, peligrosas. Todos somos responsables de nuestros actos, podemos resistirnos, decir no o dejarnos llevar. —Julia se quedó callada interiorizando todo lo que José le estaba diciendo. Tenía razón, si algo tenían los médicos de un hospital eran ocasiones para ser infieles. ¿Qué hubiera tenido que hacer con Diego? ¿Ponerle un guardaespaldas?—. ¿Lo tienes asimilado? —preguntó—. ¿O te niegas a cerrar esa puerta del pasado?

Julia se quedó pensativa durante unos segundos.

—No sabría qué decirte, es una lucha diaria y cada día es diferente al anterior. En los días siguientes a aquella dura confesión, me inundaba la pena y la desolación. Me derrumbaba en cuanto llegaba a casa. Después de una tortuosa jornada de trabajo, disimulando mi dolor y manteniendo el tipo como podía, cuando me encerraba entre las cuatro paredes de mi hogar, lloraba sin consuelo. Incluso me decía a mí misma: «un día dejarás de llorar porque la naturaleza tendrá un límite para producir lágrimas». Había derramado tantas que debía ocurrir pronto. Suponía un esfuerzo titánico mantenerme entera delante de mis compañeros, cosa que me pasaba factura cuando estaba a solas. La pena se prolongó tanto que me estaba produciendo un desgaste físico. Cuando me rendí, solo me quedó un sentimiento de resignación y desesperación en el lugar que antes ocupaba mi amor por él. Otro día me desperté aceptando la traición y rebelándome contra el mundo. En aquel momento, la ira nublabla la razón tomando algunas decisiones muy drásticas, hacerme reportera o cortar mi melena y dejar a un lado mis tacones.

—No te imagino en medio de un tumulto con unos taconazos.

Las risas pusieron punto y final a las confesiones. Lo sabía, no lo tenía asimilado, su alma le decía que aquel vacío seguía doliendo como el primer día, que la traición de Diego no se había quedado en el pasado, formaba parte de ella.

Sin embargo, suspiró llena de alivio. Hablar con José había sido un acierto. Quizá debería haberlo hecho antes y no cargar con ese enorme peso de culpabilidad que se había echado a la espalda. Fue una liberación dejar de sentirse culpable. Era una duda que le estaba carcomiendo por dentro y, al compartirla por primera vez con alguien, su mente en aquel momento era más liviana. Ella no tenía ninguna responsabilidad, como muy bien había dicho José.

Se levantó de la cama y sin más le dio un enorme abrazo.

Después se acercó hasta el minibar o pequeño frigorífico que los hoteles de cuatro estrellas tenían en sus habitaciones. A pesar de los precios privativos, cogió una botella de cava que estaba muy fresquita y, tomando dos copas, se acercó de nuevo a la cama, ofreciéndole una a José.

—Aunque nos vamos a arruinar, un día es un día. Vamos a brindar, que estamos en Nochebuena —sugirió ella.

—¿Y por qué quieres brindar ahora?

—El primer brindis —dijo Julia echando una pequeña cantidad de cava en las dos copas—, por nuestras familias. —Y seguidamente lo bebieron de un trago—. El segundo —prosiguió volviendo a depositar otra pequeña cantidad del burbujeante líquido dorado en las dos copas—, por la salud y el trabajo. —Los dos, después de rozar sus copas, volvieron a beber de un trago el escaso contenido—. Y el último —volvió a sugerir, esta vez llenando la copa—, por ti, José. Por el mejor compañero con el que podía soñar, porque siempre estás pendiente de mí, de mi bienestar y de mi seguridad, tanto física como mental. Por tu ayuda desinteresada, por hacerme pensar, por dejarme espacio y no atosigarme. Porque pueda seguir muchos años trabajando a tu lado.

—Por nosotros, mejor —rectificó José, totalmente emocionado.

Y los dos bebieron.

José tenía un nudo en la garganta, porque, a pesar de ser un tipo duro, aquellas palabras de agradecimiento dichas desde el corazón le habían llegado a lo más profundo del alma.

A partir de entonces, la emoción del principio poco a poco dejó paso a las risas flojas; con tantos brindis pronto acabaron con la botella y casi con el minibar de la habitación. Pronto quedaron fuera de combate y, como popularmente se dice, durmiendo la mona.

A la mañana siguiente, cuando los dos abrieron los ojos, se arrepintieron de todo lo que habían bebido la noche anterior. La cabeza estaba a punto de estallarles y apenas podían mantener los ojos abiertos. Los analgésicos y las gafas de sol fueron indispensables a lo largo de todo el día. Pero no podían parar ni detenerse por una simple resaca, los acontecimientos seguían sucediendo delante de sus narices y tenían que informar al resto del mundo de todo lo que allí estaba sucediendo. No solo tenían que mandar una crónica, sino que debían recopilar todas las noticias de diferentes puntos del país y realizar un extenso reportaje gráfico, ya que muchas veces una imagen valía

más que mil palabras.

CAPÍTULO 3

Tanto Julia como José pensaban que el fin de año lo pasarían en Barcelona y que se comerían las uvas rodeados de sus familiares y amigos. Pero era treinta y uno de diciembre y seguían fuera. Habían abandonado la pequeña villa de Gafsa para instalarse en la capital del país, la ciudad de Túnez.

También era justo decir que ninguno de los dos había puesto mucho empeño en volver a casa para esa señalada fiesta.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —cuestionó de pronto José mientras salía del baño poniéndose una camiseta.

—¡Claro! —respondió Julia sorprendida ante tanta solemnidad. Era algo inusual en él, preguntaba siempre lo que quería y cuando quería, sin preocuparse en si sus preguntas la incomodaban o no.

—¿Tú querías pasar el fin de año en Barcelona?

A Julia le sorprendió aquella sencilla cuestión, no obstante, antes de contestar tuvo que pararse a pensar. ¿Realmente quería estar en casa durante estos días?

—La verdad es que no —contestó con total sinceridad—. Entiéndeme, echo en falta a mi familia, pero... no quiero sufrir y tener que disimular delante de todos. Hubiera recordado a Diego mucho más, ya que en Navidad fue la última vez que estuvimos juntos. Además, no tenía ganas de soportar cómo mi familia y amigos sentían lástima por mí.

—Me lo imaginaba, no has puesto mucho empeño en pedir que nos sustituyeran.

—¿Tú querías estar en Barcelona? —preguntó con cierta culpabilidad—. Deberías habérmelo dicho.

—¡No! —exclamó José con contundencia—. Prefiero estar rodeado de los compañeros que están reunidos en el comedor. Echo de menos a Luis. Más que amigo y compañero, era mi familia, un hermano.

—Para mí, pasar estas fechas trabajando es como si no existiera esta fiesta. Parece que el calendario ha sido magnánimo conmigo y me ha hecho este regalo, olvidarme del significado del día de San Silvestre.

—Yo también pienso lo mismo —continuó José—, no me apetecía estar en

Barcelona y prefiero pasar este día como si fuera uno cualquiera. Tú, al menos, tienes a tu familia, pero yo... sin Luis no me queda nada.

—Ya lo sé y es de gran ayuda tener a la familia siempre que los necesitas. Sin embargo, no importa dónde estés o quién te acompañe, los recuerdos no desaparecen nunca. Van contigo donde tú vayas.

—Vamos a darnos prisa que ya deben de estar todos abajo —anunció José mirando su reloj—. No queremos que la melancolía nos invada y la estamos provocando nosotros mismos.

Los dos sonrieron, habían conseguido engañar al dolor que todavía sentían dentro de sus almas. Dieron por finalizada la conversación y siguieron preparándose para bajar a cenar con sus compañeros.

El hotel en el que se alojaban era moderno y bien situado. Su habitación se hallaba en el séptimo piso y daba gusto entrar, porque, a pesar del frío que hacía en el exterior, dentro del hotel la climatización era perfecta. Periodistas de diferentes medios y países también se hospedaban allí y todos esperaban lo mismo, ser testigos en primera fila y conocer de qué forma explotaba la tensión que se palpaba en el ambiente. Todo indicaba que la sublevación era inminente.

Esa noche, la última de aquel cruel año, Julia y José iban a cenar en el comedor de la primera planta junto a otros periodistas. Allí compartirían información con un grupo de reporteros recién llegados a la capital desde otras zonas del país, con los que habían coincidido en otros conflictos. Podrían constatar, después de horas conversando con diferentes compañeros, que la tensión era general por todo el país.

Cuando por fin llegaron al comedor, los compañeros los esperaban ya sentados en la mesa, desesperados.

—¡Venga chicos! ¡Que tenemos hambre! —protestó uno de ellos levantando las manos y llamando su atención.

—Un poco más y no llegáis ni a las uvas —dijo otro de sus colegas.

Casi corriendo, Julia y José se acercaron hasta el bullicioso grupo, mientras el resto de comensales que ocupaban aquel comedor los observaban con curiosidad. Ella pudo reconocer a Javi, redactor, y a su compañero cámara, Ricardo. Los dos trabajaban para un famoso periódico de tirada nacional de España, *El país al día*. Asimismo, sonrió al ver a Macarena, una joven sevillana muy divertida compañera de Bruno, al cual llevaba por la calle de la amargura. Suerte que la paciencia de él era infinita. Los dos trabajaban para una cadena de televisión, y Macarena era la cara bonita que delante de la

cámara exponía lo que sucedía en cualquier parte del mundo. Pero su físico, aunque muchos pensarán lo contrario, no restaba profesionalidad a su trabajo, ya que era una excelente reportera y a veces su intrepidez rozaba la negligencia. En algunos reportajes, por su culpa, ella y su compañero se habían expuesto demasiado al peligro. Bruno, en cambio, era el ojo vigilante, el máximo exponente de la sensatez y la prudencia, compensando así el exceso de espontaneidad tan frecuente de ella.

Había cuatro reporteros más, dos de ellos eran Harry y James, periodistas ingleses de la agencia de noticias Reuters; a los otros no los conocía, así que antes de sentarse a la mesa se presentaron. José, en cambio, se había relacionado con todos en un reportaje o en otro. Llevaba cinco años con su cámara al hombro, recorriendo el mundo tras cualquier noticia.

José tenía treinta y cuatro años y hacía cinco que era reportero. Desde que estaba en la universidad se vio atraído por esa forma de vivir el periodismo y, en cuanto tuvo ocasión, cumplió su sueño. Su primer reportaje fue en el año dos mil seis y el destino, Afganistán. Acompañados por el ejército español, en la provincia de Badghis, debían hacer un seguimiento de la producción de opio después de la intervención de las Naciones Unidas en aquel país. Era un hombre muy cercano y dispuesto a brindar su ayuda a cualquier compañero que lo necesitara. Sin embargo, en cuanto a su vida personal, era muy hermético.

Julia era una novata dentro de este mundo, apenas llevaba un año. Una decepción amorosa le hizo huir de su cómoda vida. Le comunicó a su jefe la decisión de convertirse en reportera, ante la oportunidad que apareció de repente quedando una vacante. Su jefe le dijo que si quería ocupar ese puesto no se negaba, pero debía especializarse. No se lo pensó y acudió a las jornadas de preparación que el ejército impartía para futuros reporteros de guerra. Llevaban nueve meses como compañeros.

—Un minuto más y empezamos sin vosotros —les dijo James.

La cena fue de lo más distraída, claro que teniendo a Macarena cerca era algo normal, su simpatía y buen humor siempre despuntaban y se convertía en el alma de cualquier reunión. Muchos otros reporteros, porque la mayoría del comedor eran periodistas y cámaras, miraban la mesa entre sonrisas. Esa noche pusieron como norma no hablar de trabajo, ni lo nombrarían. Y así fue, nadie rompió esa regla.

A la una de la madrugada, después de comer las uvas y brindar por el año dos mil doce, la mayoría de periodistas comenzaron a marcharse. Julia y José

fueron de los primeros. A pesar del buen ambiente, la nostalgia se estaba apoderando de ellos y decidieron irse a su habitación.

Tumbados en la cama se dieron cuenta de que no tenían ni pizca de sueño, así que empezaron a hablar. Julia le recordó la primera vez que trabajaron juntos.

—¿Qué pensaste la primera vez que nos encontramos? —le preguntó de pronto. No sabía por qué le venía a la cabeza aquellos momentos.

—¿La verdad? —dijo mirándola. El asentimiento de ésta con la cabeza hizo que José prosiguiera hablando—. Pues mi primera impresión fue que eras muy borde y distante. Me parecías muy seria y con mucha soberbia. A pesar de tu juventud me causabas respeto.

—¿No me lo habías dicho nunca! —exclamó mirándolo asombrada.

—Porque solamente fue la primera impresión, al verte y saludarnos. Pero, en cuanto tuvimos nuestra primera conversación, dejé de pensar así y supe que tenías el alma rota, que estabas sufriendo y que siempre temías romperte ante mí.

—¿Tampoco me habías dicho nada de eso!

—Porque no me gusta poner a nadie en un compromiso y, además, nunca lo hubieras admitido. Entonces pensé que ya llegaría el momento de hablar, porque a partir de ahí íbamos a pasar muchos días juntos.

—A veces tu discreción me ha hecho pensar que te importaba una mierda lo que me sucedía. Pero, más adelante, cuando empecé a conocerte en profundidad, supe que era respeto. En ese primer viaje creí que me moría, suerte que estabas allí y no me dejaste sola ni un momento.

Unos golpecitos los pusieron en alerta. José se acercó hasta la puerta y se quedó escuchando tras ella hasta que una voz inconfundible los tranquilizó.

—¿Estáis dormidos o muertos de miedo? —Eran Macarena y Bruno que llamaban mientras explotaban en carcajadas.

—¡Joder, tía! ¡Qué susto nos has dado! —protestó Julia, volviendo a respirar tras haberla paralizado el miedo.

—¡Te lo dije! Estos se cagan patas abajo si llamamos a la puerta en medio del silencio —dijo Macarena entre risas.

—¿Os hemos despertado? —preguntó Bruno lleno de arrepentimiento.

—No nos habéis despertado, pero sí nos habéis asustado, ¡capullos! ¡Anda, pasad! —los amonestó José.

—Nosotros no podíamos dormir y no nos apetecía acabar todavía la noche, así que hemos parado por el camino y traemos... ¡Esto! —expuso Maca

levantando una botella de champán y entrando en la habitación.

Bruno, tras ella, movía la cabeza de un lado para otro y murmuraba sin que se le entendiera qué decía. La risa de Macarena era contagiosa para todos, excepto para su compañero que parecía muy enfadado.

—Bruno, ¡por favor! No seas aguafiestas —protestó Macarena haciendo un mohín.

—¡Encima me dice que no sea aguafiestas! Mira, guapa, ¡algún día nos meteremos en un buen fregado por ser una inconsciente y yo saldré a hostias por defenderte!

—Pero ¡mira que te gusta el dramatismo! ¡Qué *exagerao* eres!

—¿Se puede saber qué ha pasado? —preguntó Julia llena de curiosidad.

—¡La loca ésta! ¿Habéis escuchado lo que os ha dicho? —recalcó Bruno. Tanto Julia como José negaron con la cabeza. Ninguno de los dos sabía muy bien a qué se refería Bruno—. Pues os acaba de decir que de camino a vuestra habitación habíamos parado para traer esto —dijo Bruno señalando la botella—. ¡Nuestra habitación está cuatro puertas más lejos! ¡La muy loca ha entrado en una habitación que estaba abierta y ha cogido la botella del minibar! ¡Joder, que estamos en un país musulmán! Y todos sabemos cómo castigan en estos países el robo.

—¡Serás exagerado! ¿Qué robo? ¡Solo la he tomado prestada!

—¡Ja! ¡Como haces siempre! ¡Aún no te he visto devolver nada de lo que coges prestado!

—¡Joder, Maca! —Como cariñosamente la llamaban para abreviar su nombre—. ¡Pocas bromas con eso! Bruno tiene razón —dijo Julia intentando ponerse seria, aunque no podía aguantar la risa.

Pero Macarena, sin hacer caso a nadie, se movió por la habitación para buscar las copas.

—Vamos a brindar. ¡Menuda pandilla de miedosos! ¿Y vosotros sois reporteros?

Los cuatro brindaron, y Julia y Macarena no pudieron evitar reír a carcajadas ante la mirada atónita de ellos. «¡Mujeres, no hay quien las entienda!». Eso parecían pensar los dos.

Cuando se calmaron y pudieron dejar de reír, los cuatro se tumbaron sobre las camas y siguieron hablando.

—¿Qué hacíais cuando hemos llamado a la puerta? Si se puede saber, claro está —comentó Macarena con picardía.

—Estábamos recordando nuestro primer viaje, el primer reportaje —dijo

Julia.

—¿Cuál fue? ¡Contad, contad!

—Fue un quince de abril. Nos encontrábamos viajando en un pesquero hacia Islandia, después de que nos hubieran recogido en el puerto de Eyemouth. Ni siquiera llegamos juntos. José venía de otro destino y yo volé desde Barcelona hasta Edimburgo. Nos presentamos con cierto recelo y...

—¡Eso tú! Yo no llevaba un palo en el culo como el tuyo —puntualizó José.

—¡Vale, es verdad! No era una estirada —protestó Julia—. ¡Tenía miedo, capullo! ¡Tenía toda la razón para estar aterrada! El primer peligro fue el viaje. Navegamos por el Mar del Norte, totalmente embravecido. ¡En un pesquero! Las olas barrían el barco y lo movían sin darle un respiro, parecía que, en cualquier momento, la bravura de las olas lo hundirían. Durante toda la travesía no pudimos salir del camarote del capitán. La embarcación se movía igual que una cáscara de nuez. No pudimos hacer ese viaje en avión, porque cerraron el espacio aéreo a causa del humo y las cenizas que desprendía el volcán. Toda Europa se quedó sin vuelos. Y eso no fue todo, porque, cuando desembarcamos en Islandia, la naturaleza seguía en contra nuestra. Al brutal oleaje durante la travesía y la posterior erupción del volcán con un nombre impronunciable, se unió el intenso frío. Nos hospedamos en un pueblecito, Vik, en un hotel muy confortable y sobre todo caliente. Nos moríamos por regresar a la habitación durante todo el día. ¡Qué clima tan extremo!

—Yo creo que lo peor de ese viaje fue lo mal que lo pasábamos cada vez que teníamos que pronunciar el nombre del dichoso volcán —relató José riéndose—. Nunca pude aprendérmelo a pesar de estar allí unos cuantos días.

—Es verdad, un nombre complicado de cojones —dijo Bruno—, yo nunca lo pude pronunciar.

—Julia, al final, se lo aprendió —comentó José—. Yo ni me molestaba.

—Si, me costó mucho, pero creo que jamás se me olvidará era el Eyjafjallajökull —le recordó Julia pronunciándolo mientras lo escribía en una libreta.

—¡Quita, quita! Yo más de dos consonantes juntas no puedo pronunciarlas.

—¡Joder, qué aventura! Para ser tu primer reportaje, pusieron mucha confianza en ti, aun siendo una novata —exclamó Bruno.

—Seguro que me lo dieron porque iba con él —respondió Julia señalando a José—. Y, vosotros, ¿cuál fue vuestro primer trabajo juntos? —preguntó con curiosidad.

—¡Un rollazo! La primera vez que trabajamos juntos fuimos a San Salvador.

Era octubre, no me acuerdo exactamente del día, a final de mes, creo. Tuvimos que cubrir la Cumbre Iberoamericana. ¡Hablaban y hablaban y no callaban nunca! Volví a casa mareada y no del viaje. ¡Vaya coñazo de reportaje! —protestó Maca resoplando.

—Ya, nos aburrimos como ostras. Pero mejor así —aseguró Bruno—. El mes de septiembre de ese mismo año, el dos mil ocho, viajé con mi anterior compañera hasta Bolivia. Fue en el intento de golpe de estado contra Evo Morales. Me encontré en medio de la reyerta y os aseguro que en la vida he pasado tanto miedo. Muchas veces, la mayoría, en nuestro trabajo es mejor aburrirse.

—¡No te pases, Bruno! Ni una cosa ni la otra. En Bolivia te pudieron matar las balas y en San Salvador casi nos mata el aburrimiento. Si la cumbre hubiera durado un día más, nos tiramos por la ventana del hotel. Así que el resultado podría haber sido el mismo.

No pudieron evitar reír ante el comentario de Macarena, más que por lo que decía, por cómo lo decía. Era bruta y muy ocurrente, además, con ese suave acento andaluz tan gracioso y alegre, nadie podía evitar reír a su lado.

Así siguieron durante bastante tiempo, comparando reportajes, los conflictos en los que habían estado y anécdotas graciosas. Evitaron narrar las situaciones dramáticas, porque no era el momento de dramas ni de melancolía. Era fin de año y solo querían risas. Los cuatro habían vivido situaciones tan desgarradoras que habían dejado una marca de dolor en su corazón para siempre. Pero los reporteros necesitaban encerrar esas vivencias en un lugar profundo, porque en el próximo reportaje podían vivir experiencias peores y no se podían cargar con esa lacra permanentemente.

En una de las salidas que José y Bruno hacían a la terraza para fumarse un cigarrillo, Julia se acercó al oído de Macarena y, susurrando, le preguntó.

—¿Qué hay entre Bruno y tú?

—¡Ay, hija mía! ¡Eso es un misterio! Ya es complicado vivirlo, pues imagínate lo difícil que resulta explicarlo. Muchas veces queremos que haya algo entre nosotros, otras nos lo pensamos mejor y decidimos quedarnos como estamos. No nos aclaramos... Bueno, voy a puntualizar, yo soy la que no tengo nada que aclarar, es Bruno el que tiene que tomar una decisión. Yo estoy sola y sin compromiso alguno. En cambio, él tiene a su mujer en Madrid. Cuando están juntos se aborrecen, pero ninguno de los dos quiere cortar el extraño y destructivo lazo que los une. Que hay algo entre nosotros resulta evidente. Sin embargo..., es muy complejo —le explicó a Julia, dejando salir un suspiro

lleno de resignación—. Así está nuestro asunto. ¿Y vosotros?

—Nada. Entre nosotros no hay nada más que una bonita amistad y mucho compañerismo. Ni una sola vez nos hemos planteado que surgiera algo más. No tenemos ninguna duda del tipo de sentimiento que nos une.

—Mejor, porque es muy complicado vivir así, ¡esto es peor que las balas! Muchas veces duele más.

Ninguna de las dos pudo evitar reír a pesar de lo duro que esa situación resultaba para Macarena. Por mucho que se esforzaba en darle un tinte cómico a la situación, a Julia no se le escapó el dolor que veía en sus ojos. Ella sí que estaba totalmente enamorada de Bruno y ese sentimiento de decepción no podía esconderlo, por muchas bromas que hiciera. La expresión que veía en su compañera era demasiado familiar para Julia, la veía reflejada en el espejo siempre que se miraba.

Los dos hombres entraron y el olor a tabaco se extendió por la habitación.

—Tú también fumabas, ¿verdad, Maca? —preguntó Julia extrañada de que no hubiera salido.

—Me cuesta muy poco dejarlo, así que vuelvo a fumar de vez en cuando —le contestó ella.

—¡Qué suerte tienes! —Suspiró José—. Yo siempre estoy intentándolo y siempre fracaso.

—Tengo que reconocer que tienes razón, es una gran ventaja. Fundamentalmente, soy una fumadora social —contestó Maca encogiendo sus hombros.

Cuando los bostezos hicieron su aparición, decidieron poner fin a la velada y, esta vez, seguro que caían totalmente rendidos. Sin darse cuenta, entre risas y divertidas conversaciones, el tiempo había pasado volando. Al apagar la luz, el reloj que estaba sobre la mesita que separaba las dos camas, marcaba las cuatro de la mañana.

A pesar de lo tarde que era y que durante todo el día habían estado pateando la ciudad de una parte a otra, Julia no podía dormir. Echó un vistazo a la cama de al lado y pudo comprobar que José dormía a pata suelta, con una respiración pesada, pero sin llegar a roncar con fuerza. «Si no fumara, respiraría mucho mejor», pensó Julia. En ese momento lo envidió porque ella hacía meses que apenas dormía y, cuando lo hacía, las pesadillas eran constantes. Desearía dormir y no despertar hasta que Diego saliera de su cabeza. No obstante, por más que lo intentaba, no podía evitar que su mente volara y recordara que, por estas fechas, un año atrás, estaba en sus brazos.

Se colocó los auriculares para que la música la ayudara a olvidar y la canción *Savin' Me*, de Nickelback, fue la que sonó. Quería quitarla, su salud mental le pedía que la pasara sin escucharla. Pero el dedo que debía hacerlo no le obedecía, y durante unos minutos la escuchó. Era la canción que resumía lo que sucedía en su alma. No debía ceder, porque siempre que lo hacía se rompía un poco más. Sin embargo, necesitaba recordar los últimos recuerdos que tenía de Diego.

¡Lo echaba tanto de menos! Lo seguía amando tanto que su corazón le pedía a gritos que lo dejara ahondar en su memoria sin pensar en las consecuencias.

Durante unos minutos se resistió a esos recuerdos que pugnaban por ser recordados y en su iPod buscó la música que dejaría su cabeza vacía. Pero, al final, fue su corazón el que ganó la batalla y ansiosamente buscó el tema que traería sin remisión todos los recuerdos que tan celosamente tenía encerrados.

No tardó en encontrar la canción que tanto ella como Diego pensaron que era suya, una unión perfecta. A Julia le gustaba Evanescence y a Diego Linkin Park y *Bring me to life*, era una canción interpretada por los dos grupos. Por esa simple razón se convirtió en su canción. La escuchó entera deseando que sus recuerdos volvieran a ella y no tuvo que hacerlo por mucho tiempo. Sus ojos estaban cerrados y la música flotaba en su cerebro mientras ella se trasladaba a la noche de fin de año anterior.

Recordó hasta el más mínimo detalle.

Habían cenado en casa de los padres de Diego y después saldrían a tomar unas copas con un numeroso grupo de amigos. Lo pasaron muy bien y cuando, cansados de bailar decidieron retirarse, Diego se despidió de todo el mundo, ya que dos días después volaría de nuevo a Nueva York y esta vez no volvería hasta que acabara su formación, en el mes de julio.

Llegaron al piso que compartían desde hacía un año y, cuando apenas habían cerrado la puerta, les fue imposible resistir por más tiempo la distancia entre ellos. Sus cuerpos se fundieron para no separarse el resto de la noche.

La pasión los envolvía y apenas podían contenerse. Eran demasiados sentimientos los que se agolpaban. La inminente separación les hizo vivir esos instantes con una intensidad que ninguno de los dos conocía. No tardaron nada en quedarse desnudos uno frente al otro y las manos de Diego recorrieron el cuerpo de Julia, intentando guardar dentro de su alma todas las sensaciones que estaba viviendo y que tanto añoraría en apenas dos días.

—¡Tengo que atesorar estos momentos! Porque tendré que recurrir a ellos para resistir la distancia y tu ausencia. Serán mis reservas hasta que vuelva en

el mes de julio y, entonces, nada me separará de ti —le dijo Diego ciego de deseo sin dejar de besarla.

Ella también guardaba esas mismas sensaciones. Sentía sus besos en cada rincón del cuerpo y podía notar en su piel cómo se estremecía entre sus brazos.

Julia contemplaba con satisfacción cómo los ojos de su amor se cerraban disfrutando de las caricias de sus pequeñas manos. Minutos después, fueron sus labios los que le recorrían todo el cuerpo hasta llegar a su dura erección aprisionándola. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Diego cuando sintió cómo la boca de Julia acogía su miembro erecto. Abrió los ojos para disfrutar de ese momento. La miraba con adoración y ella se sintió como una diosa del Olimpo. Las rodillas le flaqueaban y apenas podía mantenerse en pie. Ser espectador y observar cómo su erección entraba y salía de su boca, así como padecer aquellos carnosos labios aprisionándolo, era lo más erótico que recordaría mientras viviera.

También ese día quedaría grabado en el recuerdo de Diego. Jamás podría olvidar el aroma de Julia. Su lengua se deslizaba entre aquella suave y húmeda hendidura, transportándolo al séptimo cielo y grabando en sus recuerdos aquel único sabor. Si el elixir de los dioses existía estaba allí, entre sus piernas, y era solo para él. El recuerdo de sentir cómo vibraba entre sus brazos pidiendo ser colmada, sería la imagen que guardaría siempre en su corazón.

Cuando Diego entró en ella el universo entero se detuvo. Hacer el amor era la mejor experiencia que habían compartido. Aquella noche se amaron el uno al otro como jamás hasta entonces lo habían hecho.

—Te quiero, amor mío, y pensar que tengo que dejarte aquí me mata.

—Solo son seis meses, después todos los días serán para nosotros.

Las palabras de Diego martilleaban en su cabeza y no podía evitar que la rabia apareciera al recordarlas. Solo fueron eso, palabras vacías que se dicen en un momento y que a él poco le había costado olvidar. Pero ella, aunque quería y se esforzaba por pasar aquella dura página de su vida, no podía hacerlo, y esas frases se repetían en su cabeza, burlándose de sus sentimientos. A pesar del tiempo transcurrido derramaba lágrimas sin cesar por todo lo que una vez tuvo y tanto echaba de menos. Viendo pasar por su mente la última noche que pasaron juntos, como si estuviera viendo una película, pensó que el destino sabía que aquel iba a ser su último encuentro y les quiso dejar un recuerdo. Un cruel y envenenado recuerdo, porque ella sabía que jamás podría amar a nadie como había amado y todavía amaba a

Diego.

Una hora después, agotada por el dolor que los recuerdos producían a su alma y con su herida abierta y sangrando, se quedó sumida en un inquieto sueño.

Ni en sueños podía asimilar la pérdida de Diego.

CAPÍTULO 4

Justo después del día de Reyes, la agencia de noticias para la que trabajaban los sustituyó. Habían cumplido su propósito, fueron los primeros reporteros en dar a conocer al mundo lo que se estaba fraguando en los países del norte de África. En aquel momento había allí un montón de periodistas preparados para cubrir cualquier suceso que ocurriera.

Julia y José cogieron el avión en el aeropuerto internacional de Túnez a las diez y media de la mañana y hora y media después llegaban al Prat, el aeropuerto de Barcelona. Julia había pasado una importante parte de su duelo, las primeras Navidades sin Diego, y apenas se había parado a pensar en ello, excepto en momentos puntuales en los que se dejó llevar por la melancolía y sucumbió a los recuerdos.

Tomaron un taxi y José dejó a Julia en su casa. Cuando llegaron, los dos se bajaron y José cogió su maleta acompañándola hasta el portal. Se despidieron con un abrazo y, antes de volver al taxi en un tono paternalista y lleno de cariño, él le dijo:

—Descansa y no pienses en nada —le susurró al oído—. Ya hemos pasado el tramo más doloroso, a partir de ahora, todo será mucho más fácil. Si me necesitas, no dudes en llamarme. ¿Entendido?

—Gracias, José. La verdad es que no sé qué haría sin ti. Me entiendes como nadie, sabes en qué pienso sin necesidad de preguntar y, lo mejor de todo, solo hablas cuando necesito una palabra de aliento. Eres el mejor compañero que tengo y que tendré.

—Y tú también eres una excelente compañera. Jamás pensé que, después de tener un compañero como Luis, se repetiría mi suerte. Pero es así, eres increíble, como persona y como periodista, y soy afortunado de trabajar a tu lado. A pesar de tu drama personal eres alguien que lucha contra ese sentimiento negativo sin perder la alegría. Y lo que es más importante, eres capaz de transmitir y de contagiar ese optimismo a todo el que te rodea.

—No sigas porque vamos a acabar llorando como bobos. ¡Anda, vete! Diviértete mucho que te lo has ganado. Nos veremos de aquí a una semana. ¡Venga, márchate! —apremió Julia sin dejar de sonreír, mientras se limpiaba dos lágrimas que resbalaban por su mejilla.

José le dio un beso en la frente y volvió a montarse en el taxi.

Julia sacó de su bolso las llaves y entró en el portal. Tenía un pequeño pisito de apenas cincuenta metros cuadrados en la villa olímpica del Poblenu. Había abandonado el que compartía con Diego el mismo día que él le contó su traición. No pudo pasar ni un minuto más en aquel lugar donde él tantas promesas le había hecho. Su nuevo piso era pequeño, pero con una considerable terraza, algo que no cambiaría por otro más grande; además, para lo que paraba en casa le sobraba vivienda.

Dejó las bolsas en el salón y abrió las persianas, el día era frío, pero el sol calentaba a través del cristal. Encendió la calefacción y fue hasta la cocina. Abrió el frigorífico y pronto aceptó que lo poco que había tendría que tirarlo, llevaba casi un mes fuera de casa. Se hizo un café con un chorrito de leche sin azúcar y salió al salón. Mientras saboreaba la humeante taza llamaría a su familia y amigos, tenía que decirles que ya estaba en casa.

Durante todos esos días, cuando hablaba con su madre, esta siempre terminaba llorando. Eran las primeras Navidades que estaba lejos de su familia y para ella había sido un drama. Si supieran que respiró aliviada cuando se enteró de que pasaría esos días lejos de todos, seguro que se enfadarían. Sin embargo, eso iba a ser siempre un secreto, nadie se enteraría jamás.

Cogió su móvil y mandó un mensaje al grupo que tenían sus tres amigas, diciéndoles que había llegado, que iba a descansar un par de horas. Para acabar, les preguntó si se veían esa tarde. Después hizo lo mismo con sus hermanos y por último llamó a su madre. Si solo le mandaba un mensaje, no la iba a perdonar.

—Mamá, acabo de llegar a casa.

—¡Hija mía! ¡Qué Navidades más tristes hemos pasado sin ti!

—Lo siento, mamá, pero el reportaje que en un principio nos ocuparía solamente un par de días se complicó.

—¡Y el peligro que has corrido! ¡Este trabajo no es para ti, cariño! Es muy peligroso. Cuando veía las noticias en el telediario me daban ganas de coger un avión y plantarme allí —protestaba su madre mientras empezaba a llorar.

Y, lo peor de todo, era que su madre era capaz de eso y más. ¡Para nada era un farol! Era como una gallina clueca. Había momentos en los que ese exceso de cariño le gustaba y ronroneaba como una gatita en los brazos de su madre. Pero otras veces... la agobiaba mucho.

—¡Mamá! Que no era para tanto, apenas había peligro.

—¡Qué mentirosa eres! ¿Crees que no he visto las noticias y que no he buscado en Internet lo que estaba pasando en Túnez? ¡Al menos no me trates de tonta! Suerte que tienes a José a tu lado y estaba más tranquila. Él me llamaba todas las noches cuando llegabais al hotel sanos y salvos, así por lo menos dormíamos tranquilos sabiendo que ya estabais en la habitación y no por las calles, expuestos a que os pegaran un tiro en cualquier momento. —«¿Será posible?», se preguntó Julia mientras su madre seguía contándole cómo habían pasado las Navidades. José no le había dicho nada, era un cielo, siempre pendiente de ella y acababa de descubrir que también de su familia—. ¿Cuándo vendrás, cariño?

—Ahora me voy a acostar un rato que estoy muy cansada. No he dormido ni una noche del tirón. —No quiso contarle que los disturbios se sucedían día y noche y que los disparos y gritos los despertaban a menudo—. Mañana pasaré el día con vosotros. ¿Te parece bien, mamá? Me da pereza ir esta tarde, prefiero ir temprano y pasar el día entero.

—¡Me parece estupendo! Descansa, hija, y mañana nos vemos.

—Adiós, mamá, te quiero.

—Y yo a ti, mi cielo.

Nada más colgar una tierna sonrisa apareció en sus labios. Era su madre la que le provocaba esa reacción, percibir su ternura y su aplomo, aunque estuviera en la otra punta del mundo la tranquilizaba. Sabía que siempre estaba a su lado y pendiente de ella, por muchos kilómetros que las separaran. Era algo que le transmitía en cada llamada.

Antes de dejar su teléfono, le mandó un mensaje a José.

«Todo lo que te dije en la puerta de casa se queda corto. Eres mi ángel de la guarda y el de mi familia. Gracias. Te quiero».

No hacían falta más palabras, él sabía por qué lo decía. Con ese mensaje sabría que había hablado con su madre y que ella le había dicho que cada noche durante casi un mes, mientras ella se duchaba, José la llamaba para tranquilizarla, cosa que ella no hacía.

La casa ya estaba caliente, era la suerte de tener un piso pequeño, que enseguida se templaba. Fue a la habitación, se quitó la ropa, se puso sus pantalones de algodón y una sudadera y seguidamente extendió la manta polar que tenía doblada a los pies de la cama mientras se tumbaba, tapándose con ella. La televisión se encendió e hizo un repaso rápido por las diferentes

cadenas. No solía verla mucho, pero había momentos en los que necesitaba no pensar en nada y ese era uno de ellos.

Volver a estar en casa, en Barcelona, era volver a pensar más de la cuenta. No podía evitar que Diego se colara en su mente, a pesar de todos los intentos que hacía para olvidarlo. Se estaba dando cuenta de que era imposible, siempre recordaría al que un día fue el amor de su vida. Subió el volumen del televisor, pero todo fue inútil, Diego seguía formando parte de ella a pesar del dolor que le provocó. Le dolía reconocerlo, sabía que jamás dejaría de amarlo. Lo que sí había conseguido a lo largo de todo ese tiempo, casi un año, fue dejar de llorar, al menos por él. Aun así, la pena de su corazón era lacerante, había dejado de verter lágrimas, así nadie se daría cuenta de su constante abatimiento. Julia había aprendido a sufrir en silencio, había construido una máscara que le permitía reír y bromear, aunque por dentro su corazón se desgarrara.

No pudo evitar, como sucedía muy a menudo, repasar por muchas horas su vida al lado de Diego, lo había hecho mil veces. Rememoraba cada día a su lado, cada ilusión y todos los planes de futuro uno por uno. Y no solo eso, en su mente reaparecían una y otra vez todos los besos y abrazos apasionados que compartieron y en sus oídos retumbaban sus palabras y todas las veces que le había dicho que la amaba. Pero, como siempre sucedía, al final también aparecía la rabia y se enfadaba con ella misma por seguir recordando aquel amor que ella guardaba como el tesoro más preciado y, en cambio él, lo había pisoteado como si no tuviera ningún valor.

Pensar en la última conversación que tuvieron por teléfono la devolvía siempre al presente, a su dura realidad. Estaba sola, Diego había elegido a otra mujer, la había engañado y la había dejado rota. No podía hacer nada, no obstante, la rabia le daba fuerzas para luchar contra la melancolía. Ante todo, Julia era realista y no le gustaba engañarse. Por eso se repetía hasta la saciedad lo sucedido. No podía evitar pensar en el pasado, pero siempre terminaba aceptando su situación en el presente, claro que no le quedaba otra, ella no había elegido nada. Diego había truncado su vida y ella solo fue una mera espectadora que tuvo que aceptarlo y adaptarse. No tuvo opción.

Apenas pudo dormir una hora y al mirar el móvil tenía mensajes de todas sus amigas y hermanos. No había terminado de leerlos todos, cuando el timbre de la puerta la obligó a dejar el teléfono. Se acercó y, en cuanto abrió, Andrea casi la tira al suelo.

—¡Dios mío, Julia! ¡Qué miedo he pasado por ti! —exclamó abrazándola

con tanta fuerza que faltó muy poco para que las dos rodaran por el suelo—. Me quedaba todo el día delante del fax esperando noticias de Túnez ¿Has pasado miedo? ¡Cuéntame todo! Cuando escuché que habían detenido a periodistas... ¡Quería ir a buscarte y traerte de las orejas! ¡No vuelvas a asustarme de esa manera! ¿Por qué no cogías el teléfono?

—¡Joder, Andrea! ¡No podía hacerlo! Lo tenía en silencio y necesitábamos los cinco sentidos cuando íbamos por la calle. Pero, después, enseguida os mandaba un mensaje en cuanto llegaba al hotel.

—Pero ¡yo quería escucharte! No me creía que estuvieras bien. ¡Tenía tanto miedo! —Y, sin más, Andrea empezó a llorar.

—¡Ya estoy aquí! ¿No me ves? ¡Estoy bien! —Permanecieron abrazadas durante unos minutos más, hasta que Julia le hizo una pregunta—. ¿Cómo han ido las Navidades? ¿Tus padres están bien?

—Sí, ellos están bien. Hemos estado juntos casi todas las fiestas, excepto el día de San Esteban que lo pasamos en casa de Mateo con su familia y Nochevieja que quedamos con todo el grupo de amigos. A todos les hubiera gustado estar contigo. Te hemos echado de menos, Julia.

—Y yo a vosotros, pero lo que empezaba a pasar allí era muy serio y no queríamos perdernos los sucesos. El día cuatro, cuando el joven que se quemó a lo bonzo murió, la gente se echó a la calle pidiendo una huelga general y paralizando el país. Entonces supimos que no iba a ser un suceso aislado. A ver, porque alguien se quite la vida pidiendo algo no se produce un efecto tan descomunal, consiguiendo que las manifestaciones se produzcan en todo el país, sospechábamos que tenía que haber algo más y así fue.

—¿Os habéis puesto en peligro? —le preguntó Andrea, temiendo la respuesta.

—José se convirtió en mi guardaespaldas, y cuando salíamos a la calle jamás íbamos solos, siempre lo hacíamos en grupo. No pienses que vamos por ahí como los periodistas de las películas que parecen superhéroes, ¡para nada! Nosotros actuamos con mucha cautela, no nos metemos en el centro de los tumultos. Siempre hacemos el trabajo desde la distancia o desde lugares protegidos. En primer lugar está nuestra seguridad y después el reportaje.

»Dicho esto, anteayer sí que vimos el peligro muy cerca. Hubo enfrentamientos casi a nuestro lado, algo imprevisible, y nos cogió en medio. No íbamos solos, nos acompañaban los reporteros de *El país al día*; y no lo pensamos dos veces, un par de fotos cuando empezó el jaleo y salimos corriendo. No nos gustaba el cariz que estaban tomando los enfrentamientos en

la calle y decidimos seguir los altercados desde un lugar seguro. Al final del día supimos que había habido muchos heridos y muertos. Estábamos en un hotel muy céntrico y la mayoría de las concentraciones pasaban por delante del edificio. Hicimos estupendos reportajes gráficos sin necesidad de salir de allí. Si no era desde nuestra habitación era desde la de Maca y Bruno o la de Javi. Pero sin necesidad de salir a la calle teníamos controlado todo lo que sucedía en el centro de la ciudad, cada manifestación y los enfrentamientos. Algunos de los sucesos más duros sucedieron delante de nuestro hotel.

—¡José es un encanto! Recibía más información de él que tuya. —La cortó.

—¡Pero bueno! Yo pensando que mandaba la crónica a la agencia y lo que hacía era mandar mensajes a mi familia y, por lo que veo, también a mis amigas. Estoy segura de que tanto Mireia como Noelia están al tanto de todo también.

—Ya te digo que sí, me lo han dicho. La verdad es que tú pasabas un poco, no mandabas mensajes cada día.

—¡Pues yo juraría que lo hacía! Al menos cada día mandaba un mensaje, pero es que erais muchos y yo llegaba reventada a la habitación.

—Diego no ha venido para las Navidades —dijo Andrea de pronto sin que viniera a cuento y sin añadir nada más.

Quería explicarle a su amiga por todo lo que estaba pasando su hermano y que supiera que su vida se había convertido en un infierno. Le gustaría contarle todas las veces que, totalmente desesperado, la llamaba llorando como un niño pequeño y le confesaba cuánto amaba a Julia. Pero solo le dio la noticia para conocer la reacción de su amiga, sabiéndola de antemano. Andrea siempre intentaba contarle todo lo que sabía, todo lo que hablaba con él y nunca se cansaría de intentarlo. Sentía tanta impotencia al saber que los dos seguían amándose y que una sucia jugarreta del destino los había separado injustamente, que se rebelaba e intentaba mediar cada vez que podía. Conocía a Julia y sabía que no la dejaría llevar a cabo sus intenciones. No se equivocó, y su reacción no se hizo esperar.

—Andrea, no sigas. Sé que es tu hermano y que lo quieres, pero yo no deseo saber nada de él ni de su vida. Respeta mi dolor, creo que ya llevo encima una buena dosis y no hay ningún antídoto para este sufrimiento, únicamente que pase el tiempo. No saber nada de él me ayudará a olvidarlo antes. ¡Échame una mano, aunque solo sea en eso!

Andrea la miró y, al ver en sus ojos un dolor y un sufrimiento que no podía esconder, no siguió hablando. ¡Qué cruel había sido el destino con ellos!

—¿Cómo está Mateo? —interrogó Julia para hacer más fácil el cambio de conversación.

—Bien, están grabando un programa nuevo y la verdad es que la audiencia es muy buena a pesar de ser una cadena pequeña. Claro que estoy segura de que sería más feliz si en muchas ocasiones no le amargara la vida. ¡Ostras, Julia! Sé que soy borde y que la boca me pierde y que pago con él todo lo que me sucede... Pero no sé cómo cambiar. Al final me va a dejar.

—¿Mateo? ¡Imposible! Te lo digo yo —contestó con una solemne seguridad.

—Estamos enfadados, bueno está enfadado. Hace diez días que no me habla. ¡Esta vez la he cagado de verdad!

—¿Se puede saber qué has hecho?

—¡Lo de siempre! Una pequeña discusión por una tontería que ni nos va ni nos viene, pero que yo convierto en la gran pelea del siglo. Y además fue delante de todos nuestros amigos, parejas y amigos de amigos, más o menos unas veinticinco personas. Le chillé como una energúmena. ¡Cómo me pasé! —le explicó Andrea llena de arrepentimiento y temor.

—Pero ¿se puede saber qué le dijiste? No puedo creer que todavía siga enfadado.

—¡Ay, Julia! —exclamó empezando a llorar—. Esta vez no me va a perdonar. Le grité delante de todos si no había tenido suficiente con meterse con mi hermano, para decirme ahora qué era lo que yo tenía o no tenía que hacer. Le chillé enloquecida que, si pensaba que era una borracha y no le gustaba lo que era, que se largara y que me dejara en paz. Como colofón de mi actuación, le dije... no sé ni qué fue lo que dije. Recuerdo llamarlo imbécil, gilipollas y no sé cuántas cosas más. Y, si todo eso no fue suficiente, añadí que siempre había pensado que era un aburrido y que jamás se lo había dicho porque me daba pena. ¡Dios mío! ¡Cómo la cagué! —Lloraba desconsolada sin apenas poder hablar.

—¡Joder, Andrea! ¿Por qué hiciste algo así? ¿Qué te dijo Mateo? —preguntó a la vez que se acercaba a su amiga y le ofrecía un pañuelo para limpiarse. Era algo que no le faltaba por toda la casa, pañuelos.

—Se marchó él solo. Salió de casa de Rosa y Esteban y desde entonces no lo he vuelto a ver —le contó algo más calmada—. No coge el teléfono y no me abre la puerta de su casa, aun sabiendo que está dentro. Me rehúye cuando voy al estudio de televisión. No deja que me acerque a él ¡No sé nada de él y me estoy volviendo loca!

Julia no sabía qué decirle y simplemente la dejó calmarse. Era increíble que

Mateo actuara así, debía de estar muy dolido y no era para menos. Y es que a su amiga le perdía el explosivo carácter que tenía y, aunque después no era nada, en el momento más álgido de la discusión era capaz de decir las mayores burradas conocidas. ¡Menuda boquita tenía la colega! Pero verla así, después de lo ocurrido, tan desvalida y rota de dolor le rompía el alma.

—¡Si me deja, me voy a morir! —dijo rompiendo a llorar desconsoladamente.

—No, cariño, ¡de eso no se muere! —la animó Julia con una triste sonrisa mientras le pasaba la mano por su negra cabellera—. Lo sé por experiencia. Si esa afirmación fuera cierta hace muchos meses que yo estaría muerta.

Para cuando llegaron Noelia y Mireia las dos estaban mucho más calmadas, pero con signos evidentes de haber llorado y no poco. Por ello, ante la insistencia de sus amigas, Andrea repitió su relato y volvió a llorar, momento que aprovecharon las recién llegadas para despotricar contra todos los hombres. Claro que nada tenían que ver las historias de ellas con lo que le acababa de suceder a Andrea.

—Ya sabes lo que pienso de los hombres, son para usarlos y tirarlos, igual que un pañuelo —aseguró Mireia con aplomo.

—Yo me como un bistec cuando me apetece, pero sin quedarme con la vaca entera —añadió esta vez Noelia.

Julia las entendía perfectamente. ¿Cómo no iban a pensar así? Las dos habían tenido una gran decepción con los hombres, al igual que ella. Sin embargo, no compartía su opinión. ¡Vaya grupo formaban las cuatro en ese momento! El club de las decepcionadas.

Noelia se casó con Pedro y dos años después se separaron. El motivo parecía surrealista, ella siempre había pensado que su marido era poco fogoso, a algunos hombres les pasaba. Pero lo que de verdad sucedía era que Pedro era gay y se había cansado de fingir, aunque tardó un poco en hacerlo. Se había casado para cubrir las apariencias, ya que venía de una de las familias más conservadoras de Vilanova. Cuando murió su padre, se armó de valor y, después de confesar su condición sexual, se marchó a Barcelona. Jamás pensó en Noelia ni en el daño que le causaría. Esta se quedó hecha polvo por lo inesperado de la noticia y porque ella sí lo quería. Además de lo mal que lo pasó por la ruptura en sí, tuvo que aguantar estoicamente las risas y burlas de algunos desaprensivos. No pudo librarse de que mucha gente sin cerebro, todo hay que decirlo, le hiciera bromas de muy mal gusto.

En cuanto a Mireia, había dejado a su novio hacía un año y medio. Lo había

pillado siéndole infiel. Leyó un mensaje en su móvil de una tal Alba, demasiado cariñoso para un compañero de trabajo y un poco subido de tono. Aunque en un principio intentó perdonarlo y darle la oportunidad que él le pedía, seis meses después se dio cuenta de que era imposible. No vivía, siempre estaba pendiente del teléfono. Lo llamaba a todas horas y, si tardaba en cogerlo, sospechaba y, si no lo cogía, todavía sospechaba más. Si se retrasaba más de cinco minutos de su hora habitual de llegar a casa, lo sometía a un interrogatorio de tercer grado. Era una situación insostenible y al final no pudieron superarlo, así que cada uno se fue por su lado.

Y Andrea era la última integrante del club, sumando así una nueva historia igual de patética que las de sus amigas.

—No la defendáis que la culpa ha sido de ella y no del pobre Mateo.

—Ya lo sabemos, sin embargo, nos negamos a defender a un hombre. ¡Ya está! Pero ¡anda, hija, que no eres bruta! Ahora que no hay ninguno cerca y no nos pueden oír... ¡Te has pasado tres pueblos!

—Ya me conocéis, cuando empiezo a discutir no soy capaz de parar, me embalo, y al final he acabado con su paciencia.

—Se le pasará, ya lo verás. Pero primero tiene que calmar su enfado. Es normal que no quiera verte por ahora —le dijo Julia intentando tranquilizarla.

No iba a ser una tarea fácil, Mateo llevaba diez días sin dar señales de vida y parecía imposible que volviera. Tuviera la culpa o no, él siempre daba el primer paso para una reconciliación. En esta ocasión todo era diferente.

Julia les contó su aventura periodística y, aunque fueron unas Navidades diferentes de las vividas hasta aquel momento, no todo había sido trabajo y riesgo. No habían dejado de celebrar ninguna de las fechas señaladas y las noches eran divertidas. Noelia y Mireia contaron sus últimas aventuras. Se guiñaron el ojo entre ellas, sabiendo de antemano que aquellas dos se iban a escandalizar.

—¿Cómo fue vuestra Nochevieja? ¿Qué hicisteis? Porque estoy segura de que no os quedasteis con la familia —preguntó Julia a sus dos amigas vilanovinas.

—Pues has acertado. Salimos y alguna se trajo el bistec a casa... o el postre, según se mire —reveló Mireia entre risas picaronas.

Noelia soltó una fuerte carcajada.

—No debería deciros nada porque sé que no lo vais a aprobar. Si no lo dices, revientas, Mire. ¿No ves que estas dos son unas mojigatas? —la regañó Noelia.

—¿Se puede saber qué has hecho? —preguntó con curiosidad Julia. Las conocía y sabía que eran capaces de cualquier cosa.

—Bueno, os lo digo, pero después no quiero sermones. En Nochevieja salimos a tomar unas copas y conocimos a un grupo muy numeroso que nos llevaron a una fiesta privada. Allí conocí a un chico monísimo y después de la fiesta me acompañó a casa... y se quedó. Ya está.

Mireia se reía sin parar y la ayudó con el relato.

—Te olvidas de un pequeño detalle y es que el pollo es, más bien, pollito. Es un yogurín de diecinueve años —explicó.

—¿Qué dices? ¿De verdad estás saliendo con un crío? —preguntó Andrea con sorpresa.

—De crío no tiene nada. Muchos hombres con los que he estado no le llegan ni a la suela de los zapatos —contestó Noelia—. ¿Ves?, ya sabía yo que no lo iban a entender.

—No es eso. Si estás bien, no hay más que decir —respondió Andrea.

—Solamente hay una cosa que me preocupa y es que te quedes pillada por él y vuelvas a sufrir —añadió Julia. La había visto totalmente abatida y no quería que le volviera a suceder algo parecido.

—Vamos a ver, chicas, que yo no me cuelgo de nadie. Me sirven para lo que me sirven y punto. No os podéis hacer una idea de la energía que tiene. Me deja muerta en la cama, no han pasado ni quince minutos y ya tiene la polla mirando hacia el techo. Eso de echar un polvo y ya está, para nada. ¡Echamos hasta tres seguidos! No se le acaba la mecha nunca, parece el conejito de Duracell. Solo quiere probar cosas nuevas, posturas que no sabía ni que se podían hacer. Al día siguiente no valgo para nada, pero ¿sabéis qué os digo? Que me quiten lo *bailao*. —Todas sabían que era de contar todo con pelos y señales y no podían dejar de reír—. Reiros todo lo que queráis. Os voy a decir una cosa, después de probar el lechal, no vuelvo a la ternera vieja. No sé cuánto durará esta historia con Albert, sin embargo, lo voy a aprovechar al máximo.

Todas se esforzaban para que Andrea se olvidara, durante unos minutos, de su metedura de pata y Noelia lo consiguió. Pero enseguida volvió a culparse de lo sucedido. Las demás no sabían si el bueno de Mateo tenía un monumental cabreo y necesitaba tiempo para perdonarla o, por el contrario, ya se había cansado y había gastado con ella toda la paciencia que le habían repartido al nacer. Todas sabían cuánto se querían, pero también sabían que, muchas veces, el amor no es suficiente para seguir al lado de una persona.

CAPÍTULO 5

Al día siguiente Julia se levantó temprano y desayunó con mucha tranquilidad, disfrutando de un soleado día de enero en su terraza. Era la suerte de vivir en un ático, todo un lujo poder tomar un café en pleno mes de enero contemplando la playa Nova Icaria, la más cercana a su casa. La mañana era espléndida, nada como los rayos del sol para renovar las fuerzas. Cerró los ojos absorbiendo toda la energía que el astro rey le mandaba a través de sus débiles rayos invernales. No pudo quedarse mucho tiempo allí sentada, hacía frío, así que entró al confortable salón y siguió contemplando el mar mientras terminaba su café.

Siempre había pensado que era una privilegiada por vivir en un país como el suyo y en una ciudad como Barcelona, pero después de casi un año viajando por los terrenos en conflicto, fue cuando estuvo segura completamente de la suerte que tenía.

Ella era natural de Vilanova i la Geltrú, una ciudad costera a unos cincuenta kilómetros de Barcelona. Cuando empezó Periodismo se pasó toda la carrera viniendo cada día en tren. En la universidad conoció a Andrea y a Mateo y los tres juntos estudiaron los dos primeros años. Después Mateo se apeó y abandonó Periodismo para empezar a estudiar lo que de verdad le gustaba que eran los medios audiovisuales. Las dos terminaron la carrera juntas. Enseguida encontró trabajo en una importante agencia de noticias, estas llegaban a ella de primera mano de los mismos reporteros y ella las distribuía a los periódicos. Por comodidad, decidió alquilar un piso en la ciudad. Durante un año lo compartió con Diego, hasta que este se marchó a Nueva York. Ella siguió viviendo en él hasta que conoció su traición. A partir de aquel momento hizo un cambio radical en su vida, se cambió de piso y también de trabajo.

Esa mañana se levantó temprano para aprovechar todo el día. Salió de casa y caminó hasta la estación de metro más cercana y de allí a la estación de Sants. Esperó el tren de cercanías, recordando sus continuos viajes cuando estudiaba la carrera. En poco más de media hora llegó a Vilanova. Era una ciudad preciosa, con un paseo marítimo lleno de vida tanto en verano como en invierno. A Julia le encantaba pasear por la Rambla, llena de tiendas y de

bares respirando actividad. Por no olvidar la calle Capuchinos, peatonal y donde podías encontrar comercios de todo tipo. Las playas de la ciudad eran amplias y limpias. Para Julia era su paraíso, sin embargo, le resultaba más cómodo vivir en Barcelona debido a sus irregulares horarios. Eso sí, en cuanto tenía ocasión volvía a su edén particular.

Esa mañana la pasó con su madre paseando por la orilla de la playa y tomando una cerveza en el paseo marítimo, bajo el tímido sol de enero que les permitía estar sentadas en una mesa exterior. A la hora de la comida se juntaron todos los miembros de la familia. En cierta manera fue una forma de celebrar las Navidades, esta vez con Julia. Todos le dieron sus regalos y ella repartió los recuerdos que había comprado en los zocos de Túnez. Después se fue con su hermano Damián a la guardería para recoger a su sobrina Carlota. La niña tenía poco más de un añito y era la debilidad de toda la familia. Era tan graciosa y cariñosa que no podías pasar un segundo sin decirle algo o achucharla. Julia se la comía a besos. Daba gusto hacerlo porque la niña no protestaba, ¡todo lo contrario! Era tan zalamera que Julia no podía dejarla tranquila. Y, cuanto más la achuchaba, más feliz era la pequeña. Su padre trabajaba en la fábrica Pirelli y estaba a punto de jubilarse. Le encantaba ir a pescar, aunque después nadie se comía lo que pescaba y la mayoría de los días tenía que regalarlo. Cada vez que iba se escuchaba en casa lo mismo.

—¡Qué lástima de pescado! —se lamentaba viendo el fregadero de la cocina lleno de peces recién cogidos.

—No podemos comer lo mismo todos los días, sobre todo, porque tú no lo pruebas. Creo que con dos veces a la semana es más que suficiente. Y, si no, no vayas a pescar —le repetía su madre siempre.

—A mí me gusta pescarlos, pero no comerlos.

—Pues suéltalos después, yo paso de cocinarlo más de dos veces por semana. Si comiéramos todo lo que traes nos iban a salir escamas.

—Así no tiene gracia —repetía el bueno de su padre.

—Regálalo, haz lo que quieras, pero no lo traigas a casa —replicaba su madre al final perdiendo la paciencia.

Siempre era igual, la misma conversación y las mismas protestas desde hacía... Uff, imposible saberlo con seguridad, ella recordaba esa misma conversación desde siempre.

Más tarde, vino su cuñada Teresa. Enseguida se metieron en su antiguo cuarto para hablar. Sabía lo que su cuñada le iba a preguntar y no le molestaba hablar con ella, todo lo contrario, puede que Teresa fuera la persona con la

que más había hablado sobre Diego.

—¿Qué tal las Navidades? ¿Hubo fantasmas?

Julia no pudo evitar soltar una carcajada. A nadie se le había ocurrido comparar a Diego con un fantasma. Teresa también se echó a reír, pero durante todas las fiestas había bombardeado a Julia con mensajes con el único propósito de saber realmente cómo se encontraba y si en aquellas fechas el recuerdo de Diego era más intenso para ella. Su cuñada era la única con la que podía hablar, aunque fuera poco, de él. La escuchaba y la dejaba desahogarse y también le aconsejaba. Mil veces le había dicho Teresa que estando en su lugar ella le habría dejado explicarse y, después de escucharlo detenidamente, habría tomado una decisión. Pero ella no aceptaba el consejo.

Delante de Andrea, Julia ni mencionaba su nombre, era su hermana y no quería ponerla en una situación difícil. Era normal que su amiga quisiera defenderlo. Y con sus amigas Noelia y Mireia era mejor no hablar de él, pues se ponían como fieras. No querían ni decir su nombre en voz alta y si alguna vez querían decir algo, aunque siempre fuera para ponerlo de vuelta y media, se referían a él como el Innombrable.

Respecto a su familia, tanto a sus padres como a sus hermanos les dolía, se sentían estafados y engañados al igual que ella. Si alguna vez salía su nombre, su madre empezaba a llorar compadeciéndose de ella, y toda la familia le dedicaba diferentes calificativos, a cuál más bestia.

Así que era con su cuñada Teresa con la única que podía desahogarse y hablar como personas civilizadas. Con ella y con José.

—No te rías y contesta. He estado preocupada por ti, estabas tan lejos y por los escasooooos —dijo Teresa alargando la palabra para resaltar que no estaba muy contenta— mensajes, no llegaba a descifrar tu estado de ánimo.

—Bueno, ya sabes que estaba con José y que es tan buen confesor como tú. Mira, he estado tan ocupada, tan preocupada, tan asustada y sobre todo tan cansada que apenas he tenido tiempo de pensar en él. Creo que ha sido lo mejor que me podía pasar, unas Navidades trabajando. Y por las noches también teníamos nuestras pequeñas fiestas, nos reuníamos muchos periodistas en el hotel, todos estábamos cubriendo la misma noticia y nos lo pasamos bien, la verdad.

—Yo también creo que ha sido lo mejor, estando en casa no hubieras podido evitarlo y hubieras recordado las Navidades pasadas. ¿Has sabido algo de él?

—¿Cómo quieres que sepa algo? Jamás contesto a sus llamadas y tampoco

dejo que Andrea me diga nada. Y eso que lo intenta siempre que puede.

—¡Claro! Ella os quiere a los dos y le duele esta situación. Yo siempre he pensado que deberías haber escuchado lo que tenía que decirte, nunca viene mal prestar atención cuando tanto insisten. Sin embargo, respeto totalmente tu forma de actuar.

—¡Ya lo sé! Tu lema es siempre hablar y hablar. Pero, para mí, los hechos en esta ocasión claman al cielo. No tengo nada que hablar. ¡Tiene un hijo! Y sabes muy bien cómo se hacen los hijos y eso no lo puedo perdonar. ¡Lo siento! Además, lo hemos hablado muchas veces, y no voy a cambiar de opinión.

—No sé por qué ha salido en la conversación, yo solo quería saber si habías estado bien, es lo único que me importa.

—Puedes estar tranquila, pues he sobrevivido y, como puedes comprobar, estoy bien, ¿no?

Teresa tenía sus reservas, no sabía si su cuñada estaba bien o intentaba engañar a todos. Pero no le iba a decir nada, la traición de Diego había sido un duro golpe para ella y había endurecido mucho su corazón.

Además de la infidelidad de su novio, había sido testigo en ese último año de muchos dramas y desgracias. Los continuos reportajes, algunos de ellos en zonas de guerra, habían provocado que Julia blindara su corazón con una potente coraza para poder seguir trabajando. Aun con todo, en ocasiones se volvía muy vulnerable y la pena le hacía llorar amargamente al llegar a la habitación. Suerte que siempre contaba con el consuelo de José. Algunas escenas vividas en primera fila, y sin poder hacer nada para evitarlas, hubieran roto a cualquier persona sin preparación psicológica.

Después de la charla con su querida cuñada, se despidió de todos hasta el domingo y volvió a Barcelona. Antes de llegar a su casa, en Sants, cogió el metro hasta Arco de Triunfo. Quería hablar con Mateo, así que llegó hasta su casa y delante de su portal se paró unos segundos pensando cómo afrontar esa situación. No sabía cómo hacerlo, así que, sin darle más vueltas, llamó a su piso.

—¿Quién es? —contestó Mateo.

—Soy Julia. Ábreme.

El silencio se alargaba, ni Julia decía nada ni Mateo preguntaba, pero el característico sonido de la puerta al abrirse no se escuchaba. Mateo agachó la cabeza delante del portero automático mientras sostenía el auricular en la mano, se lo estaba pensando. Al final, unos segundos más de duda y la puerta

se abrió. Julia suspiró, estaba temiendo que tampoco a ella quisiera verla. Así que, sin más preámbulos, entró y subió hasta el tercer piso, donde se encontraba Mateo parado ante la puerta.

Nunca se había fijado físicamente en él, quizás porque a su lado siempre estaba Andrea, que acaparaba toda la atención. Pero en ese momento se dio cuenta de que, cuando estaba solo y sin nadie que le hiciera sombra, resultaba muy atractivo. Lo que más destacaba era la pinta desaliñada y un pelo totalmente despeinado, como si se acabara de levantar. El caso era que no resultaba desagradable, todo lo contrario, le quedaba bien. Igual que la barba de tres o cuatro días que le confería una apariencia más varonil. Mateo siempre había cuidado mucho su fachada, siempre iba bien peinado y sin una sombra de barba. Por eso a Julia le llamó tanto la atención el nuevo aspecto que lucía.

Tampoco le pasó desapercibida su mirada, no tenía la viveza de siempre. Era triste, la decepción se reconocía a simple vista. No hacía falta ser muy observadora para darse cuenta de cuánto estaba sufriendo.

Mateo, mientras escuchaba los pasos de Julia, pensaba que si venía con Andrea entraría en su casa y no las dejaría hablar. Por eso, al ver que llegaba sola, se quedó quieto, por una parte, más tranquilo y, por otra, un poco decepcionado, aunque resultase contradictorio, le hubiera gustado ver que Andrea intentaba acercarse de nuevo a él. Se dieron dos besos y entraron en su casa.

—¿Cómo estás? He venido porque ayer estuve con Andrea y me contó todo —le dijo directa, sin tapujos ni sutileza.

—¿De verdad que te contó todo? —contestó él, incrédulo.

—Sí, lo hizo. Está tan arrepentida que no dejó de llorar en toda la noche.

—Me ridiculizó delante de todos sin ningún motivo, yo apenas había hecho un comentario. Nadie nunca me había hecho sentir así, como si fuera una mierda. ¡Y lo hizo ella, la mujer que me ama! —exclamó dolido y sin prestar atención al estado de Andrea.

—¡Es una bocazas! Pero enseguida se arrepiente, ya la conoces.

—Sí, ya la conozco. Sin embargo, aunque la amo, no la aguanto más. ¡No soy su felpudo! Y esta ha sido la última vez que lo ha hecho. Se lo he advertido muchas veces, Julia. Mil veces le he pedido que no se pasara. ¡Eran todos nuestros amigos, joder! Además de perderme el respeto como nadie lo ha hecho, me ha convertido en el hazmerreír, «el calzonazos» que tiene que aguantar las mofas de todos. ¡Y estoy hartos!

—Está muy asustada y sabe que ha metido la pata hasta el fondo. Te quiere tanto que le aterrera perderte.

—No me ha cuidado nunca. ¿Y sabes lo peor? Que la culpa ha sido solo mía. Jamás debí permitirle que me tratara así. La primera vez que me perdió el respeto debí hacer lo que he hecho ahora. Pero ahora ya es tarde, no la puedo perdonar, no hay marcha atrás. Estoy muy herido —sentenció Mateo.

—Piensa bien lo que haces, os queréis mucho y esto tiene arreglo. Te echa de menos.

—Ya lo sé, pero en cuanto pasan dos días se le olvida y vuelve a las andadas. No quiero una vida así, quiero tranquilidad, que mi casa tenga paz y no que sea un campo de batalla —se lamentó—. Así no podemos formar una familia. Si un día tuviéramos hijos, ¿en qué ambiente iban a crecer? ¿En uno en el que vean que a su padre se le puede tratar como hace su madre? No, no estoy dispuesto a convertirme en el felpudo de nadie, no quiero esa vida. Si hablas con ella, dile que me deje en paz y que lo sucedido el otro día fue la gota que colmó el vaso.

—Lo siento tanto por vosotros... Estoy realmente dolida.

—¿Y tú? ¿Cómo llevas tu asunto? ¿Cuesta mucho cerrar esa herida? —le preguntó.

Mateo no quería seguir hablando de Andrea, así que cambió totalmente la conversación.

—Despacio, pero va. Si quieres que te diga la verdad, no sé cuándo se cerrará. Es muy lento y, aunque la herida esté allí, te acostumbras a vivir con ella.

—¡Pues estamos bien! —suspiró agobiado—. ¿Cómo está la situación en el norte de África? Las noticias que escuchamos no son muy halagüeñas —preguntó intentando desviar la atención.

—Los ánimos están muy alterados. La gente está cansada de tantas injusticias. Pero no sé en qué quedará todo.

—Como siempre, en nada. La gente se cansa enseguida de manifestarse y los de arriba tienen paciencia para esperar a que eso suceda.

—No estamos acostumbrados a ver cómo, en países con regímenes autoritarios, la gente sale a la calle exigiendo derechos. Por ahora las protestas se empiezan a extender por más países.

—Ojalá su lucha en la calle sirva para que se produzca un cambio en el pueblo, unas mejores condiciones de vida y unos derechos.

Ya no pudo volver a encauzar el tema. Andrea lo tenía negro. Nunca había

visto a Mateo tan enfadado, decepcionado y dolido, pero lo que más le inquietaba a Julia era la determinación, no estaba dispuesto a darle una oportunidad. Siguieron hablando de su último viaje e hicieron suposiciones sobre cómo terminaría y en qué afectaría a España las revueltas del norte de África. Al final se despidieron sin que Julia pudiera convencerlo de que escuchara a Andrea. Su amiga había cometido un terrible error, y tal y como veía la situación, lo tenía muy difícil. Convencer a Mateo de su arrepentimiento y de que no volvería a repetirse, estaba muy complicado.

CAPÍTULO 6

El veintidós de febrero, ante la avalancha de acontecimientos que se estaban sucediendo desde Egipto hasta Marruecos, Julia y José volaron de nuevo al norte de África. Esta vez el destino fue Libia, donde una revuelta amenazaba con derrumbar la estabilidad de Gadafi en el poder. Llegaron al aeropuerto internacional, algo alejado de la capital, exactamente a unos treinta y cinco kilómetros y no les quedó más remedio que coger un taxi porque no se sentían seguros alquilando un coche y conduciendo ellos mismos.

Cuando el taxi los dejó delante del hotel respiraron aliviados. El viaje desde el aeropuerto los había dejado inquietos, había patrullas y tanquetas del ejército por muchas calles por las que pasaban. La tensión se palpaba en el aire y todo el mundo estaba nervioso. Muchas personas corrían por las calles despavoridos al escuchar tiros y los militares iban encañonando a la gente. El taxista iba deprisa, aunque parecía tranquilo, pero a ellos lo que veían a través de la ventanilla del taxi les parecía muy inquietante.

Ya en la habitación se instalaron, teniendo las cámaras a punto para disparar en cualquier momento en el que sucediera algo. Después buscaron entre los clientes del hotel el número de periodistas y de qué medios venían. A la hora de la comida, vieron a algunos conocidos y otros totalmente nuevos. Julia mandó un mensaje a Macarena y esta enseguida le contestó. Esta vez no coincidirían, ellos viajaban a Nueva Zelanda, acababa de producirse un terremoto y viajarían en el avión con un grupo de bomberos que iban a ayudar en el rescate de personas.

Dejó el móvil sobre la mesita y se acercó a la ventana, junto a José, que miraba desde el balcón y a través del objetivo de su cámara cómo transcurría una manifestación muy cerca del hotel. Estaban en un cuarto piso y no corrían peligro. Al acordarse de que mandaba mensajes a toda su familia e incluso a sus amigas, no pudo evitar sonreír. José no la vio, pero sí sintió su gesto.

—¿Por qué sonríes así?

—Porque estaba pensando en algo gracioso.

Apartó la vista del objetivo y la miró.

—Me lo vas a decir o tengo que descubrirlo jugando a las adivinanzas.

—Te lo cuento. Es una tontería, pero me ha hecho gracia. Pensaba en que ya

podrías mandar los mensajes a toda mi gente, pues estarán esperando tu crónica.

—Eres muy descuidada con eso. Los que están en casa y ven las noticias, a veces bastante alarmantes, se angustian y piensan que estás constantemente en peligro. Un simple mensaje diciéndoles que ya estás en el hotel les permite dormir tranquilos. No creo que te cueste tanto hacerlo.

—Ya lo sé, pero a veces no me acuerdo. No todos tenemos la capacidad que tienes tú para ser omnipotente y estar en todo. ¡Menudo rapapolvos me estás metiendo!

—Si yo tuviera una familia que espera mis noticias, quizás sería tan descuidado como tú. Cuando no tienes a quién avisar de tu paradero, a quién decirle que estás bien, lo añoras. Sabes la clase de familia que tengo, un hermano investigando en la Antártida con el que, la mayoría de las veces, no puedo contactar. Y únicamente me queda una hermana que vive dentro de un hospital y a la cual le mandas un mensaje y te contesta dos días después. A lo mejor si estuvieras en mi lugar echarías de menos poder decirle a alguien que estás bien y que dejen de preocuparse por ti. En mi caso, a nadie le importa dónde estoy, si me juego la vida o estoy tomando el sol. Igual te crees que lo hago de manera altruista, pero la realidad es que yo también me beneficio de ese gesto.

José le había contado, en una de esas largas conversaciones que mantenían muchas veces por la falta de sueño, las ocupadas vidas de sus hermanos mayores.

Víctor era investigador de Biología y llevaba a cabo un estudio sobre el clima y su variación por el cambio climático a través de todo el planeta. En muchas ocasiones, sus estudios lo llevaban hasta la Antártida, como en ese momento, quedando incomunicado. Y su hermana Isabel era una prestigiosa cirujana que trabajaba en un hospital de París junto a su marido. Los dos estaban muy entregados a su trabajo, tanto que se olvidaban del mundo exterior, cada operación era un reto y siempre buscaban uno más difícil que el anterior.

José siempre le decía que tenía una familia, pero solo de nombre, porque nunca los tenía cerca cuando los necesitaba. Suerte que sus amigos hacían el papel que normalmente estaba reservado para ellos.

—¿Cómo me va a molestar? Todo lo contrario, te agradezco que mandes esos mensajes que debería mandar yo. Tú no sabes dónde te tiene toda mi familia. ¡En el altar mayor! Tienes a mi madre, mi cuñada, y también a mis

amigas embelesadas. ¿Y tú has hablado estos días con tus hermanos?

—Si consideras hablar encontrar un mensaje en el contestador de casa, pues entonces hemos hablado. Yo, por mucho que lo intento, nunca puedo contactar con ellos, jamás me cogen las llamadas, así que he desistido. Parece ser que solo podemos comunicarlos con los contestadores.

—¡Lo siento, José! Sé que eres muy familiar y debes de estar decepcionado.

—Empecé a darme cuenta de cuál era la nueva situación a la semana siguiente de la muerte de nuestros padres. Tanto Víctor como Isabel dejaron muy clara su postura. Nadie iba a cuidar de nadie, todos éramos ya adultos, a pesar de que yo solo contaba con diecisiete años. Viviríamos juntos, pero sin ataduras, cada uno se tenía que preocupar de sí mismo. En poco tiempo el hogar de mis padres se convirtió en una pensión. Los tres deambulábamos por la casa a diferentes horas y sin apenas coincidir. Pocas veces comíamos o cenábamos juntos, ni siquiera en fechas señaladas. —Recordaba José con un deje de desilusión—. Aquel ambiente era de todo menos familiar. Y lo más doloroso es que creo; no creo, estoy seguro, de que he sido el único de los tres hermanos que ha añorado aquella atmósfera de unión que mis padres trataron de crear, pero que murió con ellos. Una pena porque su esfuerzo no sirvió para nada. ¡En fin!, ¡cosas que pasan! —exclamó encogiéndose de hombros y ladeando la cabeza.

Aquel simple gesto le hizo recordar con qué pena le contó el accidente de sus padres a pesar de haber pasado veinte años.

Los dos trabajaban en la misma empresa y cada mañana tomaban la autopista para ir hasta un pueblo de las afueras de Barcelona. Debido a la lluvia, aquel día se empezó a formar un atasco en la autopista y decidieron salir de ella para ir por la carretera. El camión que iba delante de ellos perdió la carga y esta cayó sobre el coche. Los bomberos los sacaron todavía vivos del vehículo, pero ninguno de los dos llegó al hospital con vida. Murieron en la ambulancia, su madre durante el trayecto y su padre antes de que salieran del lugar del accidente.

—Lo siento, de verdad —se disculpó Julia, más que por su patética vida familiar, por ser la responsable en esos momentos de hablar de ese tema, no debería haber preguntado—. Solo quiero que sepas que me puedes considerar tu hermana y, a mi familia, la tuya.

—Aunque te parezca mentira, tu madre ya me ha ofrecido más de una vez formar parte de tu familia, así que llegas tarde.

Julia no pudo decir nada, se había quedado totalmente descolocada. ¿De

qué se extrañaba? Su madre era como una gallina y, por lo visto, ya había acogido a José bajo su ala.

Los días se sucedían y la Rebelión de los Jazmines de Túnez había tenido un efecto dominó, iba corriendo a lo largo de todos los países del norte de África como la pólvora. Lo que en un principio iban a ser tres o cuatro días de estancia pasó a ser mucho más, sin saber a ciencia cierta cuándo regresarían a casa.

Ese día amaneció nublado y la tristeza se palpaba en el ambiente. Cuando Julia intentó abrir los ojos, sintió una enorme opresión y se rindió, volviéndolos a cerrar. La noche anterior le costó mucho conciliar el sueño y había un motivo, al día siguiente, aquel veintiséis de febrero, se cumplía un año. ¡Ya había pasado un año! Habían pasado trescientos sesenta y cinco días desde aquella mañana tan lejana en el tiempo y, en cambio, tenía la sensación de que todo había sucedido el día anterior. Al menos el dolor seguía siendo tan intenso como el primer día.

Se había pasado toda la noche llorando en silencio, ahogando sus lágrimas en la almohada, hasta que el cansancio la venció casi al amanecer. En ese momento estaba sufriendo las consecuencias de esas horas de insomnio. Le escocían los ojos y los tenía tan hinchados que apenas podía mantenerlos abiertos. Hizo un gran esfuerzo y se metió en la ducha, esperando que el agua reparara el estropicio que había sufrido durante la noche. Permaneció bajo la ducha más de diez minutos y al final salió. Se secó despacio y, antes de vestirse, volvió a mirarse al espejo. No había remedio. ¿Qué esperaba?, ¿que una noche llorando no dejara huella?

Ya no intentó nada más, simplemente se resignó. Cuando estuvo vestida se preparó para ser fuerte y no llorar en cuanto le preguntase, José era muy discreto y jamás se metía en nada, pero aquella mañana su aspecto clamaba al cielo y sabía que su amigo se iba a preocupar.

Y así fue, en cuanto apareció en la habitación, José no pudo evitar fijarse en ella, saltaba a la vista que le pasaba algo.

—¿Qué te sucede? ¿Te encuentras mal?

Julia negó con la cabeza, pero fue imposible disimular por más tiempo, no podía ocultar cómo se sentía, porque todo a su alrededor la incitaba a hundirse: el día gris, la lluvia, el frío y los recuerdos. Así que, sin poder aguantarlas por más tiempo, sus lágrimas volvieron a fluir con acompasados sollozos. José, alarmado, se acercó hasta ella y la abrazó, consolándola y esperando pacientemente, sin atosigarla, a que pudiera hablar. Pasados unos

minutos Julia se fue calmando. Tener unos brazos en los que podía refugiarse para desahogarse era un gran consuelo.

—¿Me vas a decir de una puta vez qué es lo que te pasa?

—¡Ay, José! ¡Nunca podré con esto! —Y, sin poder seguir hablando, volvió a llorar, totalmente desconsolada.

José le pasó el brazo por los hombros y la guio hasta la cama, la tumbó y se quedó a su lado, mientras esperaba a que se calmara. Pidió el desayuno por teléfono y, en poco más de un cuarto de hora, unos suaves toques en la puerta anunciaron que ya había llegado. Un amable camarero entró, dejando una bandeja bien surtida en la mesa de la habitación.

José cogió una taza de café y se la llevó a Julia, haciéndola levantar y colocando la taza entre sus manos.

—Tómate este café caliente y bien cargado y después, sin retrasarlo por más tiempo, me cuentas qué está sucediendo y por qué no puedes dejar de llorar. —Aunque imaginaba que el motivo era Diego, no quiso ni pronunciar su nombre.

Y así hicieron, los dos tomaron el café en silencio. Julia cogió un pastelito de entre todos los que había en la bandeja, un *gharaiba* y no tardó más de un minuto en comérselo. Alargó la mano y esta vez cogió un *baklaba*. Los pasteles de Túnez para mucha gente resultaban hasta empalagosos de tan dulces, pero para una golosa como Julia eran el paraíso.

Después de ingerir una buena cantidad de dulces, su ánimo estaba algo mejor, al menos había dejado de llorar y le debía a José una explicación. Así que, sin terciar entre ellos más preguntas, le contó lo que sucedía.

—Siento haberme puesto así y haberte asustado. Verás... no sé cómo empezar. Hoy hace un año que Diego me llamó por teléfono para comunicarme que me había sido infiel y que iba a tener un hijo. —Los ojos se le empezaban a poner vidriosos, aun así, no dejó de hablar—. Y duele igual que en ese momento. Ha pasado un año y mi corazón sigue igual de roto que entonces. Yo me hago la fuerte y aguanto, pero ¡no puedo más! ¡No sé cómo seguir adelante con mi vida! Soy una mujer rota que jamás podrá recomponerse.

—¡Tranquila, cielo! Háblame, dime cómo te sientes, suelta todo lo que llevas callando durante un año. Yo no te voy a decir ni lo que tienes que hacer, ni si estoy de acuerdo con tu forma de actuar o no, solo te voy a escuchar. Tienes que sacar todo lo que tienes dentro, después te sentirás mejor. No vas a encontrar la solución, pero te quitarás un gran peso de encima, es lo que sucede cuando compartes tus angustias.

—Ese es el problema, que no siento nada. Únicamente dolor, pena y angustia. ¿Nunca voy a levantar cabeza? ¿Cuánto tiempo necesito para olvidarlo?

José se quedó pensativo, aunque nadie lo llegara a imaginar, llevaba a sus espaldas una triste decepción. No obstante, no quería que saliera del fondo de su alma, donde unos años antes la enterró y donde permanecía sin que nadie supiera de ello. Así que mintió sin remordimiento.

—No tengo ni idea, solo he tenido rollos de dos meses, como mucho, jamás he tenido una relación larga. Cuando se acababan en alguna ocasión he pasado un par de días jodido, pero nada más. No es comparable con lo que estás sintiendo tú.

—La incertidumbre me mata. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué no me dijo con sinceridad que ya no me amaba y que se había fijado en otra? No, tuvo que engañarme y, hasta que no hubo consecuencias de su traición, no me dijo nada. Me siento estafada y engañada. Estuvimos juntos en Navidad. ¡Y entonces ya había estado con ella! Me estuvo mintiendo, era cariñoso conmigo, hicimos el amor y yo no noté que había dejado de quererme. Sus besos eran igual que siempre. ¡No puedo entender cómo fue tan falso! ¡Te juro que no lo puedo entender!

»Llevo todo el año dándole vueltas, hay noches que las paso en blanco pensando y pensando una sola cosa. ¿¡Por qué!? La incertidumbre me está destrozando los nervios.

—No quería decirte nada, pero esto no me lo puedo callar. La incertidumbre te está agobiando y no sucedería así si le hubieras dejado darte una explicación. Ahora mismo sabes las consecuencias, sin embargo, desconoces los motivos o la situación que lo llevó a actuar así.

—¿Quieres disculparlo? —preguntó a la defensiva.

—No me pongas del lado de nadie y no quieras cambiar lo que estoy diciendo, no me gustan las manipulaciones. He dicho lo que he dicho y, si no quieres seguir hablando, no hablamos más.

—Lo siento, José. Sé que no estoy siendo justa contigo. Te he entendido perfectamente. Quizás tengas razón, pero entonces no pude prestar atención a lo que me decía, me quedé en estado de *shock* al oír que esperaba un hijo. No fui capaz de seguir escuchando cómo se había acostado con otra. No quería saber más detalles. Es verdad que lo culpabilicé. Pero ¿es que era culpable! Me estaba diciendo que iba a tener un hijo con otra mujer a la que acababa de conocer. Llegó en septiembre a Nueva York y en febrero me llamó para

decirme que estaba esperando un hijo. ¡Le cundió el tiempo! ¡En cuatro meses conoció a otra mujer y la dejó embarazada!

La rabia la inundaba y, aunque las lágrimas volvían a fluir, las limpió enfadada y llena de ira con un fuerte manotazo. No entendía a Diego y llevaba un año preguntándose una sola cosa. ¿Por qué?

—Tantos planes que habíamos hecho juntos, tantas ilusiones y todas están rotas, al menos para mí. Él seguirá con su vida, al lado de esa mujer que me desbancó en tan poco tiempo, su hijo ya tendrá cuatro o cinco meses. Tiene una vida perfecta y a mí me ha dejado la amargura y el dolor. Y yo, entre lágrimas, cada noche solo pido una cosa, poder olvidarlo con la misma facilidad que él se olvidó de mí. Pero nadie me lo concede. ¡No quiero vivir así, José! Muchas veces, viendo que este sufrimiento no cesa, pienso que, si un día se perdiera una bala, todo acabaría. Igual es la única manera para dejar de sufrir.

—¡¡Ni loca pienses eso!! El tiempo todo lo cura y, si somos capaces de superar la muerte de un ser querido, piensa que una traición se curará antes.

Julia lloraba, no podía evitarlo. Pero, aunque el dolor seguía siendo insoportable, algo había cambiado, notaba una tranquilidad, un sosiego que hacía meses que no sentía y sin darse cuenta se quedó dormida sobre la cama.

José cogió una manta del armario y se la echó por encima. Después le dejó una nota y salió en silencio de la habitación. Se acercó hasta la recepción avisando de que no la molestaran.

Salió a la calle, esta vez sin Julia a su lado y pronto se encontró con dos compañeros de Canal Información y se unió a ellos. Grabaría con su cámara todo lo que se palpaba en las calles, la crispación, el miedo, incluso, en ocasiones, la crueldad del ser humano para sus semejantes. Cuando volviera al hotel, haría la crónica. Pero aquel día Julia no estaba para cubrir ningún reportaje, debía descansar.

Le gustaría echarse a la cara a ese desgraciado que, un año después, seguía haciéndola sufrir. ¡Maldito cabrón! Le jodía verla tan vulnerable y deseó que, aquel hombre que tanto daño le había hecho, jamás llegara a ser feliz y fuera, durante toda su vida, un desgraciado.

Y lo que José no sabía era que sus pensamientos estaban muy cerca de la realidad. Era como si pudiera ver lo que estaba sucediendo en esos momentos a siete mil quinientos kilómetros.

CAPÍTULO 7

Esa noche Diego llegaba a su casa, una bonita edificación en el centro de Manhattan, pasadas las seis de la tarde. Su mujer le había llamado al hospital para decirle que tenían una cena con unos amigos, a lo que él había dicho que no tenía intención de acudir. Evelyn colgó el teléfono totalmente enfurecida y lo esperaba en el enorme salón mientras tomaba una copa.

—¡Ya era hora de que vinieras! ¡Al final llegaremos tarde!

Diego fue hasta el sofá de color blanco y estaba tan impecable que parecía que apenas se utilizaba. Se quitó la chaqueta dejándola caer sobre el él y aflojó el nudo de su corbata, sentándose de golpe. Cerró los ojos y, sin molestarse en mirarla, habló.

—Ya te he dicho por teléfono que no voy a ir. Tú haz lo que te dé la gana. Mañana tengo que estar en el hospital temprano para una operación muy importante y me voy a la cama. Además, tampoco me apetece ir, tú y tus amigos me aburrís.

—Ya he llamado a mi padre y te ha quitado la operación de mañana — comentó, como si no hubiera escuchado lo que acababa de decirle.

Diego se levantó totalmente enfurecido y se encaró con ella.

—¿Que has hecho qué? —preguntó de nuevo, a punto de estallar.

—Lo has oído perfectamente. Así podrás acompañarme.

Echaba fuego por los ojos, no podía entender a una mujer como ella, por más desplantes que le daba no se enteraba.

—¡Escúchame de una puta vez! No sé si eres tonta o te lo haces. No me interesan tus fiestas ni tus amigos. ¡No me interesa nada que venga de ti! Y, ahora, abre esos malditos oídos ¡No me interesas tú! Y eso no va a cambiar. Jugaste sucio conmigo, me engañaste con malas tretas y me jodiste la vida. ¡No te quiero y jamás te querré! ¡Me das asco! ¡Y solo espero que llegue el día en el que te pierda de vista!

—¡Eres mi marido!

—¿Tu marido? —preguntó haciendo una mueca y forzando una risa amarga llena de burla—. Mira, no me hagas reír. Nos hemos acostado una vez. ¡Una única vez! Y estamos juntos porque te quedaste embarazada, si no hubiera sucedido, serías la última mujer en la que me fijaría. Eres tramposa, me

emborrachaste para acostarte conmigo. Eres un desastre de mujer y como madre... mejor no hablar. ¡No vales para nada!

—Bueno, pero tengo lo que me interesaba —dijo levantando el dedo índice y señalando su anillo de boda sin dejar de sonreír.

—Por poco tiempo. En cualquier momento caerás, te emborracharás y te irás a la cama con alguno de tus inútiles amiguitos y entonces yo estaré allí, esperando a que ocurra y ese anillo desaparecerá de tu dedo con la misma rapidez que se puso.

—Pero habré cumplido con mi padre. Me he casado y he tenido un hijo, como él me exigía, después, casada o divorciada, podré hacer mi vida.

Diego no dijo nada más, era inútil hablar con ella. Siempre lo había sido, así que se volvió a sentar, cogió el mando de la televisión y la puso en marcha cortando la conversación de golpe.

Evelyn se dio la vuelta enfurecida y volvió a su habitación para terminar de arreglarse. Diego era un buen partido, estaba escalando puestos y en poco tiempo se convertiría en un prestigioso neurocirujano. Además, era todo un tipazo de hombre y le gustaría presumir de él. ¡Sería la envidia de sus amigas! Pero él jamás la acompañaba y solo iban juntos a las escasas fiestas que, con motivos benéficos, celebraba el hospital.

Cada uno tenía su propia habitación, no compartían nada, ni siquiera una comida. Si Evelyn estaba en casa, que eso rara vez sucedía, él comía en su despacho solo. Desde aquel lejano día de la fiesta en la que los dos acabaron en la cama, jamás volvieron a compartir el lecho y, mucho menos, a hacer el amor. ¡Qué ironía del destino! Y él no se acordaba de nada, ni de cómo salió de la fiesta o cómo llegaron a su casa, ni de haber follado con ella. Pero la prueba de paternidad no engañaba y el hijo que tuvo Evelyn era suyo, llevaba sus genes.

Llamó al hospital para hablar con su suegro y arreglar lo que Evelyn había hecho.

—New York Presbyterian Hospital.

—Póngame con el despacho de Edward Johnson, soy el doctor Diego Benet.

—Enseguida, doctor Benet.

—Hola, Diego. ¿En qué puedo ayudarte? —preguntó solícito su suegro.

—¿Me has sacado de la operación de mañana? —contestó con otra pregunta para cerciorarse y no meter la pata, con Evelyn nunca se sabía.

—Claro, tendrías que tener confianza y pedírmelo tú.

—Yo no quiero pedirte nada, no necesito nada —afirmó con severidad.

—Evelyn me dijo que queríais ir a una fiesta y que no podías hacerlo porque tú tenías una intervención —confesó algo confuso.

—Te mintió. Yo no tengo intención de acudir a ninguna fiesta, Edward. Así que vuelve a apuntarme en esa operación.

—Vale, ahora mismo lo hago —le confirmó sin hacer más preguntas. Sabía que el matrimonio de su hija no iba bien, pero no quería inmiscuirse.

—Te pido que, de ahora en adelante, antes de realizar un cambio en mi calendario, lo consultes conmigo. En este campo, tu hija no tiene nada que decir.

—Sois jóvenes y debéis divertirlos, no todo tiene que ser obligación.

—Si vuelves a tomar una decisión a mis espaldas, me marcharé del hospital.

Su suegro se quedó en silencio, la contundente amenaza lo había puesto nervioso. Diego ya no era el becario de un año atrás y no quería prescindir de él.

—No volverá a suceder, te lo prometo.

—Eso espero. Lo que te acabo de decir va muy en serio, no es ningún farol.

Se despidió de él y colgó. Sabía que la confusión del padre de Evelyn era total, pero no podía permitir que se metiera en su vida laboral. Fue a su habitación, se quitó la ropa y se metió en la ducha. Dejó que el agua cayera sobre su cuerpo, pidiendo, como siempre hacía, despertar de aquella pesadilla. Sin embargo, su deseo jamás se cumplía y diez minutos después todo seguía igual. Se secó con desgana y se vistió de nuevo. Esta vez con unos amplios pantalones de algodón y una camiseta. Fue hasta la cocina para prepararse algo de cena sin mirar hacia la habitación de su mujer, simplemente pasó de largo.

Abrió el frigorífico y echó una mirada a su contenido. Dolores, una mujer mejicana que vivía con ellos y cuidaba de la casa y del niño, se acercó a él con una agradable sonrisa. Era una empleada de hogar que llevaba muchos años al servicio de los padres de Evelyn. Estos, al ver el escaso instinto maternal de su hija, propusieron a su empleada un cambio de aires, cuidaría de su nieto hasta que este fuera un poco más grande.

—¿Quiere que le prepare la cena?

—No, gracias, Dolores, yo me hago algo. Descanse, que no para en todo el día.

—No me cuesta nada, señor.

—¡Ni hablar! ¿Usted ha cenado? ¿Quiere acompañarme?

Evelyn entró en la cocina, vestida y maquillada para una entrega de premios. Diego ni la miró y a Dolores no le quedó otro remedio que acercarse a ella y desearle que se lo pasara bien. Aun así, ella se dirigió a su marido.

—Puede que no venga a dormir y me quede en casa de Rosmery. Depende de lo que haya bebido.

—Haz lo que quieras que yo no voy a sufrir, como si te quieres quedar a vivir con tu amiga —y no le dijo nada más, ni que lo pasara bien o que tuviera cuidado.

Evelyn salió de casa totalmente enfadada, pisando con fuerza sobre el parqué con sus finos tacones y, sin decir adiós a nadie, dio un fuerte portazo, como casi siempre. Ni siquiera se molestó en entrar a la habitación de su hijo para darle un beso de buenas noches antes de marcharse.

Dolores, después de acompañarla hasta la puerta, volvió al lado de Diego que había sacado unos espárragos y unas setas para hacer un revuelto.

—¡Déjeme a mí, señor, yo lo hago!

—¡Siéntese, Dolores! Yo no soy uno de ellos y jamás lo seré. Siempre he hecho mis cenas y voy a seguir haciéndolo. Es el único momento del día en el que siento que nada ha cambiado y que mi vida sigue siendo la que era antes.

—No es feliz al lado de Evelyn, ¿verdad? No entiendo a esta muchacha, ¡qué mal pedo!^[1] La conozco desde que era una niña, cuando entré en casa de sus papás a trabajar, pero no se parece en nada a ninguno de los dos. A mí nunca me trató bien y eso que sus papás la reñían lo cual ella ignoraba. La han consentido demasiado, pero hay que disculparlos, no podían tener bebés y ella vino como un regalo del cielo. Aunque le han dado todo lo que ha querido y eso no es bueno.

—No, Dolores, no es bueno.

—Si usted no se hubiera comido la torta antes del recreo^[2], nunca se habría casado con ella, ¿verdad?

Diego reconocía muchas de aquellas expresiones populares, porque su compañero de piso hasta unos meses antes, Darío, también era mejicano y las decía muy a menudo. Por eso, la expresión de Dolores lo hizo sonreír. A pesar de llevar tantos años en los Estados Unidos, no perdía la esencia mejicana.

—Pues no, ni me habría casado, ni ahora mismo seguiría viviendo aquí, ya estaría en mi país y al lado de la mujer que amaba. —No quiso seguir con el tema—. ¿Cómo ha pasado el día Derek?

—Bien, señor, estará a puntito de despertarse. Es que hoy ha hecho su siesta más tarde. —Dolores no sabía si decirle por qué, pues sabía que se enfadaría.

Sin embargo, al ver su cara no tuvo más remedio que hacerlo—. No se enfade, señor, pero la señora Evelyn le hizo un reportaje de fotos y se demoraron en llegar los fotógrafos. Yo me quedé de a seis^[3] cuando los vi entrar..., pero la señora me dijo que dormiría más tarde y no pude oponerme.

—¡Es que no tiene dos dedos de frente! Trastocar así a un bebé por unas fotos. ¡Cada día la soporto menos! Sobre todo, guárdeme el secreto, no quiero que ella sepa hasta donde me importa mi hijo. Si supiera que es lo único que merece la pena de mi vida, lo utilizaría para hacerme chantaje. Prefiero que piense que el niño no me importa nada.

—No se preocupe, señor, jamás le diría nada. Quiero a ese niño como si fuera mi propio nieto y a usted como si fuera mi hijo. Nadie se ha preocupado por mí tanto como lo ha hecho usted en estos seis meses. Gracias a usted mis dos sobrinos tienen un puesto de trabajo que nunca imaginaron. Ha dado la cara por mi familia y eso jamás lo olvidaré. Nunca me ha tratado como una simple criada, cuando estoy con usted, siento que somos iguales.

—¡Y somos iguales, Dolores! Usted trabaja para mí y yo trabajo para otro. Los dos trabajamos para vivir.

—¡Me duele tanto que sea infeliz!

—Sé que jamás podré ser feliz. El único que me hace sentir bien es Derek y la mayoría del tiempo tengo que fingir una indiferencia que no siento.

—Un día todo cambiará, ya lo verá, señor. ¡Dios me escuchará y será feliz!

—Nunca me ha escuchado y se lo he pedido millones de veces, ya no creo en nada.

—¡No diga eso, señor! Dios siempre está a nuestro lado.

Diego se calló, no quiso decirle lo que pensaba. Dios lo había olvidado el mismo día que puso a Evelyn en su camino.

Después de cenar, el llanto de Derek hizo que tanto él como Dolores subieran las escaleras hasta el cuarto del pequeño, que en cuanto los vio entrar dejó de llorar, brotando de sus labios una enorme sonrisa, a la vez que estiraba los bracitos para que lo cogieran. Fue Diego el que lo tomó en sus brazos y besó su diminuta cabecita, bajo la tierna mirada de Dolores. Era un precioso bebé de seis meses recién cumplidos, ya que la desordenada vida de su madre provocó un parto prematuro.

Diego cerró los ojos aspirando el aroma de su hijo, era lo único que merecía la pena en su vida, porque todo lo demás era una mierda.

Los tres bajaron al salón y allí disfrutaron del pequeño. Cuando fue la hora de su toma, Diego fue el encargado de hacerlo, como siempre que su madre no

estaba. El pequeño se había quedado dormido plácidamente en los brazos de su padre, el cual lo miraba lleno de amor. Una hora después, lo subió a su habitación dejándolo de nuevo en su cunita.

A pesar de que muchas veces había pensado que Derek era lo único que lo ataba a Nueva York y a su «mujer», no le guardaba ningún rencor, al contrario, era un pequeño trocito de él y lo quería, más que eso, era incapaz de alejarse de él. En cambio, Evelyn pensaba que seguía con ella por su puesto en el hospital y a Diego le iba bien que lo pensara, así no le chantajearía con su hijo.

Cuando el pequeño se quedó dormido, le dio las buenas noches a Dolores y se encerró en su despacho. En vez de sentarse ante su ordenador para estudiar la operación del día siguiente, como hacía siempre, se sirvió un *whisky*. Despacio, llegó hasta su mesa y, dando la vuelta al sillón, se sentó y quedó mirando fijamente a la ventana, a través de la cual se colaba la tenue luz de la ciudad. Los diminutos copos de nieve que habían empezado a caer no dejaban ver con nitidez la calle.

Para Diego aquel invierno, además de frío y solitario, había venido cargado de tristeza y melancolía haciendo mella en su estado de ánimo. Llevaba más de un año lejos de su familia y de sus amigos. Pero lo que más le dolía era el tiempo que había pasado alejado de Julia, la mujer a la que seguía amando más que a nada en el mundo. La añoraba cada segundo de su tortuosa vida.

Desde hacía unas semanas, cuando Evelyn se marchaba por la noche a alguna de las innumerables fiestas, cogía el teléfono y marcaba el número de la agencia de noticias donde trabajaba Julia. Se había prometido a él mismo no ponerse en contacto con ella hasta que su divorcio fuera un hecho. Sin embargo, era imposible cumplir su propia promesa, su mierda de vida lo empujaba a marcar aquel número. Nunca dejaba su nombre ni tampoco su contacto, él insistiría hasta que un día tuviera suerte, pero nunca la encontraba en la oficina. Él probaba, sabía que entre un reportaje y otro volvía a Barcelona y siempre pasaba por la agencia. Era cuestión de tantear y la secretaria le proporcionaba mucha información.

Después de haberlo intentado durante dos o tres semanas, llamando sin tener suerte, la ocasión que tanto buscaba había llegado y la amable secretaria le informó.

—¿Otra vez usted? En esta ocasión ha tenido suerte, Julia está en la oficina, pero no puede atenderle ahora mismo. Está reunida. Si me deja su nombre y teléfono —insistió como otras tantas veces—, en cuanto salga de la reunión se

pondrá en contacto con usted.

«¡Ja! —pensó Diego ante las palabras de aquella mujer—. Si le digo quién soy, te aseguré que nunca podré hablar con ella». Pero, en vez de eso, contestó:

—Prefiero llamarla yo. ¿Cuánto tiempo cree que estará reunida?

—Creo que, más o menos, una media hora.

—Si no le molesta, en media hora la vuelvo a llamar.

—Como usted quiera. Adiós y buenas tardes.

Con los nervios a flor de piel y su mano temblando sobre el auricular, miraba fijamente el reloj, los minutos pasaban despacio. No repetiría la llamada, no debía hacerlo. ¿Qué pensaba decirle? ¿Que seguía casado? En aquel momento de su vida no podía ofrecerle nada.

Estaba decidido a no volver a llamar, pero cuando apenas faltaban tres o cuatro minutos para que la media hora concluyera, en un arrebato, volvió a hacerlo. Le contestó la misma secretaria, convertida casi en conocida por la cantidad de veces que, amablemente, le había atendido.

—¡Qué puntualidad! —contestó la secretaria—. No se retire que le paso con Julia ahora mismo.

No pudo evitar escuchar cómo la llamaba, el sonido llegaba atenuado por lo que Diego supuso que había tapado el auricular, aunque solo parcialmente. Su mano temblaba y no sabía si su voz saldría o no. Estaba paralizado. Durante la media hora de espera, había paseado por la pequeña sala como un león enjaulado. En ese momento en el que estaba a punto de escucharla de nuevo tuvo que sentarse porque sus rodillas empezaban a temblar.

—Julia, ponte al teléfono, es para ti —dijo su compañera sin más, atendiendo a la vez otra llamada.

Julia presionó la tecla con altavoz, contestando mientras seguía buscando los informes.

—¿Sí? —preguntó distraídamente y con un bolígrafo en la boca.

—¿Julia? —Escuchó una voz al otro lado de la línea.

—Sí, soy yo —respondió mientras repasaba sus notas. Hablaba sin prestar mucha atención a su interlocutor.

—¿Ya has olvidado mi voz? —contestó con el dolor impregnando cada sílaba de aquella amarga frase.

Julia se quedó paralizada, era como una estatua. No podía moverse y mucho menos hablar. En ese instante la reconocía, ¿cómo iba a olvidar aquella voz? ¡Imposible! Simplemente no estaba atenta y contestaba sin prestar atención a la

persona que estaba al otro lado de la línea.

No podía reaccionar. Nada en su organismo respondía, ni las cuerdas vocales para poder contestar, ni sus dedos para colgar o al menos quitar el altavoz y que todo el mundo en la agencia se enterara de aquella conversación. Las piernas se le doblaban y se dejó caer en la silla.

—Julia, ¿estás ahí? —volvió a preguntar—. Por Dios, ¡no me cuelgues! ¡Te lo suplico!

—Esto... Esto... —Carraspeó para seguir hablando mientras presionaba el botón que quitaba el altavoz—. Estoy aquí. ¿Por qué has llamado al trabajo? —preguntó sin poder enlazar unas palabras con otras. ¿Qué podía decirle? ¡No se le ocurría nada!

—Solo quería hablar contigo. ¿Puedo llamarte a casa?

—No tengo teléfono en casa —cortó ella tajantemente.

—¿Y al móvil? —volvió a preguntar con timidez, intentando alargar todo lo posible aquella conversación.

—Tampoco tengo. No vuelvas a llamarme. —Y, simplemente, cortó la comunicación.

Julia estaba aturdida, la llamada la había dejado muy impactada. Temblaba como una hoja y se quedó sentada sin poder reaccionar. Sus dedos, engarrotados, seguían sujetando el auricular, no podía soltarlo y lo apretaba con fuerza sin ser consciente de la presión que ejercía. Sus nudillos estaban blancos y las venas y tendones se marcaban, reflejando la tensión que ejercía su mano. No sabía cómo no lo había reconocido al principio, quizás por lo inesperado de la llamada. ¡Era Diego! Su corazón seguía latiendo con tanta fuerza que era capaz de romper sus costillas y salir.

¿Cómo había conseguido ese teléfono? Estaba segura de que Andrea no había sido la responsable. La conocía y sabía que quería a su hermano, pero jamás la traicionaría.

Cuando su compañera terminó la conversación telefónica, se acercó a Julia, que todavía no había reaccionado.

—Julia, ¿qué te sucede? ¿Te encuentras mal? —preguntó preocupada.

—No, estoy bien, Ana. —Y no añadió nada más, pero siguió en la misma posición, sentada y sin soltar el aparato.

—Pues estás más blanca que una muerta. Y no me digas que la culpa la tiene el invierno, porque cuando has llegado no estabas así. ¿Te estás mareando? ¿Te traigo un poco de alcohol?

Julia negó con la cabeza. Aquella chica le aturullaba. Seguro que si se callaba durante un momento le volvía el color. ¡Claro que estaba blanca! El susto había sido de campeonato. Era lo último que esperaba, llegar a la oficina y escuchar a Diego a través del teléfono.

La insistencia de Ana a su lado hablando sin cesar le devolvió a la realidad. Qué facilidad tenía para abstraerse, pensó Julia de sí misma. Volvía a escuchar a su compañera de una forma más nítida.

—Por cierto, ¿quién era el que llamaba? ¿Lo conoces?

—¿Por qué debía conocerlo? —Saltó a la defensiva.

—Porque lleva muchos días llamando y preguntando por ti. Y porque es muy insistente.

—¿Y qué más decía? —curioseó Julia, pero sin apenas mostrar interés.

—Poca cosa, me preguntaba por ti, si estabas en Barcelona o todavía no habías llegado de tu destino. Siempre sabía dónde habías estado. Por eso pensé que era un conocido. ¿Lo conoces o no? Estás muy rara hoy, hija. Es como si te hubieras fumado algo, vas más lenta... —De repente, volviéndose hacia ella y mirándola con más atención, le preguntó—: No irás emporrada, ¿verdad?

—¿Qué tonterías estás diciendo? —exclamó sin apenas prestar atención a la pobre Ana. Si supiera la verdad... Pero no iba a enterarse nadie. Había sido una sorpresa y tenía que recuperar su fortaleza. Sin embargo, Ana tenía toda la razón, su cabeza no le dejaba actuar con normalidad.

Diego sabía siempre de su vida y en qué parte del mundo estaba, y ella, en cambio, no sabía nada de él. Claro que, ¿cómo iba a saber algo si no dejaba que nadie a su alrededor lo nombrara? Que Andrea no le dijera nada de Diego, no quería decir que no hablara de ella con su hermano. Y estaba claro que hablaban. ¡Y por lo visto lo hacían como cotorras!

—¿Me estás escuchando, Julia? —preguntaba de nuevo Ana a su lado, esta vez zarandeando su brazo—. Tía, pues si no te has fumado nada, estás empanada. ¿Lo conoces o no? Era para preguntarte cómo es físicamente, porque su voz es de lo más sugerente. Ya sabes que eso no tiene mucho que ver, porque te gusta mucho una voz y, cuando ves a la persona, se te caen al suelo todos tus esquemas.

—¿Y cómo lo imaginas? —quiso saber Julia.

—Yo lo imagino alto, guapo y muy varonil. Le pega un poco de barba y moreno. ¡Ah!, y serio, bastante serio. Con esa voz tiene que ser un moreno serio.

¡Joder con Anita! Lo había clavado. Julia miró a su compañera con curiosidad, había descrito a Diego casi como si lo estuviera viendo.

—Para nada, no has acertado en nada —mintió.

A Ana le encantaba imaginar cómo serían los hombres que hablaban con ella a través del teléfono. Según la voz los imaginaba guapos o feos, altos o bajos, gordos o flacos. Y lo cierto era que casi nunca acertaba. Que esa voz grave, a la vez que sugerente y sensual, pertenecía a un hombre guapo y varonil. Y no solo eso, podía poner a Diego mil adjetivos que le describían a la perfección. Añadiría: sexi, alto, atractivo, atrevido, cariñoso, fuerte, juguetón, posesivo, etcétera. Podría añadir más cosas, pero Ana a su lado se impacientaba. Además, tampoco pensaba decirle todo lo que su cabeza recordaba del que un día fue su hombre.

—¿Ves?, lo sabía. Siempre me pasa lo mismo. Mientras escucho las voces, a través del teléfono, no puedo dejar de imaginar cómo serán. Me da igual que sea un hombre o una mujer, a cada voz le asigno un físico, aunque la mayoría de las veces, por no decir todas, me equivoco.

—Bueno, ya tengo el informe que buscaba —le anunció Julia mientras se alejaba hacia el despacho del jefe.

—Y, si vuelve a llamar, ¿qué le digo? ¿Le doy tu móvil? —preguntó Ana alzando la voz para que pudiera escucharla.

Julia volvió sobre sus pasos hasta quedar frente a su compañera. Lo que iba a decir quería que quedara entre las dos. Por eso, además de acortar la distancia, le habló en un tono muy bajo.

—Mi móvil no se lo das a nadie y, si vuelve a llamar «la voz insinuante», le dices que me he ido a vivir a China.

—Entendido, no tienes móvil para nadie y estás en China —expuso guiñando un ojo y sabiendo muy bien lo que debía hacer la próxima vez que aquel hombre llamara preguntando por ella. No hizo falta nada más, ni un solo comentario, pues sabía perfectamente lo que aquello significaba.

Ana era la secretaria de la agencia que atendía las llamadas y clasificaba todos los informes que llegaban desde cualquier punto del mundo. Ella, junto a Luis, organizaban el trabajo de aquella sección. Y además estaban siempre atentos a todo lo que los reporteros pudieran necesitar, tanto billetes de avión y vuelos internos en cualquier país, como pases para una embajada y, como esto, infinidad de burocracia que solucionaban a través de un ordenador o un teléfono. Todos los reporteros de aquella sección sabían que eran los más eficaces.

CAPÍTULO 8

Diego tampoco podía soltar el auricular y solo escuchaba el pitido que se produjo al cortarse la comunicación. Se quedó a medio camino entre su oído y el teléfono. Después de poco más de un año, había vuelto a escucharla.

Julia no había reconocido su voz y, en cambio, él la distinguiría entre un millón. Ya sabía que no quería saber nada de él, la conocía e intuía que jamás perdonaría su traición. Pero él nunca había sentido que la engañaba y estaba seguro de que, si le permitiera hablar y llegara a escucharlo, no podría culparlo de nada, si acaso de ser tan inocente de caer en las garras de una verdadera vampiresa.

Durante unos escasos minutos volvió a sentir que su corazón seguía vivo, que latía con fuerza y era por ella.

Andrea le prometió hacer lo imposible para convencerla y conseguir su propósito, que llegara a escucharlo. Pero también le dijo que jamás se prestaría para prepararle una encerrona. No le daría su número de móvil si Julia no se lo autorizaba.

Sin embargo, él llevaba mucho tiempo indagando por su cuenta. Durante muchos meses había sonsacado información a su propia hermana sin que ella se percatara de ello, el lugar en donde trabajaba, el nombre de la agencia... Una vez conocido ese dato, fue fácil dar con ella.

Sabía que no debía llamar, que tendría que esperar hasta que consiguiera su divorcio y lo hizo durante un largo tiempo, no obstante, cada día, mantener ese propósito le costaba mucho más que el anterior. Hasta que un día no pudo evitarlo y llamó a su trabajo. La primera vez simplemente preguntó por ella y enseguida colgó cuando la secretaria le dijo que no estaba. Dos días después, insistió. Siempre le atendía la misma señorita y, además de ser muy amable, le proporcionaba mucha información sobre Julia, como el horario en el que solía estar en la oficina cuando se encontraba en Barcelona. Por eso sabía que aquella misma mañana, Julia tenía una cita con su jefe, pero desconocía la hora exacta.

Que llegara a escucharle por la sorpresa solo fue una ilusión que duró unas décimas de segundo. Julia pronto se recuperó y, sin dejarlo hablar, colgó. La conocía muy bien y sabía que no cambiaba de parecer con facilidad. Cuando

tomaba una decisión no había marcha atrás.

Su moral estaba por los suelos y necesitaba que alguien le diera ánimos porque empezaba a hundirse y no soportaba por más tiempo su vida. Había intentado ponerse en contacto con Julia, pero ésta no le había permitido hablar. Sabía que debía ser paciente y esperar hasta que el abogado tuviera todas las pruebas pertinentes en sus manos, para que su divorcio fuera un hecho. Sin embargo, no era fácil y cada día que pasaba era más duro, resquebrajando poco a poco su voluntad.

La única alegría de su vida era el pequeño Derek y tenía que esconder sus sentimientos si quería seguir adelante con su plan. Durante unos segundos pensó qué sucedería si Evelyn llegara a sospechar de qué manera quería a su hijo. Se vengaría de él de la forma más cruel que pudiera. Le haría la vida imposible y el chantaje sería la manera de conseguir de él lo que quisiera.

Por eso guardaba sus sentimientos bien enterrados, disfrazados de total indiferencia hacia aquel pequeño que le tenía robado el corazón.

Su vida no valía nada y solo el intenso trabajo en el hospital y el tiempo que pasaba con su hijo le ayudaban a sobrevivir. El dolor de haber perdido a la mujer que amaba no remitía, aunque pasara el tiempo. En cambio, la tortura de tener que vivir al lado de una mujer egoísta y traidora empezaba a pesar demasiado.

Volver a escuchar su voz, por unos breves segundos, desató sus recuerdos. Revivía una y otra vez sus caricias y sus besos. Recordaba con gran nitidez aquella alegre y contagiosa risa. Las veces que le decía cuánto lo amaba, martilleaban constantemente en su cabeza.

Recordó el mismo instante en que la conoció. A él le daba igual qué momentos elegía su corazón para retroceder en el tiempo, lo único que le importaba era que Julia siempre permaneciera en su mente, en su corazón y en lo más profundo de su alma.

Antes de conocerla, su hermana Andrea la nombraba continuamente en casa. Las dos se convirtieron en las mejores amigas, estudiaron juntas en la facultad de Periodismo y, a través de ella y por casualidad, la conoció. Fue un amor a primera vista y Diego recordaba con especial nitidez la primera vez que la vio.

Aquella noche todas las amigas iban a salir y, como Julia vivía en Vilanova y a altas horas de la madrugada no había tren para volver, se quedó a dormir con Andrea en su casa.

Fue un flechazo porque los dos sintieron lo mismo nada más verse, una fuerte atracción, una pasión loca y unas ganas incontrolables de estar juntos. Y eso fue precisamente lo que sucedió, que a partir de ahí se volvieron inseparables.

De repente el desánimo se apoderó de Diego. Estaba reviviendo aquellos momentos felices, llenos de proyectos, de un futuro brillante y de una vida en común, pero aquello quedó en nada. Todas las ilusiones y planes que los dos hicieron juntos se desvanecían como el humo de un cigarrillo, se perdía y no quedaba nada. Eso era lo que había pasado con los sueños de los dos, que se habían esfumado junto a su traición.

Se pasó la mano por la cabeza, agobiado al pensar que todo estaba perdido. Acercó el vaso a sus labios y, de un solo trago, lo vació. Se quedó mirando el fondo del recipiente y, al comprobar que no quedaba nada, se levantó de nuevo y cogió la botella de *whisky* echando un generoso chorro en su vaso. Volvió a su sillón y tomó otro pequeño sorbo.

La amargura le hizo recordar cómo había empezado la tragedia de su vida, convirtiendo su feliz existencia en una gran desgracia.

Llevaba un mes en Nueva York y el director del hospital ya se había fijado en él, era brillante y destacaba entre sus compañeros. A partir de entonces el doctor Edward Johnson siempre contaba con él en la Unidad de Neurología. La camaradería entre el profesor y alumno creció, el doctor se veía reflejado en su aplicado alumno, quien asimilaba sus enseñanzas como una esponja, y él se sentía tan orgulloso que un día lo llevó a su casa y fue cuando conoció a su hija Evelyn.

La joven no tenía nada que ver con sus padres; a los que, por cierto, tenía engañados. Era una mujer caprichosa y consentida y lo único que le gustaba era la vida de ocio que llevaba. No estudiaba ni tampoco trabajaba, iba de fiesta en fiesta buscando únicamente la diversión.

En una de estas fiestas, Diego la acompañó animado por el decano. La falta de costumbre provocó que el escaso alcohol que ingirió le produjera tal efecto que al día siguiente no recordaba nada.

Se despertó en una cama junto a Evelyn, ambos completamente desnudos. Por mucho que ella intentó refrescarle la memoria, Diego, que empezaba a agobiarse por lo sucedido, no recordaba nada. Todo quedó en eso, una noche loca llena de alcohol, podían haber hecho algo o no, él no lo recordaba.

Llegaron las Navidades y cogió un vuelo hasta Barcelona, donde pasó unos días con los suyos y no se separó de Julia en todo momento. No le dijo nada de lo que había sucedido, pensó que no merecía la pena y que realmente no había pasado nada porque él no lo recordaba. El día dos de enero volvió a Nueva York y a la rutina del hospital.

Ya se había olvidado del suceso de aquella desafortunada noche, cuando un mes y medio después, Evelyn lo estaba esperando a la salida del hospital.

—Diego, tengo que hablar contigo.

—Tú dirás. —Después de aquella noche, no habían vuelto a verse.

—Estoy embarazada y tú eres el padre.

Diego no podía decir nada, la noticia lo había dejado al borde de sufrir un desmayo. Había escuchado perfectamente las primeras palabras, pero ella seguía hablando y a su cerebro no le llegaba más información. Sus labios se movían sin cesar, él, sin embargo, seguía parado en medio de la calle sin poder reaccionar, quedándose pálido por momentos. Su semblante era propio de una persona a punto de abandonar este mundo. ¿Qué estaba diciendo esa mujer? ¿Era una broma? ¡No podía ser! ¿Cómo iba a tener un hijo si no recordaba nada?

Estuvo así unos minutos, escuchando sin oír lo que le contaba, ¡apenas la conocía! ¿Cómo podía tener un hijo con ella? ¡Eso no podía ser, no era posible!

Al final empezó a despertar, el sentido del oído volvió a funcionar y poco a poco todas las palabras que soltaba Evelyn entraban en su cerebro. Lo último que entendió lo hizo reaccionar.

—¿Qué estás diciendo? ¿Casarnos? ¿Tú y yo? ¡¡¡Estás loca!!! ¡No me voy a casar contigo! ¡Pero si no te conozco! Te recuerdo, por si te has olvidado, que solo compartimos la cama una vez y no sé ni cómo llegamos a ella. No puedo recordar haber follado contigo por mucho que me esfuerzo.

—¡Lo voy a tener! Así que ya me dirás qué hacemos, en cuanto se entere mi padre me va a preguntar quién es el padre, y yo no le voy a mentir. Le diré la verdad, que eres tú.

—¡Vamos a ver! ¡Vamos a ser cuerdos! Nos hemos visto una vez, dos, con esta, ¿por qué íbamos a casarnos? Hay otras opciones.

—No voy a deshacerme del bebé, si eso es lo que estás insinuando.

—¡Vale, lo entiendo! Pero podemos hacernos cargo del niño los dos sin tener que casarnos.

—Tampoco me voy a convertir en madre soltera, tú estabas allí igual que

yo, no es justo que yo quede marcada y tú te vayas como si no fuera contigo.

—¡Yo tengo novia y la quiero a ella, no a ti!

—¿Y por qué no pensaste en ella antes de acostarte conmigo? ¡No te escuché lamentarte en la cama por engañarla y ponerle los cuernos!

—¡Estaba borracho! Y parece ser que tú te aprovechaste de eso —gritó enfurecido.

—Si no te casas conmigo, le diré a mi padre quién me ha dejado embarazada y que no quieres cumplir con tu obligación de hombre —añadió ignorando las palabras de Diego—. ¡Te juro que te arruinaré la vida! Te expulsarán del hospital y del país, soy capaz de inventarme cualquier cosa, incluso que abusaste de mí. Ya sabes que mi padre siempre creerá lo que yo le diga. Si no te casas conmigo ya puedes ir buscándote otro futuro, este —dijo señalando al hospital—, se habrá acabado para ti.

Y, sin decir nada más, dejó a Diego sin palabras, se dio media vuelta y entró por las puertas del hospital para ver a su padre.

Él la seguía con la mirada, lo había dejado mudo, sin poder reaccionar o decir nada más. En ese momento su futuro no dependía de su esfuerzo y trabajo, su futuro como neurocirujano y su felicidad dependía del capricho de una mujer.

Diego se movió inquieto en el sillón. Recordar aquello lo alteraba, enfurecía y frustraba. Todavía le costaba entender cómo, a pesar del alcohol y de la droga que vertió en su bebida, consiguió quedarse embarazada en aquellas condiciones. En ese momento en el que ya la conocía y sabía de sus malas artes, creía con rotundidad que nada de lo acontecido aquella noche sucedió por casualidad. Se levantó del sillón y caminó de una punta a otra de aquella habitación. Un poco más calmado, volvió a mirar la calle a través de la ventana. La noche había caído por completo y las luces de la ciudad cada vez brillaban más.

Diego recordó todo aquello que siguió al anuncio de la fatídica noticia. Jamás podría olvidar la angustia que se apoderó de él. Por muchos años que pasaran, tenía grabado a fuego en su alma lo que sintió en aquel momento.

Necesitaba alejarse de allí, tenía que aclarar sus ideas y centrarse en lo que estaba sucediendo. Era como un mal sueño, una pesadilla de la que no podía despertar.

A pesar del intenso frío y de la fina capa de hielo que cubría la ciudad, se fue hasta Central Park y buscó un banco, lejos del bullicio. Se sentó con la

mirada perdida al frente. No veía nada y tampoco le importaba nada.

Su cabeza era como un tornado, una espiral que se movía a gran velocidad y en la que volaban sin cesar palabras como «embarazo», «boda», «hijo».

Dos horas después había puesto todo en orden, ya no estaba confundido, solo estaba desesperado. Su vida se truncaba en un sentido o en otro. Si no se casaba con Evelyn y tenían juntos al niño, su vida profesional se hundiría antes de empezar e incluso podía acabar en la cárcel acusado de violación, al menos esa había sido su amenaza. Y, si accedía a sus pretensiones, su vida quedaría rota, tendría que dejar a Julia, abandonar a su amor por alguien que empezaba a detestar.

No pudo seguir solo, no podía digerir lo que le estaba sucediendo, así que cogió su móvil y en unos segundos una voz conocida lo calmó.

—Darío, tengo un grave problema. ¿Podemos vernos? —suplicó totalmente angustiado.

—Sí, claro. ¿Dónde estás? —preguntó preocupado, algo muy grave debía suceder por el tono desesperado que captaba a través de la línea.

Diego le indicó con exactitud dónde se encontraba y, en menos de una hora, este lo vio aparecer. Venía casi corriendo, la llamada de su amigo lo había alarmado.

Se conocieron nada más llegar a Nueva York, los dos disfrutaban de la misma beca, Diego para Neurología y Darío para Cardiología. Los dos compartían un pequeño piso de apenas cincuenta metros cuadrados junto a John, otro estudiante. Cualquiera pensaría que era demasiado pequeño para tres personas, sin embargo, resultaba más que suficiente para las escasas horas que permanecían en él, apenas para dormir y poco más. Darío era mejicano, natural de la ciudad de Guasave y John norteamericano, de Boston. Durante esos meses de convivencia, los tres habían forjado unos lazos de amistad muy estrechos.

Por eso Darío no necesitó conocer más detalle, tuvo suficiente con escuchar la petición y el tono empleado lleno de desesperación, para saber que algo muy grave le sucedía. Se dio toda la prisa que pudo. Al llegar al banco donde estaba sentado Diego, se colocó a su lado y lo miró con preocupación.

—Venga, ¡dime qué te sucede! —exclamó dándole una palmada de aliento en el hombro.

—No sé cómo empezar. ¿Te acuerdas de la hija del doctor Johnson? ¿Te acuerdas de que fui a una fiesta con ella? Bueno, pues lo que no te dije, porque no se lo dije a nadie, es que acabamos en la cama. No puedo recordar qué

sucedió, supe que había pasado la noche con ella a la mañana siguiente, cuando me desperté. —Darío lo escuchaba en completo silencio y Diego, antes de seguir hablando, tomó aire para insuflarse de valor—. Hace una hora ella estaba esperándome a la salida del hospital y me ha dicho que está embarazada y que el hijo es mío.

—¿Quééé? ¿Estás seguro? —preguntó mirándolo y reflejando en la cara la estupefacción que la noticia le causaba.

—¡Cómo lo voy a estar! Si te estoy diciendo que no recuerdo nada. Es como si esa noche no hubiera existido. Pude hacer cualquier cosa, pasear desnudo por Central Park, hacer un estriptis en un bar de copas o pilotar un avión. ¡Cualquier cosa! Pero no, ¡lo que hice fue un hijo! —Movi6 la cabeza de un lado a otro con una mueca en sus labios llena de pesimismo.

—¿No sabes la fama que tiene la muchacha? Por lo que dicen va loca buscando un marido y medio hospital ha pasado por lo que tiene entre las piernas. Puede que sea tu hijo o puede que no sea tuyo.

—Me ha amenazado, me ha dicho que si no me caso le dirá a su padre que me aproveché de ella y que saldré del hospital y del país con mi futuro arruinado.

—¡Qué mala puta! Y, lo peor, es que parece que es muy capaz de hacerlo. Además, si te acusa de abuso, puedes acabar en la cárcel, no olvides quién es su padre. ¿Habías pensado en alguna solución?

—Ahora mismo no pienso en nada, bueno, sí, pienso en Julia y en que la he perdido por nada. ¡Dios mío! ¿Por qué me ha sucedido esto?

—Antes de acceder a casarte con ella, exige una prueba de paternidad.

—Ya, pero está empeñada en que no va a ser madre soltera. Si le hago pasar por eso le dirá a su padre toda sarta de mentiras y sabes tan bien como yo que, a pesar de su fama, todo el mundo la creerá.

—Chico, me fastidia decírtelo, pero ¡lo tienes difícil! Yo le pediría una prueba de paternidad y no haría nada hasta que estés seguro de que el niño es tuyo.

—Sea como sea, mi vida está rota. Si es mi hijo, tendré que hacerme cargo de él, y, si no lo es, tendré que contarle a Julia lo que sucedió y ella no me perdonará.

—Llámala y cuéntale todo lo que en realidad ocurrió y cómo se aprovechó de ti, porque eso está claro, fue a por ti. Yo creo que ella lo entenderá. No fuiste consciente de que te estabas acostando con ella.

—Ya lo sé, no quise ni fui consciente de lo sucedido entre nosotros, pero lo

hice, consciente o no, follamos y hay un niño en camino. ¡Dios! Esto no tiene arreglo. Darío, mi vida se va a la mierda y todo por el capricho de una niña malcriada.

Pasaron tres días y Evelyn lo acosaba a todas horas con llamadas, no obstante, Diego evitaba hablar con ella. Al final, cansada de que la esquivara, se presentó en el hospital y esperó pacientemente a que terminara su turno.

Diego salía del hospital, junto a Darío y John, con semblante serio y en cuanto la vio supo que no podía retrasar por más tiempo la conversación que tenían pendiente. Les dijo adiós a sus amigos y caminó hacia ella. Iba muy despacio y arrastrando los pies; se sentía igual que el reo de camino al cadalso, resignado.

—Podrías contestar a mis llamadas. Nos tenemos que casar cuanto antes, no quiero que se note mi embarazo —empezó a hablar igual que una cotorra, como si ya tuviera algún derecho sobre él.

—No me casaré hasta que me demuestres que el hijo que estás esperando es mío, después de tu historial... Haz una prueba de paternidad y si es mi hijo me casaré contigo, pero, si no lo es, me dejarás tranquilo y buscarás otro pringado como padre. ¿Queda claro?

—¿De qué historial estás hablando? Nunca he tenido novio.

—Novio no sé si has tenido, pero medio hospital ha pasado por tu cama. Al menos esa es la fama que tienes. Y, ahora que te conozco, sé que es verdad. Por eso, con ese expediente, primero tendrás que demostrar que el hijo es mío.

—Tenemos que esperar a que nazca el bebé para hacer la prueba —exclamó Evelyn muy segura.

—No es necesario, puedes realizar una prueba de paternidad prenatal a las diez semanas de gestación. La fiesta fue en la noche de Acción de Gracias, de eso hace exactamente nueve semanas, una semana más y podrás hacerla.

—¿Es segura? No quiero sufrir un aborto.

—Es segura. Hasta que no tengas el resultado, no me llames ni vengas aquí. Y no trates de engañarme, porque en cuanto nazca el bebé yo mismo realizaré otra prueba de paternidad y si me engañas todo el mundo se enterará de tu trampa. Te llevaré a juicio y pasaré tu nombre por el fango. Piensa bien lo que haces.

Y, sin decir nada más ni dejar que replicara, Diego se alejó de ella, deseando no volver a verla nunca más.

Pensar en aquellos momentos tan confusos le estaba provocando tal angustia

que no pudo permanecer sentado. Salió de su despacho y se dirigió a la cocina, necesitaba beber algo, tenía la garganta seca y el alcohol estaba empeorando esa sensación. La nevada había arreciado y la temperatura caía en picado. Sacó del frigorífico una botella de agua y bebió con ganas. Iba a volver a su despacho, pero lo pensó mejor, no deseaba seguir recordando, le dolía el alma cada vez que lo hacía.

CAPÍTULO 9

Subió las escaleras y entró a la habitación de Derek comprobando que dormía con placidez. Se quedó contemplándolo durante unos minutos con un desconocido orgullo. Ver su carita siempre le enternecía y calmaba. Cuando entornó la puerta del pequeño, estaba más sosegado. Al llegar a su habitación se tumbó sobre la cama y, con un gesto mecánico, encendió la televisión buscando un canal de noticias.

Sabía, por su hermana, que Julia se marchaba de nuevo a algún país del norte de África, pero no le quiso decir el lugar exacto, según ella, para que no sufriera.

Lo que Andrea ignoraba era que llevaba un año sufriendo sin consuelo y que, muchas veces, ese dolor era tan intenso que no creía poder resistirlo. Sin embargo, estaba comprobando que los humanos tienen un gran aguante. Encontró una cadena en la que daban imágenes de diferentes manifestaciones en Egipto, Libia y Marruecos, y en todas las concentraciones la gente corría y gritaba protestando llenos de rabia. ¡Dios! ¡Julia iba a ir a uno de esos países!

Al imaginarla cubriendo cualquiera de aquellas manifestaciones, rodeada de riesgos, se le ponía el vello de punta. Constantemente se encontraba en peligro sin importarle su integridad, y él sabía la causa, igual que la sabía su hermana y todo el que la conocía. Su traición había provocado que Julia se despidiera del periódico y se convirtiera en la intrépida reportera que era en ese momento. No tenía ningún miedo a sufrir un percance en lugares de conflictos, como estaba ocurriendo en los países musulmanes. Cualquier lugar donde hubiera una noticia de interés general, allí acudía ella.

Por mucho que intentaba dormir, su cerebro no respondía a esa orden y no pudo evitar recordar la última conversación que mantuvieron. No se refería a las cuatro palabras que, unas horas antes, había intercambiado con ella, eso no había sido conversación, simplemente un rechazo por parte de Julia.

Pero lo que jamás olvidaría, aunque viviera cien años, sería la vez que habló con ella para contarle lo sucedido. Tenía grabadas todas las palabras, incluso los silencios retumbaban en su cerebro. Podía intuir, a pesar de la distancia, cómo cada frase que él decía se clavaba en el corazón de Julia, rompiéndolo. Incluso podía percibir el sonido que se produce al

resquebrajarse. Y, cuando colgó, supo que estaba tan destrozada como él.

Aunque le rompía el alma recordar aquel tiempo, sin duda el más duro de su vida, Diego se había impuesto como castigo, o como penitencia, revivirlos una y otra vez, de esa manera no podía dejar de sufrir. Tampoco quería hacerlo, porque el dolor que sentía al recordar era lo único que lo mantenía unido a Julia. Si intentaba ignorar su pasado no le quedaría nada. Por eso se mortificaba continuamente. En ese instante, en su mente apareció el día más duro de su vida, cuando todas sus ilusiones, proyectos y sueños se perdieron para siempre.

Aquella noche Evelyn llegó a su casa. Él no le había dicho dónde vivía, pero ya daba igual, ella lo averiguó porque papi le daba lo que pedía, fuera lo que fuese. Darío y John solo tuvieron que ver la cara de aquella mujer para saber que su amigo estaba perdido. Entró sin saludar a nadie y, colocándose delante de Diego, extendió la mano para darle un sobre.

Este lo cogió con mano temblorosa, era como si estuviera condenado a la pena de muerte, esperando que en el último momento llegara su indulto. Pero en cuanto empezó a leer más bien ocurrió lo contrario, su sentencia se reafirmaba.

Mientras leía el informe médico su cara iba perdiendo el color y a punto estuvo de caer al suelo. Cuando terminó de leer se lo devolvió a Evelyn y esta, con una maléfica sonrisa en los labios, no dudó en propinarle el golpe de gracia.

—Y, bien, ¿para cuándo la boda? —pregunto desafiante.

Diego no supo ni de dónde saco las fuerzas para contestarle, sus compañeros de piso los habían dejado solos para que hablaran. La noticia había sido como un jarro de agua helada.

Se quedó frente a Evelyn y, al ver la expresión de satisfacción que lucía en su cara y la malicia que desprendían sus ojos, la rabia lo inundó y no pudo evitar ser cruel al hablarle. Le daba igual si estaba embarazada, ¡le había jodido la vida y disfrutaba con ello! Así que, con una frialdad que él mismo ignoraba que tuviera, le habló con mucha calma, aunque por dentro le hervía la sangre.

—La boda la preparas para cuando quieras y me comunicas la fecha por teléfono. No quiero invitados, esto no es una boda normal, tus padres y nosotros. Si montas un circo te quedarás sola, te dejaré plantada en el juzgado.

—La cara de Evelyn se iba transformando por segundos.

—¡No puedes hacer eso! Soy hija única y la ilusión de mis padres es mi

boda. Y quiero casarme por la iglesia.

—Pues lo siento mucho —afirmó Diego con rotundidad, disfrutando al verla tan alterada—. Mi ilusión era casarme con mi novia y no contigo, y tú me la has jodido. Además, yo soy ateo y no me casaré por la iglesia. No disimulemos, tú no me quieres y yo te aborrezco, pero es lo que quieres.

—¡Hablaré con mi padre, él te hará cambiar de opinión!

—Lo dudo mucho. ¡Tú no me conoces todavía! Se hará así y, si no, no hay boda. ¡Tú misma! Ya sabes que yo no tengo ninguna ilusión, todo lo contrario, lo celebraré si no se llevara a cabo. No pretenderás que, con la encerrona que me has preparado, esté radiante. —Ella se dio la vuelta, totalmente fuera de sí. Cuando su mano alcanzó el pomo de la puerta y comenzó a girar, el grito de Diego la frenó en seco—. ¡Evelyn! —Esta se volvió con una sonrisa triunfal en sus labios, esperando a que rectificara todo lo que había dicho.

—No quiero saber nada más de ti hasta el día de la boda, me dejas en el contestador la fecha y la hora. Ni quiero ni necesito saber nada más. Por mi parte no irá nadie, no invitaré ni a mis amigos.

Evelyn no habló, estaba roja de ira y de muy malas maneras salió del piso, tropezando con Darío y John, que estaban en el rellano haciendo tiempo hasta que acabara aquella conversación para entrar.

Estaba acostumbrada a salirse siempre con la suya, sin embargo, esta vez no lo iba a conseguir. Diego sabía que sería capaz de hacer cualquier cosa para lograr su propósito, pero no lo iba a lograr, esta vez no.

Tenía que hacer lo más difícil de todo, hablar con Julia y contarle lo que había sucedido, le diría la verdad, aunque parecía imposible, la encerrona que le preparó y que, debido a sus amenazas, tenía que casarse con ella. Le explicaría que era un trámite, que en cuanto naciera el pequeño se divorciaría. Mientras repasaba mentalmente todo lo que iba a decir, más seguro estaba de la reacción de Julia y sabía que jamás lo perdonaría.

Quiso llamarla durante toda la tarde, pero cada vez que lo intentaba los nervios le impedían hablar. Hizo muchos intentos, todos ellos fallidos, hasta que, a las dos de la mañana, cogió el móvil y en esta ocasión sí efectuó la llamada. En cuanto escuchara la voz de Julia sabía que ya no habría marcha atrás. Y tener la certeza de que ella no querría saber ya nada de él lo sumió en una gran desesperación. Temblaba como una hoja y no controlaba su respiración y al tercer tono de llamada la voz de Julia lo acabó de hundir.

—¿Qué sucede, Diego? Cálmate, respira hondo y dime lo que pasa.

—Cariño, no sé cómo decir esto, ¡yo no quería...! ¡Jamás pensé...! ¡Dios,

no puedo! —Su voz sonaba como un doloroso quejido—. ¡Perdóname! ¡Ni siquiera me acuerdo de lo que sucedió!

—¡Diego, por favor! ¿Quieres calmarte y decirme qué pasa? ¡Me estás poniendo histérica!

Respiró hondo y durante unos segundos permaneció en silencio. Sabía que no podía alargarlo y, sin dar más vueltas, lo soltó todo.

—Pasé una noche con Evelyn, la hija del decano... Estábamos borrachos... Era una fiesta, me sentía solo... Te echaba de menos... Bebimos y yo no recuerdo nada y, ahora... ¡Está embarazada! Ella dice que es mío, pero... ¡Yo ni siquiera me acuerdo! ¡¡¡No sé qué pasó después!!! Julia, ¡tienes que creerme! Dios, Julia, lo siento, ¡no sé cómo sucedió! —rogaba Diego desesperado y entre amargos sollozos.

Sin embargo, ya no escuchó nada más, Julia no decía nada, había colgado el teléfono y, aunque él no lo sabía, acababa de escuchar las últimas palabras de su boca.

Un pinchazo en su corazón y la dificultad para coger aire lo trajo de nuevo al presente. A pesar de que había pasado un año desde aquella breve conversación, seguía sintiendo el mismo dolor que entonces. Diego intentó ponerse en contacto con ella durante mucho tiempo, insistió mediante llamadas y mensajes, a los que ella jamás respondió. Cansada de su insistencia, Julia cambió su número de teléfono, y a él no le quedó más remedio que desistir y dejarla tranquila.

Mirando al pasado, se dio cuenta de que se había convertido en un hombre triste y silencioso. Nada quedaba de su idealismo y del hombre extrovertido que era un año atrás. Incluso su arrogancia, prepotencia y seriedad cuando se enfadaba habían desaparecido. Parecía un hombre sin sentimientos, totalmente vacío por dentro.

Solamente asomaba algún rayo de felicidad y se olvidaba de su roto corazón cuando estaba con su hijo. La vida le había dado un fuerte revés y había sido muy cruel con él. Lo había despojado de la felicidad que disfrutaba, hasta que Evelyn entró en su vida por la puerta de atrás, dejando en su puesto un corazón vacío y destrozado. Únicamente el sentimiento de pérdida y abandono ocupaban su maltrecho órgano.

Pero había una parte de esta historia a la que jamás renunciaría y esta era el amor por su hijo, era lo único que mantenía vivo su corazón. Aunque la mayoría del tiempo debía esconder ese sentimiento ante Evelyn, porque ella

era una mala persona y sabía que, si llegaba a sospechar todo lo que Derek significaba para él, buscaría un rédito y le haría la vida imposible. Por eso mantenía sus sentimientos ocultos y solo salían a la superficie cuando estaba a solas con su hijo.

Seguía mirando la televisión, pero sin prestarle atención. Imaginar que podía ver a Julia en las noticias hacía que todos los días, mientras estaba en casa, tuviera la televisión puesta.

El agotamiento después de una larga y dura jornada de trabajo y el cansancio que le producía repasar su desgraciada vida lo dejó sumido en un profundo sueño, no exento de pesadillas. Se despertaría muchas veces a lo largo de la noche, como sucedía siempre.

CAPÍTULO 10

Como si de una maldición se tratara, Diego vivía los peores momentos de su existencia. Saber que Evelyn era la única culpable de que toda su vida se hubiera derrumbado, de que ya no le quedaran ni ilusiones o alegrías por las que luchar, provocaba una furia que desataba contra ella. Era muy consciente de que todo lo que le decía era para hacerle daño, para que fuera, como mínimo, tan infeliz como lo era él. Pero, por mucho empeño que ponía, no le producía ninguna satisfacción, todo lo contrario, tras una monumental bronca con Evelyn, lejos de sentirse bien, lo único que conseguía era repasar su vida y darse cuenta de todo lo que había perdido y en lo que se había convertido: un hombre desgraciado.

Al lado de Evelyn solo podría ser un hombre desdichado, lleno de sentimientos negativos, porque todas las sensaciones positivas de su vida habían quedado junto a... Julia.

Recordarla le rompía el corazón una y mil veces. ¿Cuántas veces podía romperse un corazón? Cada vez que recordaba todo lo que había perdido sentía cómo se le partía en el pecho. ¡Qué diferente sería su vida a su lado! Era un pensamiento que se repetía mil veces al día en su cabeza. Pero la realidad era otra tan diferente que lo amargaba cada vez más.

Esa noche, como muchas otras, Evelyn había salido de casa muy enfurecida. Una gran bronca, como era habitual, les había hecho gritarse y culparse el uno al otro de sus desgracias. A Diego lo que hiciera Evelyn le importaba una mierda, lo que no quería era que su desordenada rutina afectara a su hijo y, tarde o temprano, lo haría si no hacía algo. No había un momento de paz cuando ella estaba en casa.

—¿Hoy también vas a salir? —preguntó Diego sin mirar hacia donde estaba Evelyn, pero adivinando que era ella por el repiqueteo de los tacones. Cuando terminó de bajar las escaleras se acercó hasta el salón.

—¿Te importa? —preguntó sabiendo la contestación.

—Para nada, como si no quieres volver —replicó con indiferencia y sin dejar de leer un informe médico que tenía entre manos.

—Ya te gustaría, pero sabes que no voy a abandonar a mi amado marido —

soltó Evelyn con tono de burla.

Diego se mordió la lengua para no responder lo que realmente deseaba. No pudo evitar tirarle una pequeña puya.

—Igual soy yo el que te abandona —dijo de la misma forma que podía haber dicho «dame un vaso de agua», sin ninguna emoción.

Evelyn se volvió hacia él y, con un tono altivo y lleno de rabia contenida como una víbora a punto de atacar, se burló de él intentando herirlo.

—¡Ja! ¡No me hagas reír! Tienes mucho que perder y nada que ganar si me abandonas. Ya te dije una vez que estaba dispuesta a todo para conseguir esto —dijo Evelyn señalando el anillo que llevaba en el dedo anular de su mano derecha—. Y, ahora que lo tengo, no voy a renunciar a él ni voy a consentir que me abandones. Como te dije entonces, soy capaz de inventar cualquier cosa para impedírtelo.

Al ver que Diego ni siquiera la miraba, su rabia se encendió con más furia, si eso era posible. Si algo había aprendido él durante aquellos meses viviendo al lado de Evelyn había sido precisamente eso, a alterarla sin apenas hacer o decir nada.

Ella no pudo contenerse por más tiempo y empezó a chillar histérica, sin saber muy bien cómo defenderse o cómo hacerlo sufrir. Pero el semblante de Diego ante sus ataques siempre era imperturbable, sin mostrar lo que bullía en su interior. Había comprobado que era la mejor táctica para devolverle a Evelyn toda su maldad.

—Nunca podrás librarte de mí, ¿me has escuchado bien? ¡Nunca! No lo permitiré. Y te juro que si intentas marcharte te arrepentirás toda la vida. No me importa de qué tenga que acusarte, lo haré sin remordimientos.

Diego, al escuchar las amenazas y sobre todo el tono en que las lanzaba, se levantó y le dedicó una mirada sin sentimiento alguno, como quien observa algo sin ningún interés. Él sabía que esas miradas la alteraban como nada, sacándola de sus casillas. Perezosamente, antes de abandonar el salón, se volvió hacia ella con indiferencia, hablándole con un tono calmado y un ritmo muy pausado.

—No te alteres que tus amigos lo notarán enseguida. No sabes disimular. — Si ella creía que con aquellas palabras tan absurdas iba a molestarlo, estaba muy equivocada. En cambio, él sabía cómo hacer que aumentara su frustración y su insatisfacción. Y, como no era ningún santo y además esa mujer sabía sacar lo peor de él, no le importó dar la vuelta a la situación y conseguir dejarla sin palabras—. Mira, lo que acabo de decir solamente era para

enfurecerte, me encanta hacerlo. ¿Crees que soy tonto? ¿Crees que voy a abandonar todo lo que he conseguido? Si piensas eso, estás más loca de lo que yo creía. Tengo un puesto en el hospital por ser tu marido que ni en sueños podría haber conseguido. Vivo en una casa que nunca podría haberme permitido. Me codeo con lo más selecto de la sociedad neoyorquina y estoy amasando una fortuna. Comparado con un simple anillo, que es lo único que has conseguido de mí, creo que la balanza se decanta a mi favor.

—¡Ahhhhh! Es lo único que tienes. ¡No tienes vida! Nunca sales con nadie, no tienes a nadie. ¡No tienes nada!

—¿Que no tengo nada? —Se acercó a ella y suavemente le habló cerca del oído. Iba a mentir, pero disfrutaría durante un rato contemplando su cara y comprobando cómo se enfurecía—. No me hace falta salir como tú para intentar encontrar lo que a mí me dan siempre que quiero. ¿Te refieres a mujeres? Tengo más de las que puedo atender, rubias, morenas... No tengo problemas para eso, ¿no ves lo calmado que siempre estoy? Eso es porque follo muy a menudo. Que no lo haga contigo no quiere decir que no folle. Me gusta el sexo y lo disfruto casi a diario.

—¡Eso es mentira! —gritó ella fuera de sí—. No te queda tiempo, si no estás en el hospital, estás en casa.

—Sí —contestó Diego con una tranquilidad que atacaba directamente a los nervios de Evelyn—. Tienes razón, pero ni en un sitio ni en el otro estás tú. ¿Qué sabes lo que hago cuando sales por esa puerta? ¡No tienes ni idea! La verdad es que me lo pones muy fácil, todos los días te largas dejándome vía libre. —Y, dando media vuelta para marcharse del salón, puso la puntilla final—. La vida está llena de ocasiones, algunas sin tener que salir del edificio.

—¡Eso es mentira! ¡Yo lo sabría! —gritó saliendo tras él.

—¿Tú? ¿Qué vas a saber tú? Si la mayoría del tiempo te lo pasas borracha o durmiendo. Tú no te enteras de nada. En cambio, yo me entero de todo. Les falta tiempo a tus amigas para contarme tus fechorías.

Evelyn se quedó totalmente parada. Si Diego supiera todo lo que pasaba en aquellas fiestas, ya le habría puesto una demanda de divorcio. Pero era discreta, al menos ella así lo creía. Lo que desconocía era que, en cuanto salía de casa, un detective seguía sus pasos. Y que Diego no decía nada porque quería acumular más pruebas para luchar por la custodia de su hijo y demostrar ante un tribunal la clase de madre que era ella, sus continuas salidas y las condiciones en las que llegaba a casa. Por no hablar de los reportajes que Diego tenía en su poder en los que su mujer aparecía en fiestas que eran

verdaderas orgías.

Durante el último mes, Evelyn había estado con diferentes hombres, dependiendo de su grado de alcohol y en una de las cintas aparecía ella junto a otra mujer ante un grupo de hombres que miraban cómo ambas hacían una caliente escena lésbica. En esa ocasión, Evelyn iba tan borracha que no fue consciente de que había practicado sexo en la misma noche con tres hombres diferentes.

También los vídeos demostraban cómo conducía totalmente bebida, poniendo en peligro a mucha gente. En cuanto terminara el mes, pensaba llevar las cintas ante el juez para solicitar el divorcio y la custodia de Derek. Porque la viciosa y desordenada vida de ella se enfrentaría a la conducta impecable de Diego, sus largas jornadas en el hospital y las horas que pasaba en casa junto a su hijo. El juez vería cómo los días de fiesta era él el que llevaba al niño de paseo o a visitar a los abuelos mientras ella dormía la borrachera de la noche anterior.

—¡Eso no es verdad! —exclamó Evelyn un poco más calmada, que pudiera conocer sus fiestas la asustaba. Pero estaba segura de que Diego solo trabajaba y no se enteraba de nada, no frecuentaban los mismos círculos ni tenían las mismas amistades—. Es mentira —repitió más suavemente.

—¿Estás segura? —preguntó él intentando introducir la duda. Era fácil conseguirlo con Evelyn. Por eso siguió martirizándola—. ¿Sabes el éxito que tengo entre las enfermeras y con las doctoras del hospital? ¡Incluso con las pacientes! Algunas, muy agradecidas, vuelven cuando ya están recuperadas para darme las gracias —dijo sonriendo y dando a entender de qué forma se lo agradecían.

—¿Y por qué conmigo no has querido? —contestó dejando ver el motivo de su enfado—. Nunca me has dado una oportunidad, podríamos haber conseguido ser felices.

—¿Con una traición y una mentira de por medio? ¿Después de lo que me hiciste? Ni borracha, estado en el que estás casi siempre, te lo crees tú. Creo que te lo he dicho más de una vez, ¡me das asco! No podría ponerte una mano encima nunca. Y ahora, si me disculpas, no te soporto por más tiempo, me voy a mi cuarto hasta que te vayas.

Evelyn no pudo seguir escuchando a Diego y sus ofensivas palabras, cogió su abrigo y su bolso y salió de casa dando un fuerte portazo, dejando la estancia sumida en una gran calma.

Diego pensó, cuando escuchó el golpe, que había sido cruel, pero no menos

que ella cuando destrozó su vida sin ningún remordimiento. Se quedó tal y como estaba, sin mover ni un músculo. No le afectaba nada de lo que ella pudiera decirle. Simplemente quedaba la amargura de pensar que estaba viviendo una vida que nunca eligió. Buscaba herirla y conseguir así una pequeña satisfacción, aunque jamás lo conseguía.

Viéndola salir de casa de aquella forma tan habitual, con un fuerte portazo, se pasó la mano por la cabeza, angustiado por el curso que tomaba su vida cotidiana. Era agotador vivir cada día un episodio parecido. Agobiado, se acercó a la ventana deseando que ver la nieve caer le calmara. Pero nada le aliviaba. No podía concentrarse, su vida era una montaña rusa, un tornado que ni si siquiera lo dejaba descansar. En ocasiones, cuando cerraba los ojos, pensaba en la tranquilidad que sería no volver a abrirlos y darle un descanso total a su maltrecho corazón. Cada día maldecía su suerte, y deseaba que jamás le hubieran concedido aquella beca. Mil veces se preguntaba, ¿qué hubiera sucedido si Julia, en vez de alentarle, le hubiera quitado la idea? Lo sabía, estaría junto a ella y sería feliz. Aquel pensamiento todavía lo hundió con más fuerza en la desesperación.

El agotamiento, después de una larga y dura jornada de trabajo y el cansancio que le producía repasar su desgraciada existencia, lo dejó sumido en un profundo sueño, no exento de sobresaltos, pues, tal como le ocurría siempre, se despertaría mil veces.

CAPÍTULO 11

El insistente timbre de un teléfono lo sacó de su profundo sueño. Echó un vistazo al despertador digital, eran las 4:35 de la madrugada. Podía ser una llamada del hospital para avisar de que alguno de sus pacientes hubiera empeorado. Diego, antes de salir del hospital, repetía cada día lo mismo, debían avisarle fuera la hora que fuese.

Se incorporó en la cama y tomó el auricular.

—¿Doctor Diego Benet?

—Sí —contestó extrañado, no reconocía la voz y sabía que, en caso de llamarle del trabajo, sería Doroty quien lo haría porque era la que se había quedado al cargo de sus enfermos.

—Le llamamos desde el Brooklyn Hospital. Acaban de ingresar a Evelyn Johnson. Ha tenido un accidente de tráfico.

La noticia lo cogió por sorpresa y no reaccionaba. En ningún momento se puso nervioso ni se alteró, únicamente se sorprendió. Al final reaccionó y, con mucha calma, preguntó a su interlocutora.

—¿Sabe cómo está? ¿Qué le ha sucedido?

—No, señor, no sabemos nada. Solo podemos comunicarle que está aquí.

—Muchas gracias —y, sin decir nada más, colgó.

Se tomó unos segundos para centrarse en la noticia que acababa de recibir, Evelyn había sufrido un accidente, debía reaccionar deprisa y eso fue lo que hizo. Lo primero, vestirse; después llamó a un taxi y, por último, antes de salir de casa, fue hasta la habitación de Dolores y dio unos suaves toques a la puerta hasta que ella contestó.

—Dolores, tengo que irme, Evelyn ha sufrido un accidente y está ingresada. Se queda sola.

—¿Cómo está la señora? ¿Está grave? —preguntó con preocupación, no en vano la había criado.

—No me han dicho nada por teléfono. Cuando llegue y lo sepa, la llamaré. Ahora me marchó.

—Váyase tranquilo, señor, y llame enseguida, en cuanto sepa algo.

Sin mediar más conversación entre ellos, Diego salió a la calle. Había dejado de nevar, pero toda la ciudad estaba cubierta de una capa blanca que

empezaba a congelarse con las frías temperaturas que azotaban Nueva York. Mirando al frente, la imagen que llegaba a su retina era como una postal, ni una huella en toda la calle, los coches con una fina capa blanca sobre ellos, igual que los árboles.

Sus pensamientos se detuvieron cuando un taxi paró ante él. Subió con rapidez y le dio la dirección al taxista. El trayecto hasta el hospital era relativamente corto, pero el intenso tráfico, en algunas ocasiones, lo hacía interminable.

Diego observaba las calles vacías, no parecían las mismas que recorría cada día, atestadas de tráfico o de aceras llenas de transeúntes que se movían de un lado a otro, en aquel instante apenas se veían personas o vehículos por aquellas mismas calles.

El taxi paró delante de la misma entrada del hospital y, en cuanto entró, se acercó hasta la ventanilla de recepción y preguntó por Evelyn. La enfermera le dijo que pasara a la sala de espera y que un médico saldría enseguida para hablar con él. Sabía cómo funcionaban las cosas dentro del hospital, el protocolo era el mismo para todos.

Cuando entró en aquella sala, sacó el móvil del bolsillo y, antes de saber en qué estado se encontraba Evelyn, llamó a sus padres. Su suegro fue el que atendió la llamada.

—¿Qué pasa, Diego? —preguntó sobresaltado.

—Estoy en el Brooklyn Hospital, Evelyn ha tenido un accidente y acabo de llegar, estoy esperando a que vengan a informarme.

—¿No sabes nada? —contestó esta vez totalmente preocupado.

—Creo que ya viene el médico —dijo Diego viendo que se acercaba a él un doctor—. En cuanto sepa algo te vuelvo a llamar, igual es una tontería y no merece la pena que os levantéis de la cama.

—Vale, estaré esperando.

Cortó la conversación y, efectivamente, el médico venía hacia él. En cuanto llegó a su lado preguntó por los familiares de Evelyn Benet.

—Es mi mujer.

—Siento decirle que su esposa ha tenido un grave accidente. Hemos hecho todo lo posible por ella. En el traslado, dentro de la misma ambulancia, han intentado reanimarla, pero cuando ha llegado al hospital solo hemos podido diagnosticar su muerte cerebral.

Diego escuchaba, aunque era incapaz de asimilar, ¿Evelyn estaba muerta? Jamás lo hubiera imaginado, en ningún momento pasó por su cabeza que fuera

tan grave. Además, no esperaba que volviera a casa, en algunas ocasiones se quedaba a dormir en casa de su amiga. Tenía que tomar muchas decisiones y estaba colapsado, no atinaba ni a contestar.

—Lo siento, doctor —expresó algo aturdido unos minutos después. Estaba sin palabras, no sabía qué decir—. ¿Puedo verla? —Y, mientras lo seguía, se paró en seco y siguió diciendo—. Pero, antes de entrar, llamaré a sus padres, estarán inquietos y deben venir.

Parecía un autómata. Era como si todo aquello formara parte de un sueño, viendo desde su cómodo asiento lo que sucedía. Delante del médico, que lo esperaba para llevarle hasta su mujer, Diego volvió a llamar a su suegro que contestó al primer toque.

—Edward —manifestó con voz grave y muy escuetamente—, venid para el hospital. No puedo seguir hablando. Voy a entrar a ver a Evelyn.

No tuvo que decir nada más, sabía que él había entendido perfectamente lo que sucedía, que el accidente había sido grave. Guardó su teléfono y siguió al doctor.

No hacía falta que nadie le dijera lo que venía a continuación, había pasado por esa situación montones de veces en un año. Evelyn estaría conectada a unas máquinas que la mantenían viva artificialmente y, en cuanto entraran a la habitación, el doctor le preguntaría si estaba dispuesto a donar sus órganos.

Y así fue. Aunque estaba acostumbrado a ver heridos, le impactó verla en ese estado, a juzgar por su apariencia, el accidente había sido brutal. Estaba destrozada, no había una parte de su cuerpo que no tuviera una herida o una venda. El doctor, como si adivinara sus pensamientos, se dirigió a él.

—Tardaron en sacarla más de una hora, se empotró contra un camión que circulaba por la autopista. Había nieve en la carretera y ella conducía a una velocidad excesiva con estas condiciones climáticas. Hemos hecho todo lo posible, incluso dentro del coche, mientras los bomberos intentaban sacarla, fue atendida por los sanitarios de la ambulancia.

»Sé que la petición que le voy a formular ahora mismo es muy dolorosa, pero mi trabajo es salvar vidas y tengo que pedirle que done sus órganos. Quiero que lo piense bien y que, con la mayor brevedad posible, me diga algo.

—Sé perfectamente el protocolo a seguir, soy neurocirujano en el Presbiterial Hospital —explicó Diego señalando a Evelyn que estaba inerte en aquella cama—, y su padre es el prestigioso doctor Edward Johnson.

—¡Dios mío! ¡Fue mi profesor! Lo siento mucho, pero no se pudo hacer nada por ella.

Diego no dijo nada y únicamente asintió con la cabeza. El doctor lo dejó solo en la habitación. Se sentó en el sillón que había junto a la cama y se quedó mirando fijamente a su mujer. Ella yacía inerte, sin vida, dentro de un cuerpo que dejaría de funcionar en cuanto la desconectarán de las máquinas. Solo eso, un cable, la mantenía en el mundo.

Se le planteaba un grave dilema, no podía desconectarla, sabía que legalmente le correspondía tomar esa decisión, moralmente no. ¡No la amaba y nunca la había amado! Si lo hacía, si la desconectaba, no podría quitarse jamás el sentimiento de culpa. Simplemente esperaría hasta que llegaran sus suegros y ellos decidieran lo que querían hacer con ella.

No se parecía en nada a la mujer que salió de su casa unas horas antes. De su aspecto dulce y angelical, aunque distaba mucho de lo que era en realidad, no quedaba nada, estaba desfigurada. La enorme inflamación escondía esos preciosos ojos azules, igual que su pequeña naricilla. Toda la belleza de Evelyn había desaparecido, igual que lo hacía su vida, con un pequeño suspiro.

CAPÍTULO 12

Mientras esperaba la llegada de sus suegros, no pudo evitar recordar el día que empezó su convivencia con Evelyn. Quizás porque una parte de su cerebro era rápida y adivinaba que el día anterior había sido el último de su contrato. No era como tener delante a una persona amada, ya que no tenía ningún sentimiento hacia ella, simplemente era la madre de su hijo. Desde el primer día fue una enemiga. Le truncó la vida, ¡su vida!, por un capricho de niña bien y una buena dosis de malicia.

En definitiva, era eso, una mujer consentida, acostumbrada a salirse siempre con la suya y egoísta. No se le ponía nada por delante para conseguir lo que quería, aun a costa del sufrimiento de otras personas. No le importaba nadie ni siquiera su hijo. Desde que la conoció, nunca había tenido un gesto, una muestra de cariño hacia sus más allegados, si no era para conseguir algo. Jamás había hecho algo de forma altruista. Diego no sentía pena ni dolor por Evelyn, había sido para él una mala persona. La única pena que sentía iba dirigida a sus padres, sentía lástima por ellos, por su dolor y por la pérdida de su única hija.

Para él solo significaba que, la noche anterior, había vivido la última pelea y ya no habría más gritos en casa. Tampoco tendría que reprimirse para besar a su hijo ni esconder sus sentimientos hacia aquella personita que le tenía robado el corazón.

Permanecía en la habitación, delante de ella. No sentía nada, ni una pizca de dolor, y esa sensación le producía cierta culpabilidad. Sin embargo, nadie podía forzar un tipo de sentimientos u otros. Estaba acostumbrado a lidiar con la muerte, en el hospital la veía de cerca todos los días en mujeres, hombres, niños y ancianos y, sin existir un lazo emocional hacía aquella gente, sentía una pequeña punzada de pena. Pero, hacia su mujer, el lazo que lo unía era de rencor, por obligarlo a estar a su lado sabiendo que no la amaba ni quería estar con ella, por haber destrozado su vida cuando ni siquiera había empezado. No era extraño sentir indiferencia, no había sentimientos nobles que lo ligaran a aquella mujer que yacía en la cama.

No guardaba ningún recuerdo bueno de ella, todo lo contrario, desde el día que la conoció su vida había sido un verdadero infierno. Por eso acudía a su

mente precisamente aquel día, porque fue el peor de su vida y ella había sido la causante de su mayor desgracia.

La boda había sido tal y como él le había dicho, no había nadie más que ellos dos y los padres de ella. La niña mimada y consentida esta vez no se había salido con la suya. Se trataba de un simple trámite, frío y distante. Lo menos romántico que alguien se podría imaginar.

Cuando llegaron a la que sería la casa de ambos, a la que Diego no se había preocupado en ir a ver, Evelyn le enseñó el que sería su hogar. Ella había distribuido la casa a su gusto.

Lo que no sabía era que él no tenía los mismos planes que ella en cuanto a convivencia, por eso aquella pregunta la había cogido totalmente por sorpresa.

—¿Dónde está mi habitación? —preguntó Diego sin ninguna emoción, más bien, hastiado.

—Es esa puerta. Ven que te la enseñe. Espero que te guste.

La siguió y, cuando ella abrió, se retiró para que pudiera verla por completo. Observaba todo detenidamente, entonces, volviéndose hacia ella le preguntó:

—¿Y la tuya?

Evelyn lo miraba sin entender lo que estaba diciendo, estaban casados, vivirían en la misma casa e iban a tener un hijo en común. Lo miró con una interrogación en sus expresivos ojos y, entonces con toda la tranquilidad del mundo viendo su sorpresa, le aclaró algo que ella ni imaginaba que sucedería.

—No compartiré la habitación contigo y tampoco pienso dormir en la misma cama que tú. Me hiciste una encerrona, las pruebas dicen que ese hijo que esperas es mío, pero sé que podía haber sido de cualquiera.

»Vamos a poner las cartas sobre la mesa, cuando te conocí no lo sabía, pensé que eras una buena chica, pero ahora mismo sé perfectamente lo que eres.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué soy? —cuestionó riendo con una soberbia que no pegaba con su apariencia.

Sin alterarse y sin importarle ya nada, le contestó con una dureza y una crueldad que ponía los pelos de punta.

—Eres la guarra de todos los que te conocen, la putilla que se folla todo el mundo y que tiene engañados a esos inocentes padres que creen que tienen la hija perfecta. Eres una vaga que no sabe hacer nada, que no sabe mantenerse por sí sola y se vende al mejor postor para seguir manteniendo su forma de vida. Eres egoísta y no piensas en nadie. ¿Quieres que siga?

—¡Eso es mentira!

—Pero ahora soy tu marido —afirmó él sin importarle lo alterada que estaba ella—, las reglas van a cambiar, al menos, hasta que mi hijo nazca. Después podrás hacer lo que quieras porque, realmente, lo que te suceda a ti me importa bien poco. Has buscado quedarte embarazada y lo has conseguido. Siento comunicarte que en estos meses de gestación te vas a convertir en una señora decente. Se acabaron tus fiestas, tus salidas nocturnas, los bares. Por supuesto, no beberás ni una gota de alcohol. Como tu marido que soy, no dudaré en ingresarte, por cualquier problema que me invente, en una clínica hasta que el bebé nazca.

—¡Estás loco si crees que voy a hacer eso!

—¡Pues no me equivoco y tú misma lo has firmado! —dijo sacando unos papeles.

—¡¡Eran unos contratos prematrimoniales!!

—Ya, pero soy así de cabrón y el dinero, ya lo comprobarás, me importa una mierda, no como a ti. Tú te has preocupado solo de hacerme firmar todo lo que me pedirías si te dejo, la cuantía de la pensión y todo eso. A mí, en cambio, todo eso me ha dado igual y lo que has firmado es que durante tu embarazo vas a llevar una vida de monja. —Diego le alargó unos documentos para que los leyera. Evelyn los cogió de muy mala gana y cuando vio su intención la avisó—. No te molestes en romperlos, solamente es una copia y mi abogado tiene otra. Si no cumples lo que has firmado, podré divorciarme de ti cuando quiera sin ningún coste y además la custodia del bebé será solo mía.

—¡Eres un cerdo! ¡Me has engañado!

—Eso no es cierto, mi abogado te dio los papeles en el mismo momento en que tu abogado me dio los tuyos. Que los firmaras sin leer, no es problema mío.

—¡Yo leí! En realidad, no llegué al final... —titubeó— ¡Haré lo que me dé la gana! Tú no vas a dirigir mi vida —sentenció esta vez con ímpetu.

Y, dicho esto, intentó salir por la puerta, cuando la fuerte mano de Diego la sujetó por el brazo y la amenazó muy seriamente:

—No estoy bromeando. Soy capaz de poner a un detective para que te siga en cuanto pongas un pie en la calle y, te juro por lo más sagrado, que vas a tener una vida tan desgraciada como la mía. Jodiste la mía cuando, con malas tretas, me emborrachaste y me llevaste a la cama. No puedo negar que hicimos algo, porque hay un niño en camino que lleva mis genes, pero tú sabías que no

estaba en condiciones. Sigo sin acordarme de nada, parte de aquella noche ha desaparecido de mi memoria. Por más que intento recordar ese momento no puedo hacerlo.

»Te has valido de malas artes para forzar nuestra boda. Pero si creías que todo te iba a salir redondo, te has equivocado y, hasta que nazca el niño, se acabó tu vida de excesos. Lee el contrato y sabrás lo que puedes y no puedes hacer.

—¡Eres un desgraciado!

—Tienes toda la razón y es solo gracias a ti. No te alteres que no le conviene al bebé. Y, ahora, dime dónde está mi habitación.

—No hay ninguna, solo está esta habitación. Pensé que seríamos como un matrimonio normal.

—¡Claro! Después de ponerme una pistola para casarme, voy a compartir tu cama y te voy a follar. ¡No, guapita! Hasta que nazca el pequeño, olvídate del sexo, conmigo no lo vas a tener y, si llegas a ser infiel en estos meses, ni tu padre va a tener dinero para indemnizarme, recuérdalo.

—¿No piensas acostarte conmigo?

—No. A no ser que te valgas de malas tretas y me emborraches. —Se quedó pensativo y después añadió—. Claro que ahora no caería tan fácilmente. No suelo cometer dos veces el mismo fallo.

Totalmente indignada, salió de la habitación y se fue hasta el salón, se sentó en el sofá y encendió la televisión y zapeó hasta dar, entre los diferentes canales, con su programa favorito: *El show de Oprah Winfrey*.

Diego buscó en las habitaciones vacías la más espaciosa para colocar sus cosas. Esa noche dormiría en el sofá y, a partir del día siguiente, ya se preocuparía de organizar su nuevo hogar.

La mente de Diego regresó al presente. Al recordar aquel día, sintió que terminaba una parte de su vida, quizás la más dolorosa. Todo seguía igual, el silencio llenaba la habitación y únicamente el repetitivo sonido de la máquina que mantenía el cuerpo de Evelyn con vida rompía aquella calma.

No sentía nada, únicamente le afectaba el dolor tan intenso que sufrirían sus padres en cuanto llegaran al hospital. La verdad es que la vida al lado de la mujer que estaba delante de él había sido de todo menos feliz.

Durante el embarazo no le quedó más remedio que comportarse y seguir las indicaciones de su doctor hasta la hora del parto. Al menos eso era lo acordado, aunque aquello distaba mucho de la realidad. Ella se saltaba las reglas siempre que quería y aquella vida desordenada tuvo sus consecuencias

y se puso de parto antes de la fecha. El niño nació el siete de septiembre de dos mil diez y le pusieron el nombre de Derek. Y, a partir de ahí, también comenzó su libertad. El instinto maternal en Evelyn, desde el primer momento, brilló por su ausencia y en el mismo hospital decidió que no le daría el pecho al bebé. No quería esa esclavitud ni que su cuerpo se desfigurara más de lo que ya estaba. Y, al salir del hospital, poco a poco muchas cosas llenaron su vida, excepto el cuidado de su hijo al que dedicaba un tiempo muy escaso. La asistente de sus padres se mudó a su casa para hacerse cargo del pequeño Derek, ya que a ella no parecía importarles mucho su cuidado.

Desde finales de septiembre, en cuanto se recuperó del parto hasta unas horas atrás, Evelyn se dedicó a ir de fiesta en fiesta. Se levantaba casi a la hora de comer y salía todos los días por la tarde al gimnasio o de compras. Y cuando llegaba la noche pocas veces se quedaba en casa, la mayoría de días salía de fiesta o de copas llegando a altas horas de la madrugada y, muchas veces, totalmente ebria.

Diego suspiró profundamente. Esa había sido, sin duda, la causa de su muerte, la desordenada vida que llevaba. Volvió a mirarla, no se hacía a la idea de que aquella masa de carne tan desfigurada fuera Evelyn. ¡Era tan diferente esta mujer a la suya! Yacía en la cama, deformada y no podía reconocer ninguno de sus hermosos rasgos con los que, solo unas horas antes, había salido de casa perfectamente maquillada y elegantemente vestida. Era difícil asimilar que, las dos imágenes que comparaba en su mente, fueran de la misma persona.

Unos presurosos pasos en el pasillo le pusieron en guardia. Sabía, por la rapidez, que eran sus suegros los que llegaban y sintió dolor por el intenso desconsuelo que iba a provocarles la noticia que estaban a punto de recibir. Y no se equivocó, en cuanto abrieron la puerta el drama se desató en aquella habitación.

Nada se podía hacer por Evelyn y su padre lo sabía, pero tomar la decisión era difícil y dolorosa. Se le rompía el corazón a cualquiera contemplando aquella terrible escena. Nadie tendría que ver morir a un hijo y menos tomar la decisión de desconectarlo de la máquina que lo mantiene con vida. Daphne, la madre de Evelyn, lloraba desesperadamente aferrada a su hija en un fuerte abrazo, como si con ese gesto pudiera mantenerla viva. Mientras su padre, roto de dolor, intentaba calmarla a pesar de que se estaba desmoronando. Diego salió de la habitación, para que pudieran despedirse de ella en la intimidad.

Se quedó apoyado en la pared, escuchando el desgarrador llanto de esos padres como muchas otras veces lo había escuchado en otros familiares. Intentó buscar en lo más profundo de su alma algún sentimiento de pérdida, pero no lo encontró. Para sentir algo así, tendría que haberla amado y, aunque fuera duro reconocerlo en aquella situación, jamás la había llegado a querer, siendo desprecio lo único que había sentido por ella. Se acordó de su hijo y se consoló al saber que no echaría en falta a su madre, porque apenas se había acercado a él. Sacó el teléfono para contarle a Dolores lo sucedido. Fue muy breve y no tardaría mucho en ir a casa, aquí ya nada se podía hacer.

—Dolores, Evelyn... —titubeó, pues sabía que aquella noticia le dolería—. Evelyn está muerta. Voy para casa enseguida, aquí ya no se puede hacer nada. Sus padres se están despidiendo de ella.

—¡Dios mío! Mi pequeña —y Dolores no pudo decir nada más, los sollozos le impedían seguir hablando.

Cortó la llamada escuchando los sinceros lamentos de Dolores. Media hora después, todo había acabado y, unos padres deshechos y rotos por el dolor, abandonaban la habitación donde solamente quedaba un cuerpo inerte y despojado de los órganos.

Diego cogió el coche de sus suegros y los llevó hasta su casa, situada en la parte residencial de Queens, el barrio Malba. El estado de ánimo de aquellos padres no era el mejor para conducir. Durante el viaje el silencio era sepulcral, roto, únicamente, por los sollozos lastimeros de Dafne. Ya habría tiempo de hablar. Cuando los dejó en su casa, llamó a un taxi que lo llevó hasta la suya. Era imposible llevar un poco de consuelo a unos padres tan destrozados por el dolor.

Al llegar a casa, Dolores estaba en la cocina, esperándolo con una taza de café bien cargado y casi hirviendo. Él le contó todo lo sucedido: el brutal accidente, su posterior traslado y cómo los médicos no habían podido hacer nada por salvarle la vida. Dolores lloraba desconsolada, a pesar de que para Evelyn siempre había sido una simple sirvienta, para ella era diferente, la conocía desde niña y le tenía mucho cariño.

Cuando terminó el café, no pudo evitar subir a ver a su hijo que dormía con total placidez. Al ser tan pequeño, apenas notaría la pérdida de su madre. «Un sufrimiento menos para el niño», pensó Diego.

CAPÍTULO 13

Diego recibió durante todo el día las constantes muestras de respeto y el sentido pésame de compañeros de trabajo. También llamó a sus padres, que se lamentaron de no haber llegado a conocer a su nuera, en ese momento en que ya era imposible hacerlo. Sus padres desconocían su dramática historia. Para ellos, Diego empezó a salir con otra mujer y esta se quedó embarazada. Sufrían por Julia y la forma de actuar de su hijo, pero habían aceptado los hechos. No sería la primera vez ni la última que sucedía algo así.

Después habló con su hermana. Esta sí que conocía hasta el más mínimo detalle del matrimonio de Diego. Desde fuera, todo el mundo los veía como una envidiable pareja, pero la realidad, dentro de su casa, no tenía nada que ver con las apariencias. Cuando estaban solos solamente eran dos desconocidos con una relación inexistente.

La pregunta que le formuló su hermana le hizo pensar, por primera vez desde el terrible accidente de Evelyn, en su nueva situación.

—Y, ahora, ¿qué piensas hacer? Quizás no sea el mejor momento para hablar de ello o al menos el más adecuado, pero vuelves a ser libre, todas las ataduras han desaparecido junto a esa mujer. Lo sabes, ¿verdad?

Diego se quedó en silencio. Ni una sola vez pensó en ello. Había sido una jornada muy movida que empezó de madrugada con una llamada telefónica. A lo largo de todo el día, tuvo que atender las continuas muestras de pésame, así como la preparación del sepelio, ya que sus padres no tenían el ánimo para hacerlo. Eligió el ataúd y las flores, además del número de vehículos que necesitarían para acompañar al coche fúnebre.

Y, después de que su hermana se lo mencionara, tuvo que reconocer que era verdad. Por primera vez, desde que vio a Evelyn inerte en aquella cama del hospital, esa palabra acudió a su cabeza, ¡era viudo!

—No sé qué haré, Andrea. Todo ha sucedido con mucha rapidez y no me he parado a pensar. Después del entierro de Evelyn pensaré en mi futuro. Pero ahora mismo tengo la cabeza en otra cosa. Queda un momento difícil, al menos para sus padres, y creo que, por mi hijo, debo acompañarlos.

—¿Cómo te sientes? Eso es lo único que me importa.

—Durante estos dos días ha habido muchos momentos en los que me he

sentido culpable —le dijo su hermano abriendo su alma y descargando el peso de su conciencia.

—¿Culpable tú? ¡Venga ya! ¿De qué te sientes culpable? —preguntó Andrea llena de asombro al escuchar la confesión de Diego.

—Por no sentir ni un poco de dolor. No me considero un hombre frío, pero no siento nada por ella.

—¿Y qué quieres sentir después de haberte jodido la vida? Bastante consideración estás teniendo atendiendo a sus padres y conocidos. No se merecía nada.

—Sus padres no son como ella. Son unas personas encantadoras. No se merecían tanto dolor, nadie tendría que pasar por algo similar.

—Ya lo sé, pero fueron ellos los que criaron un monstruo.

—Andrea...

Antes de que la volviera a reprender, ella cortó con otra pregunta.

—¿Y Derek? ¿Cómo está? Tenemos muchas ganas de conocerlo. Si no vienes pronto, pienso coger un avión y presentarme allí, ahora que no está esa bruja.

—¡Por Dios, Andrea! ¡Que todavía no la hemos enterrado!

—¿Y crees que debemos ponerla en un altar porque esté muerta? Viva o muerta, fue una arpía y destruyó tu vida.

—Andrea, no merece la pena enfadarse con ella, ha perdido más que nadie. Por cierto, ¿cómo va lo tuyo con Mateo? ¿Ya lo habéis arreglado?

—No, Diego —contestó apenada—. Mateo no quiere saber nada de mí.

—¡No puede ser! ¡No me lo creo!

—¡Pues créelo! Es largo de contar, pero, cuando tu vida esté en orden, prometo explicártelo todo. Ahora te dejo que estarás cansado de tanto teléfono.

—Es verdad, llevo todo el día con este aparato pegado a mi oreja.

—Estás bien, ¿verdad, Diego?

—Sí, estoy bien.

No tuvieron que hablar más. Andrea quería saber cómo se encontraba su hermano y, a pesar de la corta conversación que habían mantenido, pudo saber que estaba tranquilo. Así que todo lo demás podía esperar.

Al día siguiente, a las diez de la mañana de un frío once de marzo, en el cementerio de Green-Wood de Nueva York, recibía sepultura Evelyn Johnson. Tenía veintisiete años, una apariencia angelical y toda una vida por delante. Pero el destino quiso que un dramático accidente arrancara su alma de este

mundo. Fueron los padres de Evelyn los que eligieron el lugar en donde su hija descansaría para siempre, en el cementerio donde estaba enterrada parte de su familia y querían que ella reposara allí, al lado de sus abuelos.

Cuando terminó el entierro en casa de sus suegros y el último asistente se hubo marchado, Diego se quedó junto a Edward en silencio. Su mujer estaba acostada bajo los efectos de un fuerte tranquilizante. Las palabras de su suegro lo dejaron sin habla.

—Sé que Evelyn no fue honesta y que vuestro matrimonio era una fachada. Pero siempre estaré en deuda contigo por la forma de comportarte. No la educamos bien y eso ha sido su perdición. Debimos ser más estrictos con ella, igual ahora seguiría viva. —Y, tapándose la cara con las dos manos, empezó a sollozar desconsolado.

—No pienses en eso, no puedes ser tan duro contigo mismo. Evelyn era adulta y eligió cómo vivir. Ninguno de nosotros podíamos hacer nada. Cada uno debe ser responsable de su propia vida y ella tenía todo lo necesario para haber llegado a ser lo que hubiera querido, pero no lo hizo y nadie podía hacerlo por ella.

—¿Qué piensas hacer ahora? Sé que estás aquí, en Nueva York, porque te casaste con mi hija por obligación.

—Si quieres que te diga la verdad, no sé lo que voy a hacer y en estos momentos no tengo ganas de pensar. Me voy a casa, Edward. Tómate una pastilla y descansa, te hará bien.

Y, dejando a su suegro roto de dolor, se marchó.

Cuando llegó a su casa, Dolores estaba dando la comida al pequeño Derek. Diego no había querido llevar al niño al sepelio de su madre. Él no se enteraba de nada, lo mejor era que siguiera con su rutina. No tenía apetito, así que simplemente contempló a su hijo comer.

De repente todo había cambiado y en dos días su vida había dado un giro de ciento ochenta grados.

Dejó que Dolores se hiciera cargo de Derek y él, después de besar la cabecita de su hijo y sonreír a la asistenta, abandonó la cocina y subió al piso superior. Al pasar ante la habitación de Evelyn se asomó al interior como si estuviera contemplando una habitación cualquiera y no la de su recién fallecida mujer. Ningún sentimiento le unía a aquel dormitorio. Después, cerró la puerta y siguió hasta el suyo. Se tumbó en la cama y no pudo evitar pensar en Julia, pero no como lo había hecho anteriormente, con añoranza, como si fuera algo inalcanzable y lejano... La situación era diferente. En aquel

momento, aunque fuera remota, había una pequeña luz en el horizonte de su vida.

Miró su reloj y pensó que su hermana ya estaría en casa, así que la llamó.

En cuatro o cinco toques, Andrea contestó, aunque apenas se le entendía.

—¿Qué dices? No entiendo nada.

—¡Joder Diego! Me has cogido comiendo y no puedo tragar tan rápido. Ten un poco de paciencia. ¿Cómo ha ido todo? ¿Estás tranquilo?

—Sí, todo ha terminado, sus padres están destrozados, pero no se puede hacer nada. ¿Qué sabes de Julia? —preguntó repentinamente.

—No creo que sea bueno que te hagas ilusiones con Julia. Ella no quiere saber nada de ti, nunca lo ha querido y no creo que cambie de parecer, por muy viudo que seas. Ya la conoces, es muy testaruda.

—Tú sabes la verdad, sabes cómo sucedió todo... Me da igual cómo lo consiga, pero te juro que lo haré, hablaré con ella, aunque tenga que secuestrarla y amordazarla para que me escuche. ¿Dónde está ahora? ¿En Barcelona?

—¡Que va! ¿No has escuchado las noticias? En Japón ha habido un terremoto y un gran tsunami. Esta mañana cogió un avión desde Nueva Zelanda que era donde estaba. La cosa es seria. No he mirado mi móvil y no sé si me habrá mandado un mensaje ya. Voy a mirarlo. —Dejó unos segundos a su hermano mientras miraba los mensajes—. No tengo de Julia, pero sí de José.

—Ya, de su atento compañero. ¿No es así? —espetó con rabia y totalmente celoso.

—¡Sí, así es, gilipollas! Y te recuerdo, por si lo has olvidado, que fuiste tú el que le puso los cuernos, el que la engañó y se acostó con otra y el que después se tuvo que casar porque la había preñado. ¿Quieres algo más?

—Me lo tengo bien merecido por imbécil. Perdona, Andrea, se me olvida que Julia es tu mejor amiga.

—José es un encanto y cuida de ella como si fuera su hermano. Y, además, nos cuida a todos. Nos manda continuamente mensajes en cuanto llegan al hotel para tranquilizarnos. Espero que sea la última vez que hablas de él con ese retintín.

—No te preocupes, no se volverá a repetir. Y ya sé que no tengo derecho a nada. ¿Qué dice el mensaje?

—Que a las 16:00 habían llegado al aeropuerto de Tokio y que mañana por la mañana saldrán hacia Sendai. Mientras estén cubriendo la noticia se hospedarán en una ciudad cercana, Yamagata. Y que estaban cansados y se

iban ya a descansar.

—¡Ayúdame con Julia, por favor, hermana!

—¡Se cierra en banda a escucharme! Cuando vino de Túnez le dije que no habías estado durante las Navidades y me contestó que entendía que tú eras mi hermano, pero que no quería que volviera a mencionarte delante de ella. ¿Te das cuenta? Ni siquiera puede escuchar tu nombre. ¿Cómo quieres que lo consiga? ¡Es imposible! Ha sufrido mucho y fue un golpe muy duro del que todavía no ha podido recuperarse y no quiere escuchar nada sobre ti. Yo no puedo hacerla sufrir más.

—Solo quiero una cosa, que me deje hablar con ella. Después, si no quiere saber nada de mí la dejaré en paz, haré lo que ella quiera. Tengo que conseguir que me escuche y que sepa realmente lo que sucedió.

—No te prometo nada, pero sabes que haré lo que pueda para intentar que hable contigo. Cuídate, hermano.

—Tú también, Andrea.

A partir de ese día, Diego se puso en contacto con todos los hospitales de Barcelona, enviándoles su abultado currículum. No pasaría en Nueva York ni un minuto más del estrictamente necesario. Además, buscaría cualquier forma a su alcance para ponerse en contacto con Julia, llamaría a la oficina las veces que fueran necesarias. Entendía que Andrea no quisiera traicionar la confianza de su amiga facilitándole su número, y él jamás le pediría algo así. Pero tenía otros canales para dar con ella y el principal era su trabajo. El problema es que Julia siempre estaba fuera y, además, después de su última llamada seguro que la secretaria estaría avisada. Aunque no le importaba, insistiría las veces que hicieran falta.

No tardaron muchos días en contestarle y hacerle ofertas de los hospitales más importantes de la ciudad. Tendría que estudiarlas todas detenidamente, pero había una que sobresalía entre todas. Era perfecta y sabía que no podía rechazarla.

Dejó para el final hablar con sus suegros y contarles los planes que tenía y, a pesar de ser otro duro golpe para ellos, lo entendieron. Diego solo había venido a estudiar y no tenía intención de vivir en Nueva York. Jamás la había tenido. Pero el repentino embarazo de Evelyn había truncado esos planes. Y, en ese momento que su hija ya no estaba, entendían que Diego quisiera retomar su vida y volver a Barcelona, aunque fuera con un año de retraso.

Durante todo el mes de marzo, tuvo que realizar muchos trámites, además de despedirse del hospital y tener que empaquetar todo lo que quería llevarse a

Barcelona.

Una tarde fue a su antiguo piso, el que compartió con sus dos buenos amigos, Darío y John, hasta el desafortunado suceso y posterior boda. Ellos todavía lo compartían.

—¡Por fin vuelves a tu casa! Viniste para un año y has estado dos, tampoco es tanta la diferencia.

—Sí, pero han pasado muchas cosas durante mi ausencia. Será raro volver.

—Solo un poco extraño al principio, te acostumbrarás enseguida.

—Creo que voy a aceptar la oferta del Hospital Clínic, en el Departamento de Neurología. Las condiciones económicas son muy buenas y tendré un puesto de gran responsabilidad. El doctor Edward ha hablado personalmente con el director del hospital y le ha dado unas magníficas referencias.

—Yo también vuelvo a Méjico, pero en julio —les anunció Darío—. Quería vivir el sueño americano, sin embargo, me doy cuenta de que, tres años después, estoy cansado de este tipo de vida y echo en falta a mi familia. Añooro Méjico, el estado de Sinaloa y mi querida ciudad Guasave. Echo en falta las paradisíacas playas, la gente y el clima casi tropical. No me gustan estos inviernos tan largos y la nieve en la vida cotidiana no la soporto. No me arrepiento de los años que he pasado aquí, en Nueva York, pero también ansío volver a casa.

—¡Pues yo me quedo! —exclamó John encogiendo los hombros provocando las sonrisas de sus amigos. Para él era muy diferente, John tenía a toda su familia repartida entre el estado de Nueva York y el de Massachusetts, igual que el resto de sus amigos.

—¿Sabe Julia lo que ha sucedido? Me refiero a la muerte de Evelyn.

—No lo sé. Mi hermana dijo que haría algo, pero no ha querido escucharla nunca, en cuanto intenta contarle algo sobre mí, la corta sin contemplaciones.

—No se lo reprocharás, ¿verdad? Tuvo que ser muy duro para ella enterarse de una noticia así por teléfono. Es normal que no quiera ni escuchar tu nombre.

—Yo pensé que, conociéndome como me conocía, me escucharía o, como mínimo, me concedería el beneficio de la duda. Sin embargo, jamás me cogió el teléfono, no pude explicarle lo que sucedió de verdad. Ella conoce solamente los hechos, pero eso no refleja la realidad. Mi hermana tampoco le ha podido contar nada. Incluso siendo su mejor amiga, siempre se ha cerrado en banda a escuchar cualquier cosa que tuviera que ver conmigo.

—Ahora que vuelves, podrás hacerlo, podrás explicarle lo que sucedió en

realidad.

—¡Si me deja, Darío! Si me deja —repitió Diego lleno de amargura. Sabía que Julia era de ideas fijas.

—Espero que ninguno de los dos se olvide del tiempo que hemos estado juntos y que volváis, al menos, de visita —añadió John.

—Te prometo que volveré. Y espero vuestras visitas en Barcelona. Por ahora no tenéis nada que os ate y os impida viajar —les dijo Diego a sus compañeros.

—Os propongo que cada año nos encontremos en un lugar diferente. El año que viene en Barcelona, por ser el primero en volver a casa. Al siguiente nos encontraremos en Sinaloa y el tercero volveremos a Nueva York, ¿qué os parece? —sugirió Darío.

Tanto Diego como John felicitaron a su amigo por la idea. Era una forma de seguir en contacto muy original.

CAPÍTULO 14

Julia y José llegaron a Tokio totalmente agotados. Iban directos desde Nueva Zelanda, donde también habían cubierto otro terremoto.

Estaban a punto de tomar el avión para Barcelona, ya en el aeropuerto, cuando la agencia les avisó de una nueva catástrofe y sin gente disponible para cubrir la noticia. Así que no les quedó otro remedio que tomar un avión en Christchurch y, en vez de volar a casa, hacerlo hasta Tokio.

Habían estado en la Isla Sur de Nueva Zelanda afectada por un seísmo de magnitud 6,3. Con ciento sesenta muertos, más de doscientos desaparecidos y cuantiosos daños materiales. Pero nada comparable con la devastación que la naturaleza había provocado en Japón.

Vivieron dramas que ponían los pelos de punta. El dolor, el espanto y la incredulidad eran las expresiones que pudieron advertir en las caras de los supervivientes de Sendai. Era un drama que, tanto a Julia como a José, en más de una ocasión les hizo saltar las lágrimas, incluso llegar a llorar totalmente acongojados.

Esa noche, después de ver tragedias y sufrimiento durante todo el día, se retiraron a su hotel en Yamagata a tan solo sesenta kilómetros de Sendai. Cayeron rendidos sobre la cama, hacía frío y no querían ni salir a cenar. Pedirían algo por teléfono si supieran qué pedir porque de la cocina japonesa no conocían los nombres.

Desde que estaban allí, se guiaban por las fotografías a la hora de comer. Así que José bajó a la recepción para ver las fotos y elegir la comida del mismo modo que los niños.

Cuando subió de nuevo, Julia ya se había duchado y estaba tumbada sobre la cama mirando en el ordenador el duro trabajo de toda la jornada.

—Ahora suben la cena. No tengo ni idea de lo que he pedido, nadie habla inglés y me he guiado por las imágenes, como siempre.

Estaban en un pequeño hotel no muy acostumbrado a contar con turistas entre sus clientes y era difícil comunicarse con ellos. Suerte que José era un estupendo mimo.

—No te preocupes, no tengo hambre y no sé si podré tragar. —Sus ojos empezaban a nublarse—. ¡Joder! ¿Cómo puede suceder algo así? No dejaban

de aparecer muertos. —Cubría su boca con la mano para sofocar aquellos desgarrados sollozos—. Hay escenas tan duras en esas fotos —lamentó señalando la máquina de José—, que no voy a poder trabajar.

José se acercó a la cama y la rodeó con sus brazos.

—Shhhhhhh, cálmate. Son escenas muy duras, lo sé, creo que las más duras que hemos vivido por la cantidad de víctimas y es normal que estés así. Tumbate unos minutos, coge tu iPod y no pienses en nada, solamente deja que la música te calme.

Así lo hizo y, durante más de una hora, Julia permaneció abstraída. Cuando se sentó en la cama, aparentemente recuperada del tremendo *shock* que había sufrido, José acudió a su lado. No le preguntó cómo estaba, para no recordarle nada, no quería que volviera a romperse y cambió de tema.

—He informado a todo el mundo; mi familia, la tuya, mis amigos y los tuyos de que estamos bien y a salvo en la habitación.

—Muchas gracias, José. Me daba pereza hacerlo. Te debo una, bueno, en realidad te debo un montón.

—Andrea me ha contestado y durante un rato hemos intercambiado mensajes. Hay algo que deberías saber. Me ha pedido que te lo transmitiera yo. Yo sé lo que es y creo que debes saberlo.

—¡Me estás poniendo nerviosa! ¡Dilo de una vez! —exigió Julia mirándolo fijamente mientras se sentaba llena de preocupación. Estar tan lejos de la familia, en un principio, le hacía pensar lo peor.

—La mujer de Diego ha tenido un accidente de coche y ha muerto casi en el acto. Diego se ha quedado viudo. Y, en poco tiempo, volverá a Barcelona. Le han dado un puesto en el Hospital Clínic en la Unidad de Neurología.

Julia no podía hablar, pero no dejaba de mirar a su compañero. Todavía no había digerido la primera noticia y claro la segunda ni la había escuchado. En su cabeza se repetía la palabra «viudo» a una velocidad de vértigo: «Su mujer había muerto y no tenía ninguna atadura, volvía a ser un hombre libre».

La imaginación volaba. La imagen de Diego era tan nítida que daba la impresión de que si alargaba la mano podría rozarla. Pero, de pronto, ese vuelo terminó y la imagen se desvaneció imponiéndose la cruda realidad. Por unos minutos se permitió albergar esperanzas, poder vivir el sueño que le fue arrebatado una fría mañana de febrero. Pero la cordura barrió de un plumazo todas las expectativas que de pronto aparecieron en su imaginación.

Nada había cambiado, el engaño que sufrió hace más de un año no había desaparecido con el fallecimiento de su mujer. La traición seguía intacta.

Porque cada día en su cabeza, se repetían las palabras que Diego le dijo por teléfono el último día que hablaron.

Aquellas palabras fueron las que destrozaron su corazón y fue él mismo quien le confesó su traición. No había dudas, la traicionó y hubo consecuencias, de ese acto nació un niño. Aquel día su inocente y ciega confianza quedó destrozada y su corazón completamente roto.

No, no podía olvidarse de todo eso como si no hubiera existido. No podía hacer borrón y cuenta nueva porque ya no era la cándida chica que animaba a su novio, antes que nada.

Había cambiado y de la confiada, emotiva y romántica mujer que era; ya no quedaba nada y Diego era el único culpable de ese cambio. Su infidelidad la había convertido en una mujer fría y todos los sucesos que había visto a su alrededor: tanto los dramas que generan las guerras, como los que producía la misma naturaleza, además, la habían convertido en una mujer dura. Y, no solo eso, en muchas ocasiones, Julia, además de ser dura, se había convertido en temeraria. Desde que Diego le confesó su escarceo, su vida apenas le importaba y era capaz de arriesgarse por conseguir un buen reportaje. Se había volcado en su trabajo de una forma casi agresiva. Suerte que el tiempo la había tranquilizado y tener a José a su lado frenaba su ímpetu.

José la miraba y mentalmente contabilizaba todos los cambios que sufría su semblante. Pudo ver la sorpresa del primer momento, su posterior asimilación y más tarde volvió a distinguir aquella expresión dura y fría, muy propia de las decepciones dolorosas.

—Andrea me lo acaba de contar y yo he creído que debías saberlo.

—Misión cumplida, ya me he enterado.

José estuvo tentado de decirle mil cosas porque Andrea le había contado todo lo sucedido, pero no iba a hacerlo. Si Julia quería, entonces hablarían, no pensaba cambiar su forma de actuar con ella.

Se sentó en la cama y cogió su cámara para sacar la tarjeta de memoria y guardar en el ordenador todas las fotos que había hecho ese día. Debía seleccionar las buenas y descartar las borrosas, las desencuadradas o simplemente las carentes de interés. Y, cuando tuvo todas las fotos clasificadas, antes de mandarlas a la agencia, dejó la carpeta abierta, pues seguro que debía hacer algún retoque más.

Julia, a su lado, hacía la crónica de todo lo que habían visto, de las zonas más afectadas, sobre todo, toda la franja de la central nuclear.

Unos suaves toques en la puerta interrumpieron el trabajo y José se levantó

a abrir.

—Vamos a dejar lo que queda para más tarde porque yo me muero de hambre.

Y, sin más, acercaron el carrito y los dos comenzaron a comer en silencio. José alargó la mano para mirar de quién era el mensaje que acababa de entrar en su móvil, pero no dijo nada. Era Andrea que le preguntaba por la reacción de su amiga Julia.

Él dejó de comer y rápidamente le contestó:

«Todavía no ha respirado. Se ha quedado un poco conmocionada, pero quédate tranquila que no le ha dado un jamacuco».

Apartó su *smartphone* y siguió comiendo con tranquilidad.

Julia apenas prestaba atención a lo que sucedía alrededor, pasándole desapercibida la maniobra de José. Ni siquiera fue consciente de que él había cogido el móvil y había contestado a un mensaje. Tan concentrada estaba en su propio universo que podía suceder ante sus narices un cataclismo y lo ignoraría.

—¿Has terminado tu crónica? —preguntó José, sacándola repentinamente de su profunda ensoñación.

—¿Eh? ¡Ah, no! Todavía tengo que corregir las dos últimas entrevistas. Y tú, ¿has terminado ya?

—No, me queda añadir una guía con las mejores fotos, una media hora de trabajo.

—Más o menos lo que me queda a mí.

Otra vez el silencio llenó toda la habitación. Unos minutos después, un largo suspiro de Julia provocó que José levantara la vista de su ordenador y la observara con curiosidad, esperando a ver por donde salía.

—¿Cuándo te has enterado? —preguntó resignada. Por más que lo había intentado, su curiosidad ganaba aquella partida.

—Cuando he bajado a elegir la cena, les he mandado a todos unos mensajes, como siempre. Andrea me ha contestado y me lo ha contado todo. Como ella no se atreve a decirte nada de Diego, me ha pedido que haga de intermediario y te explique lo sucedido. Y eso es lo que he hecho.

—¿Te ha dicho algo más?

—Sí, mucho más. No solo han sido mensajes, me ha llamado y hemos hablado. —Sabía cómo provocar la curiosidad de Julia sin necesidad de

contar casi nada.

Julia se moría por preguntarle de qué habían hablado. Pero, durante mucho tiempo, había presumido de una indiferencia que no sentía y tenía que seguir en esa línea.

Sin embargo, pasaban los minutos y su inquietud aumentaba en la misma medida que sus ganas de saber. Era consciente de que no podría aguantar mucho tiempo sin preguntarle a José por la conversación que había mantenido con su amiga.

Se mordía la lengua, intentaba pensar en otra cosa, tarareaba cualquier melodía que le venía a la cabeza, no obstante, no podía apartar de su mente el hecho de que José sabía algo más que no le había dicho. Ya conocía a su amigo y su discreción. Jamás le había preguntado nada sobre el tema y él, únicamente, conocía lo que ella había querido contarle. Pero en aquel momento sabía algo de Diego que ella desconocía y la curiosidad la estaba matando.

Al final, media hora después y sin haber podido terminar su trabajo porque le era imposible concentrarse, se rindió.

—¿Qué más te ha dicho Andrea? —suspiró resignada.

—¿Estás segura de que quieres saberlo? Mira que todo lo que me ha contado es sobre Diego.

—Me imagino, pero tengo mucha curiosidad —contestó con sinceridad y totalmente resignada.

—Igual no te gusta lo que te pueda decir.

—No te preocupes por mí, lo resistiré. Por peores cosas he pasado, ¿no crees?

—Luego no cargues contra mí que yo soy un mensajero y no tengo ningún interés por contártelo.

—Lo sé, José, pero quiero saberlo. Es más, necesito saberlo.

—De acuerdo. Me lo ha contado todo con mucha rapidez. La mujer de Diego tuvo un accidente y llegó al hospital en coma profundo y sin ninguna respuesta cerebral, únicamente la ataba a la vida una máquina.

—Eso ya lo has dicho antes.

—Que vuelve a Barcelona con su hijo y me ha dicho que no está muy afectado por la muerte de su mujer porque entre ellos nunca existió nada, únicamente compartían un hijo. Y luego me ha contado situaciones por las que había tenido que pasar su hermano, aunque ahora no vienen a cuento.

¡Dios mío! Diego volvía a Barcelona. Ella no había pensado en que podría

pasar algo así. No quería verlo ni encontrarse con él y, aunque Barcelona era una gran ciudad y por lo tanto era difícil tropezarse con alguien, también sabía que el mundo era un pañuelo. En muchas ocasiones, donde menos lo pensabas te podías encontrar a cualquier persona, lo desearas o no. La decisión era del destino.

A partir de aquel momento no estaría tranquila, no pasearía por la ciudad plácidamente, sabiendo que Diego compartía el mismo aire que ella. Había sido muy insistente con el teléfono hasta que unos días después, cansada de escuchar sus continuas llamadas, cambió su móvil y por supuesto su número de teléfono. No quería que sucediera lo mismo, que insistiera y esta vez para verla.

Cuando tuvo asimilado el hecho de que era viudo y volvía a Barcelona, pensó en las palabras que había dicho José. ¿Por qué situaciones había tenido que pasar Diego? A veces que su amigo fuera tan discreto y no hablara si no le preguntaban, la ponía enferma y esta era una de esas ocasiones.

Estaba desvariando porque la discreción de José jamás le había molestado. Si algo no podía hacer era engañarse a sí misma como estaba haciendo. Su corazón le decía la verdad, la rabia que bullía dentro de ella no era por la discreción de José, sino la ansiedad que sentía, quería y precisaba conocer más detalles.

Tampoco entendía esa necesidad repentina, cuando durante un año no había permitido que Andrea le contara absolutamente nada de su hermano. A pesar de que su amiga lo había intentado de todas las formas posibles.

No debería engañarse, conocía el motivo de aquellas ganas de saber, aunque se negaba a aceptarlo. Nada era igual que antes, hacía una semana Diego estaba casado, a seis mil kilómetros de distancia y a seis horas de diferencia horaria, pero casado. Sin embargo, todo había cambiado, no había nadie que se interpusiera entre ellos y, en muy poco tiempo, no existiría ni aquella diferencia de horarios ni la distancia.

¡Diego volvía a ser un hombre libre y regresaba a Barcelona!

También sabía que su orgullo y su amor propio no lo reconocerían y negaría mil veces lo que sentía su corazón. Ante todos seguiría adoptando la misma postura, sin embargo, en su interior se batallaría una feroz lucha entre lo que pedía su corazón y lo que su orgullo estaba dispuesto a dar.

Suspiró porque estaba comprobando que la primera guerra la ganaba claramente su corazón. Resignada, siguió preguntando a José intentando sonsacarle todo lo que sabía. Eso sí, dando la impresión de una indiferencia

digna de la mejor de las actrices. Pero a su amigo no le engañaba y, después de hablar con Andrea y saber realmente qué le había sucedido a Diego, sintió lástima por los dos.

José sabía que aquel hombre no lo tendría fácil para volver a conquistar a la mujer cabezota y terca que tenía a su lado, ya que el sufrimiento le había endurecido el alma. Pero también intuía que lo seguía amando, a pesar de la traición.

—¿Qué situaciones ha tenido que pasar? Lo dices como si hubiera sido obligado a hacer lo que hizo.

—En cierta manera, eso fue exactamente lo que sucedió.

—¡Ya! ¡Le pusieron una pistola en la cabeza para acostarse con otra! ¿No? ¡Venga ya!

—Hay muchas formas de obligar a una persona a hacer algo que no haría nunca.

—¿Quieres explicarme de una vez lo que estás insinuando? ¡Me estas poniendo negra con las medias tintas! ¡No las soporto!

—¿Tú qué esperas que te diga? Dímelo con claridad y yo prometo contarte lo que quieras saber. Ya me conoces y sabes que mi estilo no es ir con cuentos ni historias. Ahora conozco detalles que antes ignoraba y que han cambiado mi forma de ver este asunto. Dicho esto, si no quieres escucharlo, sabes que yo no voy a insistir. ¿Queda claro?

Julia movió la cabeza afirmativamente y no dijo nada más. No podía engañarlo por mucho que se esforzara, la conocía muy bien y no conseguiría lo que quería, a menos que le preguntara directa y claramente.

La terquedad de Julia pudo más y el silencio se volvió a instaurar en aquella pequeña habitación de hotel.

Terminaron de cenar sin las risas ni alegre charla de siempre y con rapidez se volcaron en sus respectivos ordenadores. Claro que, aunque estuvieran mirando fijamente a la pantalla, eso no significaba nada. Julia no dejaba de pensar y de preguntarse qué significaban las palabras de José respecto a Diego. Y José pensaba en cuánto tiempo tardaría esta vez en preguntarle.

Una vez que la crónica y las fotos fueron enviadas, decidieron acostarse. Estaban cansados y al día siguiente volverían a intentar acercarse a la zona de la catástrofe, si les dejaban. Apagaron las luces, pero ninguno de los dos cerraba los ojos. Julia luchaba por mantener a raya su curiosidad, cosa que empezaba a costarle un esfuerzo titánico, y José porque simplemente esperaba su interrogatorio.

Una hora después, Julia no pudo más y habló.

—José, ¿estás despierto?

—Sí, igual que tú.

—También sabes por qué no puedo dormir, ¿verdad?

—Sí y si me hubieras preguntado lo que querías saber hace tres horas, que son las que llevamos esperando, ya estaríamos durmiendo.

—Vale, ya puedes empezar.

Pero José, después de esperar tanto tiempo a que se lanzara, no iba a conformarse con esas simples palabras. Así que empezó a contarle.

—Cuando terminé la carrera, mi ilusión era trabajar como correspon.....

—¡José! —gritó Julia cortándolo—. ¡No me toques las narices! ¡Ya sabes lo que quiero!

—¡Sí! Ya sé lo que quieres, pero no me lo has pedido y necesito escucharlo de tu boca, no vaya a ser que meta la pata. —¡Le encantaba hacerla rabiar! Y, siempre que podía, lo hacía.

—¡¡De acuerdo!!! Quiero que me expliques qué has querido decir con eso de que hay diferentes formas de obligar a alguien a hacer algo que nunca haría. ¡Coño, parece un trabalenguas!

—¡Vaya! ¡Por fin te has decidido! ¿De verdad quieres saber qué sucedió? Tendrías que haber escuchado a Andrea cuando te intentó explicar lo que yo voy a decirte ahora.

—¿Y ella qué iba a decir si es su hermano?

—Y también es tu amiga, que no se te olvide. Jamás te habría mentado ni hubiera tapado a su hermano. Has desconfiado de todo el mundo.

—¡La dejó embarazada y la prueba de paternidad lo confirmaba! ¿Qué tenía que pensar?

—Ya sé que no era fácil. Y ahora quieres saberlo, ¿verdad? —preguntó José y, viendo que Julia asentía con la cabeza, empezó—. Bueno, básicamente, lo único que sabes es que Diego se acostó con Evelyn y la dejó embarazada. Lo que desconoces es todo lo que rodeó a ese encuentro, porque nunca has querido escucharlo. Sin embargo, una cosa es lo que parece y otra muy distinta lo que sucedió. Diego fue engañado con malas artes y acabó en la cama con ella, pero próximo a la inconsciencia de tanto alcohol ingerido durante una fiesta. Solamente supo lo que había sucedido al día siguiente, cuando se despertó con un terrible dolor de cabeza y en la cama, al lado de aquella mujer a la que, por cierto, conoció solamente unas horas antes. No recordaba ni cómo había llegado hasta allí. Ya no volvió a verla de nuevo hasta que un mes

y medio después le dijo que estaba embarazada. El resto ya lo sabes.

Julia se mantuvo en silencio mientras José le relataba todo lo que ella desconocía. Cinco minutos después seguía callada, como si estuviera procesando cada palabra en su mente.

Un enorme suspiro provocó que José se volviera hacia ella y se quedó a la espera de su reacción.

—¿Y cómo sabéis que eso sucedió así? Porque yo lo dudo.

—Mira, cielo. Que dude yo, que no lo conozco, es normal. Pero ¡tú, que has convivido con él! ¡No lo entiendo!

—Yo conocí al Diego que estaba conmigo, pero ¿a ese que me engañó? Lo siento, a ese no lo conozco.

—Ya lo sé. Pero el Diego que tú conociste no llevaba cinco meses solo, lejos de su familia, amigos y de su amor. A una distancia de siete mil kilómetros y en un país desconocido. Además, callando su soledad a todos por no preocupar a nadie, a ti incluida. Con un idioma que no era el suyo y una forma de vida diferente.

Julia asimilaba las palabras de su amigo, nunca había pensado en todo ello hasta escucharlo por boca de José. Nunca lo había visto de esa manera, pero ella sabía, por todas las veces que había estado lejos de su casa y de los suyos, que la soledad era muy traicionera y de repente te sentías nostálgica y triste. ¡Y eso que ella siempre tenía a José a su lado! Dispuesto a escucharla o simplemente a estar junto a ella.

Era verdad, cuando hablaba con Diego siempre estaba bien y todo era perfecto. ¡Jamás se lamentaba o se quejaba de nada! Pero, después de escuchar a José, se dio cuenta de que en muchos momentos a él le pesaría la distancia.

—No sé qué pensar. Es todo un poco confuso. Me supera.

—Ahora puedes empezar a recapacitar, quizás todo fue muy diferente de como tú creías. No fue una traición meditada un día tras otro, sino que fue involuntaria, ni eso, diría yo, le hicieron una encerrona de la que no pudo salir.

Y entonces sí que pudieron dormir, al menos José. A Julia, en cambio, le costó bastante conciliar el sueño a pesar de estar agotada. Las dudas la asaltaban, ¡claro que ella conocía a Diego! Y era más probable esta historia que la que ella había ido construyendo en su mente. Pero, de una forma o de otra, era difícil aceptarlo. Se acostó con ella y tenía un hijo y Julia sabía que, conscientemente o no, estuvo con otra.

Horas después, ella también cayó en un profundo sueño, su cuerpo lo

necesitaba mucho, pero, su mente, todavía más.

CAPÍTULO 15

Hasta aquel momento el estado anímico de Julia era unas veces de una constante resignación o desesperación, sumiéndose en una melancolía que iba consumiendo su alma; y otras, en cambio, la ira ocupaba ese espacio y se revelaba contra todo. Pero nunca, durante aquel tiempo, había tenido ni una pizca de esperanza. Para ella todo había terminado el mismo día en el que Diego le había confesado su infidelidad por teléfono.

Sin embargo, a partir de la conversación que mantuvo con José, Julia se cuestionaba muchas cosas. En todo ese tiempo, ni una sola vez se había planteado que volver con Diego fuera posible, ni siquiera le pasaba por la cabeza; de haber sucedido tal pensamiento, inmediatamente lo hubiera descartado, ya que su mente no concebía aquella posibilidad.

En cambio, después de todo, aunque muy remotamente, en alguno de aquellos pensamientos se escapaba la posibilidad de estar de nuevo junto a él. No era lo único que su mente imaginaba como alcanzable. Se preguntaba muchas veces al día cómo estaría, cuál sería su aspecto físico o si habría cambiado como lo había hecho ella. Además, aparecían otras cuestiones más serias y que a Julia la atemorizaban, ¿seguiría albergando algún sentimiento hacia ella o, por el contrario, la habría olvidado?

Su cabeza no paraba de pensar y pensar. Tan pronto se ilusionaba como se decepcionaba sin necesidad de hablar con nadie. Ella sola se bastaba para cambiar de parecer repentinamente.

—¿Qué debo hacer, José? ¿Qué harías tú en mi lugar? —suplicaba Julia en cada palabra.

José, adivinando lo perdida que estaba y a pesar de que no era su forma habitual de actuar, quiso echarle una mano.

—Lo que ha sucedido es una situación casi surrealista e increíble y es normal que te replantees muchas cosas.

—¡Joder, José! Es que algo así no pasa ni en las películas. ¿Cómo iba a pensar en eso?

—Yo hoy, y sin que sirva de precedente, te diré qué haría en tu lugar, pero quiero que quede bien claro que, si no te viera tan perdida y confusa, jamás lo haría. Ya me dirás si quieres que lo haga o no.

—¿Cómo no voy a querer si no sé por dónde ir? ¡Empieza! A ver si me aclaro un poquito.

—Yo no decidiría nada hasta que no hubiera escuchado de boca de Diego todas sus explicaciones.

—La cagué hace un año, lo sé —añadió moviendo la cabeza de un lado a otro.

—No lo veas así, más bien, tomaste una decisión sin conocer toda la verdad. No pienses en fracasos ni en que lo hiciste mal. Piensa en que, más bien, te dan otra oportunidad para rectificar si fuera necesario.

—Debí escuchar a Andrea que mil veces ha intentado contarme lo que sucedió en realidad. ¡Cuánto ha debido de sufrir la pobre! Conociendo la verdad y sin poder decirme nada.

—No te puedes hacer una idea. Ella te podría contar todo, pero a mí no me valdría solo con eso, y con ello no te estoy diciendo que no hables con ella. Te sugiero que lo hagas, con ella y con todas las personas que quieras, algo que no has hecho hasta ahora. Dicho eso, te aconsejo que no tomes ninguna decisión hasta que no lo hagas con Diego.

—¿Hice mal en no escucharlo? —insistió. La duda la carcomía por dentro.

—Mira, Julia, lo pasado, pasado está. Tienes la manía de buscar siempre culpables para cualquier situación y muchas veces no los hay. Son decisiones que se toman, afortunadas unas veces y desafortunadas otras. Es simplemente la vida, tú decides hacer una cosa y no otra, ¿es lo mejor? La certeza no la tendrás nunca y suerte si tenemos la posibilidad de rectificar.

—¡Ojalá pudiera verlo así! —Suspiró retirándose el pelo hacia atrás.

—Es aprendizaje y, si practicas, lo conseguirás.

Los dos cerraron los ojos, el viaje era largo y quedaban muchas horas por delante. Conocía a Julia y sabía que en poco más de una hora volvería a la carga con nuevas dudas. Toda la seguridad que demostraba en su vida laboral se desmoronaba al llegar al terreno personal.

El viaje a Japón terminó y tanto Julia como José lo agradecieron. No podían resistir seguir viendo aquellas dantescas escenas de destrucción que el tsunami había dejado a su paso en la costa de Sendai. Visto en fotografía o televisión, no daban una idea real de lo que allí había sucedido, en cambio, fue la cantidad de víctimas, los miles de muertos y desaparecidos los que mostraron al resto del mundo la magnitud de la tragedia.

Después de trabajar sin apenas descanso durante toda la semana, volvían a Barcelona. Estaban exhaustos físicamente y con el corazón herido por todo el

sufrimiento que habían visto en la zona afectada, la enorme destrucción y, sobre todo, la elevada pérdida de vidas humanas.

Llegaron de madrugada y, como siempre, José acompañó a Julia hasta la puerta de su casa.

—Intenta descansar. Mañana, con la mente lúcida y lejos de todos los dramas que hemos vivido, lo verás todo muy claro.

—No sé si podré borrar todas las imágenes que este reportaje me ha dejado. ¡Ha sido muy duro! —exclamó con un sollozo al recordarlo. Estaba destrozada porque aquellas crueles vivencias eran difíciles de olvidar.

—Lo sé, pero hay que pasar página y lo sabes. Mañana nos puede esperar un drama mayor y tendremos que afrontarlo con ojo crítico.

—Ojalá lo consiga, pero creo que hay escenas en mi retina que jamás podré borrar, aunque ponga todo mi empeño.

—Acuéstate, llevamos más de veinticuatro horas sin dormir. Estoy seguro de que vamos a caer rendidos.

—Creo que mañana dormiré durante todo el día.

—Te llamaré. —Y, dándole un fraternal beso en la frente, la dejó frente al portal.

Julia entró en su casa y, sin perder ni un minuto en dar un rápido vistazo a la vivienda, fue directamente a la cama. Estaba tan agotada que, en apenas unos segundos, cayó sumida en un profundo sueño.

Al día siguiente no abrió los ojos hasta bien entrada la mañana y, cuando lo hizo, no se levantó, sino que se quedó tumbada disfrutando de ese despertar lento y placentero. Poco a poco su mente empezaba a funcionar y, como ocurría desde hacía una semana, la imagen de Diego le daba la bienvenida.

Llevaba una semana soñando con mil encuentros entre ellos y en todos imaginaba al mismo hombre que amaba, tal y como lo vio la última vez. Recordaba a la perfección la ropa que llevaba aquel último día, incluso la largura de su pelo y aquellas ondas que se creaban de forma natural. Sonrió al recordar un pequeño detalle, cómo le gustaba jugar enrollando sus dedos. ¡Era tan suave su cabello!

También había echado de menos verse reflejada en aquellos ojos llenos de pasión, sintiendo cómo el color ocre de su mirada se oscurecía cuanto más la deseaba.

No podía olvidar ni uno de sus rasgos a pesar de que llevaba más de un año sin ver ni una sola fotografía suya. El mismo día que la llamó para decirle que iba a tener un hijo con otra mujer, fue quitando todas sus fotos. Después,

apartó sus libros y su música y, por último, cualquier cosa que le pudiera recordar a él. Lo metió todo en bolsas y le pidió a Andrea que se las llevara.

De esa forma, Julia rompió físicamente con el que, hasta ese día, fue el amor de su vida, con Diego.

Pero, a pesar de su continuo esfuerzo por mantener su recuerdo encerrado en lo más profundo de su alma, jamás lo logró. Lo recordaba tantas veces que su imagen era clara, igual que si lo acabara de ver unos minutos antes.

Podía distinguir la forma triangular de su cara y su barba cerrada, incluso recordaba la textura cuando sus dedos se deslizaban despacio, acariciándole y comprobando que, al poco tiempo de afeitarse, ya raspaba. A ella le gustaba el tacto áspero de su piel.

—Uffffffff. —Resopló a la vez que cerraba con fuerza los ojos.

Crejó que, con aquel gesto, dejaría de pensar en él, de ver su imagen, por lo menos. Pero unos minutos después comprobó que no desaparecía, que la imagen, o más bien el holograma por el realismo, seguía con ella.

—Dios, ¡me voy a volver loca! —exclamó en voz alta, casi gritando.

No podía distraer a su mente por mucha música que pusiera, aunque intentará leer o escribir algún artículo, porque Diego, con su seductora sonrisa, anulaba todo lo demás. Empezaba a sucumbir y ni siquiera lo había visto y eso a Julia le molestaba.

Pensar que, con aquel estado de ánimo, cualquiera podría convencerla con mucha facilidad y sobre todo él, la frustraba. ¡Era muy injusto después de todo lo que había sufrido!

A lo largo de aquellos meses, había vivido situaciones de peligro en conflictos armados; había visto la cara más dura y amarga de la naturaleza y la crueldad y barbarie de los atentados. También conoció momentos eufóricos, como el rescate de personas en cualquier situación de peligro y fue espectadora en primera línea de sucesos que podían cambiar el mundo. Tenía que reconocer que la vida tumultuosa por la que había pasado, contribuyó para centrarse en todo lo que la rodeaba y así apartar su drama personal a segundo término. Claro que no siempre lo conseguía.

Conocer a José, sin duda, había sido lo mejor de aquella etapa. Él le enseñó todo lo que sabía y su paciencia era infinita. Además, siempre la protegía en situaciones de verdadero peligro. Él, más que cámara y compañero, se comportaba como un guardaespaldas.

Era su apoyo ante las situaciones difíciles que les tocaba vivir, escenas crueles en las que Julia se rompía. Cuando veía cómo miles de inocentes

morían o quedaban discapacitados sin saber la causa del conflicto y sin conocer el motivo de aquella lucha, tener a José a su lado era el único consuelo. Había descubierto que las guerras volvían a los hombres crueles con sus semejantes, en especial, con los más débiles. Les había tocado vivir escenas duras, niños mutilados, mujeres violadas y ellos eran los encargados de que toda esa barbarie se conociera en el mundo entero, intentando frenarlo y que jamás se volviera a repetir. Se lo debían a las miles de víctimas inocentes. Si no fuera así, su trabajo no tendría sentido.

Resopló, alejando la emoción antes de que sus ojos se convirtieran en unos surtidores y fuera imposible pararlos. Y no todas sus lágrimas se debían a Diego, sino que, después de un reportaje como el que acababa de realizar, su sensibilidad estaba a flor de piel. Había visto tanto sufrimiento y tanto dolor que era imposible no empatizar con aquella gente, en aquel momento lejano, a más de diez mil kilómetros. Pero, durante más de una semana, había convivido con ello y se le había clavado en el alma cada drama del que había sido testigo. No debería afectarle tanto, tendría que saber proteger mejor su corazón, pero, en muchas ocasiones, como entonces; no daba abasto para poner tantas corazas y se abrían fisuras.

Se levantó y lo primero que hizo fue poner música para alejar a todos esos fantasmas que rondaban a su alrededor. Había descubierto una serie de grupos y cantantes que, con sus canciones estridentes y llenas de ruido como dirían sus padres y mucha más gente, mantenían vacía su cabeza de cualquier pensamiento que la amenazara con derrumbarse. El ruido era el mejor antídoto para que los recuerdos no invadieran su cabeza y le impedían pensar y sobre todo recordar. Y durante aquellos meses le había ido genial.

Ya tenía su carpeta preparada en el Spotify y, lo que empezó como una forma de mantener a raya sus recuerdos, se había convertido en un cambio de gustos musicales en toda regla.

Ya no quedaba nada de sus románticas canciones, entonces toda la música que escuchaba era *hard rock*, *metal*, *rock* duro o alternativo y, grupos que antes no soportaba escuchar durante un minuto, después de todo lo ocurrido lo hacía durante horas. La vida le había cambiado algunas cosas y ella había cambiado el resto. De su antigua forma de vivir, apenas quedaba nada. Quizás no tanto como eso, pues quedaba lo más importante, sus amigos y su familia, pero, de todo lo demás, apenas un pequeño rastro.

Cambió la música y el trabajo, aunque no fueron las únicas transformaciones que llevó a cabo. Su forma de vestir sufrió una

metamorfosis, abandonó los tacones y ropa de oficina sustituyéndola por amplias y cómodas prendas, era lo más práctico para realizar aquel difícil trabajo de campaña.

Tampoco su pelo se había visto libre de mutación, su larga melena color chocolate desapareció y en su lugar surgieron cortes más vanguardistas y cómodos.

Apenas se maquillaba. Lo hacía y, solo un poco, cuando estaba en Barcelona, pero, si estaba trabajando, jamás. Encontrarse muchas veces rodeada de muerte y destrucción no era el mejor entorno para pintarse como un cuadro.

Todo ello por no hablar del desorden en las comidas. Tantos viajes a diferentes puntos del globo terráqueo con distintas costumbres, alimentos y adaptándose a los acontecimientos, habían convertido las comidas en una actividad más de la vida de campo. Era desordenada y sin horarios, cuando tenía hambre comía lo primero que caía en sus manos.

Mientras se preparaba un ligero desayuno, el sonido de *Engel*, una canción del grupo alemán Rammstein y que a ella le encantaba, llenó su pequeña casa. Se duchó y después sacó ropa limpia para ir a la oficina de la agencia. Una vez realizado el trámite de hablar con el director y cambiar impresiones, tendría una semana de fiesta por delante. Esta vez la necesitaba.

Muchas veces pensaba que, la formalidad de ir a la oficina al llegar de un viaje, se podía suprimir. Se mandaba todo lo que sucedía en el mismo momento y, muchas veces, incluso en directo a través de un móvil. Además, cada noche la agencia recibía una crónica detallada con todos los sucesos, horarios y lugares acaecidos durante el día, junto al reportaje fotográfico. Julia pensaba que con eso era más que suficiente. Aquel día lo único que habían hecho era cambiar impresiones, cómodamente sentados en su despacho, de unos reportajes que ya habían sido publicados. Eran las normas establecidas y ella no diría nada al respecto.

A partir de ahí intentaría olvidarse de todo lo que había vivido en primera persona y nadie mejor para ello que su familia y amigos. Los añoraba siempre, pero, en esa ocasión, más que nunca. Hubiera pagado lo que fuera por haber podido tener los brazos de su madre cuando estaba rota de dolor, solo ella sabía arroparla y mitigar su sufrimiento. En cuanto abandonó la oficina, lo primero que hizo fue llamarla.

CAPÍTULO 16

—Hija, ¡qué alegría escucharte! ¿Cuándo has vuelto? ¡Mira que no avisarnos antes!

—Ya lo sé, mamá, pero no lo sabíamos hasta poco antes de embarcar y no me gusta que os preocupéis por el viaje, son muchas horas.

—Hija mía, este año te has perdido todo, las Navidades y los carnavales. ¡Tuviste que irte tan deprisa que no te dio tiempo a venir! Con lo que a ti te gusta salir en las comparsas, ya llevas dos años sin hacerlo. —Recordó muy apenada su madre.

—Ya lo sé y me acordé mucho de las comparsas, tenía ganas de salir este año, pero ya sabes que de Nueva Zelanda volamos directos a Japón. No había más personal libre en la agencia. ¡Ya te lo expliqué, mamá!

—¡Parece que no hay nadie más que vosotros en la agencia!

—La gripe está haciendo estragos en la oficina y, si a eso le sumamos que ha habido muchos sucesos en el mundo, ahí tienes la causa de mi doble misión.

—¿Hasta cuándo vas a quedarte?

—Pues no lo sé, mamá, todo depende de lo que vaya sucediendo, ya lo sabes. Por ahora tengo unos días de vacaciones.

—¿Cuándo piensas venir, cariño?

—Yo te aviso, llevo tanto agotamiento acumulado que creo que dormiré dos días seguidos.

—Descansa lo que te haga falta y ven pronto.

Después de hablar con su madre, se calentó una pizza y llamó a su amiga Andrea, la cual todavía estaba en el periódico.

—Hola, Julia. ¿Cuándo has llegado?

—Esta madrugada. —Sin mediar más palabras entre ellas y, después de un largo suspiro para descargar sus nervios; sin rodeos ni preámbulos, soltó con mucha seriedad—. Andrea, tenemos que hablar.

—Hablaste con José, ¿verdad?

—Sí, me lo contó, aunque no es fácil creerlo.

—Si tuviera la más mínima duda de que la historia de Diego fuera cierta, nunca te lo ocultaría. Es mi hermano, pero tú eres mi amiga y jamás te engañaría.

—Tenemos que hablar —volvió a repetir.

—Cuando quieras, si te apetece cenamos juntas.

—Vale, yo voy a acostarme ahora. Nos vemos luego.

Julia terminó de comer y volvió a la cama, una buena siesta y seguro que se levantaba como nueva. Pero pasaban los minutos y le resultaba imposible cerrar los ojos. Estaba nerviosa y lo único que hacía era pensar qué le contaría Andrea sobre Diego.

Pensar en él le provocaba ese nerviosismo que se centraba en el abdomen y que le cosquilleaba por dentro. Era una sensación que hacía mucho tiempo que no sentía. Todavía no sabía nada con seguridad y ya empezaba a bajar la guardia.

Pero eran muchos meses los que llevaba haciendo esfuerzos titánicos para mantener sus recuerdos guardados en el fondo de su alma y cerrados con candado y, desde hacía unos días, las dudas se agolpaban rompiendo su férrea fortaleza y dejando que un rayo de esperanza asomara entre las tinieblas.

Cuanto más confiaba, más recuerdos se agolpaban en su conciencia y empezaba a resultar imposible pararlos.

No pudo evitar que apareciera en su mente la última vez que estuvieron juntos, la última noche. Iba a ser una despedida corta porque a Diego apenas le quedaban seis meses para acabar su estancia en Nueva York.

Sin embargo, la realidad fue muy diferente, ya habían pasado quince meses desde entonces y él todavía vivía allí.

No pudo, o no quiso evitar, que la imagen de Diego volviera a ocupar su alma y, esta vez, no luchó contra eso. Después de mucho tiempo sin consentírsele, recordaría uno de aquellos momentos íntimos. Jamás se había permitido sacar del fondo de su alma aquellos encuentros calientes, íntimos, en los que compartían sus vidas y sus cuerpos. Se lo tenía totalmente prohibido. Para una única vez que había dejado que su imaginación volara a esos días, lo pagó muy caro. Pero, aunque Julia no quería reconocerlo, todo era diferente y un débil rayo de esperanza volvía a iluminar, muy tímidamente, sus ilusiones.

Ese último día que estuvieron juntos, Diego le dijo mil veces que la amaba, que la deseaba y que juntos pasarían el resto de sus vidas. Y ella lo creyó como lo hacía siempre y se entregó a él en cuerpo y alma.

Al recordar todo aquello unos meses después, a pesar de la distancia en el tiempo, pudo sentir cómo la voz de Diego se quebraba con palabras de amor.

La abrazaba con fuerza y temblaba entre sus brazos, era como si él

presintiera lo que iba a suceder y quisiera evitarlo a toda costa. Por eso aquella noche se entregaron como nunca lo habían hecho y se juraron amor eterno. Julia sentía cómo la abrazaba con una fuerza desmesurada, aferrándose a ella sin querer soltarla. Entonces no lo sintió así, pero en ese instante incluso podía distinguir una desesperación desconocida en cada caricia.

Julia se asustó de lo que estaba sucediendo, podía percibir cada roce de su piel y cada beso que compartió con él aquella noche, ¡quince meses después! Y, si se esforzaba un poco más, podría incluso recordar el gusto de sus besos, el sabor mentolado de su boca y la suavidad de sus labios.

No quiso reprimir esos pensamientos en cuanto intentaron asomar a su mente. Julia estaba cansada de contenerse. Así que dejó salir sus sentimientos, dio rienda suelta a sus recuerdos y estos fluían sin control. Su cuerpo empezó a vibrar y la excitación se apoderó de ella.

Cerró los ojos para intensificar todo aquello que su piel le pedía revivir y se abandonó. Se sumergió por completo en sus recuerdos más escondidos, aquellos que dolían.

Fue entonces, como si tuviera el poder de bilocarse, que su mente se trasladó a aquel instante. Aunque su cuerpo permanecía sobre la cama y en completa soledad, percibía todas las sensaciones de aquel mágico momento. Notaba sobre su piel, de una forma muy real, cada caricia y aquellos besos tan intensos y ardientes que la dejaban al borde del éxtasis. Los vivía a través del recuerdo como si se estuvieran produciendo entonces.

Las manos de Diego recorrían su cuerpo como si se las proporcionara allí, tanto tiempo después, a su lado, incluso su piel reaccionaba a ese ardiente toque.

Julia se permitió, durante un segundo, pensar en las consecuencias que tendría el volver a la cruda realidad, cuando dejara de pensar en él, pero era tan intenso lo que estaba experimentando y, ¡lo necesitaba tanto!, que hizo oídos sordos a su conciencia y siguió inmersa en la sensualidad del momento. Ya se preocuparía más tarde, como siempre hacía Scarlett O'Hara, en la película *Lo que el viento se llevó*.

Hacer el amor con Diego era la mejor experiencia que la vida le había regalado. Jugaba con ella, acariciaba cada centímetro de su piel con delicadeza, lentamente, como a ella le gustaba. Julia se convertía en una marioneta en sus manos, recibiendo cada toque y cada beso. Hasta que su cuerpo estaba tan preparado para recibirlo que, en cuanto Diego acercaba su miembro erecto a Julia, entraba sin dificultad, llenándola y moviéndose dentro

de ella a un ritmo trepidante. Con cada empuje entraba más profundamente. Se movían intensificando el roce en cada penetración, los dos se concentraban parando cuando se aproximaba su explosión de placer, para hacer ese momento más intenso y duradero.

Y, cuando era ya imposible alargarlo más y se escapa de su control, un devastador orgasmo la poseía desde la zona baja del abdomen y se extendía, como una corriente eléctrica, por todo su cuerpo. Las convulsiones involuntarias dentro de Julia producían un efecto en cadena y Diego se dejaba llevar. Era imposible aguantar más tiempo.

Los dos caían exhaustos, pero eran incapaces de separarse. Lentamente, Julia se acomodaba sobre su pecho, mientras acariciaba sus potentes pectorales.

—Te voy a echar de menos —aseguró mimosa.

—No tanto como yo —le había dicho él aquella noche, lleno de melancolía—. Daría media vida por llevarte conmigo, por tenerte a mi lado. Pensé que sería una experiencia increíble y, aunque lo es, me faltas tú.

—Queda muy poco para que esto termine.

—Y no sabes las ganas que tengo de que sea así.

Así acabó esa noche, los dos durmieron abrazados, resistiéndose a separarse. Diego la aprisionaba entre sus grandes brazos y jamás se sintió tan protegida y amada como en esos momentos.

Julia se limpió las lágrimas que, sin darse cuenta, corrían por sus mejillas como torrentes desbocados. Rememorar aquella intimidad junto a él le dolía y el sentimiento de pérdida se incrementaba. Pero había merecido la pena y no le importaba el dolor si durante unos minutos lo tuvo de nuevo con ella, ni siquiera le importaba que fuese fruto de su mente, para ella había sido una sensación muy real. Eran instantes que atesoraría hasta el fin de sus días.

Se acurrucó en la cama abrazándose para no romperse más de lo que ya estaba. ¿Cuándo curaría esa herida que Diego había dejado en su corazón? No podía engañarse, podía hacerlo con los demás, pero no con ella, ¡lo amaba! Y lo seguiría amando siempre, para su desgracia. Y evocar cualquier momento vivido junto a Diego la desgarraba por dentro, porque entonces era consciente de la felicidad que habían sentido juntos y de todo lo que había perdido.

Lamentándose entre lágrimas y pidiendo en la soledad de su habitación que dejara de sentir, que dejara de amar y, así, de sufrir, se durmió.

CAPÍTULO 17

El sonido de su móvil la despertó sobresaltada. Alargó la mano y comprobó que era Andrea la que llamaba.

—Dime —saludó Julia adormecida.

—Abre, estoy abajo.

—Voy —dijo levantándose de la cama rápidamente y corriendo hasta el portero automático.

Se quedó en la puerta esperando a que Andrea llegara hasta el rellano. Minutos después, su amiga aparecía por las escaleras. Cuando se encontraron frente a frente, se abrazaron y juntas entraron en casa.

—He llamado un montón de veces al telefonillo y, como no respondías, supuse que te habías quedado dormida.

—Me ha sobresaltado el móvil, pero no había escuchado el timbre.

—¿Cómo ha ido todo? Ha sido duro, ¿verdad? José me dijo que había sido una de las experiencias más desoladoras que habíais vivido jamás.

—No te lo llegas a imaginar —confesó Julia con los ojos ya brillantes—. Nos rodeaba la destrucción, los muertos aparecían por cualquier lugar y la gente deambulaba desesperada buscando a su familia. Todo era muy duro, sobre todo, los niños supervivientes deambulando solos por las calles.

—Tienes que olvidar todo eso, de lo contrario te volverás loca.

—Lo sé, pero acabo de llegar, necesito cambiar esas imágenes, sin embargo, no puedo hacerlo tan rápido, no puedo vaciar mi cabeza. —Se quedó callada mientras pensaba: «Siempre que no sea Diego el que aparezca, como ha sucedido hace unas horas, entonces todo se difumina sin esfuerzo y no puedo pensar en nada más, solo en él».

—¿Cómo has aceptado lo que José te dijo? —No era Andrea mujer de andarse por las ramas. Sabía de qué quería hablarle Julia en cuanto la había llamado.

—Todavía estoy en ello. Es tan increíble la historia que me cuesta creerlo.

—¡Nunca te engañaría, Julia! Diego es mi hermano, pero tú eres la hermana que nunca tuve, mi confidente y mi mejor amiga. No te mentaría con algo tan serio, ni me arriesgaría a perderte. Yo sé que es cierto porque a lo largo de estos quince meses he estado a su lado. He hablado con él, casi cada día, te

puedo decir que, si no fuera verdad su historia, también me ha engañado a mí. ¡Sería un actor de la hostia! Y yo le aconsejaría que se dedicara a la interpretación y se olvidara de la medicina.

—Sé que nunca me engañarías, pero reconoce que es algo increíble. ¡Vale! Tendría que haberte escuchado. Tengo que conocer toda la historia al completo y ahora es el momento de hacerlo.

—¡Si supieras todo lo que he sufrido por vosotros! Por un lado, veía tu dolor y tu agonía por su traición. Y, al mismo tiempo, tenía que ver la desesperación de mi hermano por no poder hablar contigo y explicarte lo sucedido. Y yo en medio, sin poder hacer nada por ayudaros. Solo podía escucharos por separado y lamentarme por los dos. ¡Me desesperaba y lloraba de impotencia! —gritó Andrea reteniendo las lágrimas—. Te voy a contar lo que sucedió aquel fatídico día de Acción de Gracias, Diego me lo ha repetido tantas veces que conozco cada detalle de esa historia. Y te juro por lo que más quiero que siempre me ha contado la misma versión. Jamás cambió ni una coma.

Andrea comenzó su relato bajo la atenta mirada de Julia, que no se perdía ni uno de los cambios que se producían en el semblante de su amiga mientras le narraba la rocambolesca historia. Sabía perfectamente cómo la rabia tomaba su voz por la forma de hablar entre dientes o cuándo la pena entrecortaba sus palabras a punto de ponerse a llorar. Conteniendo sus lágrimas en muchos momentos, Andrea acabó su explicación.

—Bueno, ¿qué piensas? —preguntó Andrea muy ansiosa.

—¡Uffffff! ¡No puedo pensar! No me pidas que lo haga, porque mi cabeza no da para tanto. Además de hacer un esfuerzo por creerlo, tengo que deshacer todo lo que he creado yo misma en mi cabeza durante tanto tiempo. Tengo dudas. He cambiado, Andrea, aunque eso ya lo sabes, has visto mi transformación. Ahora soy una mujer suspicaz, pienso mal por inercia y llevo muchos meses afianzando esta nueva forma de ser. Quizás fue fallo mío cerrarme en banda y no escuchar a nadie. O quizás el dolor me hizo así. El caso es que no sé cómo volver a confiar, no sé si sabré retroceder en el tiempo y sentir lo que sentía antes.

—No sé si decirlo o callarlo.

—Dime todo lo que deba saber. No quiero actuar como lo hice y tener la certeza de que estaba equivocada. ¡Dímelo!

—Diego llegará a Barcelona la semana que viene, el veinticinco de este mes, a las 9:15 de la mañana, viene con el pequeño Derek para quedarse. Le

han ofrecido varios puestos y creo que se ha quedado en el Clínic.

Julia se quedó pálida. Sabía que Diego volvería, pero ¡no tan pronto! ¡No estaba preparada para verlo! ¿Y qué debía hacer? ¿Debía escucharlo? ¿Debía esperar y estar segura de lo que quería? ¿Y si no lo podía perdonar y esa traición, aunque fuera involuntaria, siempre los separaba? ¿Y si él ya no era el hombre que ella amaba?

¡Dios mío! ¡Solo le faltaba aquello para volverse loca por completo!

Andrea rebuscó en su bolso y sacó un pequeño paquete. Sin mediar ninguna palabra se lo alargó a Julia. Después de tantas emociones, no sabía qué debía hacer ni lo que aquella pequeña caja significaba. Las dos quedaron en silencio durante unos minutos, Andrea para calmarse por todo el remolino de sentimientos y Julia porque, aunque se había preparado para escucharla, todo aquello la había superado y necesitaba asimilarlo. Y en ese momento había un paquete que Andrea le tendía con insistencia para que lo cogiera.

—¿Y esto? —Observó Julia con la caja ya en su poder—. ¿Qué es?

—Me lo ha mandado Diego para que te lo dé en persona. No tengo ni idea de lo que puede ser. Lo recibí ayer y me pidió con urgencia que te lo entregara.

—No puedes hacerme esto, Andrea. ¡Tú no! —suplicó Julia mirando aquel envoltorio como si de repente fuera a prenderse fuego.

—Ni siquiera sé lo que contiene. Te lo juro por lo que más quiero. Si no quieres cogerlo, tíralo a la basura, haz lo que quieras con él. Yo, dándotelo, he cumplido con los dos. Contigo, porque te entrego algo que no sé lo que contiene y tú tienes la libertad de hacer lo que quieras con él y, con mi hermano, porque así cumplo sus deseos.

Julia miró el pequeño paquete, todavía en sus manos, como si de un momento a otro el mismo Diego pudiera salir de allí. ¡Vaya tontería tener miedo de aquello! Pero temía cualquier cosa que viniera de él. Así que, con aquella caja tan bien empaquetada manteniéndola lejos de ella como si fuera a explotar, la dejó sobre la mesa y volvió al lado de Andrea.

—¿La vas a abrir? —preguntó curiosa.

—Por ahora no. No sé qué haré con ella —respondió confundida.

—No creo que lo que contenga muerda. Ya me contarás qué decides. Tampoco pasaría nada por abrirlo y ver qué contiene.

—Es demasiado para mí. ¡No puedo con todo! Estoy desbordada y lo único que necesito es tiempo. Lo siento, Andrea, pero me voy a dar un descanso, tengo diez días de vacaciones y necesito pensar lejos de todos.

—Lo entiendo. Es muy razonable, tómate el tiempo que necesites, pero, por favor, escucha a tu corazón, él te dará la clave. ¡Solo eso!

—Lo haré, pero cuando esté preparada. Ahora mismo, dentro de mí no hay más que rencor y eso no lo puedo cambiar, aunque lo vea o hable con él. Primero tengo que hacerme a la idea —contestó Julia agobiada al conocer una verdad tan importante en su vida. Estaba arrepentida de haberse mantenido tanto tiempo cerrada en banda. Sin embargo, en esos momentos necesitaba un respiro.

Y la forma de hacerlo fue cambiar totalmente de conversación, necesitaba centrarse en otra cosa.

Además, estaba muy preocupada por Andrea, su aspecto físico era penoso. Unas oscuras ojeras fueron lo primero que observó, aunque ella se esforzaba por taparlas y, lo que más le impactaba eran sus ojos, seguían siendo preciosos, pero les faltaba aquel brillo y viveza, señal inequívoca de felicidad. Estaban vacíos y tristes, no parecía la misma mujer desde la última vez que se vieron.

—¿Y tú cómo te encuentras? Por lo que puedo observar, no estás en tu mejor momento. ¿Hay alguna novedad con respecto a Mateo? —preguntó Julia sabiendo de antemano que estaba peor que mal. Si había novedades, eran de todo menos halagüeñas. Solo había que verla.

—Tienes razón, es el peor momento de mi existencia. No tengo ánimo para nada, mi vida va a la deriva.

—¿Todavía no sabes nada de él?

—Sí, lo último que sé es que la semana pasada me llamó. —Los ojos se le volvieron a anegar con las lágrimas a punto de caer sin remedio—. Y, de una manera tan fría que todavía sigo con el alma helada, me dijo que lo olvidara, que él ya lo estaba haciendo. Que todo en la vida tiene un cupo y el de aguantar mi mal genio y mis explosiones exageradas había llegado al tope. No me dijo nada agradable. —Sin poder evitarlo las lágrimas rodaron por sus mejillas—. Me recordó cómo le había faltado al respeto y que eso era algo que no pensaba dejar pasar ni perdonar. Finalmente, me deseaba mucha felicidad, pero lejos de él. ¡¡Me ha dejado definitivamente!! Yo, siempre tan segura, y ahora no soy nada más que un despojo. ¡Dios mío, Julia! ¡Lo amo! Y no puedo hacer nada, no quiere verme. Le he pedido perdón de todas las maneras posibles, sin acercarme a él, porque no me deja hacerlo, no le he visto desde aquella noche. ¡Lo he perdido por mi culpa! Soy la única responsable.

Terminó de hablar llorando de una forma tan desgarradora que Julia no pudo evitar hacerlo con ella, era imposible consolarla porque no había alivio para su dolor.

Julia solamente la abrazó desconsolada junto a ella. Era imposible sosegarla y ver a su amiga así le ponía la piel de gallina, porque sabía muy bien lo que se sentía en momentos como esos. Se había roto y no había forma de aplacar su dolor. Sabía a la perfección cómo se sentía por dentro y que nada podía hacer para que esa agonía desapareciera. Solo había una persona capaz de conseguir que su pesar se aplacara, Mateo, pero él le había dejado muy claro que no quería arreglar nada.

¡Qué ironía! El único que podía borrar todo su dolor, era precisamente el que lo había provocado.

Así pasaron unas horas, intentando consolarse repitiendo una y otra vez todo lo que sentían dentro de sus destrozadas almas. Ni siquiera se acordaron de la cena ninguna de las dos, la comida pasó a segundo plano.

—¿Quieres quedarte a dormir? —preguntó Julia cuando Andrea se levantó para marcharse.

—No me importaría, pero mañana tengo que madrugar mucho, entro a las ocho y necesito cambiarme de ropa. Si lo hubiera sabido me habría traído otro vestido.

—Te puedo dejar de la mía. —Intentó convencerla.

—Si no te hubieras deshecho de todas tus prendas, quizás podría vestirme mañana sin parecer que salgo de safari. —Sonrió débilmente su amiga—. Será mejor que me vaya.

Así que, a las dos de la mañana, Andrea se despidió y se marchó a su casa algo más tranquila y sobre todo un poco más resignada. Estaba asimilando poco a poco el hecho de que Mateo había salido de su vida para siempre. Intentaba hacerse a la idea y era difícil, lo seguía amando como el primer día y sabía que jamás podría sacarlo de su corazón, que toda su vida lo iba a añorar y viviría suspirando por él.

Julia la despidió en el rellano de la escalera y ver a su alegre y divertida amiga totalmente hundida le rompía el alma. Ella sabía todo lo que le quedaba por pasar y no pudo evitar comparar esa situación con aquellos primeros meses, cuando Diego le confesó su infidelidad.

Así era exactamente como se sentía Andrea.

Por eso no había podido decirle nada para consolarla porque ninguna palabra mitigaría esa sensación. Solo una cosa podría conseguir que pudiera

vivir con ese dolor, el tiempo. Y no es que el sufrimiento fuera a desaparecer ni mucho menos, es que se acostumbraría a vivir con él, se convertiría en una parte de sí, se acoplaría a su vida, pero jamás desvanecería.

Cuando Andrea bajó las escaleras, Julia entró en su casa y se apoyó en la puerta, cerrando los ojos y suspirando. ¡Qué asco de vida! ¡Qué complicada!

Sus ojos volaron hasta la mesa del salón, donde seguía el paquete que Andrea le había traído. No tenía ni la más remota idea de lo que podía contener. La curiosidad la estaba matando, pero su amor propio le prohibía abrirlo. Le gustaría tirarlo directamente a la basura, aunque sabía que nunca lo haría.

Le daba rabia ser tan curiosa y cotilla, pero era así por mucho que ella quisiera negarlo. En aquel momento solamente le quedaba saber cuánto tiempo sería capaz de tener ese paquete frente a ella y no abrirlo.

No quiso mirarlo y obsesionarse con el puñetero envoltorio. Necesitaba olvidarse de él, que se esfumara de allí, aunque era consciente de que jamás podría hacerlo. ¡Qué ilusa era! Hiciera lo que hiciera lo tendría presente hasta que lo desvolviera, se conocía muy bien.

Así que hizo algo que muchas veces le daba resultado, recurrió a la música y, como era una obsesiva cuando le daba por algo, en la música no iba a ser menos. En nada, la casa se llenó de las notas de una canción y Amaral hablaba de desamor, distrayéndola momentáneamente.

*«Era todo tan hermoso
que no podía durar,
en la flor de nuestras vidas
con tanto amor para dar».*

En cuanto escuchó aquella letra, el reflejo del año anterior apareció de repente. Entonces todo era diferente. Tanto ella como su amiga eran felices y pensaban que esa dicha nada la podía destruir. Pero tantos meses después se había dado cuenta de que la felicidad era tan pasajera como la vida. Durante el último año, había comprobado cómo una mañana se había levantado completamente feliz y una simple llamada la había sumido en la mayor desgracia vivida hasta el momento. Y, durante ese mismo año viendo los continuos conflictos que había cubierto para la agencia de noticias, pudo comprobar en primera fila lo efímera que era la vida.

¿Y su vida?

¿Qué iba a hacer con ella entonces?

Andrea le había dicho que Diego volvía, pero ¿qué quería?

¿Simplemente contarle la verdad sin más?

¿O por el contrario quería seguir con ella?

No sabía nada con certeza, su vida estaba a la deriva y ella, como diría su madre, más perdida que una cabra en un garaje.

Julia siempre había tenido muy claro lo que quería hacer en cada momento. Nunca le había costado tomar decisiones, en cambio, en esos tiempos la indecisión regía su vida. Lo único que tuvo claro fue que tenía que cambiar de trabajo y alejarse de Barcelona y de toda su gente. ¡Odiaba que la miraran con pena o lástima! No soportaba que la compadecieran y por eso se marchó.

Y, tanto tiempo después, volvía a sucederle lo mismo, no quería que nadie le dijera: «tienes que hablar con él» o, por el contrario, «tú ni caso, como si no existiera». Pero sabía que eso iba a suceder en cuanto todo el mundo supiera que Diego estaba en Barcelona, los consejos le caerían encima sin pedirlos, como una tormenta de verano, de repente y a bocajarro.

A pesar de lo tarde que era, cogió su ordenador y, cómodamente sentada en el sofá, miró un lugar donde marcharse que no estuviera muy lejos y, sobre todo, que no tuviera que coger un avión. Empezaba a odiarlos sobre todo después de su vuelta de Japón, ¡once horas de vuelo!

No dejaba de mirar la pequeña caja que seguía sobre la mesa. Hiciera lo que hiciera era muy consciente de ella. Se removía intranquila en el sofá. Su fortaleza tenía un límite. ¡Debía esconderla!

—¡Eso es! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? —anunció en voz alta dejando el ordenador a un lado y lanzándose hacia ella. No pudo evitar tomarla entre sus manos y moverla junto a su oído. No hacía ruido y tampoco pesaba mucho, ¿o sí?—. ¡Estoy perdiendo el norte!

Corrió por la casa buscando un lugar para quitarla de su vista. La metió en un cajón y la volvió a sacar. La encerró en el armario y volvió a por ella. Y poco a poco se estaba poniendo histérica, ¡no encontraba un sitio adecuado para ocultar el estúpido bulto que la estaba volviendo loca! Cansada de ese juego, la dejó en el último lugar que probó a esconderla, ¡dentro de la lavadora! Si es que no estaba muy fina.

Moviendo la cabeza volvió al sofá y se metió de lleno en preparar su viaje. Primero, debía buscar un destino. No quería salir del país ni montar en un avión. Además, tampoco quería un largo trayecto, algo cercano sin estar en la puerta de casa.

De repente, recordó una excursión que hizo de pequeña con sus padres y buscó el mismo lugar. No era el mejor tiempo para perderse en aquellos hermosos parajes, pero realmente las condiciones meteorológicas le traían sin cuidado. Estuvo buscando por toda la zona y con todo lo que vio se quedó convencida. ¡Sería su destino! Entró en la página web de la casa rural y reservó la buhardilla. Las fotos de aquella habitación la dejaron enamorada. ¡Era preciosa! Como una casa en miniatura.

Necesitaba marcharse cuanto antes, así que, antes de ir a dormir, prepararía su equipaje y no perdería tiempo, pensaba salir lo antes posible. Cualquiera que la viera pensaría que huía y era una gran verdad. Eso era precisamente lo que pretendía hacer, huir de Barcelona y no vivir con la tensión de la llegada de Diego. Sería una tontería, pero, si no estaba en la ciudad, no estaría tan nerviosa.

Como mínimo, necesitaba una semana en completa soledad y tenía muy claro que, cuando volviera, Diego ya habría llegado y tendría que tomar la decisión; si hablaba con él sin saber a dónde les llevaría la conversación o, por el contrario, pasaba página sin verlo tan siquiera.

Una difícil decisión que tomar, porque se jugaba su felicidad.

Cuando tuvo todo preparado se sentía realmente agotada, seguía arrastrando cansancio por aquel largo trayecto desde Japón, su cuerpo todavía no se había recuperado y, en cuanto se tumbó en la cama, el sueño y cansancio la vencieron y cayó exhausta.

A la mañana siguiente se despertó sobresaltada pensando en ¡la caja! Se levantó y empezó a dar vueltas, todavía estaba desorientada y como la había intentado esconder en tantos lugares, algunos muy inverosímiles, no encontraba el definitivo donde al final la había ocultado. Al final cayó en la cuenta y le vino a la mente la lavadora. Corrió y en un segundo la tenía en sus manos. La miraba como si, forzando la vista, pudiera distinguir su contenido sin necesidad de abrirla. Pero no funcionó.

Con un resignado suspiro, fue hasta la cocina para coger unas tijeras o un cuchillo y abrir el paquete de una puñetera vez. No sabía cómo había aguantado toda la noche, en realidad lo sabía con certeza, porque estaba agotada y había dormido a pierna suelta.

Pero cuando sacó el contenido, todavía se quedó más confundida, ¡era un iPhone 4! ¡No entendía nada! ¿Por qué le mandaba un teléfono? Debajo de la caja había una simple nota escrita y doblada por la mitad. Con los dedos temblorosos, la cogió y leyó:

«Enciéndelo cuando quieras hablar conmigo, la agenda solo contiene mi número. Esperaré el tiempo que haga falta. Diego».

Seguía siendo la persona que mejor la conocía. Sabía que no apuntaría su teléfono en el móvil para evitar la tentación, era tan impulsiva que, en cualquier momento tras un arranque de rabia, podía llamarlo, aunque fuera para echarle en cara su comportamiento. Por eso le había mandado un teléfono con su número, todo un embaucamiento. Jugaba con su curiosidad. Si Andrea le hubiera dado el móvil en mano, ella jamás lo hubiera aceptado. Diego sabía que era muy cotilla y que, en un principio no abriría el paquete, pero acabaría por hacerlo. No podría resistirse por mucho tiempo.

—Lo tenías todo planeado, ¿verdad? Me conoces muy bien y sabes lo fisgona que soy —hablaba en voz alta como si Diego estuviera delante de ella—. Pero esta vez no te va a servir de nada. Me marché y dejé el teléfono aquí, ¿lo ves? —Y, metiendo el móvil de nuevo en la caja, lo escondió dentro de un cajón, fuera de su vista—. ¡Y ahora me largo! Te ha salido mal el plan —decía mientras recorría la casa haciendo un equipaje de urgencia—. ¡Seré gilipollas hablando sola como si pudiera escucharme!

Cuando tuvo la maleta lista, salió sin mirar atrás, se conocía y era capaz de llevarse el teléfono que Diego le había mandado. Dejó su equipaje en el asiento trasero, su bolso en el del copiloto y arrancó casi derrapando. Hasta que no pasó el peaje de Martorell, no se relajó, se veía volviendo a casa para recoger el móvil que había dejado escondido. Sin embargo, hasta su vuelta no tendría que lidiar con esa inquietud.

Su destino era un precioso lugar del Pirineo Aragonés y en sus recuerdos de la niñez todo era magia, las excursiones por las montañas junto a su familia al completo, la pista de hielo y todos los pueblecitos que visitaron. En ese momento, con una perspectiva de adulta, quería revivir todas aquellas sensaciones. Sin darse cuenta ya estaba en Lleida. Salió de la autopista y tomó la autovía hasta Huesca. El viaje le estaba resultando muy corto, en cambio, en su memoria tenía grabado un trayecto largo y agotador con dos paradas. Llegó a su destino sin darse cuenta. Durante todo el camino fue acompañada de la música, cuando sonaban algunas canciones de sus preferidas ella cantaba a pleno pulmón y poniendo más ganas que el propio grupo.

El GPS le indicó que había llegado, así que condujo despacio hasta la puerta de la casa y paró el coche. Quedó asombrada, pues el lugar estaba precioso. Era una casa rural situada a las afueras de Jaca y a escasos

kilómetros del centro. La casa de piedra se encontraba a la orilla del río Aragón.

Su habitación, una buhardilla con ventanales en el inclinado tejado y un pequeño balcón del que no podría disfrutar debido al frío, era una sala amplia, muy confortable, luminosa y completa. Tenía un sofá delante de la chimenea, una cómoda cama y un pequeño lavabo dentro de la misma estancia.

Dejó sus cosas y volvió a tomar su coche, comería en cualquier restaurante de Jaca y después, esa misma tarde, tenía la intención de ir a patinar, como hizo en su infancia.

Todo estaba tal y como recordaba y experimentar cómo se deslizaba por el hielo la transportó a aquellos días felices de su niñez. Al principio patinaba de una forma torpe y lenta, hacía muchos años que no practicaba y menos sobre hielo. Hasta que, poco a poco, la destreza con los patines de antaño regresó y disfrutó igual que cuando solo era una niña. Había cosas en la vida que no se olvidaban, aunque no se ejercitaran en años.

Durante esos días, la paz de esa tierra, la amabilidad de sus gentes y la grandeza de aquellos paisajes la llenaron de un sosiego que a su vuelta necesitaría. Cada día cogía su coche por la mañana y visitaba los alrededores. Subió hasta Canfranc y realizó una visita guiada por la estación y su imaginación la trasladó sin problema a la película del doctor Zhivago.

Visitó pueblos típicos del Alto Aragón como Ansó, Aísa y Broto, entre otros, con sus calles empedradas y tejados inclinados típicos de esas tierras agrestes. La nieve cubría todos aquellos pueblos, dejando grabadas en la retina imágenes de postal.

Lo que más le llamó la atención fueron esos pequeños pueblecitos casi sin habitantes y algunos de ellos totalmente abandonados, pero con un encanto que no encontraba en los municipios más grandes. No se cansaba de ir de un lugar a otro y de recorrer las calles desiertas.

Visitó dos de esos pueblos abandonados que habían tenido finales diferentes. El pueblo original de Lanuza permanecía sumergido bajo las aguas del embalse, pero el tesón de sus habitantes, desalojados a finales de la década de los setenta, había obrado el milagro levantando el nuevo pueblo a orillas del pantano.

En cambio, el pueblo de Ruesta y Tiermas era el otro ejemplo, abandonado, pero sin planes de rehabilitación. Únicamente algún grupo de naturistas había hecho intención de repoblarlo años atrás. En aquellos tiempos, solamente había rehabilitadas y dedicadas al turismo un par de casas, el resto del pueblo

permanecía intransitable.

Conoció otros pueblecitos pequeños, pero preciosos: Santa Cruz de la Seros, Bailo, Bagües, Fanlo y muchos más. Quizás el que más le impactó fue Bagües, a pesar de las poquísimas personas que lo habitaban, estaba muy cuidado. Sus calles empedradas invitaban al paseo. Por cualquier lugar que pasaba encontraba un rincón con encanto, un pequeño parque, una esquina llena de flores o un banco desde el que podía contemplar los Pirineos y con una iglesia románica frente al pueblo que parecía ejercer de centinela. Se quedó con las ganas de pasar unos días en aquel pequeño paraíso.

Todas las tardes volvía a la casa rural, se tumbaba delante del fuego y, después de hacer una pequeña siesta, contemplaba las llamas, leía o cogía su ordenador hasta que bajaba a cenar y conversaba con el resto de los huéspedes. Había días que se quedaban charlando animadamente hasta altas horas de la madrugada.

Tan distraída estaba en aquella tierra, en todo su entorno y con sus gentes que no se dio cuenta de que los días pasaban y que su regreso estaba cerca. El día anterior, Diego había llegado a Barcelona y Andrea le había mandado un mensaje diciéndoselo. A ella todavía le faltaban dos días para volver, pero conocer esa noticia cambió su tranquilidad por esa sensación de incesante hormigueo y nerviosismo tan conocida. La inquietud y nerviosismo la sacudían de la cabeza a los pies, provocándole escalofríos que hacían que el vello de su cuerpo se erizara sin sentir una pizca de frío.

Desde que el mensaje de Andrea apareció en su móvil y conoció la llegada de su hermano, la plácida estancia en tierras aragonesas cambió.

Estaba distraída y aquella misma tarde se encontró paseando por la ciudad de Jaca sin reparar en nada de lo que estaba viendo. Únicamente prestó atención a una antigua pastelería situada frente la catedral románica y ante las delicias expuestas en el escaparate no pudo evitar entrar.

Compró una caja de lacitos de hojaldre cubiertos de yema. También unas castañas de mazapán bañadas en caramelo, típico de Huesca y las famosas jaquesas, unas ruedas de bizcocho rellenas de nata. En su casa se pondrían todos muy contentos menos su hermano Damián, al que los dulces no le gustaban, pero para él llevaba un queso que había comprado en una casa de campo con fabricación propia.

Esa noche, delante del fuego, mientras pensaba en el cambio que podría dar su vida, probaba un pequeño surtido de dulces que le hicieron más llevadero ese momento de incertidumbre.

Al día siguiente volvía a Barcelona y todo sería diferente, presagiaba que todo iba a cambiar, no sabía de qué manera, pero lo intuía en lo más profundo de su corazón.

CAPÍTULO 18

Diego había salido de Nueva York sobre las once de la noche. Al aeropuerto le acompañaron los padres de Evelyn para despedirse del pequeño Derek y Dolores, que no dejaba de llorar mientras abrazaba al niño. Realmente era la única madre que había conocido, la única que lo abrazaba y lo cuidaba, Evelyn había sido cualquier cosa menos madre. Aquella joven había pensado que quedándose embarazada conseguiría a Diego, pero se dio cuenta de que, a pesar del chantaje, jamás lo tuvo. Y, comprobar aquella realidad, desencadenó todo lo demás; su falta de amor hacia su hijo, su vida egoísta y desordenada. Pensar solo en ella y aquella vida de excesos fue lo que le trajo su desgracia.

La despedida fue muy triste a la vez que emotiva. Cuando Diego fue a decirle adiós a su suegro, este lo apartó del grupo mientras su esposa y Dolores lloraban con el pequeño.

—Cuando vuelvas a España debes retomar tu vida, la que tenías antes de venir aquí. Y sobre todo te pido una cosa, no le guardes rencor a mi hija, sé que no fuimos honestos contigo y debimos oponernos a los planes de Evelyn cuando se empeñó en casarse contigo. Entiéndenos ahora que tienes un hijo, nunca le habíamos negado nada y no supimos hacerlo y lo estamos pagando muy caro. No le hables mal de su madre a Derek, ¡por favor!

—¡Jamás lo haría! Nunca le hablaré mal de ella, pero Derek es muy pequeño y sabes que no la recordará. A pesar de eso, no lo voy a engañar y sabrá quién fue su madre, lo mismo que sabrá de vosotros. Quiero que sepas que a pesar del daño que me hizo no le guardo rencor, creo que ya lo ha pagado con creces. No creo que pueda retomar mi vida, conozco a Julia y sé que no la podré convencer.

—Siento tanto todo lo que pasó ¡Ojalá pudiera echar marcha atrás en el tiempo! Te prometo que actuaría de otra manera desde el mismo momento en que nació mi hija. Sin embargo, la vida, en ese aspecto, no da segundas oportunidades. La muerte cierra esa puerta, pero no en tu caso, si esa mujer te conoce y te quiere, volverá contigo. Es lo que más deseo, después del daño que te causó mi hija.

«¡Ojalá los deseos de este hombre, roto por el dolor, se cumplan!», pensó

con amargura Diego. Pero apenas le quedaban esperanzas, en un año Julia no había querido hablar con él. En Barcelona lo intentaría de todas las formas posibles, pero no tenía fe en que pudiera ocurrir un milagro, ese que deseaba sobre cualquier cosa; que Julia volviera a su lado.

Después de una triste despedida en el aeropuerto JFK de Nueva York, Diego tomó en brazos a su hijo y, sin echar una mirada atrás, los dos embarcaron, dejando en tierra a unos desolados abuelos.

Casi ocho horas después, aterrizaban en el aeropuerto del Prat. Derek había dormido durante todo el viaje, algo que le fue imposible a Diego. Todos los sucesos se agolpaban en su cabeza sin poder ordenarlos. Igual se deleitaba con el recuerdo de los ardientes besos de Julia, que se hacía presente la angustia en el momento que le colgó el teléfono y no volvió a oír su voz, tantos meses atrás.

Cuando les avisaron de que debían abrocharse los cinturones, Diego levantó la vista de su ordenador y miró por la ventanilla, comprobando, muy emocionado, que estaba de vuelta a casa, pero con un año de retraso. Desde la última vez que había estado allí, su vida había dado muchas vueltas, aunque al final volvía a su hogar.

Cogió al pequeño en brazos que se despertó algo desorientado, pero en cuanto puso los ojos en su padre se tranquilizó y le dedicó una preciosa sonrisa que, para Diego, era un soplo de aire fresco en su triste vida.

Cogió su mochila y bajaron del avión, Derek lo observaba todo con gran curiosidad, para sus siete meses era un niño muy despierto. Traspasaron las puertas de cristal y, en primera fila, sus padres y Andrea los estaban esperando. Cuando llegaron hasta ellos, todos los sentimientos brotaron, los abuelos miraban al pequeño con adoración y lágrimas en los ojos de la alegría, a pesar de ser la primera vez que lo veían. Diego nunca quiso que su familia fuera a visitarlos, no quería que supieran su cruda realidad. Porque una cosa era conocer la verdad, que se había casado debido al embarazo y, otra muy diferente, ver en lo que se había convertido su vida de cerca y obviamente averiguar que allí no había pareja, que eran dos extraños viviendo bajo el mismo techo. Su familia hubiera sufrido al ver lo desgraciado que era junto a aquella mujer.

Todavía no había llegado a casa y Derek ya estaba encantado con aquellas dos mujeres que no dejaban de darle besos y mil caricias. El idioma no era problema, porque Dolores le hablaba casi siempre en castellano, igual que su padre. Y su madre, como apenas lo miraba, menos iba a perder el tiempo en

decirle algo, a menos que hubiera visitas, entonces era tan exagerada que siempre lo hacía llorar.

Además, sus horarios no coincidían, Evelyn jamás se levantaba antes del mediodía y, entonces, el pequeño debía dormir y la tarde era para ir de compras, salones de belleza y gimnasio, de su hijo ya se ocupaba Dolores.

De momento, Diego viviría en casa de sus padres, mientras buscaba una vivienda. Tendría que encontrar una guardería para Derek.

Su hermana se había movido en busca de un nuevo hogar por su hermano y el pequeño y, justo en la misma calle, había un piso que al día siguiente irían a visitar. Andrea le había ofrecido su casa para que vivieran con ella, pero su madre se metió por medio sin consentirlo, quería a su nieto cerca.

Derek tenía ya su habitación esperándole, su familia la había preparado con una enorme ilusión, llena de juguetes. El pequeño miraba con gran interés, alargando sus manitas hacia todos esos muñecos, nuevos para él.

—¿Quieres que vayamos a ver el piso? La dueña me dijo que fuera cuando quisiera que su vecina tenía las llaves y la mujer se ofreció a mostrármelo en cualquier momento.

—Vale y de paso le compraremos a Derek todo lo necesario, no he traído nada más que lo justo para un par de días.

—¡No pensarás llevarte al niño! Tu padre y yo nos haremos cargo de él, míralo que tranquilo está con su abuelo.

—Vale, pero, si ves que se pone a llorar, me llamas al móvil y en nada estoy aquí —le pidió a su madre preocupado.

—¡Mira, hijo! —manifestó ella sin saber cómo afrontar la inquietud de su hijo—, no es el primer bebé que crio y tengo buena mano. Y, si llora y no podemos consolarlo de ninguna de las maneras, te llamamos.

—¡Anda que a ti ya te vale! ¿Dudas de que mamá sepa cuidar de Derek? Menudo cretino te has vuelto —añadió su hermana mirándolo con incredulidad—. ¡Ostras! Menudo pijo se nos ha vuelto, mamá ¡Lo tienes claro con nosotras! ¡Tira y vamos a ver ese piso, bobalicón!

— ¡Vale, me está bien empleado! No dudo para nada de que mamá se pueda hacer cargo de él y de cinco más, pero no os ha visto nunca y podría asustarse. ¡Yo qué sé!

Salieron de casa entre risas, Diego había cambiado mucho, estaba más delgado, en cambio, se le veía más fuerte. También se había dejado barba, aunque muy recortada. Había envejecido, tenía unas marcadas ojeras oscuras y los ojos se veían tristes, apagados y sin el brillo que acostumbraba a tener.

Salieron a la calle y, en cuanto estuvieron solos, Diego le hizo una petición.

—Andrea, llévame hasta la casa de Julia. Sé que no está en Barcelona, pero necesito saber qué lugar de la ciudad eligió para vivir tras abandonar nuestro hogar.

—¿No deberías quedar antes con ella para hablar?

—Te prometo que no voy a ir a su casa sin avisar, no me presentaré allí, pero necesito saberlo.

Andrea lo llevó, confiaba en él y sabía que no se la jugaría. Llegaron a lo que un día fue la villa olímpica que albergó a los deportistas de todos los países del mundo, tras lo cual se había convertido en una zona con pequeños apartamentos, cómodos, bien comunicados y a un paso de la playa. Las persianas de su apartamento estaban cerradas.

Ya sabía dónde acudir, porque no iría a su casa ni la abordaría si no quedaba antes con ella, pero podría verla desde lejos. Estaba deseando que volviera de esos días de retiro, para acudir por los alrededores de la zona y al menos, sin que ella se diera cuenta de ello, observarla.

—¿Cuándo empiezas en el hospital? —Diego no había atendido a la pregunta de su hermana y se volvió hacia ella con una interrogación en la cara —. ¡Uffffff! ¡Céntrate, tío! ¡Es como si todavía no hubieras aterrizado! Te preguntaba que cuándo comienzas a trabajar.

—Hasta mayo no empiezo. Llevo dos años sin un día de vacaciones y pensé que antes de emprender esta nueva vida necesitaría unos días para adaptarme, buscar vivienda, coche y disfrutar de Derek. Tengo que arreglar unos papeles y traspasos de un banco a otro, porque el padre de Evelyn me recordó que, cuando nos casamos, hicimos unos seguros de vida. Su abogado se empeñó y a mí me daba igual, en aquella época todo me daba lo mismo. Pues bien, tres días después de la muerte de Evelyn, el banco me contactó para tramitarlo y la verdad es que tengo una fortuna. Además, sus padres nos regalaron el piso en Nueva York y está a la venta. Les dije antes de venirme que ese piso era de ellos, pero no lo han consentido. Me han repetido hasta la saciedad que ese piso es mío y de mi hijo, que nos pertenece. Así que en cuanto se venda, me mandarían el dinero o lo más seguro será que tenga que ir a Nueva York. Te adelanto que el piso en Manhattan vale mucho.

—Entonces, ¿eres un hombre rico, hermano? —preguntó Andrea mirándolo con los ojos como platos.

—Pues eso parece, yo no lo busqué, pero sus padres insisten así que, con tiempo, quiero comprar algo más... —Buscaba la palabra exacta cuando su

hermana lo hizo por él.

—¿Exclusivo? ¿Caro? No, si cuando digo que te has vuelto un pijo, no me equivoco ni un pelo.

—Más bien, busco algo cómodo, con espacio y un enorme jardín para Derek.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —preguntó llena de curiosidad su hermana.

—¿Me prometes que no dirás nada a nadie ni siquiera a nuestros padres?

Andrea hizo el mismo gesto que hacían de pequeños, cruzando los dedos índices, formando una cruz y besando por una cara y por la otra.

—¡Palabrita del niño Jesús!

Diego no pudo evitar soltar una fuerte carcajada ante aquel gesto tan familiar, junto a las palabras que tantas veces había hecho repetir a su ingenua hermana pequeña para evitar que esta se chivara de cualquier cosa a su madre, bajo el miedo de que algo terrible le pudiera pasar si faltaba a su palabra. Esos gestos ya olvidados, recuerdos de una niñez feliz, pero muy lejana; lo llenaron de confianza, igual que sucedía entonces.

—Hablamos de... diez millones de dólares —susurró para que nadie pudiera escucharlo.

—¿Diez millones de dólares?! —repitió Andrea gritando y mirándolo con unos ojos que se salían de sus órbitas—. Dios mío, ¡eres rico! ¡Pero rico, rico!

—¿Quieres callarte? Has dicho que no dirías nada y estás aquí en medio de la calle chillando como una loca. A este paso no solo se enterará mamá, si no se ha enterado ya, sino toda la ciudad.

—¡Joder, tío! Pensaba que se trataba de unos sesenta mil euros o algo así. Pero ¡diez millones! ¿Tú sabes el dineral que es?

—Me hago una idea —declaró Diego sonriendo.

—¿Y cómo se te ocurrió hacer un seguro de vida? No es algo en lo que piensa la gente.

—Cuando me casé con Evelyn, era una de las condiciones del contrato prematrimonial que firmamos. Su abogado puso como condición un seguro de vida para que, si me pasaba algo, se quedara cubierta y mi abogado pidió lo mismo y, si no era así, no se firmaría. Por eso teníamos seguros de vida, tanto ella como yo.

—¡Que se joda!

—¡Andrea! ¡Que estás hablando de una persona que ya está muerta! —la reprendió Diego.

—¡Y a mí qué me importa! ¿Crees que porque ha muerto ya se borra lo mala que fue? Eso sí, porque ya no existe, pero ha sido de la piel del diablo esté muerta o viva. Yo no puedo hablar de ella de otra forma, ¡te hundió la vida!

—¡Olvídalo ya! Ella se ha marchado. Creo que ya ha tenido suficiente castigo, más del que se merecía. Yo la odié mientras vivió, pero, cuando la vi en el hospital totalmente destrozada y con un hilo de vida dependiendo de una máquina, todo mi rencor se esfumó. Entonces, solo pude sentir lástima por ella, porque abandonaba este mundo sin llegar a los treinta años, porque no vería crecer a su hijo, porque todas sus tretas no le habían dado la felicidad y por muchas cosas más. Se había muerto sin haber amado de verdad y creo que solamente sus padres la querían de forma desinteresada. Si te paras a pensar todo esto, todo el rencor desaparece y únicamente te queda sentir lástima por ella.

Andrea no dijo nada, por una vez en la vida recapacitó y pensó en todo lo que le decía su hermano, en vez de despotricar contra una persona que ya no vivía. Y pudo comprobar que Diego tenía razón, todo el rencor que sentía por esa mujer, a la que nunca llegó a conocer, se disolvía paulatinamente.

No pudo evitar recapacitar. Si hubiera actuado como en aquel momento, pensando antes de hablar, Mateo no se habría ido de su lado. Estaba aprendiendo, pero para ella ya era tarde.

—Tienes razón. Si reflexionas, ella es la que más ha perdido. —Ya no dijo nada más, darse cuenta de que era capaz de pensar antes de hablar y lo diferente que podría ser su vida, la sumió en una gran tristeza.

—Pero ¡no te lo tomes así! Nunca es tarde para rectificar.

—Para mí sí que lo es, ya es tarde. Si hubiera hecho lo que acabo de hacer, solo pensar antes de hablar, Mateo seguiría a mi lado.

—Todo se arreglará, ya lo verás.

— ¿Igual que lo tuyo con Julia? ¡Pues estamos apañados!

Ya no volvieron a hablar, cada uno de ellos se encerró en su propia desgracia sin encontrar una forma de solucionarlo.

CAPÍTULO 19

Para Julia, el día de la vuelta llegó. Se levantó temprano y, después de cargar su equipaje y despedirse de los dueños de la casa, se puso en camino. El paisaje blanco, debido a la escarcha que a primera hora de la mañana lo cubría todo, se cerró más en el puerto de Monrepós. Aunque ya era primavera, el tiempo era más propio de pleno invierno, al menos en esa zona.

Cuando llegó a Huesca y tomó la autovía a Lleida, las condiciones climatológicas mejoraron y la niebla dio paso a un brillante sol, incluso el ánimo dentro del coche cambió, pero no lo hizo su nerviosismo que, cuanto más se acercaba a Barcelona, más alterada estaba.

Por fin, tres horas y media después, dejaba el coche en el aparcamiento de su casa. Todavía iba por las escaleras, cuando el móvil empezó a sonar. Al ver que era Andrea, lo cogió. Quería engañarse a sí misma y, durante las décimas de segundo que tardó en contestar, se repetía que contestaba sin ninguna intención oculta, cuando la realidad era bien distinta. Inconscientemente, buscaba alguna noticia de Diego, si ya estaba aquí, cómo lo había visto, cualquier pequeño detalle que pudiera calmar su creciente ansiedad.

—Hola, Andrea, acabo de llegar. Ahora mismo estoy subiendo a casa. ¿Cómo estás?

—No hablemos de mí, todo sigue igual. Tengo que decirte algo y, cuanto antes lo haga, antes se calmarán mis nervios.

—¡Dispara! —manifestó Julia tomando aire, sabía que serían noticias de Diego y no muy halagüeñas.

—Diego quiere verte, me ha pedido que hable contigo y que te convenza. Si no quedáis, me ha dicho que te perseguirá hasta que consiga hablar contigo donde sea, en la calle, en la agencia, en el tren y que, si para hacerlo tiene que volar hasta la otra punta del mundo, lo hará. Lo siento, Julia, pero ha venido dispuesto a ello y no va a cejar en su empeño, ya lo conoces.

Julia no decía nada, y suerte que estaba sola, aunque tuvo que sentarse en las escaleras, cuando salió del ascensor ni siquiera podía mantenerse en pie. Conocía a Diego y a terco no lo ganaba nadie y, si se había empeñado en verla y hablar con ella, de una forma o de otra lo conseguiría.

Si quedaban en un lugar céntrico, rodeados de gente, ella tendría más

posibilidades de salir ilesa, sería más contenido y no montaría ninguna escena. Pero, si dejaba que la abordara en cualquier lugar, podría tener más intimidad de la que ella quería y todo podría complicarse.

Ella conocía sus sentimientos hacia él, lo seguía amando. Según Andrea, él también seguía amándola y su temor era la reacción de él. Ella se conocía muy bien y sabía que, por mucho que lo amara, no perdonaría una traición, más que eso, ¡no podía perdonarla! Siempre iba a dudar en cuanto no estuviera con ella y así no se podía vivir. En una relación, o se confía o está avocada al fracaso, porque las sospechas van minando poco a poco y, cuando la desconfianza se instaura en la pareja, nada se puede hacer y se produce, inevitablemente, la ruptura.

Y ella había alimentado durante un año esa desconfianza, creyéndose engañada y, aunque los hechos no sucedieron así, era difícil cambiar a esas alturas y restaurar aquella confianza que siempre hubo entre ellos.

Cuando Andrea se dio cuenta de que su amiga no la estaba escuchando, gritó su nombre, haciéndola reaccionar.

—¡Julia! ¿Se puede saber dónde estás?

—Asimilando lo que me acabas de decir, sentada en la escalera de mi casa.

—Sabes que tarde o temprano tienes que hacerlo, que tienes que hablar con él.

—No sé si estoy preparada. ¡No me atrevo! Tengo rabia y también celos, estoy enfadada y dolida, nerviosa y llena de ansiedad y, para acabar, también siento rencor. ¿Tú sabes lo que hace ese cóctel dentro de mi cabeza? Pues, nada bueno. Durante estos días he intentado poner orden ahí dentro —dijo mientras se tocaba la cabeza como si Andrea, a través del teléfono, pudiera verla—, pero no he sido capaz, no sé cómo hacerlo.

—¡Estamos buenas las dos!

—¿Tienes noticias de Mateo?

—Sí, se ha despedido de la cadena y en quince días se va a Madrid. Esto se acabó definitivamente. Quiere poner tierra entre nosotros. ¡Es el fin!

—No puedo decirte nada para consolarte, los hechos son esos y no se pueden cambiar ni adornar. No puedes engañarte, porque si lo haces vives en una situación irreal, haciéndote ilusiones y alargando la agonía hasta que no puedes más y acabas por romperte. Es mejor asimilarlo desde el primer momento, acarrear con el dolor, pero sin ilusiones.

—¿Y cómo se hace eso? No puedo evitar pensar que mañana se dará cuenta de que estaba equivocado y volverá.

—Cuando salgas esta tarde del trabajo, ven y trae el pijama, nos necesitamos. Tenemos que consolarnos.

—Pero no es lo mismo, mi hermano te sigue queriendo y, en cambio, Mateo ha dejado que quererme.

Esa confesión la puso más nerviosa, no estaba convencida de que Diego siguiera teniendo por ella los mismos sentimientos que antes, aunque un brillo especial aparecía en su mirada. La vida le había enseñado, de la peor manera posible, a ser cauta y no cantar victoria muy rápidamente, pero en cuanto a él se refería eso no se cumplía. Sabía que Andrea podía estar equivocada, mil cosas podían suceder, sin embargo, su corazón brincaba de alegría, tendría que utilizar su fría y calculadora mente si quería salir ilesa. No podía dejarse llevar por lo que escuchaba, la vida le había enseñado a observar y después sacar conclusiones, no a hacerlo al revés. Todavía no había visto ni hablado con él y ya albergaba esperanzas. ¡Se negaba a ello! La voz llena de dolor de Andrea la sacó de sus pensamientos.

—Iré. Estoy desesperada y te necesito. Sé que voy a amargarte, sin embargo, no puedo con esto yo sola.

—Yo estaré a tu lado, como si quieres venirte a vivir conmigo y no estar sola. Luego lo hablamos, pero ve pensando en esa posibilidad.

Allí quedó la conversación, porque Andrea empezó a llorar y no pudo seguir hablando, así que tuvo que colgar sin una despedida. La verdad era que verla así tan hundida, cuando hacía solo unos meses era la alegría en persona, le partía el corazón.

—¡Malditos hombres que solo están en el mundo para hacernos sufrir! — Suspiró Julia diciendo en voz alta lo que pensaba.

En cuanto entró en casa, su mente se puso en marcha, la pena y el dolor de Andrea le habían hecho olvidar el verdadero motivo de esa llamada, pero, en la soledad de su hogar, las palabras de su amiga le martilleaban machaconamente. ¡Diego quería verla!

Ya no podía huir, el problema era si estaba preparada o no. Antes de que se precipitaran los hechos con la muerte de su mujer, no lograba superarlo, pero al menos estaba resignada a vivir así, un día mejor y otro peor, sin esperanzas.

No obstante, a raíz del accidente todo daba vueltas y estaba sucediendo muy rápido, apenas acababa de enterarse de que Diego era viudo, cuando ya estaba instalado en Barcelona y quería verla.

¿Qué podía suceder si le concedía lo que quería? Si se veían él le contaría lo que ya sabía con muchos más detalles que no tenía la certeza de si estaba

preparada para escucharlos y poco más. Pero ¿y ella?, ¿qué le sucedería a ella? Sin haber pasado nada todavía, sabía qué ocurriría, que se daría cuenta de que seguía amándolo, aunque para eso no hacía falta verlo, lo sabía. Por mucha rabia que había sentido, jamás, ni un solo día había dejado de amarlo.

También intuía que, al tenerlo a su lado, constataría que iba a ser imposible vivir con él, un año entero alimentando esa desconfianza no se quita de un plumazo. Tendría que aprender de nuevo.

¡Madre mía! A ella la vida no le ponía piedras en el camino, como a todo el mundo, ¡a ella le estaba poniendo el Aneto! Por no ser exagerada y decir el Everest, pero era lo que sentía, algo tan grande que no sabía por dónde cogerlo para solucionarlo.

Por otra parte, si quedaba con él y hablaban se acabaría esta inquietud, conocía a Diego y mucho tendría que haber cambiado para no ser el mismo cabezota que había sido siempre. Si no lo hacían, jamás se quitaría aquel problema de encima, insistiría una y otra vez hasta que por aburrimiento le diría que sí.

Dejaría esa decisión para más tarde, cuando hablara con Andrea decidiría qué hacer. En esos momentos solo pensaba en bajarse a la playa, necesitaba recargar energías y nada mejor para eso que un paseo cerca del mar. El día era primaveral y la temperatura muy agradable, así que se quitó la ropa de plena montaña que llevaba y se colocó unas mayas y una sudadera y así, sin otra cosa encima que las llaves de casa, salió dispuesta a que la energía que emanaba de su querido Mediterráneo la ayudara a tomar la decisión más acertada.

Caminó a lo largo del Paseo Marítimo hasta llegar al Espigón de la Mar Bella. Después volvió sobre sus pasos y entró en la playa Nova Icaria y allí se sentó en la arena, mientras contemplaba el vaivén de las olas. Sin embargo, por mucho que deseaba no pensar, Diego no salía de su cabeza. Echó en falta su iPod, si escuchara música, su mente se distraería, pero, sin esa ayuda, era imposible.

Y, si al menos de tanto pensar diera con la solución, no le importaría. Pero cuantas más vueltas le daba, más confundida estaba, no sabía cómo olvidar la historia que había alimentado durante un año entero. Aunque, en algunas ocasiones, soñaba con que Diego volviera a él, como dice la canción de la Oreja de Van Gogh, «Que llegaras con rosas, con mil rosas para mí» deseaba verlo aparecer tras la puerta, mientras lloraba desolada.

Pues bien, eso precisamente era lo que estaba sucediendo, puede que, sin

rosas, pero Diego quería verla. Tampoco conocía con qué intención, si solamente para disculparse por su forma de actuar o con la intención de algo más. Por mucho que Andrea le dijera, para saberlo con certeza tendría que hablar con él

Parecía tan fácil tomar la decisión, solo tenía que quedar con él, sin embargo, no lo era. Julia temía, sobre todo, que los sentimientos de Diego hubieran cambiado y que solamente quisiera mantenerla en su vida como una amiga. Además, experimentaba otras sensaciones: rabia, resentimiento, dolor, incluso envidia y celos hacia una mujer que estaba muerta, pero la cual durante un tiempo se adueñó del hombre de su vida. Ese último pensamiento provocó que unas lágrimas, más bien de furia, rodaran por sus mejillas. Las limpió de un fuerte manotazo, le daba mucha rabia llorar por eso, aunque no podía hacer nada por evitarlo.

Se levantó y volvió a casa. De camino, iba a parar a comprar unas cuantas cosas, cuando se dio cuenta de que no llevaba nada más que las llaves, así que bajaría en otro momento. No sabía si tenía algo en el frigorífico, pero le daba igual, era tarde y no tenía ganas de hacerse nada, así que pediría una pizza.

Iba tan centrada en sus propios problemas que, durante su paseo, no atendía a nada. Todo lo que sucedía a su alrededor dejó de existir. Iba tan distraída que no se dio cuenta de que alguien no muy lejos de ella la observaba con ojos ávidos.

Diego sabía que, aquella mañana, Julia regresaba de unas cortas vacaciones o retiro espiritual, como le había dicho su hermana. Desde la primera hora de la mañana, se apostó cerca de la casa de Julia y esperó lleno de nerviosismo verla llegar. No pudo evitar que el corazón le diera un vuelco y latiera tan fuerte que casi salió de su caja torácica cuanto reconoció su coche, seguía teniendo el Ibiza rojo de siempre. No se marchó todavía, sino que se quedó mirando las persianas de su piso y su espera pronto se vio recompensada cuando volvió a salir de la portería.

Diego apenas pudo mantenerse en pie, hacía más de quince meses que no la veía y, aunque físicamente había cambiado, seguía estando preciosa. Era la mujer más guapa que conocería jamás.

Estaba algo más delgada y su larga melena había desaparecido, en su puesto, detrás de una ancha cinta de mil colores se escondía una melena muy corta, pero le favorecía incluso más. Apenas podía distinguir su cara, porque estaba a cierta distancia, no obstante, no se acercó por si lo reconocía y salía huyendo. A pesar de las diferencias, muchas cosas seguían de la misma

manera, la forma de andar y cómo jugaba continuamente con sus manos. La siguió durante toda la caminata y, cuando llegó a la playa, la contempló desde el paseo.

Era la misma estampa que él recordaba, dos días antes de marcharse aquellas Navidades fueron a la playa, para que él se pudiera despedir de su querido Mediterráneo y Julia se sentó de la misma manera, acercando sus rodillas al pecho y rodeándolas con sus brazos. Contemplándola daba la sensación de que el tiempo se había detenido, pero eso solo era una ilusión, habían pasado muchos meses y muchas cosas entre aquella imagen de su recuerdo y la que contemplaba en ese momento.

¿Qué estaría pensando Julia?

¿Ya sabía cuándo hablaría con él?

¿Lo perdonaría?

¿Qué haría Julia cuando le dijera que la amaba y quería volver con ella?

¿La convencería?

¿Y si se acercaba en aquel momento a ella?

No se movió de donde estaba, ni siquiera cuando Julia se levantó y se dirigió hacia su casa. Se quedó sentado en el mismo banco del paseo desde donde la había observado. Únicamente se escondió tras el periódico que llevaba en la mano, cuando ella casi pasó a su lado. Después se dio media vuelta y la siguió con la mirada hasta que cruzó la Avenida del Litoral, llegando al portal de su casa. Con una gran fuerza de voluntad, solo la observó, cuando todo su cuerpo le pedía que corriera tras ella y la tomara entre sus brazos. Deseaba besarla más que nada en el mundo.

Porque ella no lo sabía, pero sus labios fueron los últimos que él besó y su cuerpo el último que acarició. En todo ese tiempo no había estado con nadie, no había compartido con su mujer siquiera la misma cama ni un solo roce. No había sido porque Evelyn no lo había intentado todo, sin embargo, Diego jamás sintió por ella ni una pizca de deseo.

Sin saber por qué motivo, se acordó de aquella noche, una vez casados, en la que Evelyn se coló en su cama.

Su mujer muchas veces había intentado cierta intimidad con él, un beso al llegar a casa que, por supuesto, rechazaba o coger su mano en cualquier acto social que él disimuladamente retiraba sin llegar ni a rozarse. Pero aquella noche Evelyn pensó que no la rechazaría, así que, en silencio y completamente desnuda, se metió en la cama de su marido. En cuanto él sintió el cuerpo de ella pegado al suyo, se levantó de la cama enfurecido.

—¿Se puede saber qué pretendes? ¡Te dije que no te quería en mi cama nunca más! Ya me engañaste una vez y no volverá a suceder. Si quieres que alguien te quite el picor, no seré yo, me daría asco. Además, antes que a ti, prefiero mil veces una víbora en mi cama, seguro que es más inofensiva. ¡No vuelvas a entrar nunca más en mi cuarto! Si lo haces, se acabaron las apariencias y todo el mundo sabrá lo que verdaderamente hay entre nosotros, ya sabes que a mí la gente me importa un rábano. ¡Tú misma! Y, ahora, ¡lárgate y no vuelvas nunca más!

Ella salió de su cama sin decir nada, aunque con la cara roja por la ira y por sentirse rechazada de esa forma. Evelyn era tan egocéntrica que pensó que convencería a Diego en cuanto se lo propusiera, pero meses después seguía sin conseguirlo. A partir de aquel momento sus salidas se incrementaron hasta que llegó su final, apenas cuatro meses después de aquel último intento por seducirlo.

Con aquel desagradable recuerdo, se dirigió a su coche o más bien al de su padre. Ya había pedido uno esa misma mañana, pero tardaría quince días en tenerlo. Su padre no había consentido que alquilase uno durante ese tiempo.

CAPÍTULO 20

Aquella noche, en cuanto salió del periódico, Andrea se presentó en casa de su amiga. No iban a estar solas porque Mireia y Noelia se habían autoinvitado a cenar. Quizás era lo mejor para ellas, porque esas dos locas las harían reír hasta doblarse y al menos, mientras ellas estuvieran, se olvidarían de su porquería de vida. Apenas contaron con media hora para compartir penas, antes de que las dos vilanovinas hicieran acto de presencia. Y es que sus amigas si algo no soportaban eran las penas y era imposible razonar con ellas. Como siempre decían, un hombre no merecía ni un segundo de sufrimiento.

Mientras hablaban de Mateo, la música iba sonando. En un momento en el que las dos se quedaron calladas, esas canciones que hablaban de sentimientos rotos y perdón llenaron el ambiente.

—¿Te has dado cuenta de la música que tienes puesta? No creo que sea la más recomendada dadas las circunstancias.

—Ya lo sé, desde ayer no escucho otra cosa, dirás que soy masoquista, pero, escuchar estas canciones, me hace pensar que no soy la única en sentirse así. Ya sabes lo que dicen: mal de muchos, consuelo de tontos. No, la verdad es que ayer escuché una carpeta que hice en el Spotify de canciones españolas y no me sentí mal haciéndolo.

—Hija, ¿es que eres masoquista! No llevo ni un cuarto de hora sentada y a ti te valdrá de consuelo, pero a mí me hace creer que soy una mierda. Primero, Amaral, repitiéndome hasta la saciedad que ya no quedan días para pedir perdón, ¡claro, es lo más esperanzador! Después, viene La Oreja de Van Gogh y me recuerda que todavía espera que aparezca con rosas mientras ella se deshace llorando. Y, ahora, es Extremoduro que canta nunca había estado un alma tan rota, joder que mi Extremoduro es de todo menos ñoño y hasta ellos me tocan la fibra. ¿Las has elegido a posta? Anda, deja que busque las canciones adecuadas de mis extremeños favoritos que no sabes lo que es bueno.

Y, sin más, se acercó al ordenador y buscó uno de sus discos preferidos, *Yo, minoría absoluta* y, entre todas las canciones, eligió su preferida que enseguida sonó y las dos comenzaron a cantar como poseídas.

Cuando terminó la trepidante canción *La vereda de la puerta de atrás*, las dos cayeron en el sofá sin apenas aire en sus pulmones. Julia no pudo evitar una satisfactoria sonrisa después de cantar. La verdad era que Andrea tenía razón, aquella carpeta no era la mejor para levantar el ánimo, pero llevaba todo el día escuchándolas y le gustaban.

El timbre les dijo que ya estaban en la puerta las dos locas de Vilanova, la Noe y la Mire, como ellas se llamaban a sí mismas. Abrieron y los dos torbellinos pasaron con unas bolsas en la mano. Después de repartir besos y abrazos, llegó la hora de la bronca por la falta de noticias durante su viaje. Después, pasaron a la cocina que estaba limpia, pero limpia y vacía absolutamente.

—¡Lo que imaginaba! ¡Estas dos no han hecho cena! Hemos hecho bien en traerla, Mire.

—¡Menudas perras! Míralas, con la excusa de la pena no se mueven del sofá. Más perras que Niebla.

Y, sin más, sacaron las bandejas de su restaurante preferido, una bandeja de sashimi, otra de sushi y makis y la tercera de temaki. Además de una bandeja grande de tempura. Cuando tuvieron toda la cena en la mesa, sacaron las copas y abrieron las dos botellas de vino. Julia, al ver la mesa, enseguida protestó.

—¡Joder, tías! ¿No podíais traer otra cosa que no fuera japonés? ¡Estoy de sushi hasta...! —dijo señalando las bandejas.

—¿Hasta el coño? Bueno, pues yo llevo toda la semana deseando comer esto, ¡no te jode! Haber hecho algo para cenar y tendrías otra cosa. Claro que siempre puedes ir a la cocina.

—¿Tenemos algo que celebrar? —preguntó Andrea.

—¡Claro! Que estamos las cuatro juntas después de más de dos meses.

—¿Qué tal con Mateo? —le preguntaron a Andrea, ante lo que ella no pudo hacerse por más tiempo la fuerte y con dolorosas lágrimas les dio las últimas noticias, él se iba a Madrid.

Intentaron consolarla de mil formas diferentes, pero era imposible hacerlo. Y, cuando logró calmarse, a Noelia y Mireia les esperaba una nueva sorpresa. Les contaron cómo la mujer de Diego había muerto en un accidente de coche y él ya estaba en Barcelona y, esta vez, para no volver a marcharse.

—¡Joder! —exclamó Mireia sin poder salir de su asombro—. Pero ¿cuánto tiempo hacía que no hablábamos? ¡No veáis cuántos acontecimientos!

—¿Y qué planes hay? ¿Has hablado con él o tienes intención de hacerlo?

—Durante una semana entera he estado pensando qué debería hacer, aunque

todavía no lo sé. Creo que necesito más tiempo para hacerme a la idea porque todavía no he podido cambiar el chip —contestó Andrea.

—Es que, hija, cuando te empeñas eres de lo más radical que hay. No entiendo por qué nunca dejaste que Andrea te explicara lo sucedido — proclamó Mire dando cuenta de un sashami.

—¿Vosotras lo sabíais? ¿Yo era la única que ignoraba lo sucedido? — interrogó de nuevo Julia.

—¡Anda, esta! ¡Pues claro que lo sabíamos! Ella nos lo explicó. La pobre estaba hecha polvo y necesitaba que alguien la escuchara. Al principio no queríamos saber nada, pero, luego, no es que lo disculpáramos del todo; no obstante, nos compadecimos de él —explicó esta vez Noe mirando las bandejas.

—¡Y tú lo ignorabas porque eres una cabezota que no escucha a nadie! Cuando se te mete algo en la cabeza, eres... de lo que no hay —contestó Mire sin que apenas se le entendiera lo que decía.

—¡Lo podíais haber intentado un poquito más! ¡Que cuando queréis sois las más pesadas! Pero nadie insistió —sostuvo un poco dolida.

—¿Cómo no íbamos a callarnos si nos lo pedías de una forma tan desgarradora? Yo no tenía moral para insistir. ¡Te hacía tanto daño solamente escuchar su nombre! — se disculpó Noe.

—¿Y yo no insistí? —preguntó Andrea con ganas de estrangularla—. Mira, ¡esto es pa' matarte!

—Tú no cuentas. ¿Qué ibas a decir? Disculpar a tu hermano. —Y al ver la cara de su amiga, a punto de saltarle a la yugular, trató de calmarla y levantó las manos en son de paz—. Al menos era lo que pensaba, equivocadamente.

Cuanto más vacías quedaban las botellas, más reían ellas, haciéndose presente esa risa floja propia de la ingesta de más alcohol de la cuenta. Eso, junto a las historias de Noelia y de Mireia, hicieron que sus penas esa noche desaparecieran.

Eran sus amigas y las querían con locura, pero a raíz de sus desengaños las dos se habían convertido en unas verdaderas devoradoras de hombres y tenían tan interiorizado su papel que no repetían cita. Como ellas decían para defenderse, no querían caer en las redes de ningún hombre otra vez y la forma de evitarlo era esa precisamente, no quedar más de una vez con nadie.

La cena fue vista y no vista, sin embargo, la velada se alargó más de lo que pensaban. Entre la bebida y las anécdotas que esas dos contaban, a pesar de lo decaídas que estaban Andrea y Julia, no pudieron parar de reír. Lo que les

ocurría a ellas no le ocurría a nadie.

—¡Te lo juro como que hay sol! ¡Se quedó totalmente dormido! Así que le di un empujón y lo saqué del sofá. Y se lo dije así de clarito: ¡a dormir a tu casa, guapo! Lo acompañé hasta la puerta y se acabó. A casa vienen a lo que vienen, yo siempre duermo sola —dijo Noelia.

—¡Qué valor tienes! —aseguró Julia sin dejar de reír.

—¡Oye, que mi casa no es una pensión! Ya no quiero que me inviten a nada por eso mismo, para no tener que verme obligada a aguantarlos. Así que ese salió por la vía rápida. ¡Teníais que haberle visto la cara! ¡No salía de su asombro! —confesó Noelia.

Las risas siguieron, hasta que Noelia puso el grito en el cielo, las demás no tenían que trabajar, pero ella era peluquera y tenía que abrir, aunque fuera sábado. Así que se despidieron a toda prisa en el ascensor. Suerte que, a esas horas, la ronda litoral estaba casi vacía y llegaron enseguida a la autopista de peaje paralela a las Costas de Garraf que, a pesar de que resultaba muy cara, en un momento llegaban a Vilanova.

Cuando se quedaron solas, no tuvieron ganas de moverse del sofá, esta vez el alcohol, en vez de amodorrarlas, les dio por reír y hablar sin parar. Dieron la vuelta a sus vidas, recordaron muchas anécdotas, algunas casi olvidadas, y rieron como locas con algunos episodios. Claro que con otros lloraban desconsoladas. Pasaban de un estado al otro en décimas de segundo. Es lo que tenía el abusar de la bebida. Por fin se fueron a la cama y, cuando estaban tumbadas y la habitación dejó de dar vueltas, Julia le dijo:

—¿Estás despierta?

—Sí, estaba sujetando la cama para que no se cayera, ¿o es al revés y me sujetaba yo? No sé muy bien el qué, pero sujetaba algo —contestó con una risa floja.

—Llamaré a Diego, aunque no sé cuándo lo haré. Creo que, cuanto antes, mejor. Por ahora solo eso tengo claro.

Andrea no contestó, pero no pudo evitar sonreír en silencio, cobijada en la oscuridad de la habitación. Por algo se empezaba y conocía a Julia y si de algo carecía su amiga era de paciencia y, teniendo el teléfono que Diego le mandó en su poder y sabiendo todo lo que sucedió de verdad, no tardaría mucho en llamarlo.

CAPÍTULO 21

A la mañana siguiente se levantaron tarde. Entre las dos recogieron los restos de la cena y salieron de casa juntas. Andrea no le preguntó cuándo pensaba llamarlo, aunque se moría de curiosidad, ni Julia le comentó nada más sobre la decisión que había tomado.

Ya en la calle, acompañó a su amiga hasta su coche y, cuando esta se marchó, ella volvió a entrar en el aparcamiento. Había quedado en ir a Vilanova para ver a toda su familia y de paso iría a la peluquería, Noelia la esperaba.

Cuando llegó aparcó el coche en la calle donde vivían sus padres. Como iba bien de tiempo, subió un momento para darles un beso antes de ir a que su amiga obrara algún milagro con su pelo.

La peluquería de Noelia estaba en medio de la rambla y el negocio le iba muy bien. Claro que nadie le regalaba nada, ella trabajaba mucho y tenía el carácter ideal para un negocio así.

Siempre le pasaba lo mismo cuanto entraba a la peluquería y contemplaba a su amiga trabajando, apenas la reconocía. La Noelia que atendía el negocio no parecía la misma que la noche anterior se había hartado a decir una burrada tras otra. Aquí era simpática y agradable, pero sobre todo muy educada. Julia la miraba de lejos y no podía creerse el cambio que sufría en cuanto cerraba las persianas de su local. Por eso la tentación pudo con ella y se acercó a su amiga susurrándole al oído.

—Si todas estas finolis te hubieran visto y escuchado anoche, se les saldrían los ojos de las órbitas. Poco les cuentas cómo te quedas bizca cuando el yogurín que te estás beneficiando te pone mirando a Cuenca y te mete ese portento de tranca, como tú dices, que te hace gritar de gusto. Ahora eres como todas ellas, muy fina, pero anoche..., eras una verdadera golfa.

Su amiga la miraba sonriendo de esa forma educada, tan diferente a la verdadera Noelia, la que ella conocía. La Noe, que era como a ella le gustaba llamarse, su nombre de guerra. Julia, que la conocía, sabía que esa mirada no guardaba nada bueno. Estaba cavilando cómo lo hacía, pero le iba a caer una buena de un momento al otro.

Y no se equivocó, dos minutos más tarde, Noelia se dirigió a ella en voz

alta, para que todo el mundo la escuchara e incluso apagó el secador de mano para que nadie se perdiera ni una palabra.

—Fefi, cariño, enseguida estoy contigo. ¿Dónde has dejado a tu gorrioncito? Porque soy muy formal, si no... —dijo mirando a su amiga con malicia—. Es que siempre vas con unos hombres muy guapos. Un poco maduritos, pero, oye, si te dejan tan satisfecha como tú dices, perfecto.

Julia casi se ahoga con el vaso de agua que empezaba a beber, ¿se puede ser más petarda? ¡Ala, delante de todo el mundo! Y seguro que había alguien que la conocía, había vivido toda la vida en Vilanova. ¿De dónde había sacado ese nombre? ¿Fefi? ¡Su amiga estaba para que la encerraran!

Solo diez minutos después, estaba con las tijeras preparadas para cortar el cabello de Julia.

—¿Otra vez cortamos, Fefi? —dijo riéndose y alargando ese nombre que nadie sabía de dónde lo había sacado.

—¡Ya te vale! El ridículo que me has hecho pasar. ¿De dónde has sacado ese nombre? —le preguntó Julia riendo por no llorar.

—No te lo creerás, pero el sábado pasado, cuando llegué a casa, estaban echando en cine de barrio una película de Alfredo Landa que llamaba a su perro Fefi o algo parecido y, cuando me has dicho eso, me ha venido el nombre.

—De ti se puede esperar cualquier cosa. Corta muy poco, solamente repasa el corte, quiero dejarlo crecer un poco. Ahora, cara el verano, me va mejor para poder recogerlo.

Después de la peluquería, se fue a casa de sus padres y ya habían llegado sus hermanos, su cuñada y su queridísima sobrina. Les estuvo explicando tanto el viaje de Nueva Zelanda como el posterior a Japón.

—Estábamos preparados para acudir si Japón pedía ayuda, pero al final no fuimos —explicó su hermano Carlos. Era bombero y en ocasiones había viajado a zonas afectadas por seísmos para ayudar a buscar personas vivas bajo los escombros.

—Por un momento lo pensé. Pero era imposible que entre los restos quedara nadie vivo después de estar cubierto de agua durante tanto tiempo —explicaba a su hermano.

Les contaba, con cierta emoción al recordar todo lo que vivió durante aquellos días, que las imágenes de la televisión no eran nada en comparación con lo que vio allí. Les enseñó algunas fotos y contestó a todas sus preguntas. Después, cuando la pequeña Carlota se despertó de su siesta, la achuchó y

jugó con ella hasta que las dos cayeron rendidas.

Y, antes de marcharse, bromeó con su hermano Carlos que estaba disfrutando de unos días de fiesta y esa noche de sábado ya tenía planes, no perdía el tiempo, era como sus dos amigas, salir y no pensar en nada más. Pero ella sabía que eso era una realidad a medias, porque cuando llegara la persona adecuada, los tres dejarían aquel desenfreno de vida para centrarse en el único hombre que las haría feliz. Lo que les pasaba era que simplemente ese tren todavía no había pasado.

Durante todo el día, mientras disfrutaba con la compañía de su familia, en ningún momento pensó en la decisión que había tomado la noche anterior. Había decidido llamar a Diego. Pero, entonces, cuando volvía a su casa y mientras circulaba por los túneles del Garraf, la imagen de él volvía a ser, de nuevo, clara y nítida. Y ya no pudo dejar de pensar en qué decirle cuando hablaran, ni sabía qué era lo que realmente buscaba y eso, no controlar la situación, la tenía más que nerviosa, ¡histérica!

Llegó a casa pasadas las nueve de la noche. Accionó el mando y la música de Amaral envolvió el ambiente. Últimamente era uno de los grupos que más escuchaba. Y, cantando a coro con Eva la canción de *Tarde para todo*, no pudo evitar que su pensamiento volara al momento en que Diego se marchó a Nueva York.

¡Qué cabrona era la mente! Siempre metiendo el dedo en la llaga, oprimiendo donde más dolía. Claro que Andrea tenía razón y era un poco masoquista. El gesto de escuchar canciones que recreaban, de alguna manera, sus vivencias; era la manera que su alma tenía para recordarle que el amor que se profesaban seguía muy presente. No quería olvidar, a pesar de su traición, y aquellas canciones se lo repetían cada vez que las escuchaba.

Sacó el móvil que Diego le había mandado, lo abrió y no había nada más. Buscó una foto en el ordenador, en esa carpeta que se tenía a sí misma prohibida explorar y esta vez no hizo caso. Cuando encontró la que quería se quedó contemplándola, era la que más le gustaba, con Diego cogido infraganti, mientras levantaba sus gafas y la miraba de la forma que más adoraba ella; como si fuera la única mujer del mundo. Con esa barba, solo de tres días, pero, aun así, muy poblada y con aquel pelo color avellana, siempre despeinado y tirado hacia atrás, natural, sin productos que lo mantuvieran estático. La observó durante varios minutos y terminó de buscar.

Cogió el cable y la pasó al móvil. Cuando terminó la operación, no quiso pararse a pensar por qué se tomaba tantas molestias por un número, prefería

seguir ignorando lo que su corazón gritaba.

Dejó el teléfono a su lado, apagó la música y encendió la televisión. Pero su nerviosismo no cesaba, todo lo contrario, cada vez estaba más alterada. No habían pasado ni veinte minutos, cuando volvió a coger el móvil, localizó el único número que había y la causa de su histerismo. La foto de Diego parecía hablarle y decirle que fuera valiente, que pulsara sobre la tecla verde y entonces se calmaría. La miró durante unos minutos, pero al final no se atrevió.

Esta operación la realizó como veinte veces y cada vez sus nervios estaban más alterados. El corazón le palpitaba como si acabara de correr una maratón, sus manos sudaban. Se estaba descontrolando y no podía mantener su cuerpo tranquilo, incluso temblaba. El tiempo pasaba mirando sin cesar y ella no era dueña para hacer nada, no se concentraba en la lectura, ni en la televisión, ni tan siquiera podía dormir.

Y fue esa última vez que, cansada de ser tan cobarde, repentinamente y sin pararse a pensar qué estaba haciendo, colocó su dedo tembloroso sobre la opción de llamada y presionó ligeramente.

Enseguida los clásicos pitidos sonaron en su oído y Julia pensaba que su corazón se saldría del pecho de tan fuerte como latía. Dos tonos, que le parecieron interminables, fueron los que tardó Diego en contestar.

—Julia.

Jamás su nombre había sonado de aquella manera, acariciaba cada sílaba mientras las pronunciaba. Podía sentir su esperanza y todo lo que para él significaba aquello. Para Julia, escuchar su voz fue como una inyección de adrenalina en su corazón muerto y que, únicamente por el recuerdo de Diego, seguía latiendo.

Dos veces intentó hablar y las dos se dio cuenta de que, aunque lo intentaba, los sonidos no salían por su boca, morían antes de nacer en su garganta.

Al final, respirando profundamente, consiguió que sonara su nombre.

—Di.... Diego.

Fue lo único que necesitó él para volver a la vida, escuchar esa voz. Durante mucho tiempo se había tenido que conformar con su recuerdo, con las fotos que guardaba en su ordenador como si fueran el mejor tesoro del mundo, incluso, unos mensajes en su móvil que no había borrado, los guardaba, escuchándolos una y otra vez.

Pero en ese instante la tenía al otro lado del teléfono, aunque a distancia, unidos por una línea.

—¡Julia! Dios mío, ¡eres tú!

Julia no estaba preparada para escuchar según qué cosas, porque se desmoronaría y por nada del mundo quería que eso sucediera, así que le cortó rápidamente.

—Tenemos que hablar y, cuanto antes, mejor.

—Si te atreves, voy ahora mismo.

Sabía que la estaba retando, porque no le podían decir eso y él lo sabía. Sabía que no estaba preparada, sin embargo, no quería que pensara que tenía algún poder sobre ella o que tenía miedo, ¡de eso ni hablar! Aunque luego se arrepintiera, pero ella no se amedrentaba ante nada ni ante nadie.

—¿Por qué no iba a atreverme? Calle d’Helsinki, el bloque esta junto a la calle Rosa Sensat. Pero si para ti es un poco tarde, lo dejamos para otro día.

—Para nada. Ya salgo.

No cruzaron más palabras y cortaron la comunicación. Julia soltó el móvil como si le quemara.

—¡Dios mío! —Pensó ella en voz alta, mientras miraba el teléfono sin creerse lo que acababa de hacer—. ¿Se puede saber qué tornillo me falta en esta cabeza? —se recriminó cogiéndola con las dos manos—. ¡Si no sé qué decirle! ¡Si son más de las diez de la noche! ¡Y para colmo le digo que venga a mi casa! Madre mía, ¡la voy a liar! ¡Ya verás!

Daba vueltas sin parar por toda la casa, no podía estarse quieta. Apenas podía pensar en todo lo que se le venía encima, ya lo haría después. Lo único que sabía era que él en pocos minutos estaría allí, delante de ella. Después de casi año y medio lo volvería a ver y no sabía qué iba a hacer o decir. Y lo que más le preocupaba era su propia reacción.

Diego, mientras tanto, se había cambiado de ropa a la velocidad de la luz, en un visto y no visto. Cuando salió de la habitación, todos lo miraron extrañados esperando una explicación, hacía un momento avisó de que se iba a acostar y de pronto había salido vestido, poniéndose la cazadora.

—Salgo a dar una vuelta. Os hacéis cargo de Derek, ¿verdad?

—¡Eso no se pregunta! ¿Vendrás muy tarde? —preguntó sutilmente Rosa, aunque lo que menos le preocupaba era eso, solamente quería sonsacarle algo más. Pero Diego ya conocía a su madre y la forma tal perspicaz de preguntar para sacar información.

—No lo sé, mamá, creo que no.

Fue toda la información que dio. No se demoró por más tiempo y salió casi corriendo. Desde el móvil había llamado a un taxi y, una vez en la calle,

apenas tuvo que esperar cinco minutos cuando un vehículo paró delante de él. Se montó y le dio la dirección de Julia.

Estaba como un flan. Era lo último que esperaba en aquel momento, una llamada de ella. Sonrió mientras contemplaba las calles, todavía surtía efecto retarla para conseguir lo que quería. Había funcionado, fue desafiarle con un: «si te atreves voy ya» y Julia había respondido como siempre hacía, aceptando el desafío.

Dios mío, ¡iba a su casa! ¡Estarían los dos solos! ¡Se moría por llegar! No se lo podía creer... Iba a ver a Julia, a su amor, ¡a su vida! Ese pensamiento le hizo temblar, jamás había estado tan nervioso, se estremecía sin que su cuerpo tuviera frío, sus manos no dejaban de retorcer aquel anillo que simbólicamente había intercambiado con ella antes de marcharse a Nueva York y que jamás había sacado del dedo. Su compromiso, al menos para él, seguía intacto.

La pregunta del taxista lo sacó de su ensimismamiento.

—¿Dónde quiere que lo deje? ¿En la calle Rosa Sensat o en Arquitecto Sert?

—En Rosa Sensat, por favor.

En cuanto bajó del coche lo primero que hizo fue mirar hacia arriba, sabía perfectamente cuál era su ventana y estaba iluminada. Llegó hasta el portal y, antes de llamar al portero, intentó calmarse. La anticipación de verla le estaba jugando una mala pasada.

A pesar del frío de la noche, sudaba y el corazón le iba a mil. Él, como médico, sabía que eran síntomas normales, que su cuerpo reaccionaba como si estuviera en peligro, produciendo una descarga de adrenalina en el corazón y haciendo que este latiese a más velocidad y con más fuerza. Además, tenía la boca completamente seca y ya había aparecido aquella sensación de tener un nudo en el estómago.

Respiró en profundidad soltando el aire poco a poco y conteniendo durante unos segundos la respiración. Repitió unas cuantas veces aquella maniobra hasta que sintió que su cuerpo reaccionaba y, cuando se encontró un poco más calmado, entonces llamó al portero automático.

Julia, mientras esperaba la llegada de Diego, recorrió unas treinta veces su piso, bebió agua sin parar y además tuvo que ponerse las dos manos sobre el pecho para intentar calmarlo. Tenía los mismos síntomas que él y cuando sonó el timbre no pudo evitar que el estruendo la sobresaltara. Estaba alterada porque pensaba en muchas cosas y en nada, no era dueña de su cuerpo y menos de su mente.

Fue hasta el intercomunicador y, antes de cogerlo, respiró en profundidad unas cuantas veces, expulsó el aire otras tantas, hasta que el timbre volvió a sonar haciéndole dar un bote. Entonces contestó.

—¿Quién es? —«¡Vaya tontería de pregunta!», pensó mientras la formulaba, ya sabía quién era.

—Diego —contestó rotundo y sin decir nada más.

El sonido de su voz la hizo estremecerse, tanto tiempo sin escucharla y, sin embargo, tan presente y real en su corazón. Abrió el portal y esperó tras la puerta cerrada. Estaba muy nerviosa, a punto de ponerse a gritar, tenía el vello totalmente erizado y una tensión le atenazaba el estómago. No podía parar sus manos y retorció los dedos casi compulsivamente. Su respiración estaba tan acelerada que podría hiperventilar en cualquier momento. Otro estridente sonido, esta vez al otro lado de la puerta, le anunció que solo una plancha de madera los separaba.

CAPÍTULO 22

La puerta se abrió para que los dos se encontraran, después de una separación de más de quince meses, volvían a estar uno frente al otro.

No hablaban, no se movían, pero no dejaban de observarse. ¡Era una sensación indescriptible! Y ninguno de los dos sabría definirla, de repente había muchos sentimientos y no podían asimilarlos todos a la vez.

Seguían los nervios, porque ninguno de los dos se había calmado, solo había que fijarse en sus manos, temblaban como hojas mecidas por el viento. Pero, lo más importante, eran todas las sensaciones olvidadas que volvían de repente.

El deseo fue uno de los primeros sentimientos que apareció. Las ganas de acariciarse o simplemente rozar sus dedos suavemente eran casi evidentes. Diego tuvo que meter las manos en los bolsillos para evitar que la creciente obsesión destruyera ese momento. Y Julia las tuvo que coger por detrás de su espalda para conservar la poca voluntad que le quedaba y no tirarse a sus brazos.

La ternura, el cariño y todos los recuerdos de su vida en común volvían de pronto sin darles tiempo a controlarlos. Eran tan intensos que durante unos segundos daba la sensación de que nada había sucedido entre ellos, que era un reencuentro normal.

Bastaron unos segundos más para que toda la realidad volviera cruelmente y Julia levantara de nuevo un muro protector alrededor de su corazón.

Eso no quitaba que su cuerpo pidiera a gritos que corriera a aquellos brazos y que olvidara todo lo que su mente le dictaba.

—Julia, estas muy guapa.

«Vaya ridiculez acabo de decir —pensó Diego—, podía haber sido un poco más original».

—Gracias. —«¡Se saluda primero!», pensó Julia sin poder controlar ni lo que decía.

—¿Puedo pasar? —preguntó él tímidamente.

—Por supuesto —le contestó ella, pero no se movía y así era imposible que Diego pudiera entrar si no la arrastraba. Así que, cuando unos segundos después vio que Julia seguía estática, le dedicó una espectacular sonrisa.

—Julia, tendrás que hacerte a un lado para dejarme entrar —añadió Diego.

Ella miró el suelo buscando algún problema y después levantó la mirada hasta encontrarse de nuevo con sus ojos, como siempre había ocurrido, seguía teniendo el poder de nublarle la razón. El problema para que entrara no era de él, sino de ella que no se apartaba y no le permitía el paso. Se hizo a un lado con gran rapidez.

—Perdona, no me daba cuenta. Pasa, pasa.

Diego entró y se quedó a dos pasos, los justos para que Julia cerrara y le flanqueara la entrada. Llegaron hasta el pequeño salón y le señaló el sofá para que se sentara. Ella se fue al sillón que tenía al lado, pero antes le preguntó si quería un café y, sin esperar respuesta, fue a la cocina a prepararlo.

Diego apareció tras ella y se quedó en el umbral observándola.

—¿Como siempre?

—Sí, por favor.

No podía preguntarle cómo tomaba el café, no se había olvidado de eso ni de ninguno de sus gustos. Tomaba el café largo con una cucharada de azúcar y seguro que seguía sin gustarle la verdura y el pescado. Adoraba la sopa, las patatas fritas y era un carnívoro declarado. Bebía Coca-Cola y apenas probaba el alcohol. Dejó a un lado el ejercicio de memoria porque el café ya estaba listo.

Alargó la taza y se la dio. Ella tomó la suya y cogió un bote de galletas de mantequilla que su madre le había hecho y que le encantaban. También eran las preferidas de Diego, si nada había cambiado.

Colocaron las tazas en la mesa que había delante de los sillones y ambos tomaron una galleta del recipiente. Diego cerró los ojos saboreándola.

—Las ha hecho tu madre, ¿verdad? Son inconfundibles. Las reconocería entre miles de galletas.

Julia simplemente asintió. Primer pinchazo en su corazón, un pequeño comentario sobre unas galletas llegaba a emocionarla. ¡Estaba perdida! No iba a tardar nada en rendirse. Y endureció el semblante. Debía salir ilesa de ese encuentro y no dejarse llevar por las palabras de Diego. Debía fortalecer su defensa, esa que llevaba meses levantando alrededor de su destrozado corazón y no podía consentir que unas simples palabras la dejaran desprotegida. No volvería a sufrir de nuevo y la vida le había enseñado que aprender a protegerse era fundamental para seguir viviendo.

La voz de Diego, ronca, pero a su vez melodiosa, la sacó de su obsesiva determinación.

—Hacía mucho tiempo que quería hablar contigo. Nunca has atendido mis llamadas a pesar de la insistencia. Jamás me dejaste que te explicara nada.

—No pretenderás recriminarme lo que hice, ¿verdad? Yo te escuché una vez y con eso fue suficiente. Después de conocer aquellos hechos no creía necesaria una nueva conversación. Me equivoqué. Pero eso no significa nada, te acostaste con otra y la dejaste embarazada, ¿qué explicaciones querías que atendiera aquel día?

—¡Ya sé lo que parece! Y sé que casi es imposible pensar en otra explicación.

—Te he llamado para que me expongas lo sucedido. Así que no nos vamos a ir por las ramas. Ya puedes empezar —manifestó Julia con una frialdad que para nada sentía por dentro, pero tenía que tomar distancia o estaría perdida.

—No sé por dónde empezar —declaró nervioso.

—Empieza por el día en el que conociste a..., bueno, el día que la conociste —observó Julia con un tono más comprensivo y menos duro que antes, aunque sin ser capaz de poner en su boca el nombre de la mujer que destrozó sus vidas. Sentirlo tan nervioso a su lado le produjo una ternura tan grande que fue imposible seguir manteniendo la fachada de indiferencia y su semblante se dulcificó para hacerle más fácil su cometido.

Diego comenzó a contarle todo lo que aconteció aquel día y cómo, confiado, se fue con Evelyn, la hija de su decano y protector. En la fiesta no conocía a nadie y la soledad y melancolía le hicieron beber más de la cuenta a pesar de su escaso gusto por las bebidas alcohólicas, aunque jamás pensó que lo hubiera hecho de aquella manera tan brutal como para no acordarse de nada.

Llevaba más de un año forzando su mente hasta límites insospechados solo para encontrar el momento en el que decidió ir a la cama con Evelyn, pero no podía encontrar nada, su mente estaba vacía. Por más que forzaba aquellos recuerdos, era imposible encontrar una explicación coherente, no podía saber qué le hizo acompañarla a su casa. Y, si no recordaba los hechos, menos las conversaciones.

La última imagen en su mente era de él sentado en un sofá, porque se daba cuenta que estando de pie se balanceaba. Era como si algo inesperado hubiera sucedido y no podía evocar nada más. Durante un año eso era todo lo que sabía de aquella desgraciada noche.

Hasta que, tres meses antes, solo unos días antes de su fatídico accidente supo la verdad. Evelyn, con toda la crueldad de la que fue capaz, le confesó lo que realmente había sucedido después de aquel momento que él recordaba.

Diego, en su empeño para que su confesión fuera lo más realista y verosímil posible, pasó por el difícil trago de contarle a Julia, mirándola a los ojos, cómo se despertó al lado de aquella mujer y, cuando se dio cuenta de que los dos estaban desnudos, se vistió a toda prisa y salió de allí. No sabía ni en qué parte de la ciudad estaba, tuvo que preguntar en la calle donde se encontraba y más tarde supo que era la casa de Evelyn.

—¡Te juro por lo más sagrado que no sé cómo llegamos hasta allí ni recuerdo cómo abandoné la fiesta! —Siguió contándole que jamás pensó que hubieran hecho algo, estaba tan borracho que no se creía capaz, pensó firmemente que únicamente había dormido la mona. Y, cuando Evelyn le dijo que estaba embarazada, su mundo se desplomó, pero siguió sin creerla y le pidió una prueba de paternidad. Fue cuando ella le enseñó el informe que lo confirmaba, entonces sí que bajó hasta el mismo infierno—. En ese momento pensé que era el golpe más duro que me había dado la vida, sin embargo, también en eso estaba equivocado.

Le explicó que él no tenía ninguna intención de casarse con ella, a lo que Evelyn le contestó que, si no cumplía con su deber, lo denunciaría por abusar de ella cuando estaba bebida, lo contrario de lo que realmente había sucedido.

—¡Me asusté! En EEUU yo era un extranjero sin apenas derechos y ella la hija de un ilustre cirujano con el agravante de que contaba con la confianza de su padre. Me dijo que todo mi esfuerzo con tanto estudio no me serviría para nada, porque me iba a hundir y no dudaría en contar las mentiras que hicieran falta.

»Cuando se marchó, mis compañeros de piso, que lo habían escuchado todo, me aconsejaron que me casara y, meses más tarde, cuando hubiera nacido el bebé, me divorciara. También me hablaron de la fama que ella tenía y que su única meta en la vida era pescar a un hombre que la mantuviera y poder seguir con su rutina. ¡Y yo era el gilipollas que había caído en la trampa! ¡Lo tenía todo muy estudiado! Así su padre no le daría más la lata y ella seguiría con su excéntrica vida de desenfreno. —Y, después, recordando los momentos más duros de su vida, le explicó el instante en el que habló con ella. Su vida quedó rota en cuanto colgó y nunca podría recomponerla. Le contó con detalle cómo albergaba la esperanza de que ella lo entendiera, pero la impotencia de no poder explicarle la verdad lo rompió—. Confiaba en que me escucharías y, al final, me entenderías. Sé que la culpa fue solo mía y que nos encontrábamos en aquella tesitura por mí. ¡Te lo juro! Yo era tan inocente como tú, con todos los esfuerzos que he hecho por recordar, no hay manera,

hay un punto de la noche en el que mi consciencia se pierde, claro que la química ayudó. —Después le explicó, con lágrimas en los ojos, cómo fue su vida esos días, pensaba que se volvía loco. Mil veces estuvo tentado de volver a España y tirar por la borda todo lo demás. No obstante, sus amigos le recomendaban que tuviera paciencia, que al final lo entendería—. Pero ya ves que no acertaron. Jamás me dejaste hablar contigo y yo vivía en una total agonía. Me daba igual vivir que morir. —Le explicó su boda, lo que pretendía Evelyn y lo que a partir de entonces tuvo. Ni boda de cuento de hadas ni convivencia normal. Le explicó que hacían vidas completamente aparte, no compartían nada, ni convivencia, ni amigos, ni habitación—. ¡Nunca me acosté con ella! Para mí jamás te fui infiel porque, esa única vez, fui engañado. Al alcohol que yo tomé, se sumó la cantidad de droga que ella vertió en mi vaso.

»Te juro por mi hijo que nunca más volví a compartir nada con ella y menos la cama. —Después continuó contándole cómo era su vida día a día, cómo escondía los sentimientos hacía su hijo por miedo a que ella lo utilizara en su contra. Le relató, con todo tipo de detalles, la persona que era Evelyn, la cual no quería a nadie más que a sí misma—. Sé que tu vida no ha sido fácil y que me guardas un gran rencor. Pero te puedo asegurar que mi vida ha sido todavía peor. Sé que estarás pensando que yo fui el causante de nuestra desgracia, pero, si recapacitas, lo único que hice fue salir con la hija de mi profesor. Estaba totalmente confiado, era mi profesor y jamás pensé que pudiera tener una hija tan ruin. Nunca antes la había visto, por lo visto, ella sí se había fijado en mí, pero yo la conocí ese mismo día.

»No tenía más expectativas que distraerme un poco, ver gente nueva y escuchar un poco de música. Te juro que no pensaba en nada más. Sin embargo, la vida me jugó una mala pasada. Vivir lejos de toda la gente que quería, sin poder descargar mi desgracia en nadie, bueno, eso no es del todo cierto..., pues tenía a mis amigos, Darío y John, que me escuchaban siempre que lo necesitaba. Pero con la que más me desahugué fue con Dolores, la señora que atendía a Derek. Ella había cuidado de Evelyn cuando era pequeña y su padre, al comprobar el nulo instinto maternal que su hija tenía, la mandó a casa para que se hiciera cargo de su nieto. Dolores se convirtió en mi confidente y mi paño de lágrimas cada noche, mientras Evelyn iba de fiesta en fiesta.

Tenía la garganta seca de tanto hablar.

Julia se dio cuenta y, sin preguntar, se levantó, sacó de la cocina una Coca-Cola y se la tendió. Diego bebió con ganas. Después la dejó sobre la mesita y

levantó la vista hasta que se encontró con los expresivos ojos de Julia.

Se miraron durante unos minutos en un completo silencio, únicamente sus respiraciones lo rompían. Diego esperaba las palabras de ella, pero no decía nada, eso sí, no apartaba aquella mirada que no sabía descifrar.

Diego soltó un sonoro suspiro y, rompiendo el silencio de los últimos minutos, añadió:

—Y eso es todo lo que sucedió.

Julia bajó los ojos y se quedó mirando fijamente el suelo. Todo lo que acababa de escuchar no se parecía en nada a lo que ella llevaba imaginando más de un año. La vida de Diego había sido más dura que la suya, porque, aunque el sufrimiento era el mismo que el de ella, Diego no contaba con el aliento de su familia ni sus amigos. Se encontraba solo en un país extranjero y en un ambiente muy distinto al suyo. No tenía cerca a su familia y únicamente podía contar con el apoyo moral de dos compañeros y una niñera. Pero nadie cercano que lo consolara o le dijera las palabras de ánimo que necesitaba escuchar.

Conocía a Diego y sabía que no habría acudido muchas veces para ser consolado por nadie. Como le había dicho José aquella noche, nunca se había parado a pensar en todas las situaciones que se había visto obligado a vivir allí en Nueva York, su soledad, su añoranza, la sensación de sentirse desamparado a tantos kilómetros de toda la gente que amaba. Y a todo esto había que añadir la amargura que ella misma le había provocado con la constante negativa a escucharlo. Su impotencia habría sido inmensa.

Tenía que reconocer que lo creía y que no dudaba de que todo lo que había escuchado era verdad, conocía a Diego y no tenía la certeza de que todo había sucedido tal y como se lo había contado.

Diego la miraba y no se perdía ni un solo gesto de Julia, no sabía qué pensaba, si lo creía o no. No era capaz de adivinar. Estaba tan nervioso que la pierna se movía sin darse cuenta de ello. Al final no pudo con esa tensión y explotó.

—¡Por favor, Julia! ¡Dime qué piensas de todo esto! ¡Dime que me crees, por Dios! La duda me está matando y necesito saber qué piensas.

Julia lo miró a los ojos. No quería alargar por más tiempo su agonía.

—No sé qué pensar, Diego. Ahora mismo estoy muy confundida. Sé que has sufrido tanto o más que yo, pero no sé cómo cambiar la inercia de mi mente.

—Solo mírame y sabrás que no he dicho nada que no sea verdad. No me he guardado nada, ni tampoco lo he disfrazado, todo lo que te he contado fue lo

que sucedió.

—¡Lo sé y te creo! Sin embargo, durante mucho tiempo he pensado que me habías engañado y ahora me entero de que no es así. Tengo muchas dudas. ¿Qué quieres de mí?

—Lo quiero todo, Julia. ¡Quiero lo que el cruel destino me arrebató! Sé que sucedió lo que sucedió con Evelyn, porque la prueba de paternidad lo demostró, pero nunca he tenido el sentimiento de haberte traicionado porque yo, conscientemente, jamás lo hice.

»Durante una de las constantes peleas que tuve con ella, para fastidiarme un poco más, me confesó riéndose que había vertido en mi bebida una pastilla de MDMA para divertirnos, pero que hasta para eso había sido un aburrido. Me quedé mirándola totalmente furioso y no la dejé salir de la habitación hasta que me confesó la verdad. Me dijo que me había metido en un taxi junto a un amigo para llevarme hasta su casa y que, con una generosa propina, el taxista la había ayudado a subirme. Que me tumbaron en la cama y que apenas pudimos hacer algo. Se burló de mí diciéndome que gracias a lo fiel que había sido a mi novia fue fácil excitarme y conseguir que en aquellas condiciones pudiéramos follar.

Julia lo miraba sin poder creer que hubiera personas tan malas. Y en medio de su relato no pudo callarse.

—¡Será zorra!

—Lo era y mucho, pero ya dejó de serlo. Ya ha dejado de joderme la vida. Si aquel día no la cogí del cuello y la estrangulé, sé que jamás lo haré. Entonces me explicó cómo la rabia se apoderó de ella cuando no consiguió seducirme como ella esperaba. No tuvo ni una pizca de recato y me reveló las maniobras que realizó para conservar mi semen dentro de ella y cruzar los dedos después para que sucediera lo que sucedió.

—Lo siento, es que me ha cabreado que alguien pudiera actuar así —se disculpó al recordar que estaba muerta.

—Pues así era ella, una niña consentida que jamás tuvo que esforzarse para conseguir lo que quería, no estudió ni tampoco trabajó nunca. En su vida solo le preocupaban las compras, sus amigos y las fiestas, nada más.

—¿Y su hijo? —preguntó Julia con timidez, era la primera vez que lo nombraba.

—Lo cuidaba Dolores, ella creo que, en los seis meses que tiene el niño, ni una sola vez le dio de comer o le cambió un pañal. Únicamente lo cogía en brazos cuando venían sus padres.

—Pero ¿por qué tuvo un hijo?

—Para no escuchar a su padre, principalmente, y que la dejaran hacer su vida. Él le dijo que cuando se casara y tuviera un hijo podría hacer lo que quisiera. Y ella lo tomó al pie de la letra. Confundió sus palabras, él pensó que, si formaba una familia, cambiaría y sentaría la cabeza, como se suele decir. Pero no fue su caso.

Volvieron a quedarse callados de nuevo, costaba asimilar que pudieran existir personas tan egoístas y desnaturalizadas. De repente y sin seguir el hilo de la conversación, Julia le habló con el corazón en la mano.

—Yo ya no soy la misma, Diego —le anunció sin poder mirarlo a los ojos—. Durante todo este tiempo, me he convertido en una mujer fría, no sé si debido a tu traición, al menos hasta ahora así lo creía. Sé con seguridad que ya no me quedan lágrimas. A todas las que he vertido por tu engaño, hay que añadir las que he derramado por mi trabajo y todos los dramas de los que he sido testigo, para después divulgarlos al resto del mundo. Hace mucho tiempo que nada me emociona. Creo que me he convertido en una persona vacía y sin sentimientos.

Diego la escuchaba, aunque no creía ni una palabra de lo que decía, sabía que la que hablaba era la coraza que había levantado para mantenerlo a distancia, la conocía demasiado bien, porque era la misma táctica que utilizaba cuando se enfadaban. Pero también sabía cómo derretir ese falso hielo y no iba a marcharse sin intentarlo, al menos sabía cómo hacerlo.

CAPÍTULO 23

Diego cogió la lata de Coca-Cola para echar a su vaso, pero estaba vacía y la dejó. Julia se dio cuenta y se levantó para ir a la cocina. Cogió otra lata del frigorífico y, cuando se disponía a volver a su lado, él estaba en el umbral, ocupando todo el espacio. A Julia no le dio tiempo a reaccionar y se encontró entre sus brazos. Y, una vez allí, su cuerpo la traicionó y se esfumó su voluntad. Su firme decisión, la de no dejarse convencer, siguió el mismo camino.

Y, por último, hasta su debilidad, esa que el día anterior juró y perjuró que no iba a enseñarle nunca y que tenía escondida tras una pose de dureza, apareció en cuanto sintió los brazos de Diego a su alrededor.

¡Y si solo hubiera sido eso! También hizo acto de presencia algo que creía desaparecido, el deseo. En cuanto sintió el cuerpo de Diego junto al suyo, la pasión volvió y resurgió de las cenizas como el ave fénix. Todo lo que sentía eran sensaciones olvidadas: el deseo, la pasión e incluso el amor, que pensaba que podría manejarlo a su antojo, volvía de repente burlándose de ella.

Sentía los brazos temblorosos de Diego a su alrededor, mientras ella mantenía los suyos inertes. Temblaba igual que él y sus manos, fuertemente apretadas, ansiaban sentir su cuerpo bajo los dedos. Durante unos segundos permanecieron quietos, únicamente las aceleradas respiraciones y el atronador sonido de los latidos de sus corazones llenaban ese pequeño espacio. Diego la oprimía contra sí y ella apoyaba la mejilla en su pecho.

¡Era una sensación maravillosa!

¡Tanto tiempo sin sentirse completa! Sin embargo, en aquel momento se sentía plena, eufórica y sobre todo segura.

Diego bajó su cabeza lentamente con una única intención, encontrar sus labios y, cuando lo hizo, los tomó vacilante y ansioso a la vez. Era igual que la primera vez que se besaron, los mismos miedos, las mismas esperanzas, como si un montón de sensaciones contradictorias se mezclaran en un vaso de cóctel y de allí saliera el mejor combinado, el amor que creía acabado estaba allí.

Los dos lo sintieron en cuanto apareció, Julia creía que dentro de ella solo quedaban sentimientos negativos, que era un amor lleno de rencor. Y Diego, aunque sabía que la amaba, dudaba de lo que embargaba el corazón de ella.

Pero en cuanto sus labios se fundieron todo quedó muy claro. ¡Demasiado claro!

Sus cuerpos pedían más, ya no había freno. Los dos llevaban mucho tiempo manteniendo esos sentimientos bajo llave para no sufrir, en aquel instante escapaban de su encierro y salían desbocados y sin mesura. Exigían e intentaban que el ansia de su alma se calmara.

Las manos de Diego la recorrían por entero y Julia había dejado las suyas libres para que volvieran a vivir todo aquello. La ropa voló en segundos, era una urgencia tan grande que no podían pensar, ya lo harían después; solo querían sentir, algo que los dos llevaban mucho tiempo sin hacer.

Todo sucedía a cámara rápida, como si en ese mismo momento quisieran recuperar todo el tiempo transcurrido desde su último encuentro.

Los ardientes besos y las sensuales caricias les excitaban hasta hacerlos gemir de placer. Sus cuerpos desnudos se buscaban y se contoneaban con ansiedad y cada roce les hacía desearse con más pasión.

Las manos temblorosas de ambos recorrían sus cuerpos recordando cada curva. El placer de nuevo los envolvía y cada caricia arrancaba un suspiro o un sensual gemido. Era un sueño convertido en realidad.

Diego le susurraba las palabras de amor más dulces que jamás había escuchado. Para Julia, que permanecía con los ojos cerrados, todas aquellas sensaciones unidas la estaban llevando directamente al paraíso. Él mordisqueaba su oreja mientras su aliento cálido y suave le susurraba la forma en que la amaba. A ella le flaqueaban las piernas, llevaba mucho tiempo sin que esas emociones asaltaran su cuerpo y no le quedaba ni un ápice de voluntad para resistirse. Por eso no luchó más contra lo inevitable y se rindió, en los brazos de Diego se rindió al amor.

Él sintió el momento exacto en el que ella dejó de resistirse entre sus brazos y no perdió el tiempo, quería amarla y que no pudiera olvidarlo jamás.

Con mucha suavidad, la tumbó sobre el sofá y recorrió todo su cuerpo con sus labios, arrancándole suaves quejidos de deleite que enervaban y ponían a Diego al borde del precipicio. Pero se esforzó y siguió estimulando a Julia hasta que ella no pudo más y se dejó llevar retorciéndose y volviendo a sentir la potencia de un orgasmo. Aquella explosión de placer recorrió todo su cuerpo, produciendo pequeños espasmos a la vez que sus gemidos inundaban el salón.

Diego estuvo a punto de correrse solo de ver a Julia y la expresión de su cara mientras el placer la inundaba por dentro. Con urgencia, tomó su miembro

erecto alzándolo y buscando el camino que tanto tiempo llevaba anhelando. Julia, ya recuperada de aquel intenso éxtasis, se volvía a encender al notarlo tan cerca. Su suave hendidura, escondida por esos labios hinchados y húmedos por el deseo, se derretía por ser penetrada.

¡Y su deseo se hizo realidad!

Sin ningún esfuerzo, el potente y duro miembro de Diego entró por completo en aquella deseada cavidad totalmente resbaladiza.

Fue igual que un regreso al pasado, como si nada hubiera sucedido entre ellos y no existiera un vacío de más de un año. Sus cuerpos se balancearon a un ritmo trepidante, contoneándose frenéticamente para conseguir una penetración más profunda. Julia se sentía tan llena que la sensación resultaba casi dolorosa. Y Diego no dejaba de morder su labio para controlarse y no correrse antes de que ella volviera a hacerlo. Tanto tiempo de inactividad sexual les estaba pasando factura a los dos.

Apenas pudieron alargar ese excitante baile cuando sus cuerpos explotaron. El placer los anegó con tanta intensidad que los dejó sin fuerzas para nada, únicamente para seguir uno en brazos del otro.

Ninguno había dicho nada y los dos seguían en silencio, pero, entonces, cuando todo había acabado, los pensamientos de cada uno eran diferentes.

—Julia, ¡te he echado tanto de menos que no sé cómo he podido resistirlo! Te amo y si me dejas voy a hacerte la mujer más feliz del mundo. Viviré solo para alcanzar esa meta, verte feliz.

Diego estaba radiante, volvía a tener a la mujer que amaba entre sus brazos, algo que nunca pensó que volvería a suceder. El sosiego entraba en su cuerpo y no dejaba de estrecharla fuertemente contra su cuerpo. Si pudiera la metería bajo su piel.

Pero a Julia no le sucedía lo mismo, desde que se había calmado y había tomado conciencia de lo que había sucedido entre ellos, un único pensamiento y una cruel imagen se repetía en su cabeza y era la de Diego haciendo el amor con Evelyn.

Sabía que no había existido nada parecido a lo que acababan de vivir ellos, porque creía todo lo que le había contado, pero no podía evitarlo y los celos la destrozaban. No podía con eso y las lágrimas comenzaron a brotar, a pesar de creer que ya no le quedaban.

¿Cómo podía el destino ser tan cruel con ellos? Estaba visto que, aunque se querían, no podían estar juntos y siempre habría alguien o algo que se interpondría entre ellos y su felicidad. Hace un año fue Evelyn y entonces eran

los celos.

Salió bruscamente del encierro de aquellos brazos y, en cuanto lo hizo, sintió un frío del que no podría deshacerse, lo sabía. Diego no opuso resistencia y la dejó alejarse presintiendo que algo no iba bien. La había tenido de nuevo, pero en un instante se encontraba solo y vacío.

Julia se volvió hacia él con los ojos anegados en lágrimas y, sin preocuparse por que pudiera ver su desesperación, le dijo:

—¡No puedo con esto! ¡Lo siento, Diego! —reveló totalmente rota.

—Pero ¿qué sucede? —exclamó levantándose tras ella y volviéndola a encerrar entre sus brazos.

Julia, derrotada y cansada de que la vida volviera a ser cruel con ella, no opuso resistencia al abrazo y se dejó consolar. Por unos momentos creyó que podría funcionar, que podría volver con él como si nada hubiera sucedido, pero no era así y eso la estaba destrozando.

—No voy a ser capaz de olvidar. No puedo apartar de mí la imagen de lo que sucedió entre Evelyn y tú. Estaba entre tus brazos y mi cabeza la veía a ella.

—¡Nunca estuve así con ella! ¡Nunca le di un beso! Y follamos, no te lo puedo negar, porque de esa única vez hay un hijo. Porque, hacer el amor, solo lo he hecho contigo. ¡No sé cómo sucedió con ella! No guardo ni un solo recuerdo por más que he intentado estrujar mi cabeza. En cambio, contigo recuerdo todos los momentos. ¿No puedes ver la diferencia? ¡Yo te amo, cariño! Jamás he amado a otra mujer. Eres la única mujer en mi vida. ¿No lo entiendes? Dios mío, Julia, ¡no nos condenes a ser desgraciados! Tú también me amas, lo he sentido cuando estabas junto a mí, cuando me besabas y anhelabas tenerme dentro de ti. Y tú también has sentido mi amor.

—¡Yo también te amo! ¡Lo sé! Siempre te amaré, pero no puedo apartar esa imagen que me carcome por dentro. No estoy preparada, todo ha sido muy precipitado, no debimos dejarnos llevar. Todo lo hemos hecho mal. Y ella, desde donde quiera que esté, sigue intentando separarnos.

—No es ella, ella no está, está muerta y enterrada. Y sabes lo que hubo entre nosotros. No hay nada más. Eres tú, cariño, la que está impidiendo que volvamos a ser felices.

—Lo sé, tú lo has dicho, soy yo. No estoy preparada para vivir con un fantasma entre nosotros dos. Lo siento, pero de esta manera no puedo volver contigo. Diego, ¡vete, por favor!

Él la dejó apartarse de nuevo de entre sus brazos, los abrió con impotencia

y, esta vez, supo que su vida volvía a hundirse y que, lo que había sucedido entre ellos, únicamente había sido un espejismo de lo que un día los unió. No podrían recuperar su pasado. Evelyn lo había conseguido, no lo dejaría ser feliz nunca, porque siempre se interpondría entre ellos, por fin lo había entendido.

Se vistió cabizbajo y totalmente devastado. Durante un corto tiempo, había tocado el cielo, porque volver a amar a Julia era eso. Sin embargo, al escuchar cómo, llorando con amargura, le decía que no podían volver a estar juntos, regresaba al infierno. Cuando estuvo totalmente vestido, la miró por última vez y, reconociendo su dolor y viendo cómo sus lágrimas seguían rodando por aquellas mejillas, no quiso causarle más sufrimiento y, sin acercarse a consolarla a pesar de que era su mayor deseo, simplemente dijo:

—No quiero imponerte nada, ni siquiera mi presencia. Piensa en todo lo que te he contado y que te amo con toda mi alma. ¡Intenta perdonarme, por Dios! O, al menos, déjame que intente demostrarte cuánto te amo. No me apartes de golpe —le rogó con los ojos vidriosos y la voz ronca.

Estaba a punto de romperse y le traía sin cuidado hacerlo allí mismo. Lo único que de verdad le importaba era la mujer que estaba a su lado, tan destrozada como él.

¿Qué pecado habían cometido para que el destino fuera tan despiadado con ellos y se cebara de una manera tan cruel?

Sin mirar atrás, salió de aquella casa para no alargar más la agonía, llamó a un taxi antes de salir de la portería y esperó totalmente hundido, mientras todavía podía ver la ventana de Julia y el lugar donde apenas unos minutos antes se amaban locos de pasión y deseo.

CAPÍTULO 24

Julia en su casa, ya sola, lloraba desconsolada. Por unos momentos creyó que sería posible volver a tocar la felicidad, pero unos celos traidores consiguieron que esa sensación desapareciera.

¿Cómo podía interponerse alguien que no conocía, ni jamás llegaría a conocer, entre ella y Diego? Y, para más inri, esa persona ya no existía, estaba muerta y nunca mejor dicho, solo era un fantasma.

No podía ella sola con todo aquello, necesitaba contarle lo que le sucedía a alguien. A Andrea, ¡ni pensarlo! Le dolería por los dos. A la Mire y la Noe, ¡ni hablar! Se burlarían de lo blanda que era y que no hubiera podido resistirse a Diego. A su familia, ¡no, no, ya habían sufrido bastante! Solo quedaba una persona lo suficientemente crítica e imparcial para escuchar sin juzgarla y ese era José. Así que cogió su móvil y lo llamó. Ni dos tonos de llamada tuvo que esperar para que la voz de su compañero y amigo dijera su nombre con preocupación.

—¡Julia! ¿Estás bien?

—¡No, no estoy bien! —reveló empezando a llorar de nuevo y totalmente desesperada—. Ahora sé que nunca podré ser feliz. ¡Quiero morirme, José!

—¡No desvaríes y cuéntame qué ha sucedido!

Julia le explicó todo sin dejarse ni un pequeño detalle. Le contó cómo, por unos instantes, su vida volvía a ser igual que antes sintiendo los brazos de Diego a su alrededor. Pero que, al final, la imagen de aquella mujer que ni siquiera sabía cómo era hacía disparar sus celos, hasta ser imposible seguir abrazada a él. Sabía de la inocencia de Diego, aun así, no podía sacar de su mente aquella imagen que amenazaba con destrozarla y llegar a odiarlo, a pesar de todo.

También le contó cómo se había marchado de su casa totalmente desolado, la cara de sufrimiento y la pena, a la que se había acostumbrado desde hacía quince meses, había vuelto de nuevo a sus ojos y era ella la única responsable.

—¿Por qué no puedo simplemente olvidar el pasado? ¡Esa mujer ya no está! ¡Pero aun muerta va a quitármelo!

—No, Julia. Ella está en un ataúd, sin vida. Tampoco ha habido entre ellos una historia de amor o simplemente deseo. ¡No ha habido nada! Todo está en tu

mente, en tu calenturienta imaginación. Ni Diego sabe cómo sucedió, pero tú seguro que has podido vislumbrar todos los detalles. ¡Eres tú la que estas boicoteando tu felicidad! Y, mientras no lo reconozcas, no estarás preparada para volver a ser feliz.

—¿Y cómo lo hago? ¡Yo quiero a Diego! Me muero por estar con él. Sin embargo, no puedes entender lo que he sentido, han sido unos minutos, pero todo dentro de mí hervía de rabia y no soportaba ni su tacto.

—No tengo ninguna experiencia en eso, nunca he vivido una situación igual. Aunque ya sabes que mi vida amorosa brilla por su ausencia, yo soy de rollitos de primavera, como la cocina china. Pero no puedes perder a Diego, si lo amas de verdad, por imaginar cosas inexistentes. Ahora descansa y mañana ya se verá.

—Mañana a primera hora iré a la agencia, necesito largarme de aquí. Necesito trabajar y a ser posible bien lejos de Barcelona.

—Huyes como un cobarde y así no se arreglan las cosas, únicamente se retrasan, el problema seguirá estando ahí. Si no te enfrentas a él, siempre tendrás esa inquietud. Para bien o para mal, las preocupaciones hay que solucionarlas antes de que se enquisten.

Julia no contestó, sabía que tenía razón y no podía decir nada para defenderse de aquella acusación. Pero no sabía cómo hacer para que su cabeza no pensara de esa manera. Así que intentó despedirse de él.

—Gracias por escucharme. Y, si descubres qué debo hacer para que mi mente no actúe así, dímelo cuanto antes.

—Yo no lo sé, pero el sentido común me dice que, si confías en la persona amada y si realmente crees en ella, ese sentimiento y esos celos desaparecerán. Creo que la solución únicamente está en ti, ni el pobre Diego puede hacer nada.

—¡Pues estamos jodidos los dos! De todas formas, gracias por estar siempre para escucharme.

—Mañana también iré a la agencia, se han acabado las vacaciones, pero no tenía intención de salir de Barcelona o el menos de España. Yo creí que habíamos decidido darnos un tiempo de tranquilidad, al menos eso hablamos en nuestro viaje de vuelta desde Japón. ¿Ya no te acuerdas?

—Yo no sé lo que quiero... En realidad, sí que lo sé, quiero despertar mañana y que toda mi vida esté resuelta.

—Eso no va a suceder, cielo. Vas a tener que currártelo y emplearte a fondo para conseguirlo porque nadie lo puede hacer por ti. Los que estamos a tu

alrededor solamente podemos escucharte y, cuando desvaríes mucho, hacerte bajar a la tierra.

—Lo sé, José, y no sabes cuánto agradezco todo lo que haces por mí.

—¿Por qué?, si no he hecho nada.

—Por escucharme, simplemente por estar a mi lado.

—¡Qué boba eres! Ya sabes que, desde que empezamos a trabajar juntos, te convertiste en mi responsabilidad. No, ahora en serio, para nada es una obligación. Eres la familia que tanto añoro, la hermana pequeña de la que tengo que cuidar. Unas veces me río contigo y otras eres peor que un grano en el culo. ¡Ni más ni menos que la hermana pequeña!

Julia no pudo evitar soltar una carcajada, ese poder tenía José sobre ella, cuando más lo necesitaba le hacía reír mitigando su dolor.

—¡Te quiero, José!

—¡Más te vale! Con todos los quebraderos de cabeza que me das solo me faltaba saber que no me quieres. Ahora descansa y nos vemos mañana.

—Hasta mañana.

Colgó sintiéndose mucho más relajada. Cuando tenía una preocupación, hablar con él la tranquilizaba sin decirle jamás lo que debía hacer. Y, aunque su problema siguiera allí, sabía que tendría la fuerza para encararse a él. Pero eso sería al día siguiente.

CAPÍTULO 25

Durante todo el mes siguiente, Diego intentó por todos los medios hacerle cambiar de parecer, la esperaba a la salida de la agencia y de su casa, pero ella siempre lo esquivaba y aprendió a mirar antes de salir.

Sin embargo, él no se daba por vencido. La llamaba constantemente y, al comprobar que no le cogía el teléfono, le dejaba siempre un mensaje. Julia los leía y siempre acababa con las lágrimas corriendo por sus mejillas. En cada uno de aquellos mensajes podía sentir, con total claridad, la amargura de Diego y su impotencia. Lo conocía tan bien que incluso podía adivinar cómo, con cada mensaje, su alma se rompía. Y lo peor de todo era que, aquella vez, ella era la única causante de ese dolor. Era una cobarde, como muy bien le había dicho José, y únicamente tenía valor para mandarle un mensaje y decirle que por su bien la olvidara.

Diego, a pesar de todo, no se daba por vencido e insistía sin cesar, aun a costa de su sufrimiento.

Tampoco Andrea le comentaba nada, a pesar de que cada día veía a su hermano y sabía por el calvario que estaba pasando del que su amiga era la causante.

Un día Julia le contó a Andrea todo lo que había sucedido y, la contestación de ella, le hizo quererla todavía más.

—Yo no puedo decir nada, sabes que mi historia amorosa no es de lo más ejemplar que digamos y que, por mi culpa, el hombre al que siempre amaré ha huido de mi lado. No soy ejemplo de nada y para nadie. Solo te puedo decir que veo cómo sufres tú y también cómo lo hace mi hermano y me jode un montón. Pero no puedo añadir nada, es algo entre vosotros. Yo os quiero a los dos y seguiré haciéndolo pase lo que pase.

Y tampoco se esperaba la reacción de sus amigas Mireia y Noelia. Aquel día, dejaron a un lado la ironía y, después de escuchar su confesión, le hablaron con una seriedad que la dejó totalmente sorprendida, nunca lo hubiera pensado.

—Nosotras ya ves que no podemos aconsejar a nadie porque ni siquiera hemos sabido solucionar nuestros problemas, únicamente nos ponemos la careta cuando salimos de casa porque odiamos que nos compadezcan. Pero

nuestros corazones siguen sangrando por las heridas, ¿verdad, Noe? —confesó Mireia mirando a su amiga y al ver cómo esta asentía y, con ojos *Candy*, *Candy*^[4], siguió desnudando su alma ante Julia—. Y no hemos sabido cómo curarnos, así que no podemos decirte nada, en estos asuntos uno tiene que valorar lo que tiene y si quiere mantenerlo o tirarlo por la borda. ¡Ojalá tuviéramos la pócima mágica para solucionar esos problemas!

»De lo único de lo que nosotras estamos satisfechas es de que batallamos por ello hasta que no quedó nada por lo que luchar. ¿Puedes decir tú lo mismo, Julia? Solo eso podemos añadir. Cada uno tiene que buscar su felicidad y no sirve el ejemplo de otras personas, tienes que buscar tu propia fórmula, cariño. Pero, decidas lo que decidas y lo arregles o no, siempre estaremos a tu lado, como siempre.

Después de escucharlas, Julia no pudo evitar sentir pena por sus amigas, solo tenían fachada y, tras esa pose de devorahombres, seguían teniendo un gran corazón, todavía herido. Y sobre todo no habían renunciado al amor y, como todo el mundo, esperaban ser tocados por la flecha de Cupido.

Sus palabras fueron las que más le tocaron la fibra. Pensar que llevaban tanto tiempo con una coraza para que todo el mundo creyera que nada les importaba en la vida y, sin embargo, seguían sufriendo, fue lo que más la conmovió. También se sintió mal al comprobar que las dos seguían teniendo sus corazones rotos y que la pose de reírse de todo solo era eso, una pose tras la cual escondían su dolor. Además, le hizo preguntarse algo con sinceridad, ¿había luchado por Diego, por su amor? Y sabía la respuesta correcta: no.

Pensó mucho en todo eso. Diego estaba intentándolo todo, la buscaba, la llamaba y le mandaba mil mensajes, ¿y qué hacía ella? Nada. Se quedaba impassible dejando que él se desmoronara día tras día.

Un desasosiego se apoderó de ella y sintió una punzada en su corazón, llevaba más de un mes estática, como si fuera una mera espectadora, cuando la realidad era que no solo pertenecía a la obra, sino que era la protagonista.

Se estaba dando cuenta de cómo era en realidad, una cobarde que prefería adoptar la postura del avestruz, sin darse cuenta de que la vida pasaba solo una vez.

Esa misma tarde, salían con José para realizar un estudio sobre el movimiento de los indignados, como mucha gente los llamaba, que no solo se habían movilizado en Madrid o Barcelona. Era un movimiento de ciudadanos anónimos que pacíficamente estaban tomando las calles de las ciudades más importantes de toda España debido a la insatisfacción con los resultados de la

política aplicada por el Gobierno. Con esta pequeña revolución quedó patente cómo se alejaba la clase política de los ciudadanos.

Habían estado con la gente que en Barcelona se manifestaban en la Plaza Cataluña con tiendas de campaña. De camino a Madrid, pararían en Zaragoza, allí se concentraban en la Plaza del Pilar y cientos de jóvenes acampaban en la famosa plaza maña. Otros emprendieron una marcha que terminaría en la capital de España, donde la acampada de los indignados estaba ocupando la Puerta del Sol. Allí se concentraba no solo gente de Madrid, sino ciudadanos que llegaban de todo el territorio español.

Durante unos días, Julia permaneció fuera de Barcelona. Igual estaban en la famosa marcha con salidas desde diversos puntos de la península con dirección a la capital, recogiendo gente por donde pasaba o realizaban entrevistas a los que permanecían acampados en diversas ciudades.

Estaban a punto de buscar un restaurante para comer algo, cuando recibió la llamada de Andrea, estaba más decaída que de costumbre, al menos, eso le pareció a Julia.

—Siento interrumpirte, pero, creo que es importante que lo sepas, Diego se ha ido a Nueva York —le anunció sin más preámbulos.

Julia se paró de repente, no era capaz de respirar. Parecía que todo su organismo se había detenido. Se quedó tan pálida que en cualquier momento podía desplomarse. José, a su lado, se dio cuenta de que algo no iba bien. Ella no se movía y, por mucho que le preguntaba, tampoco hablaba, era como si estuviera en estado de *shock*. Le arrebató el teléfono, a lo que Julia ni se inmutó.

—¿Hola? Soy José.

—Hola, José, soy Andrea.

—¿Qué ha sucedido? ¿Es grave?

—¿De qué me estás hablando? —Andrea no entendía de qué le hablaba.

—No sé qué ha sucedido, pero Julia no responde a ningún estímulo, está en estado de *shock*.

—No es nada grave, al menos pensaba que no le importaría, es más, creí que para ella sería un alivio. Le he dicho que Diego ha vuelto a Nueva York. No puede vivir en Barcelona sabiendo que ella está cerca y no quiere saber nada de él. Y le mortifica pensar que un día pueda salir con alguien, en ese caso, prefiere no saberlo. Lo ha intentado todo y no puede vivir con la indiferencia de Julia. Si no va a tenerla, prefiere vivir lejos de ella.

Julia le arrebató el teléfono a José.

—¿Cuándo se ha marchado? ¿Por qué no me has dicho nada hasta ahora?

—¡Tú no querías nada con él! Y él me hizo prometer que no te diría nada hasta que estuviera de camino. No creí que te importara mucho, la verdad. Te escribió una carta y, como no le has dicho nada, no pudo soportarlo más.

—¡No he recibido nada! Hace más de una semana que no voy por casa —le indicó empezando a ponerse histérica.

—Julia, lleva mes y medio detrás de ti y nunca le has devuelto ni un solo mensaje. ¿Qué esperabas? ¡La paciencia tiene un límite y el suyo llegó al final!

—Pero ¡yo le quiero! —gritó desesperada empezando a llorar—. ¡Le quiero! ¡Le quiero tanto!

—Lo siento, si hubiera sabido algo de esto, no le hubiera dejado montarse al avión, pero pensaba que no querías saber nada de él.

—¡Vuelvo a Barcelona! Andrea, ¡sácame un billete a Nueva York! Estamos en Zaragoza, en dos horas y media estoy allí. Que me dé tiempo a ducharme y a cambiarme. Coge algo de ropa, cuatro cosas en una bolsa y... lo que tú veas, prepárame un poco de equipaje.

—¡Dios mío, Julia! ¡Estás muy loca! ¡Estás para que te encierren! Ahora mismo voy a tu casa y te hago una pequeña maleta. Te espero allí.

Tanto Julia como José, que había escuchado toda la conversación, corrían a buscar su coche y, cuando montaron en él, salieron dirección Barcelona. Atravesaron el Puente Santiago de la querida ciudad aragonesa y cogieron la autopista dirección Lleida.

—¡Estás como un cencerro! Lo sabes, ¿verdad? —exclamó José mirándola sin dar crédito a la forma de actuar de su amiga.

—¡Lo sé! No aminores la marcha.

—Si nos ponen una multa, la pagarás tú. ¿Se puede saber qué tienes en ese cerebro de mosquito? Dos meses lleva detrás de ti y no has sido capaz de mandarle ni un mensaje de esperanza. Se marcha desesperado, ¿y qué haces tú? ¡Ir tras él! ¡Lo más lógico del mundo! ¡Estás para que te encierren!

—¡Lo sigo sabiendo! Y, para que lo sepas, pensaba volver a hablar con él cuando termináramos este reportaje.

—¡Tú y tu manía de dejarlo todo para otro día! ¿Y si él te devuelve la moneda y no quiere saber nada de ti? En dos meses puedes aborrecer a una persona. Puedes llegar incluso a odiarla.

—Pues, entonces, volveré con el rabo entre las piernas y con una merecida humillación. Me encerraré en casa, lameré mis heridas y, durante el resto de mi vida, me repetiré cien veces cada día lo imbécil que fui. ¡Por favor, no seas

gafe!

—¡Te lo merecerías por prepotente!

—Por favor, José, ¡dame un respiro!

Ya estaban entrando en Barcelona. Tomaron la Ronda Litoral y aparcaron en la puerta de su casa. Antes de subir, miró el buzón y, entre muchos papeles de propaganda y dos cartas del banco, estaba la carta de Diego. La apretó contra su pecho y la guardó, la leería de camino a Nueva York.

—Te llevaré al aeropuerto —dijo José sacándola de su ensoñación.

Los dos subieron y se encontraron allí a Andrea que ya tenía su equipaje preparado, una maleta de mano.

—Tienes la ropa preparada, el vuelo sale a las 10:05, así que tenemos menos de tres horas para dejarte en la terminal 1. ¡Ah! Y me debes novecientos sesenta y dos euros porque no deberías hacer este vuelo y mi hermano tampoco.

Llegaron con casi hora y media de antelación, tomaron un café los tres y, aunque le parecía que el tiempo no pasaba, al final llegó la hora de embarcar. Se despidieron y Julia, junto a su equipaje, desaparecieron por la puerta de embarque.

Faltaban muchas horas, pero se empezaba a poner más que nerviosa, en el estómago sentía las cosquillas que le hacían temblar y que el vello se le erizase. El avión no iba lleno y tuvo la suerte de que a su lado no viajaba nadie. Cuando despegó el vuelo, se acomodó en el asiento y sacó de su bolso la carta de Diego.

CAPÍTULO 26

La miró con mucho detenimiento, no quería dejarse nada. Pudo reconocer su letra, era él.

Tenía miedo, más que eso, terror. Se había portado fatal con él, lo había ignorado durante tanto tiempo que temía lo que podría contener. Respiro hondo y, con cuidado, rasgó el sobre ayudándose del bolígrafo. Sacó el folio, lo desdobló y conteniendo la respiración empezó a leer, poniendo los cinco sentidos en aquellas palabras de Diego. Pensando que, después de escribirlas, había decidido marcharse, temía que fuera una despedida.

Amor mío:

Cuando volvía a Barcelona, albergaba la esperanza de volver a estar junto a ti y pensé que lo conseguiría. Pero, con cada negativa tuya, me voy dando cuenta de que, volver al mismo punto en el que lo dejamos, no va a ser posible.

No he encontrado la manera de reparar todo el daño que te causé y creo que, fue tanto, que lo nuestro ya no tiene solución.

Con esta carta, donde voy a poner todo mi corazón, voy a quemar el último cartucho antes de darme por vencido. Después de esto, te dejaré tranquila y no volveré a molestarte para que sigas con tu vida y, sobre todo, lo único que deseo es que seas feliz. Pero, en cambio, la mía terminará aquí, porque sin ti mi existencia será vacía. Lo he intentado todo, porque mi única meta en la vida ha sido conseguir tu perdón y rehacer mi vida junto a ti. Sin embargo, es algo que ahora lo veo claro y sé que no lo voy a conseguir.

Esta carta va a ser mi despedida y, junto a ella, todas las lágrimas, el dolor, agonía y desilusión van dentro, impresas en cada palabra. Y a pesar de que sé, con total seguridad, que jamás volveré a ser feliz, no voy a imponerte por más tiempo mi presencia ni mis llamadas. A partir de ahora, te dejaré espacio para que continúes con tu vida. Por más que lo he intentado, no he logrado acercarme a ti y, para mi desesperación, me estoy dando cuenta de que es algo imposible, que jamás podré recuperarte.

No es culpa tuya que no puedas perdonarme y tampoco lo es mía por

haber sido engañado. El caprichoso destino no quiere que estemos juntos y yo no veo otro camino que alejarme. Sé que con el tiempo no podré vivir en Barcelona, quizás entonces vuelva a Nueva York o me vaya a Australia, mi destino no está claro porque me da igual un lugar que otro. Lo único que tengo claro es que, si no es a tu lado, no podré seguir en Barcelona.

Te he querido con locura, a pesar de mi infidelidad, de la cual sigo sin recordar ni un minuto y maldeciré ese día mientras viva. Te amo más que a nada en el mundo y, lo peor de todo, es que tengo la seguridad de que jamás voy a dejar de amarte y ese será mi castigo y mi penitencia.

Sé que mi vida sin ti va a ser una larga agonía que acabará el día que me muera. Ahora mismo solo espero una cosa, que sea verdad que la reencarnación existe y que cada persona vive más de una vida, porque en la próxima, te buscaré y te juro que llegaré a convencerte para vivir a tu lado.

¡Qué triste será mi existencia, a partir de ahora, con la esperanza puesta en la muerte, esperando que esta vida acabe pronto para buscarte en la siguiente!

Sé feliz, amor mío, olvídate de mí y busca el amor que te mereces y que yo no he podido o no he sabido darte.

Aunque no estés a mi lado, siempre te llevaré en mi corazón, porque siempre has sido y serás la dueña absoluta de él.

Tuyo siempre.

Diego

Apenas pudo distinguir el último párrafo, porque las lágrimas rodaban por sus mejillas como dos surtidores. Con el dorso de su mano quiso limpiarlas, pero era imposible, no daba abasto, no dejaba de llorar en silencio, sintiendo todo el dolor que Diego imprimió en cada palabra. Le había hecho sufrir sin motivo porque ella también lo amaba más que a su propia vida. Lo sabía, se había comportado como una niña con una rabieta.

¿Qué había querido demostrar con ese comportamiento? ¿Su valía? ¿Quería castigarlo? ¿Más de lo que la vida lo había hecho?

¡Qué injusta y cruel había sido con el hombre que amaba!

Se merecía que Diego le pagara con la misma moneda, que se hubiera

cansado de mendigar. Tanto se estaba mortificando y llevaba tantas horas sin dormir que, con los ojos llenos de lágrimas e hipando por el monumental berrinche, se quedó dormida.

Alguien le tocó en el hombro con suma suavidad para que se despertara y se abrochara el cinturón. Había hecho escala en París, pero apenas le dio tiempo de tomar un café en el bar del aeropuerto. Después, en cuanto subió, volvió a quedarse dormida, pues estaba agotada física y mentalmente

El avión aterrizó en el JFK de Nueva York. Por la diferencia horaria, eran las tres de la mañana.

Llevaba la dirección de Diego en su cartera, así que, cuando salió del aeropuerto, tomó un taxi que la dejó en pleno centro de la ciudad de los rascacielos, en un edificio moderno y a simple vista muy lujoso. Sacó el móvil de su bolso y, aunque sabía que era una hora poco adecuada para visitas, no se iba a quedar en el portal hasta que se hiciera de día, al menos faltaban cuatro horas para eso. Sin pensárselo por más tiempo, llamó a Diego.

Tardó bastante en coger la llamada y Julia empezaba a ponerse nerviosa temiendo que Diego no quisiera saber nada de ella. Pero, al final, con voz cansada y somnolienta le contestó.

—Julia, ¡es muy tarde! ¿Ocurre algo?

—Lo sé, Diego, pero tengo que verte, ¡necesito hablar contigo!

—¡Va a ser difícil!, no hablar, sino verme, he vuelto a Nueva York.

—Nada es imposible si se desea. Estoy en el portal. He venido detrás de ti. Tengo que hablar contigo, Diego. Yo...

—¿¿Me lo estás diciendo en serio?? ¿¿Estás en Nueva York?? —preguntaba alucinado—. ¡No me lo puedo creer!

—Pues sí que estoy aquí y está comenzando a llover. Sabes que no soporto que la lluvia me caiga encima.

Diego apartó la cortina y comprobó que empezaba a llover, ¿sería verdad que Julia había ido hasta allí para hablar? ¡Es que no podía creerlo! Sin embargo, se puso de prisa un chándal que utilizaba para estar por casa, fue hasta la habitación de Derek y, al comprobar que dormía como un ángel, bajó hasta la portería. Se frotó los ojos con las manos al verla tras la enorme puerta de hierro, la estaba viendo, pero no lo creía, seguro de que era otro de sus sueños. Corrió hacia ella y, a pesar de que había abierto la puerta, ninguno de los dos se movió. Julia seguía mojándose en mitad de la calle y no dejaba de mirar a Diego que no apartaba los ojos de ella esperando que, de un momento a otro, desapareciera como suelen hacer los sueños. Pensaba que, en esta

ocasión, aquel era demasiado real, pero temía tocarla, pues sería cuando la imagen de Julia se desvanecería y él se despertaría totalmente frustrado.

Julia tenía el pelo completamente mojado y con una expresión en sus ojos tan cristalina que su temor era más que evidente. Estaba asustada.

—¡Dios mío, Julia, estás aquí! ¡Es verdad que has venido hasta aquí! ¡Estás loca!

Y, alargando la mano, la acercó a él y la estrechó entre sus brazos. Ella empezó a llorar por toda la angustia que llevaba acumulada, desde que, horas antes, Andrea le había llamado para decirle que su hermano había salido con destino a Nueva York.

—¡Perdóname, Diego! No me abandones, porque, si lo haces, si me vuelves a dejar..., ¡me moriré! —le suplicaba llorando amargamente.

—Cariño, yo nunca he querido abandonarte, todo lo contrario. He vuelto aquí porque no soportaba tu indiferencia. Pensé que no me querías, por eso me he ido de Barcelona, para no imponerte mi presencia. Te mandé una carta y ni siquiera con ella reaccionaste, por eso me he alejado.

—Yo estaba fuera y he leído la carta mientras volaba hacia aquí.

—¡Qué tontos hemos sido! Hemos desperdiciado un tiempo precioso. Vamos, estás empapada y tienes que cambiarte.

—¿No molestaré? —preguntó tímidamente.

Diego no dijo nada, la miró y, sin soltarla de la mano, la arrastró hasta dentro del ascensor. Allí la volvió a atraer contra su cuerpo y la besó como si fuera el primero o el último beso, como si después de ese el mundo se fuera a acabar. Apenas sin respiración, se separaron cuando el ascensor empezó a aminorar la marcha. Cuando las puertas se abrieron, la cogió por la cintura y, casi sin tocar el suelo, la llevó en volandas hasta la puerta de su casa. Abrió y encendió la luz y ante ellos apareció un gran recibidor con un inmenso salón.

—¡Virgen María santísima! ¡Menudo piso! Pagarás un pastón por el alquiler. ¡Menudo dineral para mantenerlo!

Él no la escuchaba, seguía mirándola dudando de que fuera verdad y era para hacerlo porque, desde que volvió a Barcelona, había intentado por todos los medios a su alcance acercarse a ella y solo lo consiguió la primera vez. A partir de ese momento... ¡nada! Ni una miserable palabra le había dedicado. Y, en aquel instante, la tenía frente a él y en su casa en Nueva York. Lo que no había conseguido en dos meses, lo estaba consiguiendo sin mover un dedo.

—¡Pellízcame, Julia! Es que me parece mentira. ¡Sigo pensando que estoy soñando!

—¡Soy yo! ¡Y te juro que estás despierto! —le repitió acercándose a él y, en vez de darle un pellizco como él le había pedido, lo besó.

CAPÍTULO 27

Tendrían que hablar, Julia tendría que dar explicaciones de aquel cambio tan repentino, por qué en Barcelona no le dejaba acercarse a ella o por qué no contestaba a ninguna de sus llamadas para que pudiera entender su negativa a encontrarse. O, simplemente, le escribía tres palabras: «olvídate de mí», para frenar la infinidad de mensajes que, durante su estancia en España, Diego le había enviado.

También quería decirle muchas cosas que en aquel primer encuentro no le dio tiempo. Quería repetirle hasta la saciedad que ella era la única mujer de su vida. Y, aunque creía que había desnudado su alma frente a aquella carta que escribió como último recurso, necesitaba ver la expresión de Julia mientras le decía que la amaba.

Todo eso quedaría para más tarde, porque en ese instante había una urgencia que los dos se morían por cumplir.

Aunque aquel beso lo cogió por sorpresa, Diego no tardó en reaccionar ni un segundo, la aprisionó entre sus potentes brazos y la llevó a su habitación. Cerró la puerta con el pie, mientras la sujetaba, sin dejar de besarla en ningún momento, la depositó sobre la cama tumbándose sobre ella.

—¡No me lo puedo creer, Julia! ¡Llevo mucho tiempo soñando algo así!

—Esto no es un sueño, Diego. ¡Estoy aquí, contigo!

Y estaba dispuesto a comprobarlo de todas las maneras posibles. Ni siquiera llegaron a desnudarse del todo. Diego bajó de golpe los pantalones elásticos que ella llevaba y arrastró con ellos las braguitas. Julia se quitó las botas con el pie y las empujó lejos.

Él también bajó sus pantalones con celeridad y abriéndole las piernas y, dejándola expuesta a él, la penetró sin pensar en nada más. Ella lo acogió y su miembro resbaló por aquel interior húmedo, llenándola. Julia se dejaba amar, mientras él tomaba sus manos colocándolos sobre su cabeza. Estirando su cuerpo y arqueando su espalda, ella rodeó con sus piernas su cintura, sintiendo cómo empujaba con fuerza en su interior.

Ninguno de los dos quería que acabara nunca. Pero no estaban preparados para resistirse por mucho tiempo, así que los dos se vieron sorprendidos; primero, Julia y, segundos después, Diego, por una explosión de placer que los

mantuvo temblando uno en brazos del otro.

Aunque un potente orgasmo los había recorrido de arriba abajo, no estaban satisfechos, querían más. Les había sabido a poco, necesitaban amarse de nuevo más despacio para calmar la ansiedad que durante tanto tiempo los había acompañado. Se quitaron el resto de su ropa y los dos juntos entraron en aquel enorme baño completamente equipado con un enorme *jacuzzi*, una ducha en la que cabía una familia entera, por no hablar de los enormes espejos y las estanterías repletas de toallas y diversos productos. ¡No faltaba de nada! Pero Julia no se dio cuenta de todo eso, solo tenía ojos para él. Juntos entraron en la ducha y, mientras el agua los empapaba, ellos moldeaban el cuerpo del otro con sus manos.

Diego le acariciaba el pecho con las dos manos, para después bajar por su espalda hasta coger sus nalgas, mientras dejaba un reguero de besos desde su boca deleitándose en su cuello y sintiendo cómo Julia se estremecía. Quedó frente a su pecho que se erguía ante él firme e insinuante, sus pezones duros y arrugados por la excitación invitaban a saborearlos.

Julia no pudo evitar mirarlo y la escena la puso a cien, no había nada más erótico para ella que ver cómo su pecho entraba en la boca de Diego y sentir cómo lo chupaba, lo aspiraba y lo mordisqueaba, haciendo que ella gimiera de placer.

El sonido de aquellos gemidos que escapaban de sus labios llenos de placer lo volvían loco. Diego volvió a subir, apoderándose de su boca y amortiguando aquellos quejidos tan sensuales con sus besos, mientras una de sus manos se perdía entre las piernas de ella. Necesitaba la excitación de Julia, sentirla rendida entre sus brazos y, en cuanto palpó esa humedad en sus dedos, supo que era suya igual que lo había sido antes.

Ella no pudo resistirse por más tiempo a lo que estaba deseando y se agachó, quedando de rodillas con su boca frente a la erección de Diego. Se mojó los labios y cogió su miembro con las manos, guiándolo hasta sus labios. Estaba duro y resbaló fácilmente bajo la atenta mirada de él, al cual le flaquearon las piernas y tuvo que apoyar sus manos en los azulejos para mantenerse derecho. No podían seguir con ese juego por mucho tiempo si no querían terminar rápido, los dos estaban muy excitados.

—Cariño, si seguimos así, me voy a correr ya y no quiero que esto acabe.

—Yo tampoco, pero siempre podemos volver a empezar.

Se separaron para secarse, sin embargo, en cuanto llegaron a la cama, no dejaron de amarse y de besar cada parte de sus cuerpos susurrándose dulces

palabras de amor. Hasta que, con las primeras luces del amanecer, cayeron rendidos, pero satisfechos y, lo más importante, felices.

Con lo que ninguno de los dos contaba era con que apenas una hora después de caer en un profundo sueño, el llanto de Derek los despertaría. Diego fue hasta la habitación del pequeño que, en cuanto vio a su padre, sonrió levantando los bracitos hacia él. Cuando le dio su biberón y ya limpio y tranquilo, Diego, con el pequeño en brazos, se acercó hasta la habitación donde Julia dormía plácidamente.

Ella, acostumbrada a dormir vigilante debido a su trabajo ya que no siempre lo hacía en la cama de un hotel, levantó la cabeza al escuchar el leve ruido y en cuanto vio la estampa sonrió.

—Lo siento, Julia, solo venía a cerrarte la puerta.

—¡No te vayas! Ven aquí y preséntame a este angelito.

Diego se sentó con el pequeño en brazos que se ganó a Julia desde el primer momento. Era un niño risueño y cariñoso que, en cuanto vio que le prestaba atención, no quiso separarse de ella.

—¿No echa de menos a su madre? —pregunto jugando con Derek sobre la cama y viendo cómo reía sin parar.

—No puedes echar de menos algo que no has tenido y Derek nunca tuvo a su madre. Ella prefería las continuas fiestas, el gimnasio o a las amigas que pasar una tarde con su hijo. Siempre le decía a Dolores que los niños eran muy aburridos. Por cierto, luego vendrá, quiero que la conozcas, es una mujer encantadora y lo adora —le informó señalando al pequeño.

—Tenemos que hablar, Diego.

—Vale, vamos a la cocina. Tú coge a Derek, mientras yo voy preparando el desayuno. Con un café delante se habla mejor.

Llegaron a la enorme cocina desde donde tenían unas vistas privilegiadas, el parque urbano de Central Park. El paisaje era espectacular y, además, el día acompañaba, el cielo estaba azul y el sol se levantaba majestuoso entre los rascacielos. Nada que ver con la lluvia de la noche anterior. Julia se acercó al enorme ventanal disfrutando de aquellas maravillosas vistas con el niño en brazos. El olor a café recién hecho le hizo cerrar los ojos y aspirar aquel aroma.

—Ya tenemos el café, ahora puedes decirme qué es eso tan importante que te ha hecho venir desde Barcelona —expresó Diego mientras cogía a Derek de los brazos de Julia y lo sentaba en su sillita.

—¡Tienes razón! Cuando Andrea me dijo que habías vuelto a Nueva York y

la única responsable había sido yo y mi indiferencia, el mundo se desplomó sobre mí. Entonces me di cuenta de que te amaba con toda mi alma, de que quería una vida a tu lado y mi miedo o, simplemente lo tonta que había sido, me impedía verlo. Lo que tenía muy claro era que no iba a perderte. Algo que no vi mientras estuviste cerca, apareció ante mí con una claridad increíble en cuanto te alejaste. Y también empecé a sentir miedo de que, por mi culpa, te hubieras cansado de esperarme y ya no quisieras ni escucharme. He venido a decirte que eres mi vida, que te amo y que no quiero permanecer separada de ti ni un segundo más. —Julia clavaba sus ojos en los de él y Diego le devolvía la mirada, pero no decía nada. Los nervios la estaban devorando por dentro, su silencio le caía encima como una losa. Se estaba derrumbando. Así que, sin poder aguantar más tiempo, la misma tensión a la que estaba sometida hizo que sus ojos vidriosos dejaran escapar unas lágrimas—. Lo siento, Diego, siento haberme portado como una tonta prepotente pensando que podría vivir sin ti. ¡Perdóname por el daño gratuito que te he causado con mi indiferencia! —Ya no pudo mantener el tipo por más tiempo y escondió la cara entre sus manos, avergonzada por su forma de actuar.

Diego se levantó y se agachó quedando a escasos centímetros de su cara, entonces tapada. Retiró sus manos y besó esos ojos una y otra vez, hasta que los secó notando el sabor salado del que se había impregnado. Después siguió besando cada centímetro de su cara hasta que llegó a esos labios, sensuales y húmedos. Se apartó unos centímetros para susurrarle sobre su boca las únicas palabras que ella quería escuchar.

—Cariño, no voy a dejar que te vayas de mi lado, ¡nunca más! Si no he podido pronunciar palabra es porque me cuesta creer que todo esto esté sucediendo. Porque creo que de un momento a otro me despertaré y seguiré estando solo. Pero, mientras dure, voy a amarte, voy a hacer que seas la mujer más feliz del mundo, porque solo así yo también lo seré.

—Me da igual dónde quieras vivir. Si prefieres quedarte aquí, nos quedamos. Pero siempre a tu lado.

—¿Quién te ha dicho que quiera quedarme a vivir aquí? —preguntó Diego confuso.

—¡Andrea me dijo que volvías a Nueva York porque no podías vivir en Barcelona sin mí! —Y, viendo la cara de extrañeza que ponía Diego, ella misma se contestó—. ¡Es mentira! ¿Verdad? Todo ha sido invención de esa loca. ¿Verdad que no me equivoco? ¡La mato! ¡Es que la mato! ¡Cuando llegue a Barcelona, la mato! ¡Te lo juro! ¡La subo al Dragón Kant y, en lo más alto, le

quito la protección! ¡O, desde la torre de la Sagrada Familia, la empujo!
¡Subiré con ella el Aneto y desde arriba la echaré a rodar!

Diego no podía dejar de reír con las ocurrencias de Julia, a cada cual más disparatada, se la había jugado bien su hermana, pero había dado resultado y por ello le estaría toda la vida agradecido.

— ¿Y por qué has vuelto a Nueva York?

—Debía arreglar el cobro de un seguro de vida y no podía hacer el papeleo desde Barcelona. Me pidieron empezar a trabajar en el mes de mayo, pero, como tenía que hacer este trámite, les dije que no podía empezar hasta junio. Iba a venir solo, después pensé que sus abuelos querrían ver a Derek y les haría bien. Por eso, en vez de hacer un viaje relámpago, había pensado quedarme una semana. Y, como tú me ignorabas por completo, no creía ni que te llegaras a enterar.

—¿Y la carta que me enviaste?

—Eso no era ninguna mentira, pensaba alejarme de ti si tú no me querías contigo. No quería encontrarte en ningún lugar y verte con otro hombre que no fuera yo, ¡no podría soportarlo! Sin embargo, me daba pereza volver a vivir aquí o irme lejos de mi país, así que había empezado a hablar con hospitales de Madrid comenzando a tantear el terreno para trasladarme. Pero tampoco iba a ser algo tan rápido, pensaba darte más tiempo para que reflexionaras.

—Me hiciste llorar tanto con esa carta, apenas podía respirar.

—Era lo que sentía. Tú también me hiciste llorar a mí.

En ese momento alguien entró desde la calle y llamó, cortando la conversación.

—¿Diego? ¿Estáis levantados?

—Aquí, Dolores, ¡en la cocina!

Dolores entró casi corriendo, hasta que vio a Julia y se paró de golpe.

—¡Lo siento, *mijito*! No sabía que estabas con alguien. Me voy y ya volveré más tarde.

—¡Dolores! Ella es Julia, mi Julia. Te he hablado mil veces de ella.

—¡Ay, chamaca! ¡Cómo no te he reconocido! ¡Pues claro que sé quién eres! Diego te nombraba todos los días. ¡Qué rechula eres! —inquirió mientras le daba dos sonoros besos. Y, al ver a su pequeño cómo la miraba y batía las manos a pesar de los días que hacía que no la veía, se emocionó y no pudo evitar que, de la alegría, unas lágrimas asomaran—. ¡Y mi chamaquito! ¿Dónde está? —dijo esta vez mirando a Derek con adoración.

Él, en cuanto la vio acercarse, levantó sus bracitos ansioso. Hasta aquel

momento, era la única madre que había tenido. Dolores lo levantó de su silla y lo cubrió de besos.

—¡Dios mío! ¡Cómo ha crecido mi chamaquito! ¡Está hecho un hombrecito! ¿Y cómo le va al brujo en la madre patria? —preguntó sin dejar de mirar al pequeño Derek.

Diego no pudo evitar sonreír al ver la cara que ponía Julia, había expresiones de aquella mujer con las que se perdía. Y es que Dolores, a pesar de llevar más de treinta años viviendo en Estados Unidos, todavía tenía arraigados muchos dichos mejicanos que los soltaba cuando menos lo esperaba uno. A Diego se le perdían pocas de esas expresiones, porque, desde que nació Derek y se trasladó a vivir con ellos, habían mantenido muchas y largas conversaciones.

Diego se acercó a Julia y le susurró al oído.

—Ya la irás entendiendo, brujo es médico. —Y la tomó por la cintura ante el sonrojo de ella.

—¡Es linda la chamaca! ¡Y no parece chinchuda! ¡Ya tuvo bastante de eso, *mijito!*

—Julia... —explicó él mirándola con aquellos ojos llenos de lujuria que la hacían sentir la única mujer del mundo. Ella se derretía de gusto sabiendo lo deseada que era—, Julia es el polo opuesto a Evelyn en todo.

—¡Ay, muchachote! Qué falta te hacía una mujer así. —Su rostro se entristeció antes de continuar hablando—. Mi chamaquita nunca fue una buena mujer, no daba brinco sin huarache^[5]. Vamos a dejar el pasado donde está y, ahora, ustedes váyanse a ver la ciudad y yo me quedaré con mi niño.

—Dolores, ¿has pensado bien lo que te dije antes de marcharme?

—¡Váyanse, Váyanse a chacrear^[6] un rato. ¡Sepa la bola^[7], mijito! —dijo Dolores murmurando con el pequeño en brazos.

—Dios mío, ¡no le entiendo nada! Tendrían que ponerme subtítulos —murmuró Julia mientras miraba asombrada cómo aquella mujer desaparecía tras una puerta.

Diego la atrajo todavía más a él y, sin dejar de reír, le explicó de qué iban las últimas frases. Después la besó, pero tuvo que apartarse de ella, porque empezaba a desear algo que, en aquel momento con Dolores en casa, era imposible de realizar.

CAPÍTULO 28

Los días en Nueva York se pasaron en un suspiro. Derek se encariñó tanto con Julia, que parecía algo imposible de conseguir en tan poco tiempo. En cuanto escuchaba su voz se ponía nervioso, le estiraba los brazos y no se calmaba hasta que ella lo tomaba en los suyos. En tan solo una semana, nadie que los viera diría que no eran madre e hijo.

Dolores les dio la buena noticia de que se marcharía con ellos, pero solo durante un año, hasta que el pequeño Derek empezara el colegio. La alegría de Diego fue inmensa, saber que su hijo estaría con alguien de confianza y que quería al niño como si fuera de la familia, lo tranquilizaba.

También visitaron a los padres de Evelyn a los que, a pesar de estar tristes por su pronta partida, les alegró mucho la visita. Diego les presentó a Julia y ninguno de ellos pudo evitar recordar a su hija y pensar, aunque fuera en silencio, que Evelyn había intentado destruir todo el amor que veían en aquella pareja. Se alegraron de corazón de que Diego hubiera podido rehacer su vida con su novia. Después de verlos juntos, tenían la convicción de que Evelyn no había significado nada para él. Cuando se despidieron, fue Julia la que, al darles un beso, sintió tanta lástima de aquellos padres tan desolados que les dijo:

—Los espero en Barcelona cuando quieran venir —expresó mirando a Diego—, nuestra casa siempre estará abierta para ustedes. Estaremos encantados de su visita. Además, creo que les hará bien ver a menudo a Derek.

No pudieron evitar que las lágrimas resbalaran por sus mejillas, aquella mujer, en vez de guardarles rencor por todo lo que habían sufrido por su hija, les abría las puertas de su casa.

Así quedaron en que les visitarían y no tardarían mucho.

La última mañana, los dos fueron a la compañía de seguros. Diego quiso que Julia lo acompañara, a pesar de su reticencia. Y, cuando llegaron, se enteró de que debía cobrar un cheque de diez millones de dólares. Julia abrió los ojos casi asustada. Ella creía que un seguro podía ascender a unos cien mil dólares o algo así, pero, esas cifras tan astronómicas, ¡no sabía ni cuántos euros eran!

—Este dinero es de los dos, Julia. Yo lo considero una indemnización de

Evelyn desde el más allá por todo el daño que nos ha causado. Lo lógico es que nos pertenezca a ambos por igual. ¿Cerraste aquella cuenta que teníamos a medias?

—No, nunca me he acordado de ella.

—Normal, yo tenía la cartilla. Ahora iremos a mi banco y, a través de él, haré la transferencia a nuestra cuenta. Esta será la forma en la que Evelyn hará las paces con nosotros. Prefiero pensar así que odiar a la mujer que tanto daño me hizo. Porque me he dado cuenta de que no puedo odiarla. Sé que dentro de Derek hay algo de ella y, si la odio a ella, también odiaré a mi hijo y eso es algo que jamás podré hacer.

—Además, Diego, el odio no lleva a ninguna parte, creo que ha pagado muy caro todo el daño que te causó. Ella ha sido la que más ha perdido.

—Quiero preguntarte una cosa y espero que seas sincera. ¿Podrás aceptar a Derek como hijo tuyo?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sencillamente te estoy pidiendo que te cases conmigo, que no te separes jamás de mí. Te amo, Julia, y quiero pasar el resto de mi vida a tu lado. Y quiero que mi hijo sea el tuyo, no tiene madre, y quiero que tú ocupes ese lugar que nunca ocupó nadie.

Julia no pudo hablar, no se esperaba algo así. Se amaban, eso estaba más que claro, aunque nadie había hablado de casarse. Quizás podrían empezar viviendo juntos, pero ¿casarse? Eran palabras mayores. Claro que no le costó ni un minuto decidirse.

—¡Mañana mismo! ¡Sí que me caso contigo!

Y allí en medio de la oficina y rodeada de corredores de seguros, clientes y secretarias sellaron su compromiso; besándose sin importarles quién los miraba o qué pensara la gente de ellos.

—Te amo. La vida ha sido dura con nosotros, pero parece que se ha apiadado y nos quiere recompensar. Nos ha dado una segunda oportunidad y la vamos a aprovechar. Sé que jamás dejaré de amarte, porque conozco cómo es la vida sin ti a mi lado y no merece la pena.

—Yo también te amo y, de ahora en adelante, nunca daré algo por sabido hasta que no escuche tu explicación. Pero sé que siempre me quedará una espinita por no haberte atendido antes y permitir que viviéramos alejados todo este tiempo. No sé cómo lo haré, sin embargo, te voy a compensar por los malos momentos que mi cabezonería te ha hecho sufrir. Eres mi vida, el centro de mi existencia, mi pasado, mi presente y mi futuro... Lo eres todo.

Y, con aquellas promesas de amor entre un montón de gente que pasaba junto a ellos sin apenas prestarles atención, ellos se juraron amor eterno. Sin un marco romántico, ni un paisaje de ensueño, sin los amigos y familia más allegados como testigos. Tampoco había una puesta en escena especial para una petición de matrimonio y ese juramento de amor eterno.

Nada de todo eso les parecía necesario, solamente ellos dos, mirándose a los ojos, sin que nada de lo que los rodeaba los distrajera.

En esos momentos no necesitaban nada más, lo tenían todo.

CAPÍTULO 29

Una semana más tarde, Andrea y Diego volvieron a Barcelona después de pasar en Nueva York unos días inolvidables.

La llevó a conocer a sus amigos Darío y John que celebraron junto a ellos la buena noticia. Ellos prometieron viajar a Barcelona para la boda, cumpliendo el pacto que se hicieron de reunirse todos los años, eso sí, bajo la firme promesa de que al año siguiente el encuentro sería en Méjico.

Pasearon por Central Park como dos enamorados besándose en cada rincón. Estaban tan cerca de casa que todos los días les gustaba recorrer una parte de aquel inmenso parque urbano.

Diego, una mañana, fue hasta la 5th Avenue, al maravilloso lugar donde, según dice su eslogan, los sueños se hacen realidad. Y nada era más cierto que eso, porque todos sus sueños los estaba viviendo. Por eso fue allí para comprar su anillo de compromiso y entre muchos eligió un aro de diamantes con uno precioso en el centro.

Y, aquella misma noche, después de amarse con pasión, Diego cogió la pequeña cajita de la mesita de noche. La abrió bajo la asombrada mirada de Julia, sacó la preciosa joya y, sin decir nada, con dedos temblorosos la metió en su pequeño dedo. Julia lloraba y reía a la vez, significaba tanto para ella todo aquello. Diego no podía hablar, un nudo en la garganta le impedía articular una palabra. Se demoró en aquel simple gesto y, cuando terminó, con una voz ronca a punto de romperse por la emoción, le dijo:

—Julia, no hay diamantes en el mundo para decirte cuánto te amo, pero quiero que lleves uno y que, cuando lo mires, sepas que eres mi vida. Te amo y quiero pasar el resto de mi vida junto a ti. —Y ya no pudo decir nada más, la abrazó con fuerza y respiró en profundidad.

—Yo también te amo, lo eres todo para mí. Y no me hacía falta una joya para pensar en ti, porque no puedo sacarte de mi cabeza. Te amaba cuando tendría que haberte odiado, imagínate cómo te quiero ahora.

Emocionados, y sobre todo felices, se miraban sin querer cerrar los ojos, eran tan intensos sus sentimientos que no querían desperdiciar ni un minuto durmiendo. Claro que, al final, la naturaleza impuso su necesidad y los dos cayeron rendidos en los dulces brazos de Morfeo, por supuesto, bien

abrazados.

Y, después de un tranquilo viaje en primera clase pensando sobre todo en la comodidad del pequeño Derek; llegaron al Prat, aeropuerto de Barcelona. Allí les esperaba Andrea que, en cuanto los vio, saltó alborozada. Diego se volvió hacia Dolores y le comentó:

—Aquella que salta como una gacela es mi hermana Andrea. Está muy loca, pero es inofensiva.

—¡Qué cosas dice! —exclamó Dolores mirándola con recelo. No sabía muy bien si Diego hablaba en broma o en serio.

—Y mírala bien aquí, porque igual desaparece de este mundo. Cuando la coja aparte, no sé qué le voy a hacer. ¡Se va a enterar la colgada esa!

—Me estáis asustando los dos —protestó Dolores mirando de uno al otro y abriendo mucho los ojos con cierto temor.

Diego se apiadó de aquella mujer y de su hermana. Entre risas terminó con la broma.

—No nos hagas caso, Andrea es encantadora. No puedo negar que un poco alocada, pero con un corazón que no le cabe en el pecho. En cuanto la conozcas, la querrás como hace todo el mundo. Y Julia la adora, es su mejor amiga, casi una hermana.

—Eso no tiene nada que ver para que quiera matarla.

Entre risas llegaron junto a ella. Andrea se abalanzó hacia su hermano que irradiaba felicidad a raudales, rodeándole con sus piernas y abrazándole con toda su fuerza mientras le gritaba.

—¡Lo sabía, lo sabía! Esto no podía acabar de otra manera.

—Gracias, hermanita, te debo una muy grande —le susurró mientras la abrazaba—. Creo que Julia quiere decirte algo. —Y la dejó en el suelo.

Andrea se dio la vuelta y abrazó a su amiga y esta no pudo mantener su seriedad por más tiempo. Se fundieron diciéndose mil cosas sin necesidad de abrir la boca.

—¡Me las vas a pagar! —aseveró Julia sin dejar de abrazarla.

—No, perdona, la que me vas a pagar vas a ser tú que me debes el billete del avión del que no pienso perdonarte ni un céntimo —le recordó entre risas.

—¿Por qué me engañaste diciéndome que Diego se había marchado a Nueva York?

—¿Que yo te engañé? ¿Y de dónde venís ahora mismo? Yo creo que volvéis de Nueva York —contestó Andrea haciéndose la loca.

—¡Me hiciste correr como una loca! Me dijiste que Diego había decidido

volver a Nueva York, pero no me dijiste que solo era por una semana.

—No me lo preguntaste. Yo te dije que se había ido y era verdad. Tú no me preguntaste si volvía, eso no es mentir.

—Me vengaré, me has hecho gastarme más de mil euros cuando todo podríamos haberlo solucionado por teléfono.

—¡Venga! No disimules más. Estás encantada con este viaje. ¿Y no hay novedades? ¿Alguna noticia?

Los dos aludidos se miraron entre sí sorprendidos, preguntándose con la mirada cómo se había enterado. Estaba claro que, si Julia no le había contado nada, había sido Diego. Pero la expresión de los dos estaba llena de desconcierto. Andrea, al verlos tan perdidos, siguió hablando.

—¡No me digas que después de pasar una semana romántica no tenéis ninguna noticia que darnos! ¡Eres un desastre, hermanito! —Andrea era medio bruja o ellos eran como un libro abierto y se les notaba.

Julia miró su mano y no pudo evitar, con una radiante sonrisa, mostrárselo a su amiga y pronto cuñada. A esta, en cuanto vio el anillo, casi se le salen los ojos de las órbitas.

—¡¡Madre mía del amor bendito!! ¡Virgen María y santísimo rosario! — Cualquiera que la escuchara pensaría que era la persona más devota del mundo y nada más lejos de la realidad—. ¿De dónde has sacado ese pedrusco? ¿Es bueno? ¡Joder con el viajecito! Si lo llevo a saber hubiera ido contigo para ver si me caía algo.

—¿Que si es bueno dices? —Se ofendió Julia—. ¿No ves cómo brilla? Porque, si no lo ves, es que estás ciega.

—Y eso quiere decir...

—Que pronto tendremos boda —contestó su hermano interviniendo en la conversación. Atrajo a Julia contra su cuerpo y la besó con cariño—. En cuanto busque una fecha, lo más pronto posible, nos casaremos.

—¡Mamá se va a poner como loca! —exclamó abrazándolos a los dos.

Después de aquellos emotivos momentos, Andrea se dedicó a su sobrino y, junto a Dolores, hicieron muy buenas migas. Esta renegó a Diego y a Julia por todo lo que habían dicho de aquella encantadora muchachita.

La pareja había empezado su vida en común en cuanto llegaron de Nueva York. Encontraron la casa ideal en el exclusivo municipio de Sant Cugat, a pocos kilómetros de la ciudad. La casa era amplia y con un enorme jardín que en pocos meses el pequeño Derek disfrutaría más que nadie.

Se había acabado la tortura y habían retomado su vida en común con nuevas

ilusiones y nuevos retos, de los cuales uno de los más importantes era darle a Derek, lo más pronto posible, un hermanito.

Sus vidas habían cambiado y no había nada más que verlos para darse cuenta de ese cambio. Ellos mismos, muchas veces, se pellizcaban para comprobar que no era un sueño. En ocasiones, en mitad de la noche, Diego se despertaba alarmado y sin sosiego. Pero enseguida se calmaba cuando sentía a Julia a su lado. Entonces la acercaba a él y la oprimía con fuerza contra su pecho.

Atrás quedaron lágrimas, pena y dolor. Aquel reciente pasado, fue una dura etapa de sus vidas que había convertido el momento actual en más intenso y valorado.

Lo mejor de ese año y medio de separación, sin duda, era el pequeño rey de la casa, Derek. La ternura y el enorme instinto maternal de Julia habían conseguido que el niño no quisiera separarse nunca de ella. En cuanto llegaba a casa la reclamaba con propiedad. Los vecinos que no conocían su historia siempre le comentaban:

—Hay que ver lo enmadrado que está este niño.

Julia sonreía llena de orgullo, en poco tiempo ese pequeño diablillo había conseguido que lo quisiera tanto como si realmente lo hubiera parido.

Diego estaba tan feliz que la palabra se quedaba corta para describir todo lo que su corazón sentía. Su hijo crecía rodeado de amor y alegría. Querido por todos y sin echar en falta nada. Y tenía a la mujer de su vida junto a él, ¿podía haber una dicha mayor? La verdad era que no, lo tenía todo. Trabajaba en uno de los hospitales más prestigiosos de la ciudad y era uno de los mejores neurocirujanos de la plantilla. Y, al volver a casa, su mujer y su hijo lo llenaban de felicidad. Su vida estaba plena.

Julia volvió al periódico, abandonó los viajes alrededor del mundo y sus ropas de campaña para volver a ocupar una silla en la agencia y a vestir de una manera más formal.

Cuando regresaba a la paz de su casa, le estaba esperando su hijo y el hombre más maravilloso del mundo. La distancia en la que estuvieron viviendo les había enseñado que los pequeños detalles y los momentos juntos eran los que merecía la pena vivir. Y, cuando todo el mundo dormía en aquella enorme casa, ellos se abandonaban a la lujuria y sus cuerpos hablaban por ellos. Se amaban con pasión y con deseo, dando gracias cada noche por la nueva oportunidad que el destino les había brindado.

Todo era felicidad, excepto una pequeña espina que se clavaba en sus

corazones y era la pena de Andrea. A Julia le dolía ver el sufrimiento de su amiga, incluso le molestaba que, delante de ella, Diego quisiera besarla o simplemente le acariciara, evitaba cualquier pequeña muestra de cariño cuando ella estaba delante.

—No puedo soportar ver a Andrea tan triste y todo lo que se esfuerza por aparentar lo contrario. Por eso no quiero que te acerques a mí cuando ella esté con nosotros. Siento su tristeza y añoranza y me duele.

—¿Por eso me rechazas? —preguntó acercándose a ella y rodeándola con sus brazos, mientras buscaba desesperadamente sus labios—. Me empezaba a preocupar al sentir que no me dejabas acercarme.

Julia se acomodó en aquellos brazos y dejó que Diego le demostrara su amor y su deseo.

Epílogo

Ese fin de semana, Julia y José debían realizar unas entrevistas a los cabecillas del movimiento 15M y Diego y Andrea decidieron acompañarlos. Después del trabajo harían turismo por Madrid y por último verían el musical *El Rey León* en el Teatro Lope de Vega.

Salieron encantados del espectáculo y, como tenían el hotel muy cerca, entraron en un local de moda para tomar una última copa antes de irse a dormir. Julia y Andrea no dejaban de cantar las canciones del espectáculo, mientras Diego y José, detrás de ellas, hablaban de los viajes más peligrosos que habían hecho durante ese año. Diego se quedaba blanco al conocer, por boca de José, las situaciones de peligro que habían vivido en sus reportajes.

—Por eso, este último reportaje parece un descanso, es como si hiciéramos turismo. Nada que ver con los conflictos que nos ha tocado realizar, ¿verdad, Julia?

Ella se volvió y, al ver a Diego tan pálido, añadió:

—José, vale de relatar batallitas, ¿no ves que está blanco? Diego, tranquilo, cariño. Ya lo conocerás mejor y descubrirás que es un poco exagerado.

De repente Andrea se quedó callada, Julia supo que algo sucedía, estaba pálida y con la mirada fija en la barra del bar. Miró en la misma dirección que su amiga y no podía creer lo que estaba viendo, allí, junto a una rubia explosiva, estaba Mateo, que no tenía manos suficientes para tocarla y le debía estar metiendo la lengua hasta la campanilla. Estaban a escasos pasos de allí y podían distinguir todo sin perderse un solo detalle.

—¡Vámonos, Andrea!

Ella no atendía a nada ni a nadie, simplemente miraba la escena que estaba teniendo lugar delante de sus narices y no podía reaccionar. Julia, sin éxito, intentaba hacerla entrar en razón, pero ella no escuchaba nada, de repente, todo el sonido del bar se desvanecía por momentos, el barullo de la gente hablando y riendo se alejaba y se escuchaba atenuado, como cuando te sumerges en el agua, era esa la sensación.

Julia, harta de ver cómo su amiga estaba sufriendo y que no era consciente de que sus lágrimas empezaban a brotar y sus sollozos salían ahogados y entrecortados, la cogió del brazo para llevársela de allí. Pero era imposible, parecía que Andrea estuviera clavada en el suelo. Cansada de forcejear con

ella, la llamó.

—¡Andrea, por favor! ¡Vámonos!

Mateo levantó la cabeza y clavó la vista en el lugar desde el cual su ex lo miraba rota de dolor. Fue en el instante en el que sus ojos se encontraron cuando todo cambió.

Mateo sintió cómo su corazón daba un vuelco, como si no fuera él el que estaba con otra, como si despertara de una pesadilla para meterse en otra peor. Se había refugiado en unos brazos que no eran los que quería, solo buscaba olvidar los que realmente añoraba. Llevaba tiempo engañándose, claro que siempre sería mejor eso que volver a sentirse humillado por ella. Pero, al verla a escasos metros de él, lo había cogido por sorpresa y con la guardia bajada y todo dentro de él se reveló.

—¡Andrea...!

Para ella también había cambiado todo, era como si de repente hubiera abierto los ojos y reconociera que entre Mateo y ella ya no había nada. Hasta aquel momento, la esperanza de que él volviera a ella vivía dentro de su alma. Pero verlo en brazos de otra y besándola como la besaba a ella, le quitó la venda de los ojos y todo murió, la esperanza junto con todos los años que pasaron juntos.

Miró a Mateo durante unos segundos más, hasta que, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano, se volvió hacia Julia.

—Sí, vámonos —murmuró.

Sin más, los cuatro dieron media vuelta para salir de aquel bar. Cuando traspasaban la puerta, Mateo los alcanzó.

—¡Andrea, escúchame! Lo que has visto no es lo que piensas.

Andrea, con una sangre fría que dejó a todos callados, le contestó:

—¡Yo creo que sí! Has encontrado a alguien mejor que yo. ¡Me alegro! Espero que seas feliz. Acabo de darme cuenta de que debemos partir de cero, tú ya tienes un trecho andado. Te has dado prisa. Verte así ha servido para que abra los ojos. No quiero rencores, a fin de cuentas, la culpa fue mía. Te deseo lo mejor, Mateo.

Y, sin decir nada más ni dejarle a él hacerlo, enfiló la Gran Vía madrileña en dirección al hotel, dejándolo pensativo y sin capacidad de reacción. La miraba mientras se alejaba al lado de Julia, su hermano y de José.

Ver al amor de su vida besando y acariciando a otra la había roto por dentro, más de lo que ya estaba, aunque tenía que mostrarse entera, al menos mientras él la siguiera con los ojos que era exactamente lo que estaba

haciendo.

Cuando giraron la siguiente esquina, Andrea se abandonó y, entre lágrimas, le dijo a Julia:

—Sabía que lo había perdido, pero ha sido muy duro verlo con mis propios ojos. ¿Qué voy a hacer ahora? Ya no me queda lo único que me mantenía con vida, la esperanza.

—Seguirás viviendo como lo has hecho hasta ahora, ni más ni menos.

Ninguna de las dos dijo nada más, pero sus cabezas eran un hervidero. Julia se lamentaba porque, el momento más dulce para ella, contrastaba con el más amargo de su amiga y pronto cuñada. Andrea se culpaba con más fuerza que nunca por su carácter. Y, como por arte de magia, apareció en su cabeza la canción que aquel día, en casa de Julia, esta escuchaba. No había nada que pudiera describir cómo se sentía como la letra de esa canción de Amaral.

Y, sin más, sin poder evitar que las lágrimas rodaran por sus mejillas, empezó a cantar *Días de verano* a pleno pulmón por las calles de Madrid ante la mirada atónita de los transeúntes que se cruzaban con ellos.

*«No quedan días de verano, para pedirte perdón,
para borrar del pasado, el daño que te hice yo.
Sin besos de despedida y sin palabras bonitas,
porque te miro a los ojos y no me sale la voz.
Si pienso en ti siento que esta vida no es justa,
si pienso en ti y en la luz de esa mirada tuya.
No quedan días de verano, el viento se los llevó.
Y un cielo de nubes negras cubría el último adiós.
Fue sentir de repente tu ausencia como un eclipse de sol,
¿por qué no vas a mi vera?
Si pienso en ti siento que esta vida no es justa.
Si pienso en ti y en la luz de esa mirada tuya.
En de esos días de verano, vivo en el reino de la soledad,
nunca vas a saber cómo me siento,
nadie va a adivinar cómo te recuerdo.*

Julia cantó junto a ella y, no solo compartió la famosa y emotiva canción de Amaral, esa que tantas veces había cantado ella en la soledad de su casa pensando en Diego, sino que también compartió las lágrimas de su amiga, su

dolor y su sufrimiento. Era algo que tenía muy reciente en el tiempo y la empatía la hizo comprender mejor que nadie lo que Andrea estaba sintiendo. Julia podía notar cuándo su alma lloraba por dentro en el sonido roto de su voz, ella sabía lo que llegaba a doler esforzarse por cantar, que no era otra cosa que un grito desgarrador de su alma disfrazado.

—Quiero beber algo —dijo Andrea cuando acabó de cantar.

Julia sacó su pequeña botella de agua y se la tendió. Andrea la miró y la apartó.

—No quiero agua, quiero beber hasta perder el conocimiento, no quiero estar sobria nunca más. Necesito que mi mente se nuble y que no distinga el sueño de la realidad.

Nadie le replicó, buscaron un bar cómodo, porque la cosa iba para largo.

Y así fue, tres horas después salieron de aquel garito. Andrea, totalmente ebria, se sujetaba en su amiga Julia, las dos reían como poseídas por cualquier tontería. Detrás de ellas, Diego y José velaban por su seguridad, hasta que las dejaron en la cama y no tardaron ni un segundo en dormirse.

—Las dos llevan una buena tajada, mañana no van a poder ni sujetarse la cabeza, ya podemos hacernos con un cargamento de aspirinas —anunció José mientras iba hacia su habitación.

—Sí y, además una gran dosis de paciencia, las dos tienen una resaca difícil. ¡Menudo viaje de vuelta nos espera!

Fin

Agradecimientos

Además del apoyo de mi marido, hijos, hermanos y sobrinos que nunca me falta, tengo que añadir a mucha gente que me ha animado para emprender esta nueva aventura de la autopublicación.

A las «Renegadas Molonas» por su incondicional apoyo y compañerismo, por compartir muchos momentos de risas y también de monumentales cabreos. Por todas nuestras conversaciones y alguna que otra cerveza.

Para Luz Guillén por brindarme su amistad, por su desinteresada ayuda y por contar siempre conmigo.

A Nuria Pazos por sus palabras de ánimo, por brindarme su ayuda y por echarme una mano siempre que se lo he pedido.

Hay muchas autoras, lectoras y blogueras que, a lo largo de estos años, he conocido en cafés y encuentros literarios y con las que siempre es un honor coincidir y compartir unas horas o un simple saludo. Para todos vosotros va un agradecimiento especial.

Para todas las lectoras que, con sus palabras de aliento, me animan a seguir contando historias. Esos mensajes en privado o en mi página de Facebook que no solo me alegran el día sino la semana completa.

A Alexia Jorques por la preciosa portada, eres una artista y siempre aciertas.

A Raquel Antúnez por su excelente trabajo en la corrección y maquetación. Pero, sobre todo, gracias por tu enorme paciencia y amabilidad, ha sido un placer trabajar contigo.

Biografía



Mariló Lafuente

Nací en Jaca (Huesca) en el año 1960. Con tres años, mi familia se trasladó a Zaragoza donde viví hasta los veinte. Soy la mayor de cuatro hermanos a los que estoy muy unida. Me casé trasladándome a Gavá (Barcelona) municipio en el que vivo desde entonces junto a mi marido. Madre de dos hijos y también orgullosa abuela.

Soy esteticista, profesión que me permite compartir confidencias con mi clientela en la intimidad de la cabina, convirtiendo el trabajo cotidiano en una continua fuente de inspiración y el principio de muchas historias.

Amante de la lectura y, aunque leo de todo, siento predilección por el género romántico. Soy una modesta pintora y me encanta realizar cualquier tipo de manualidades. Otra de mis pasiones es la música, imprescindible en mi vida.

Mi primer libro, *¿Y si el amor existe de verdad?*, fue publicado por la Editorial LXL. Le siguieron, *Nada nos volverá a separar* y *Un error no me alejará de ti* de la serie *Amor y Leyes*. Y, para terminar, la serie *Hermanas Egea*, con *Lucía*, *Blanca*, *Lola* y *Ana*.

Redes sociales:

Facebook – Mariló Lafuente González

Página de Autora en Facebook - Marilo Lafuente @marilolafuente60

Instagram - @marilolafuente

[1] Expresión mejicana que significa: ¡qué lástima!

[2] Expresión mejicana que las abuelas utilizan para explicar por qué el bebé llega antes que la boda.

[3] Expresión mejicana que significa: yo aluciné.

[4] *Candy, Candy*: hace referencia a los ojos parpadeantes a punto de llorar famosos en esos dibujos japoneses que emitieron en la televisión a principios de los noventa.

[5] No dar brinco sin guarache o huarache: expresión mejicana que significa hacer las cosas por interés.

[6] Chacrear: expresión mejicana que significa ir a pasear por un centro comercial.

[7] Sepa la bola: expresión mejicana que significa no lo sé.